



Guillermo Viscarra Fabre

Antología del cuento chileno-boliviano

Santiago de Chile, 1975

© Rolando Díez de Medina, 2015
La Paz-Bolivia

INDICE

Introducción por Guillermo Viscarra Fabre.

CHILE

Fernando Alegría
LOS SIMPATIZANTES.

Francisco Coloane
EL CABALLO DE LA AURORA

Manuel Rojas
UNA CARABINA Y UNA COTORRA

María Luisa Bombal
LO SECRETO

José Santos González Vera
ISMAEL O EL RELOJ DE LA POBREZA

Romero Bascuñán
DON FIGUA

Guillermo Blanco
ADIOS A RUIBARBO

Maité Allamand
LOS FUNERALES DEL DIABLO

Claudio Giaconi
AQUI NO HA PASADO NADA

Carlos Droguett
LA NOCHE DEL JUEVES

Carlos Santander
VIA JE A ACAPULCO

Edesio Alvarado
EL VENGADOR

BOLIVIA

Augusto Céspedes
EL DIPUTADO MUDO

Fernando Diez de Medina
EL LLAMO BLANCO

Man Césped
EL GALLO COCHINCHINO

María Virginia Estenssoro
EL OCCISO

Walter Montenegro
OTOÑO

Oscar Cerruto
IFIGENIA, EL ZORZAL Y LA MUERTE

Porfirio Díaz Machicao
LOS CASTRADOS

Guillermo Viscarra Fabre
EL PEQUEÑO PIROMANO

Augusto Guzmán
LA CRUEL MARTINA

Jaime Sáenz
SOBRE EL ESPANTO EN LOS JARDINES BAJO LA LLUVIA

Raúl Bothelo Gosálvez
LOS TOROS SALVAJES

Josemo Murillo Vacareza
EL HOMBRE EN EL ABISMO

A mis hijos
Juan, Gonzalo y Ariel

INTRODUCCION

Se ha compilado la presente Antología con un propósito de unidad americana, pues tanto Chile como Bolivia están constituidas con las esencias de un mismo continente geográfico. Es obvio suponer que los escritores de cada país sean los llamados a buscar lo mejor de la vitalidad de sus pueblos y los que comprueben al llegar a sus orígenes que el sistema arterial por cuyos conductos se vierte la sangre americana es uno solo. La frontera geográfica no tiene nada que ver con el destino común de nuestro futuro histórico.

Es tiempo de realizar la previsión de nuestros próceres que anhelaron una gran patria americana. A través del pensamiento de sus escritores se puede advertir la ansiedad de una unicidad total, sin que esto no quiera decir que cada país tenga peculiaridades muy propias que son las que matizan la armonía del conjunto.

Un propósito silencioso pero unánime deberíamos alentar y es de ser ciudadanos de un solo Estado, es decir de la América toda.

Sería maravilloso que un próximo día pudieran los habitantes de nuestras repúblicas ostentar el pasaporte válido de Estados Unidos de Sudamérica.

Dolorosamente ignorantes de lo que somos, nos separa una frontera imaginaria y no conocemos las facciones de nuestros hermanos, que puede que no luzcan como arquetipos pero que son comunes a nosotros por la sangre, por la historia y hasta por los defectos y virtudes, y lo más categórico, por un destino común ante el futuro.

Tan nuestras son nuestras penas y nuestras glorias, que un pueblo es espejo del otro y casi siempre nuestras glorias han brotado de nuestras penas. Hay repúblicas en nuestra América, como Bolivia, en que pese al tiempo transcurrido, el nativo sigue amasando su pan con la sal de su soledad, confinado en un hermetismo térreo y asfixiante. Mirando en nuestro derredor, bien vale preguntarse: "¿a dónde va la América y quién la junta y la guía? sola, y como un solo pueblo se levanta. Sola pelea. Vencerá sola".

No es hora de recordar desaciertos pasados que hasta ensangrentaron nuestras manos; una comprensión mutua debería ser la linfa purísima que lave rencores viejos y la herrumbre de la sangre fraterna. Únicamente de esta manera, nuestra América será una "América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas" como quería el repúblico ejemplar José Martí.

Cada uno de nuestros países tiene ingenios literarios cuya estatura no cede en elevación y vigor a los más robustos ejemplares de otros continentes. Su producción ha roto la caparazón del localismo para unirse a la voz universal. Unidad material y espiritual es el imperativo de este momento, obligándonos a buscar en el hueso de nuestra naturaleza para alcanzar esa "percepción y experiencia de lo propio".

Cada escritor es una ventana por la que se puede atisbar la vida privada de su país, con sus interesantísimos detalles; todo depende de la vida interior y de la dignidad de que este investido el narrador al penetrar en la atmósfera de su respectiva colectividad.

Valga esta oportunidad para expresar que de norte a sur de nuestra América va levantándose el robledal de su voz. Ya, en anterior tiempo hubo una Sor Juana Inés de la Cruz que asombró con su gaya plática culterana, y un otro nativo que emuló a don Miguel de Cervantes y Saavedra escribiendo lo que a él se le olvidara. El siglo xx en trance de fruto en pleno y robusto proceso de maduración insinúa evidencias óptimas conseguidas; ahí esta su perfil cultural en la obra del venezolano Rómulo Gallegos, el colombiano Eustasio Rivera, ambos casi frenéticos al

manejar el idioma, urgidos por la desmedida e ingente naturaleza espiritual y material de esta América insólita y tangible.

Se está creando un idioma, un lenguaje cultural americano. La férvida poesía muestra sus llagas en la voz de la chilena Gabriela Mistral, y el júbilo constelado en el verso metafísico y cristalino del uruguayo Carlos Sabat Ercasty. La narrativa esta inmersa en la inusitada originalidad del personaje americano tan complejo, tan nuevo y sorprendente.

Ismos y tendencias confluyen en el plano cultural alquitarándose en interesantes experiencias: el "Indigenismo" en Bolivia, Perú y Ecuador. El peruano Ciro Alegría en *El Mundo es ancho y ajeno* despliega un fresco al modo de los muralistas mexicanos grávido de problemas sociales para luego afinarse en su conterráneo José María Arguedas cuya narrativa alcanza el clamor y el patetismo universales. En Bolivia fue realizada la audaz experiencia literaria de *El pez de oro*, libro singular escrito por Gamaliel Churata, que es el espectro inquietante y avasallador de un ángulo vital de nuestras tierras. Tiene plena vigencia la voz del ecuatoriano Diez Canseco, desgarrada por la realidad y narrada en un estilo de una vigorosa plasticidad. En Chile, donde aún resuena el épico lenguaje de Ercilla y Zúñiga, prendió el "criollismo" cuyo mentor indiscutido es Mariano Latorre. Latorre en su última etapa se atomiza y se pierde en la carne y el alma de sus personajes, llámese el misántropo habitante magallánico, el cordillerano y el pampino o el dionisiaco campesino del valle central tanto como el marítimo; hasta el emigrante alemán es invadido por ese inquisidor espíritu totalizante de Mariano Latorre. Esta tendencia "criollista" se prolonga en una legión de escritores que no tienen limitaciones de estilo ni grilletos lingüísticos. Interesa a los narradores la transparencia del lenguaje y el ímpetu como el del ala al iniciar el vuelo. Quien dice "criollismo" dice "huaso", "roto" y tipo popular. La vida es tan original, tan constelada de expresiones objetivas y subjetivas, que el narrador ha llegado al ápice del lenguaje y se halla ante la necesidad de inventar un idioma en el que pueda expresar la naturaleza del milagro, la anatomía del prodigio, pues milagro y prodigio parece que fuera la atmósfera que se respira en los pueblos de ésta nuestra América.

"No interesa ahora la monserga retórica, el escritor se ha convertido en un artefacto de análisis descubridor de las bacterias que se acumulan en formas tumorales en el alma de los hombres. La realidad es la mina de la que extrae su material el narrador y la transmuta en estilo y forma peregrinas. Muchos de los escritores, tanto chilenos, como bolivianos de la presente Antología, son narradores empujados por similares urgencias y motivaciones. Por suerte va desapareciendo el localismo regional para dar paso a la voz que se une a la gran voz universal.

En esta América paradójica, vital y exuberante, el narrador encuentra a cada paso el tangible testimonio de lo que ocurre, que pronto se convierte en relato prodigioso cargado de elementos de la más alta poesía; otras veces, denuncia, señala y tortura como un juez inexorable, incluso la tradición y la leyenda son reconstruidas con sabiduría y fuerza de resurrección. Para llegar a convencer y sacudir anímicamente, el narrador tiene que incorporarse como un componente más, al hombre, a la tierra y al paisaje de América, únicamente así podrá imponerse con la fuerza de un alud o con la serena belleza de un paisaje superlativo.

De norte a sur de nuestro Continente, comenzando de México hasta llegar a Chile, estamos unidos por una sola fraternidad idiomática y el interprete de esta hermandad cultural es el escritor, y la literatura es la que borra las fronteras políticas para sustituirlas por una afortunada ausencia de fronteras. La que nos falta es conocernos. Lo maravilloso será que un día se pueda saber la significación que tienen en nuestro idioma común, nombres como los de los mexicanos Octavio Paz, Carlos Fuentes, o el de ese maravilloso delirante Jorge Iburgüengoitia, así como el del puertorriqueño Enrique Laguerre o los cubanos Serpa y Montenegro. Ser una saludable transfusión cuando en el extremo austral de Chile y en las profundidades mediterráneas de Bolivia, se pueda apreciar lo que dice el guatemalteco Mario Monteforte Toledo o los venezolanos Arturo Uslar Pietri o el autor de *Borburata* y *La virgen no tiene cara*, Ramón Díaz Sánchez u Otero Silva que utiliza el jardín del idioma para expresar el terror mortal impuesto por la dictadura de Gómez. Colombia tiene el orgullo de su Eduardo Caballero Calderón, autor de *Cristo de espaldas*. Otro

colombiano que trabaja con materiales realistas es Jesús Zárate Moreno, cuya narrativa descubre el clima tenso y eléctrico de los soterrados rincones agrícolas de su patria.

Con elementos mágicos, cosmogónicos, míticos y con hipos de denuncia, ha trabajado toda su obra literaria, el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, para culminar con Alejo Carpentier que ingresa a nuestra América como un explorador a un bosque misterioso y virginal, habitado por una flora y fauna insólitas que hay que descubrir y clasificar como el botánico y el naturalista del milagro.

Los materiales de nuestra realidad son: gentes desamparadas e ingenuas, sumos y licores de un árbol luminoso de poesía, una crueldad congénita y finalmente, un raudal de dolor que de pronto se convierte en un humorismo punzante. Se ha trabajado y se trabaja con la violencia, pero también con imaginación, con ensueño, y una crecida dosis de fantasía.

Nuestras ciudades, nuestros campos y nuestras razas han producido frutos óptimos; ahí esta Cesar Vallejo en cuya voz vibra todo el dolor y toda la angustia humanas para disolverse en la muerte; Pablo Neruda, ese gigante arbóreo lleno de música de poemas de amor y florido de metáforas que sólo él pudo extraer de su cantera de gemas; Manuel del Cabral, hecho de tierra dominicana y altamente espiritual que construye con sus imágenes insólitas una prosa y una poesía de proyecciones insospechadas; Nicolás Guillen, que es toda una caliente resonancia de África asentada en América donde logró su mestizaje. Como un producto de la gran urbe, de la tentacular metrópoli misteriosa como una jungla, Julio Cortázar escribe sus relatos llenos de verbalismo mágico que está en el río idiomático de Buenos Aires, y Ernesto Sábato, ese ecuménico ordenador del caos, junto con Jorge Luis Borges, ese prelado conspicuo de la inmensa basílica de su ciudad natal, desde donde ejerce su influencia en los jóvenes escritores de habla española. Bolivia y el Perú han contribuido a conformar la inquietante personalidad de un narrador como Vargas Llosa; y luego, desde Colombia se nos viene una fragancia de especias como el condimento de fábulas en las que pululan esperpentos psicológicos en una atmósfera de angustia y alucinación, asimismo, Juan Rulfo exhibe su *Pedro Páramo* trágico y desvestido de toda hojarasca retórica.

En la presente Antología, sin un propósito deliberado, se ha ido haciendo un cotejo de narradores chilenos y bolivianos, en el que Fernando Alegría y Augusto Céspedes son los primeros. Alegría es uno de los más altos valores literarios de su país y un experto conocedor de la psicología popular y Augusto Céspedes en Bolivia, constituye la afirmación rotunda de una narrativa despejada de adornos localistas para, limpia de arrequives, ingresar a la corriente universal de la novelística contemporánea que se manifiesta por una dignidad y veracidad flagrantes. Los siguientes, Francisco Coloane y Fernando Diez de Medina, son ambos escritores de garra. El primero, por su narrativa rebotante de fuerza y de complicados lances y contingencias, ha sido comparado con Jack London. Fernando Diez de Medina, a más de ser un sugestivo narrador, es un penetrante ensayista que busca la realidad cultural de Bolivia, incorporándose de este modo a las voces de los más encumbrados ensayistas de América, llámense Picón Salas, Martínez Estrada u otros nombres de trascendencia.

Manuel Rojas es la cumbre de toda la narrativa realista chilena, su expresión se eleva por encima de las voces de Edwards Bello y Nicomedes Guzmán, hasta alcanzar la maestría en las páginas de su novela *Hijo de ladrón*; con igual jerarquía, el escritor boliviano Man Céspedes, que alcanzó el ápice en su magistral libro *Símbolos Profanos*, muestra su faceta de narrador en su fino y gracioso relato "El gallo cochinchino".

Las dos mujeres que integran la Antología, María Luisa Bombal y María Virginia Estenssoro, chilena y boliviana respectivamente, se distinguen, la primera por un estilo pleno de sencillez y sugestión dentro de una noble calidad poética. Alone, el eminente crítico chileno dice de ella: "antigua y moderna, tiene antepasados en la antología griega, en los remotos líricos, no menos desnudos e inocentes, al par que se codea con las escuelas vanguardistas, mezclada en sus filas sin sorpresa". María Virginia Estenssoro escribe en forma más directa, comunicando a su

narrativa un "tenso clima de angustia" y una atmósfera de soledad y muerte a la sordina. El relato de "El Occiso" es una elegía ahogada, sofocada en la garganta por la mano de la muerte, la muerte es un vendaval que todo lo traspasa para mostrar un cadáver amasado con lo más lóbrego de la noche. "El Occiso" es un cuerpo sin piel y un organismo de maquina humana al descubierto, tornillos y resortes impudicamente mostrados a la luz. Su estilo es penetrante y desprejuiciado.

José Santos González Vera ha vivido su narrativa antes de escribirla, su lenguaje justo y preciso ha sido cuidadosamente escogido del habla de la clase media chilena a la que pertenecía. Como un juglar se ha mezclado a la vida de su pueblo y ha conocido todo su diapasón social. Heteróclito operario de innumerables oficios, los ha servido por conservar el de su agrado, que fue el de escritor; sus temas son interesantes y su narrativa es ágil, fina y teñida de vaga melancolía y humorismo. Como la mayor parte de los escritores chilenos de la presente Antología, fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura.

El escritor boliviano Walter Montenegro es un elocuente interprete de la realidad boliviana, su narrativa es urbana, rica de color y ajustada a un estilo risueño con atractivas sinuosidades. Ha publicado algunos libros pungentes cuyas paginas destilan un humorismo de pura cera y un agudo escepticismo. Excelente periodista, fue redactor de la revista norteamericana "Life", radicándose por ese motivo algunos años en Nueva York. Con afán incisivo ha escarmenado la penumbra de la vida burocrática, de ahí el desfile de los personajes de "Otoño" envueltos en un aire de grotescos y taciturnos claroscuros.

Al penetrar a la cruel atmósfera de "Don Pigua", el personaje creado por el escritor chileno Homero Bascuñan, se piensa que ésta es la única vez que la muerte se arrepiente de su trágico destino; "Don Pigua" siempre activo y alegre, con esa contenida alegría que a veces tienen los hombres de los páramos y de las grandes alturas andinas, no debía morir y la muerte debió ayudarle a burlar su trampa. Homero Bascuñan escritor recio, áspero, y al mismo tiempo tierno, trabaja con los materiales sangrantes que le proporciona la realidad brutal del trabajador.

Oscar Cerruto es uno de los más altos exponentes de la poesía y de la narrativa boliviana. Es autor de *Cerco de Penumbra*, un libro de cuentos que según Mariano Picón Salas, lo "incorpora al grupo privilegiado de los grandes cuentistas de América".

Guillermo Blanco ha cavado profundamente en los estados psíquicos del niño, y ha ingresado en el análisis introspectivo y en los meandros de la angustia de la niñez solitaria y silenciosa, pero a la vez sabe descubrir los paraísos ocultos que encuentran esas imaginaciones empujadas por el resorte de la audacia y el impulsa de la aventura. "Adiós a Ruibarbo" es un cuento de subjetivismo depurado y de un acierto idiomático que trasunta toda la nobleza y ternura del caudal lexicográfico del narrador.

El cuentista boliviano Porfirio Díaz Machicao es autor de relatos inolvidables de técnica sugerente y moderna. Desde el comienzo de su narrativa ha sabido iluminarla con el recurso mágico de la metáfora, dándole un fuerte contenido emocional. Díaz Machicao es un trabajador infatigable y ha enriquecido apreciablemente la bibliografía nacional con la publicación de una enciclopedia boliviana en varios tomos.

La escritora chilena Maité Allamand, apegada a las tradiciones rurales de su país, ha creado una narrativa que se asienta en un profundo naturalismo que indaga exhaustivamente a sus tipos y personajes. "El funeral del diablo" es un cuento inmerso en la superstición y hechicería de las almas primitivas. Su estilo es firme y directo, con la severidad documental de lo auténtico y humano. Más allá del "criollismo", su narrativa extiende y alarga sus antenas de ansiedad buscando mayores horizontes ontológicos.

Guillermo Viscarra Fabre, poeta y narrador boliviano, es autor de *Clima*, *Criatura del Alba*, *Poetas Nuevos de Bolivia* (Antología), *Juanita y Alejo en las Montañas* (libro didáctico), *Nubladas Nupcias*, *El Jardín de Nilda*, *Veinte Rubies para el Collar de Nilda*, *Cordillera de Sangre y Andes*.

Claudio Giaconi es un joven escritor chileno cargado de prestigio. Es una suerte de Alonso Quijano moderno que lee de turbio en turbio y de claro en claro libros y más libros; ingresa en la maraña de la filología y sale experto y erudito en idiomas. Muy pronto se convierte "así como en un símbolo de la juventud". Su narrativa oscila dentro de temperaturas distintas, encontradas, pero siempre expresiva y sorprendente. Esta como impulsado por el péndulo trágico de nuestro tiempo.

A fuerza de un verismo casi fotográfico, la narrativa del escritor boliviano Augusto Guzmán, muchas veces ingresa en un clima truculento, sin dejar por ello el cuidado y la belleza del estilo. Guzmán es autor de una preciosa novela *La Sima Fecunda* y una bien trazada biografía del obispo Cárdenas (*El Kolla Mitrado*), además de una exhaustiva *Historia de la Novela Boliviana*. En la literatura de la Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, su *Prisionero de Guerra* es un diario de combatiente que pesa y conmueve por su valor humano.

Carlos Droguett sobresale en forma notable en la promoción de escritores chilenos llamada la "generación del 38". Toda su obra tiene el cabal ajuste de una partida de ajedrez jugada a la perfección. Droguett es dueño de un estilo del que se vale ventajosamente para resolver el conflicto humano permanente y trágico. Ninguna narración más elocuente de un súbito terremoto con todas sus pavorosas implicancias que la que hace él en *La Noche del Jueves*, sobresalta psíquicamente y sus personajes tienen el contorno espectral del miedo, iluminados por reflejos vitales.

El poeta y narrador boliviano Jaime Sáenz, es un caso excepcional: una gran originalidad y una rica inventiva. Su estilo es terso, sugerente y preñado de una profunda ternura, en suma, realiza una interesante experiencia artística y literaria. Su solitaria casa allá en el valle de Miraflores de la ciudad de La Paz, es el laboratorio de las ciencias ocultas del poema y el trabaja allí virtiendo en sus probetas invisibles, filtros y licores imaginarios. Sus antepasados literarios se ocultan diabólicamente entre la muchedumbre de filósofos y poetas malditos.

El joven y ya famoso escritor chileno Carlos Santander ha buscado en las más inferiores capas sociales ciudadanas el campo para crear sus ambientes y personajes, empleando para su narrativa un lenguaje audaz y punzante. *Viaje a Acapulco* es un pequeño tratado de psicología de la delincuencia con todas sus aberraciones, sus horrores y su consiguiente desolación. Sus personajes emergen de la atmósfera crepuscular del calabozo carcelario, convertidos en seres destrozados y anónimos, imposibilitados para toda redención y mutilados espiritualmente por la crueldad de la ley.

Raúl Bothelo Gosálvez es uno de los narradores vitales de Bolivia. Autor de libros como *Borrachera Verde*, *Coca*, *Altiplano* y multitud de cuentos y ensayos desperdigados en revistas y periódicos locales y del extranjero. Lo fundamental en este escritor es su seguridad para atrapar el paisaje boliviano y su profundo sentido psicológico para adentrarse en el espíritu de esfinge del poblador de las estepas andinas. Es un narrador que emociona y que colma con su estilo cuidado, rotunda y diáfano.

El escritor chileno Edesio Alvarado, se nutre del rico filón social de las clases trabajadoras, para su fuerte narrativa tan característica. Procedente de la región sureña de su país, sabe descubrir los secretos aspectos de la vida del campesino y del pescador de la región austral de Chile.

Finaliza la presente Antología con el vigoroso relato del escritor y sociólogo boliviano Josermo Murillo Bacareza, experto y analítico buceador del alma silenciosa del minero.

Es una insistencia superior por donde se la examine ésta, de que a fuerza de conocernos lograremos traducir el íntimo mensaje de América que indudablemente se orienta hacia la meta de un triunfo total de acciones e intenciones frente a la incertidumbre de aborrecidos mirajes. Debemos esforzarnos por militar en las filas de la fraternidad para hacer una sólida máquina con

corazón y conciencia de los países de esta nuestra América, de remotos antepasados y de innumerables posibilidades.

La publicación de la mayor parte de los cuentos y relatos de la presente Antología, ha sido autorizada al compilador por los propios autores tanto chilenos como bolivianos en un afán amistoso y fraterno de propósitos coincidentes de un conocimiento recíproco, tratando de eslabonar una cadena invisible de sentimientos e ideales que pudieran ser continentales, con vistas a un futuro de realizaciones de interés común.

GUILLERMO VISCARRA FABRE

FERNANDO ALEGRIA

FERNANDO ALEGRIA nació en Santiago en 1918. Es catedrático de Literatura Chilena e Hispanoamericana, titulado en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Fue fundador y director de los Talleres literarios de la Universidad de Concepción y Adicto Cultural de la Embajada de Chile en Washington. En la actualidad reside en los Estados Unidos de Norteamérica, donde ejerce la Cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Berkeley, California.

Su producción, de vasta resonancia, abarca todos los géneros literarios, incluido el teatro con la escenificación de *Como un árbol rojo*, biografía de Luis Emilio Recabarren. Destaca en el ensayo con *La Poesía Chilena* (1954), *Walt Whitman en Hispanoamerica* (1954). *Breve Historia de la Novela Hispanoamericana* (1959) y *Literatura Chilena del siglo xx* (1965). Su novela más conocida es *Caballo de Copas* (1958). aun cuando también ha reeditado *Lautaro, joven libertador de Arauco* y *La noche de los generales*. En poesía, sobresalen sus volúmenes *Viva Chile, mierda* (1965) y *Decálogo de los pastores* (1967). Sus cuentos han sido compilados en México, *El poeta que se volvió gusano* y en Chile, bajo el título de *Los mejores cuentos de Fernando Alegria*.

SIMPATIZANTES

Tenía hambre y por eso creo que acepté su invitación. Hambre y, además, esa curiosa sensación de sed que de vez en cuando, no muy a menudo ya, me mueve con la prestancia de otros tiempos cuando se podía decir de mí que era un atleta.

Pero acepté dudando. Era evidente que la invitación le traería problemas. Gastaría un dinero que no le sobraba, más bien dicho rascaría cielo y tierra para encontrar unos pesos que no debía gastar en mí, sino en él y en su familia.

Me miró con su cara ancha, tímida, sonriente, sus ojos azules, candorosos, aguardando mi respuesta, levemente desesperado, como si un no de mi parte lo hubiese hecho llorar, y me repitió varias veces:

-¿Viene, vendrá?

-Cómo no -le dije desconcertado.

¿Qué diablos comeremos?, pensé mirando su chaqueta raída, sus pantalones parchados, la camiseta polera sin botones, su barba rala, su cara limpia de hombre sin edad. Luego me arrepentí de haber aceptado. Pude darle cualquiera excusa, causarle una decepción, dejarlo, incluso, humillado. Pero así son las cosas y así es a veces la gente: nos matan por la misma desazón con que quisiéramos perdonarlos.

-Vamos -le dije poniéndole el brazo sobre el hombro.

Pienso que nos dimos ánimos mutuamente con esa sonrisa y esas palmaditas en la espalda. El llevaba marcado el terror de su gesto absurdo. Iría pensando en su mujer; la explicación necesaria, la expresión de ella: impotencia, rabia reprimida, catástrofe. Los niños. Estarían sucios, llorando, hambrientos. El suegro. ¡Quién sabe! Borracho. O peor, queriendo contar sus historias largas, fomes, patéticas.

Nos colgamos de un micro y empezamos a ver los paraderos y las gentes aleteando, como diciendo adiós desde alguna isla. Santorio, el amigo, me observaba y sonreía. El viento le daba de frente en la cara. Iba contento. Con el codo me tocaba yo la cartera, asegurándome. No es que me llevara mucha plata, aunque había cobrado mi sueldo en la mañana, pero colgado de una pisadera, la chaqueta volando, los brazos abiertos. Nunca se sabe.

-Le va a gustar -me dijo mirándome fijamente-, toda mi gente es muy amistosa y querendona. Ya va a ver, el suegro es un poco pesado, pero sólo por la vejez. Chocho. Los cabros los mandamos a la cama. Ni pío. Mi mujer llamará a su hermano. Comeremos a la suerte de la olla, usted comprende.

-Claro, no faltaba más.

-Y después -cómo le brillaron los ojos- el póquer perfecto. Cinco. Usted, yo, mi suegro, mi cuñado y su mujer. ¡La estrella solitaria! Perfecto.

A Santorio lo había conocido en un club de Miraflores: La Hermandad de Balleneros jubilados, mitad cantina, mitad restaurante, en verdad un garito para muertos de hambre como él, como yo. Se jugaban cacho y naipes. Al cacho, los jetones empleados públicos, más vineros que tahúres: llegaban pasado el mediodía, pálidos, ojerosos, obesos, pidiendo bicarbonato, tomaban el

cacho con pulso tembloroso, recuperaban fuerza, pedían su primera caña, se comían un sandwich de arrollado, agarraban vuelo, una segunda caña, una tercera, una botella de blanco bien helada, póquer de ases contra tres reinas, queso y aceitunas, una botella de Don Matías, pichanga, van a ser las dos, que se jodan, un platito cualquiera, ¿porotos con plateada? ¿con plateada, dijo? ¿sólo porotos?, pero ¿qué es esto?, ¿una fuente de soda?, ni que fuéramos congrios. Después por la pendiente: se iban alineando las botellas, los platos, los vasos. ¿Las tres? ¿Vamos donde la Pecho de Palo? ¿Está loco, compañero? Me capan. Debería estar en la oficina ya. Pierdo la pega.

Y se iban.

Pero nosotros no. En una mesa esquinada, como corresponde, se armaba la estrella diurna: cinco puntas alertas, sabias, observadoras, temibles, agónicas. Las cartas se desplazaban silenciosas con un resbalar de olas por las manos; a veces, un chasquido, una mueca disimulada, un garabato entre dientes. Se bebía poco. Pilsener. Un borgoña. Chufly. No nos veíamos. Ni hacia falta. ¿Quiénes éramos? Daba lo mismo. jubilado alguno, profesor otro, cierto periodista, unos veguinos (verduras en la madrugada), de vez en cuando un zorzal. Ahí sí que sonaban los vasos. Y mucho, mucho vivaracho, tiburón pasajero, oliendo la resaca, husmeando, mordiendo, rara vez tragando, y pasando, luego, a mejores aguas.

Nuestra mesa era sagrada, así como nuestras sillas bajo la pupila mosqueada del reloj con campana, respetados por el empleado público, el curado y su consorte, el concesionario y el mozo, que nos conocían por nuestro nombre y nos sacaban lustre con un gangocho sucio y ágil.

¿Afuera? La pesada siesta del centro, echándose con su mole de sol contra el Santa Lucía; a veces el atardecer rápido hacia la población, hacia el hogar, hacia la amiga que todavía espera; a veces la noche pasada, sin hora, un solo vacío de luces y buses, la vaga, y extraña carrera a ninguna parte, con los bolsillos vacíos.

Santorio jugaba y yo jugaba. De donde sacaba su plata, de donde sacaba la mía, carecía de importancia. Arriesgaba poco y jugaba bien. Desaparecía por temporadas. ¿Punga? No lo creo. Comerciante, quizás, mercado de las pulgas con sucursal en el centro. O, a lo mejor, electricista o mecánico. Algo por el estilo. Con su propio horario. Pienso que jugando se hacia su sueldo. A costillas de todos. De mi también. Aunque menos. A veces pensé que podía ser mueblista, por las manos: firmes pero finas, hábiles, rápidas, una que otra gota de barniz, ligero olor a aguarrás. Nunca intimamos. No se estilaba ahí. Salud, salud. Hasta luego, hasta luego. Humo y cenizas. Al borde de la mesa, en la penumbra, con los dedos tiesos, nos despreciábamos, nos odiábamos, nos aguantábamos.

Hasta hoy. Hoy que, de repente, me invitó a comer.

La primera impresión fue desastrosa. Aquí cogotean en día claro. Detrás de la Avenida Matta, calle corta, empedrada, llena de hoyos, restos de una vereda, simulacros de visillos en las ventanas rotas de unas casitas de puertas tiznadas, allí donde soplan el cisco del brasero. A mitad de la cuadra, una cochera inmensa, los tabloncillos del portón sueltos mal clavados, olor a caballo, es decir a bosta, pero no hay caballos sino esqueletos de autos, carrocerías sin ruedas, motores abiertos, destripados, latas, llantas y pozas de aceite. Un solo ñato botado en el suelo con las manos ocupadas en los restos de un micro.

Y, entonces, la casa. ¡Dios Santo! Un conventillo. Pero Santorio no se inmuta. Llegamos, dice sonriendo: Adelante. ¿Adelante? Pero por dónde. Lo que veo es una cortina metálica de almacén, ploma, embarrada.

-¿Por dónde, compañero?

-Por aquí, pues.

Y veo que en realidad hay una puerta y un largo corredor de tierra donde noto algunas sombras echadas.

-Curados de mierda -dice Santorio-. En la noche no me importa, hace frío y nadie puede negarle a nadie un techo. Curados o pelusas, está bien. Aunque el olorcito que dejan es de fosa común. De día, es otra cosa.

Pasamos tratando de no pisarlos. Parece campo de batalla. Santorio se para frente a una puerta. Tropiezo en una olla que luce un bambú amarillo y seco como un plumero. La puerta no está cerrada. Santorio la empuja y entramos.

-Caballero -dice un hombre canoso, moreno, que parece cajón.

-A sus órdenes.

-Mi suegro -dice Santorio-, y aquí, mi cuñado.

-Cómo le vaaaa...

¡Bah! No lo había visto. Es un hombre grueso, pálido, de facciones suaves, ojos muy claros, bondadoso. Se levanta a saludarme y noto que tiene un brazo más corto que el otro. Lleva una chaqueta blanca, como de enfermero o, tal vez, de mozo. Difícil decir porque la pieza es oscura. pero limpia, ordenada. Siento en la nariz el polvillo que levantó una escoba reciente y la humedad del agua rociada sobre las tablas.

-Mi cuñaaaaa...

-A sus órdenes.

No la distingo bien.

-Sara, Sarita, ya llegamos. Vengo con el amigo.

Entra la mujer secándose las manos en el delantal.

-Señora, siento que le caiga como paracaidista.

-De ninguna manera, qué gusto tenerlo, pase no más... Aquí, aquí, en esta silla.

-¿Por qué? ¿Por qué? La mujer era delgada, pálida, con unos ojos oscuros muy intensos y serios, bien vestida, segura de sí misma; ¿Para desplumarme? Claro que tenía mi sueldo en billetitos en la cartera. pero ¿cómo iba a saber Santorio? Tampoco podían tocarme como un casero. Pajarones serán otros. ¿Por qué, entonces? Debajo del delantal le noté un traje sastre, gastado pero decente, y las medias eran finas y las piernas bien hechas, sin escándalo, pero bien, bastante bien.

La cuñada era china. Esto me sorprendió y me desconcertó un tanto. Sin embargo, poco tenía de raro. Había en esa pieza algo que trascendía más allá del conventillo; un aire a vecindario de San Diego, me explico, paquetería de turcos, panadería de gallegos, botillería de chilenos, peluquería de maracos, ¿se entiende?, algo internacional en ese sillón floreado y con hilachas, en los pañitos de mesa y en las flores de papel, en el calendario del año pasado y en la fotografía de un club de fútbol argentino, en el olor, eso sí, en el olorcillo a fritanga combinado con áspero aroma a un perrito ya conocido pero no por eso desechado. Una pieza con mucha vida en la que van amontonándose, como trofeos, algunas pobrezas y, presentimiento no más, una que otra viveza de Santorio y su santoral.

-Un millón de gracias. ¡Cómo se fueron a molestar! Yo le decía a Santorio, aquí, que cómo se le ocurre, causarle tantas molestias, pues, señora.

-Pero si no es ninguna molestia.

-Salud, entonces.

Santorio estaba contento. Corría de un lado para otro, cambiaba de puesto las sillas más desfondadas, pasaba pan, llenaba los vasos.

-Déjeme contarle una vez que jugué póquer con ladrillos -dijo el suegro.

Me volvió la confianza. No hay duda, pensé, Santorio echa una cana al aire, habrá ganado una cartilla, yo soy factor decorativo, nada de misterio, ¡qué fregar!

-Salud, pues, Muy gracioso eso que cuenta. ¿Con ladrillos decía?

La primera inquietud me la produjo el vino. Tomábamos un litrié que parecía venir de algún florero de esos que no les cambian el agua, me explico, traía no sólo el gusto de las acequias que regaron las parras, sino el sedimento aterciopelado y salmonello. ¡Qué vinagrera!, pensé buscando ya por la pieza a ver si tenían bicarbonato. Luego me preocupó que con el vino, para pasarlo, no hubiera más que pan. No están preparados, pensé. Ni aceitunas. Aguantar, me dije, a lo hecho pecho, como dicen las nodrizas.

La señora desaparecía en la cocina y volvía, de vez en cuando, a darnos esperanzas. Afuera, era noche, como dice el tango; pensé: "Si hubiera alguna música". Y Santorio captó la onda. De un cajón de la cómoda sacó una radio de pilas y la puso a toda fuerza.

Se nos había acabado el tema de conversación, a pesar de que el viejo seguía como si nada, haciéndole empeño a ser chistoso. El cuñado sonreía callado y tan circunspecto que daban ganas de abrazarlo. La china, su mujer, si que no decía ni pío, ni hacía ruido, pero se fijaba en todo, interesada, como si estuviera visitando el país.

Santorio iba cambiando. Lo advertí poco a poco. Su euforia inicial se destefnía. No se tranquilizaba, sin embargo. Por el contrario, agitábase más, aunque de otro modo, menos obvio, sin moverse ahora, clavado en su silla, tomando vino a la fuerza, mirándonos de a uno por uno, sin reconocernos. Yo hubiera querido apaciguarlo, pero el vino se me iba atragantando y me costaba ser amable.

Por fin nos sentamos a la mesa. Pasaron cosas pequeñas y rápidas, no muchas, fritas. Hay que tragar el vino, pensé, borrarlo, acabar con él. Pero no se acababa nunca. En cambio, el salpicón y el pescado se terminaron de repente, y note angustiado que todos nos habíamos quedado con hambre.

-Sírvase pan, sírvase, señor, no tenga vergüenza.

¡Qué vergüenza! Si lo que tengo es hambre, pero no de pan. A lo mejor viene un asado. Ilusiones. No vino asado ni vino nada. Se acabó. Nos quedamos callados, ensayando los dientes, rascando la mesa, observándonos de reojo, con odio.

La Sarita contó que trabajaba en unos baños turcos, más de cien horas al día. Los guatones que se ven. Y los colisas. Trabaja como china, dijo el suegro, pero en seguida miró a la china y se asustó.

El cuadro, entonces, se me aclaró un tanto, porque si la Sarita echaba el bofe trabajando, Santorio sería siempre un cesante, por lo menos mientras pudiera jugar a las cartas.

-Por eso tiene tanto tiempo Santorio -le dije-, queriendo agradecerlo.

-¿No es cierto? Por que si no, ¿se da cuenta? Todo el día esperando a la Sarita en la casa sería un suplicio.

-Sería un suplicio -repitió el suegro.

-Claro, un suplicio -dijo el cuñado.

-Un suplicio -dije yo.

La Sarita había entrado al dormitorio porque uno de los chiquillos berreaba.

-¿Y qué les parece si jugamos un ratito? -preguntó Santorio, y, sin esperar la respuesta, abrió la cómoda otra vez y sacó una baraja. Se le había congestionado el rostro y en el pecho y en la espalda le noté la camiseta muy sudada.

Cuando echó las cartas sobre la mesa hubo un movimiento general de agrado, un desahogo. Por primera vez desde mi llegada sentí que nos entendíamos. Yo observaba. Sin impertinencia, se comprende. Inventariando. Cuantos parches, cuánta suela rota, y los paquetitos de todo, de sal, de azúcar, de té, en papel de diario, y los gangochos y los platos y la tetera, por la cresta, con más manchas que un leopardo, y las cucharas de plomo torcidas y las botellas vacías y otras con aceite o parafina o que sé yo, y el excusado que se alcanzaba a ver de perfil.

-Da la carta más grande.

-Como guste.

-¿Baratito? No más que para entretenerse. Que no se sufra. No estamos nada entre tahúres.

Sacaron porotos que servirían de fichas, un os porotos muy sucios y manoseados.

-¿A cien pesos el poroto?

-A cien pesos.

-¿Pagamos la real?

-Si usted piensa fabricarse una...

El juego no me interesó en un comienzo, lo seguí en forma mecánica, desde afuera, hasta con un poco de impaciencia. Empezaba a molestarme el olor de la pieza. Con la puerta cerrada, suspendido en el aire, como colgando de la ampolleta, había un olor a camiseta, a zapato, mezclado con alguna cosa de niños, vaga, dulzona. El cuñado de Santorio fumaba unos cuetes para matar las moscas. En otras piezas del conventillo se cocinaba y el tufo venía como gas venenoso por entre las tablas y los tabiques. Se cantaba por ahí y era un gogo huachuchero que les hacía competencia a los tangos de la radio de pilas.

Jugaban bien. Nadie se desmedía. Sesión familiar. La de costumbre: se abre con un par de jotas. El suegro doblaba, el yerno se iba al plato. Santorio recogía y la china impasible. En un rincón la Sarita contaba que uno de los chiquillos tenía fiebre. Podía ser la guata. O gripe. Aliviol. Es mucho mejor el dominal. Con pisco. No hay Dada. Se le pasa solo. Es de puro mañoso, no más. Del tema del chiquillo pasó al tema de estar fregados, ¡Cómo se quejaba! Vivían al día. Vivían empeñados y no hay ya qué empeñar. La jubilación del suegro no alcanza ni para el micro cuando hay que ir a cobrarla. ¿No se la ajustan? El es el que se ajusta los pantalones. La cueca de la inflación. Para quejamos los chilenos somas campeones.

Full de reinas -dije con voz muy fuerte, sin poder contenerme, como si jugara en Miraflores, y golpeé las cartas en la mesa. Recogí los porotos con una sola barrida de la mano y de repente me di cuenta de que había barrido al suegro. Por escuchar la conversación le mandé varias veces, sin prestar atención, y él no se corrió. Lo limpié. Amontone los porotos algo cohibido y traté de sonreír. El suegro parecía perro apaleado.

-Será jetón -dijo Santorio-, ¿cómo se atreve a apostar con una miserable pichanga? Y a subir...

Empezaron a retarlo como a un niño chico. Pensé que era broma, pero no, se pusieron pesados.

-Véndame otros porotos -dijo el suegro.

Santorio lo miró con desprecio. Escupió y le contó los porotos.

-Te los debo.

La Sarita y la china me miraban con creciente atención. Yo aparentaba no darme cuenta. Observaban mi manera de jugar, de dar las cartas, seguían el movimiento de mis manos, el brillo de mis colleras. Sentí que no era el juego lo que les interesaba, sino yo y las cosas que era yo: mi reloj, mi traje sin parches, la pierna blanca donde termina el calcetín oscuro, los zapatos lustrados. Me estarían pesando en escudos, tal vez imaginando cuántas veces comía yo al día y qué cosas y que acaso llegaba alguna vez a mi casa con un paquete de fiambres o de pasteles o de galletas para los chiquillos. Me tincó que la incongruencia de la situación consistía en que Santorio, la Sarita y los otros me consideraban un pije, alguien que da lustre a la pieza y cuya visita se recuerda más tarde y queda en la historia del conventillo, y que yo no estaba viviendo ese papel como correspondía ya que me porté tan hambriento como ellos en la mesa, tan tomador de vino y ahora les estaba ganando todos los porotos.

Esto no puede ser. Me dije. Hay que perder y después irse agradecido. Me imaginé saludando cariñosamente y desdeñando la pérdida con un gesto elegante y diciéndoles: "No se preocupen pero si no es nada".

La suerte, por desgracia, no me abandonaba. Suena ridículo. Seguía ganando. Desplumé al suegro por quinta vez, desplumé al yerno. Santorio sacaba y sacaba porotos. La china se retiró. Lo peor era que todos sonreían. Y la Sarita dale con hermanarme con su Santorio como si hubiéramos crecido juntos desde guaguas.

Se acabó el litriado y la Sarita salió a pedir un poco de azúcar para hacer una tacita de té. El chiquillo enfermo había vomitado mientras tanto y ya no chillaba, se quejaba con un murmullo de gato. Pensé que podía perder entregándome al cuñado. Empecé a doblar con escalera rota. Que me vea, que me vea y doble. Nada, el cuñado cayó como mansa paloma: se fue al plato. Tuve que recoger los porotos y de una mirada calculé la ganancia. Debo haberme puesto pálido porque, entre broma y broma, les habría ganado unos cincuenta escudos. Qué barbaridad. La plata de la semana. Del mes. Miré a Santorio y me enternecí. La Sarita dejó de hablar, el suegro se mordía las uñas, el yerno seguía sonriente sin quitarles la vista a los naipes. En Miraflores habría sido la hora del pánico. Boté un full de ases. Inútil. La suerte, como un perrito faldero, se acomodaba a mis pies y me lamía y me lamía. Dieron las doce. En el dormitorio sólo se oía el soplar agitado del niño enfermo. Una gotera golpeaba la olla en la cocina. A la radio se le murieron las pilas.

Santorio sacaba y sacaba porotos. Tenía los ojos irritados, pero el pulso firme. Había dos soluciones: o detener el juego e irme con la cochina sensación de haber desplumado a esta santa familia, o devolverle la plata a Santorio. Pensé que esto último era lo apropiado o justo. Formé la frase necesaria, imaginé la escena, me dispuse a hablar y me encontré con su mirada. El tahúr experimentado, el psicólogo de garito, me adivinó la intención y me desarmó con una cólera

despreciativa, sarcástica, en la que había aún cierta luz de simpatía, de admiración totalmente absurda por mí y por lo que yo era. Bajé la vista y me concentré en las cartas.

Pasaron algunos minutos. Nadie decía nada. Al suegro le temblaba la barbilla.

-Creo que es hora de ir partiendo -dije.

Como quiera, amigo, pero por nosotros no se apure. Somos trasnochadores por naturaleza. ¿No es cierto?

-Es tarde, compañero.

Y empezaron a contar los porotos que le había ganado, y cada fila, cada montoncito de cinco escudos era un garrotazo que les caía a todos sobre la cabeza. Hasta la luz se había hecho mas amarillenta y las sillas, el hule de la mesa, los paquetes de diario, todo se desintegraba, viejo y pobre.

Me eché la plata a la billetera, sentí el bulto que hacia mi sueldo, intocado, y me despedí. Santorio insistió en acompañarme. Salimos a la Avenida Matta envueltos en un aire frío, azul, anunciador de escarchas. Ni una nube, todo calma, brillante. En los bares quedaban ya pocas sombras, desdibujadas en las mamparas opacas.

Esperamos el micro. Cuando apareció a lo lejos, Santorio se puso frente a mí, con su cara abierta de niño Jesús italiano, el pelo revuelto, la camiseta sudada, y me abrazó. Sentí sus brazos fuertes a mi alrededor, el toque rápido nervioso de sus dedos en mis hombros, en el pecho, y devolví su sonrisa emocionado.

-Buena noches, compañero.

Subí de un salto al micro. Al meter la mano al bolsillo para pagar pensé en los malditos escudos del póquer y traté de sacar la cartera sin tocarlos. Hundí la mano y se me fue hasta el fondo. Un vacío tibio, grande. Empezé a hurgar con desesperación. Nada. El chofer me miraba dudoso. Los pasajeros se fijaron en mi ahora y algunos empezaron a sonreír. Me busqué en todos los bolsillos.

Partió el micro. Me rodeó de pronto un círculo de caras burlonas. Seguí buscando frenético. Mire por la ventanilla. Santorio me observaba; inocente, distante, un poco borrado por la suave oscuridad del suburbio, los ojos tiernos, diciéndome adiós, hasta la vista, pajarón.

AUGUSTO CESPEDES

AUGUSTO CESPEDES nació en la ciudad de Cochabamba en 1904. Es el iniciador de la gran narrativa en Bolivia. Sus libros lo confirman. *Sangre de Mestizos* es la realidad de América con toda la crueldad que impone su geografía y la miopía de los regímenes que gobiernan sus Estados. *Metal del Diablo*, la más agresiva actitud militante ante el autoritario imperio de la minería en Bolivia. *El Dictador Suicida*, que es el historial de la vida y la muerte del presidente boliviano German Busch, escrito en un estilo audaz y brillante en el que se mezcla una dosis de cólera con otra de humorismo.

El pensamiento dinámico de Céspedes se ha volcado en el periodismo, realizando una labor polémica y combativa sin precedentes en su patria.

Es autor de *Sangre de Mestizos* (Relatos de la Guerra del Chaco), Santiago de Chile, 1936. *Metal del Diablo*, Buenos Aires, 1946. *El Dictador Suicida* (40 años de la Historia de Bolivia), Santiago de Chile, 1956.

EL DIPUTADO MUDO

Pido la palabra.

El rayo de sol, afilado entre una alta columna y el borde del cortinón rojo, se escurrió hasta plena hemicycle, abrigó con bruñido de plata cincelada el micrófono e hizo pestañear al Honorable Tadeo Nájera que se disponía a hablar. La atmósfera se iluminó con un huracán de corpúsculos que habrían dado a la asamblea aspecto de interior de catedral si no fuese que en las catedrales no se fuma. Las espirales de humo se enredaron en un rayo de sol.

Tocándole el sol en la cara despertó al diputado Honorato Hintenso, sentado en la fila inferior, debajo de Nájera. Las cinco de la tarde, hora fatal en que le invadía un letargo de boa, y también la hora en que penetraba esa intrusa claridad a despertarle y ponerle en primer plano. Ante sus ojos parpadeantes el alto mural cotidiano, estilo Segunda República. Grandes cortinas rojas cubriendo el sector anterior del recinto, los aros concéntricos de caras cobrizas de los padres de la patria y en el sector posterior, entre columnas corintias, las tribunas de preferencia con doseles bordados y, más arriba, las galerías en que se amasaba la plebe. Había mucho público porque, por primera vez, había en la Cámara una bancada opositora.

-Pido la palabra.

Desde su elevada testera, el Presidente con corbata de moño y labios de riñón, emitió la frase ritual:

-Tiene la palabra el Honorable Nájera.

Un centenar de rostros y bustos atrincherados en los pupitres se volvió hacia el orador que se puso de pie, como si se suspendiera él mismo con los pulgares bajo las solapas. Su cabeza rapada y mulculosa empezó a transfigurarse. Era el orador de mejor labia en la asamblea y ocupaba el pupitre de la fila superior, precisamente encima de Hintenso, de modo que las miradas concentradas parecían dirigirse también a éste. Cada vez que Nájera hablaba, Hintenso debía dejar de dormir. Formaba parte del auditorio pero, puesto de cara a él, integraba en cierto modo el discurso mismo del cual percibía, sin verla, la escenificación que se operaba a sus espaldas.

La escenificación de Nájera era espontáneamente tribunicia: sereno ademán, tristeza en los ojos, manos en la solapa, pero cuando ingresaba a su especialidad, la gradación, se amplificaba hasta parecerse al Jehová descrito por Emilio Castelar a quien admiraba e imitaba.

Exactamente a su frente se sentaba la bancada opositora. En cumplimiento del Pacto de Miami Beach, el Presidente Vitalicio había llamado a elecciones para dejar el gobierno a su hijo y conceder a la oposición un cupo del 10 por ciento de asientos. Su larga exclusión del Parlamento acumuló violencia y no eran raras las interrupciones airadas que partían del grupo minoritario, a veces acompañadas de un vasazo con restos de coca-cola. Hintenso, en el campo de tiro, estaba en continuo peligro de recibir gratuitamente los disparos.

Ya bien despierto, escuchó a Nájera:

..."y he aquí que la oposición nos expone este caprichoso, risueño e irritante paralogismo: que el Gobierno publique sus gastos reservados que, por su misma definición, ¡son reservados!"

Risas y aplausos. Hintenso escuchaba, un poco torcido el cuello para esquivar el rayo de luz, sintiéndose vigilado por centenares de ojos convertidos en órganos de audición. imposible salir al urinario. Ni siquiera encender un cigarrillo, porque ese acto suyo quebraría el orden geoméricamente escalonado entre el discurso y la atención colectiva. ¡Qué contraste

espectacular! Nájera, la más eminente y verbosa figura del Parlamento, y sentado a medio metro de él, Hintenso que jamás había podido hablar ni siquiera un minuto.

Nájera ingresaba al crescendo en defensa de una concesión de una mina de cinc y cadmio: "No se impugna esta patriótica concesión con sano intento de remediar nuestros males sempiternos. Se la impugna por consigna y acuerdo comanditario para deslizar rumores de soborno que no pueden abatir la roca de nuestras convicciones democráticas".

Entre los aplausos de la mayoría, Hintenso se sentía blanco de las miradas severas del grupo opositor, cuyos componentes, con los brazos cruzados, guardaban la consigna de no interrumpir al orador para no ser señalados como enemigos de una inversión de capital extranjero. Por fortuna la luz del día se replegó. Huyó el tropel de polvo proclamado por el sol, se disiparon las formas del humo de los cigarrillos y el ambiente adquirió calma de estanque sobre el que la palabra de Nájera dibujó ondas moderadas, sin dejar de agitar algunas para salpicar a la bancada opositora, mojada como un arrecife. Hintenso sintió un alivio al comprobar que los espectadores ya no parecían mirarle, como si hubiera desaparecido. Sólo Nájera existía ante la atención del auditorio que se hacía más redonda, tan sin pliegues ni pensamientos como la calva del Ministro de Inversiones Foráneas que había sido ecónomo del palacio presidencial.

..."frente a esta empresa acreditada en toda la costa del Pacífico, se perciben en la penumbra los apetitos de otra empresa rival cuyas maniobras no merecen ser traídas a este ilustre colegio..."

Ahora Nájera ingresaba al maestoso: manos extendidas con las palmas hacia abajo, magnetizando a toda la asamblea, incluso a los opositores a quienes cesó de afrentar para tocarles la fibra del patriotismo. "Cuando se trata de los grandes negocios del Estado, cuando se trata del porvenir de la patria, no hay, no debe haber, egregios colegas, ni demócratas ni totalitarios; todos formamos un solo ejército, el ejército del Desarrollo, guiados por ese símbolo que es la rueda dentada del Progreso nacional y cristiano".

Las palomas de los aplausos revolotearon entre las columnas y describieron círculos alrededor de las bancas y los escritorios. Los opositores no aplaudieron, pero hicieron ademanes de asentimiento que fueron elogiados por la prensa como indicios de su patriotismo.

Las manos de los diputados más próximos se extendieron para felicitar al orador. Hintenso no lo hizo. Mientras aún sonaba el aguacero de los aplausos se escurrió y salió a tomar en el bar una tableta efervescente. La elocuencia de Nájera le provocaba acidez en el esófago. Su verbosidad ofendía su silencio de diputado consagrado como el más taciturno en la historia del parlamento.

Otra categoría de silencio, sano y terso, conoció en su mocedad. Vibraba el aire del trópico y el cafetal le reservaba una sombra confidencial y callada que, por cierta magia botánica, era impenetrable a los mosquitos.

El suelo era limpio y allá, con su elocuencia natural, sabía atraer a algunas compañeras de paseo convenciéndolas para desviarse del camino real y penetrar por el sendero. No fue de naturaleza taciturna en su adolescencia ni en su primera juventud.

Su padre, don Higinio, gran propietario de cafetales y cañaverales, se adjudicaba más bien facultades parlamentarias. Diputado eterno por la provincia, decidió transmitirle ese derecho a su hijo.

Esta decisión habría seguido su curso patriarcal si no incubara igual proyecto el doctor Peramás, terrateniente vecino que deseaba también hacer diputado a su hijo. Don Higinio era amigo del Presidente Vitalicio y asociado con él en su juventud en el comercio de aborígenes para la zafra. El doctor Peramás, amigo del Presidente Constitucional (hijo natural del Vitalicio y a quien

se le llamaba el Generalicio), socio de este en el monopolio de máquinas tragamonedas y de abarcas de llantas usadas.

La pugna se hizo cuestión de amor propio familiar. El Vitalicio y el Generalicio dejaron en libertad la competencia. Los Hintenso y los Peramás disputaron palmo a palmo la provincia con yacimientos minerales y cultivos tropicales, una confabulación orgánica e inorgánica de riquezas dormidas, según la definición del honorable Nájera.

Puja de billetes, alcohol con naranja, ron en cantidades oceánicas, choques a puño y a cuchillo, encuentros a bala, discursos y boletines, dieron realmente a la elección un cariz de libertad.

Hintenso, próximo a la treintena, moreno de cabellos ensortijados, labios gruesos y dientes muy blancos, recorría a caballo o en auto los caminos de la extensa provincia, ondulantes entre naranjales y bananeros, pronunciando discursos, bebiendo del mismo vaso que sus partidarios y exhibiendo guayaberas de colores que atraían a las muchachas. Hintenso no olvidó nunca la tarde del accidente. En un amplio canchón de una casa de hacienda al pie de una colina boscosa, Hintenso empujado sobre una mesa arengaba a un numeroso grupo de campesinos. Decía: "Peramás quedara convertido definitivamente en Peramenos..." cuando brotó de la colina, como una bandada de pájaros, una alevosa pedrea. Repuestos del pánico los partidarios de Hintenso ahuyentaron a los alevosos a balazos y solamente después advirtieron que su candidato yacía en el suelo sin sentido, con la cabeza ensangrentada. Trasladado al sanatorio más próximo se comprobó una conmoción cerebral. Deliraba continuamente y su delirio consistió en proferir dislate tras dislate durante veinticuatro horas. Poco a poco recuperó el sentido y sanó en el transcurso de una semana. Pudo asistir a la plaza de la capital del distrito el día de la elección, con una venda en la cabeza, a sellar su triunfo. Los electores le alzaron en hombros y le condujeron hasta el balcón del municipio. Su tez morena, sus dientes brillantes y su venda fueron aclamados.

Es entonces que, al hablar, su discurso exteriorizó los mismos rasgos de incoherencia que los pronunciados durante su delirio en el sanatorio. Cada frase disparatada que lanzaba provocaba vítores y aplausos, pero Hintenso comprobó angustiado que su vocabulario se evadía incontinentemente hacia el absurdo.

Cuando pensó "éste es el perfecto triunfo de un domingo de gloria" se oyó decir: "éste es el proyecto triunfo de un domingo de la gran siete" y, al terminar, cuando quiso decir "¡Viva el Partido Progresista!", su boca pronunció: "¡Viva el Podrido de la Siesta!". La multitud delirante aclamó este final con estruendosos vítores y disparos de escopeta.

Hintenso observó que si bien la masa no había entendido sus equivocaciones, en cambio algunos vecinos notables que estaban a su lado le miraron estupefactos. Le acometió el pánico y pretextando su estado de salud se despidió rápidamente. Apenas llegado a su casa se cerró a solas en su dormitorio e improvisó un monólogo comprobando que el lenguaje obedecía a su pensamiento. Sacó en consecuencia que la presencia del público ocasionaba su extravío verbal.

A poco se trasladó a la capital y juró el cargo de diputado en sesión memorable, entre aplausos y flores, vestido de jaquet un poco apretado, porque engordaba rápidamente.

Un año. Murió su padre haciéndole jurar que jamás cedería la diputación a su rival Peramás. Un año y ni un discurso. Su conciencia le acusaba a diario de dejar pasar, buscando fútiles evasivas, toda oportunidad de romper la virginidad de su mutismo. Pero apenas le venía la idea de hablar, el gusanillo del temor de incurrir nuevamente en la incoherencia y el dislate reprimía su intención. Esta inhibición, día que pasaba, le apartaba más del mundo de la comunicación fonética, marginándolo de sus colegas, cual un hombre que no supiese nadar entre atletas que hacían cabriolas en la piscina de los debates. El símil se completaba con la cumplida asistencia de Hintenso a las sesiones, atraído por el deporte de su predilección que estudiaba en sus detalles y estilizaciones.

Los bustos de Demóstenes, Cicerón, San Juan Crisóstomo (llamado Pica de Oro) Mirabeau, Castelar y dos oradores de la historia local, le miraban desdeñosamente desde la cornisa encima de la testera. El escuchaba que no sólo hablaban con desenvoltura oradores natos como Nájera, sino que todos, aun los palurdos y paletos, se ponían de pie y audazmente platicaban, insensibles a la crítica ajena como a la autocensura.

Unos de pie, otros sentados, unos sanos y otros "templados", atrapaban los temas al vuelo como la iguana alas moscas: aumento de peaje a los campesinos transportadores de hortalizas, gavelas a las vendedoras del mercado, gravámenes al ingreso a los cines y a los pasajes de tranvía, etc., en contrapunto con votos de felicidad y larga vida al Vitalicio y a su heredero el Generalicio, oraciones en honor de los colores de la bandera y leyes de estímulo a la Empresa Privada y a la inversión del Capital, palabras que en boca de todos los padres de la Patria parecían siempre articuladas con mayúscula.

Todos peroraban. Circuido por las ondas acústicas del recinto, con los ojos oblicuos entornados, enlazaba con el humo de los cigarrillos en el vacío ambarino el rumor de lentas palabras.

Se indignaba interiormente al oír al Ministro del Comercio Exterior que se vanagloriaba de haber prohibido la importación de automóviles Mercedes Benz después de haber internado, para él y su familia, veinticinco unidades. Sonreía también, interiormente, cuando el Ministro de Turismo proponía instalar casinos de juego atendidos por mujeres no mayores de veinte años "a fin de impulsar nuestra industria sin chimeneas".

Se dormía ante el Ministro del Tesoro, que sumaba durante horas enteras los intereses de la deuda consolidada y de los empréstitos flotantes y de los bonos de primera, segunda y tercera hipoteca, convertidos en un nuevo tipo sumamente ventajoso.

Le gustaban más las cuestiones de privilegio parlamentario, motivadas regularmente por conflictos entre diputados que violaban la Ley Anti. alcohólica y agentes de la policía que exigían una "mordida" para no cerrar un cabaret precisamente a la hora en que brotaban del suelo las serpientes del porro, del cha-cha-chá y del merecumbé, hora que coincidía con la del toque de queda. En el país convivían simultáneamente el Vitalicio, abstemio, el Generalicio, etílico, la ley de la templanza, el toque de queda y el parlamento.

Formulaba in mente réplicas vivaces y argucias originales, y disimulaba su timidez fingiéndose siempre afónico. Buscando combatir su mutismo pensó que la mejor manera de precaverse de la dislalia sería equiparse con el conocimiento de la técnica y las formas de la elocuencia. Adquirió primero una edición argentina de *Los titanes de la oratoria*, después *El Arte de Hablar* de Herosilla, el *De Oratore* de Cicerón, y los *Diálogos sobre la Elocuencia* de Fenelon. Esas lecturas no le enseñaron a vencer su aprensión. Antes bien, se acostumbró a leer en silencio a los maestros de la oratoria.

No podía hablar, no por ignorancia ni por falta de ideación y razonamiento sino porque algo siniestro, criado y engordado dentro de él, un parasito empinado sobre su diafragma estaba, como un agente de tránsito, siempre vigilante para cerrar la vía de su respiración si pretendía hablar en público. El aire entraba por sus fauces a su ancha caja torácica y de allá no salía más que en forma de cuchicheo. Día que pasaba, sesión que se sumaba, su inhibición se fraguaba como el cemento, cada vez más átono y compacto.

Tercer año. Ni un discurso. En aquel tiempo llegó a la capital, precedido de gran nombradía, el psicoanalista español Tinajera y Ollé, que se calificaba antagonista de la escuela de Viena, más partidario de la de Zurich, pero que había lograda una síntesis en el Instituto de Sordomudos de Bolonia.

Después de largos días de reflexión fue a consultarlo.

-Doctor -le dijo en voz muy baja- mi caso es raro: no puedo hablar.

-Vamos ...hablando está usted.

-No puedo hablar en público ...y soy diputado.

-Permítame entonces, su señoría.

Le hizo desnudar, le ordenó caminar en dirección de su dedo en alto, le golpeó con un martillo sobre la rodilla doblada, le auscultó los pulmones, casi se introdujo en su laringe con una linterna en la frente, le mandó gritar, le hizo contar, le sometió a prueba de zumbadores y vibradores, le dio a leer un diccionario en voz alta, le hizo recostarse con una toalla en la cintura, dejó en penumbra el consultorio y colocado detrás de su cabecera, le formuló un interrogatorio:

-Veamos, formemos algunas asociaciones.

Una hora duró el interrogatorio. Le permitió vestirse y le diagnosticó:

-Se trata de una disfasia atípica, de origen traumático, con prolongaciones neuróticas. Usted es víctima del complejo de Hipólito.

-¿Era un griego, doctor?

-No, Hipólito Irigoyen, Presidente de la República Argentina, que jamás habló en público.

-Y el remedio...

-La explicación que le daré ahora es ya una receta. La pedrada que recibió en la cabeza le causó solamente un trauma orgánico, transitorio, del que sanó perfectamente. Sus centros de ideación, el motor del lenguaje, la fisiología de la locución, todo anda bien. Pero usted, al entrar en maldita hora al parlamento y empeñarse en no hablar, permitió que ese trauma se traslade a su subconsciente. Ahí lo tiene usted, aposentado como un lobanillo que de seguir creciendo tapará a su señoría como las valvas de una ostra... con su Señoría dentro ¡Qué demonios!

-¿Es grave entonces?

-Grave relativamente, porque un diputado, vamos, debería decir algo para justificar la dieta. Pero no incurable. Se ha hecho usted un mito de una tontería. Disipe el mito y para conseguirlo, empiece con practicas de autodefensa que vayan eliminando el lobanillo, digo su represión. Dígame: ,como se empieza un discurso en la Cámara?

-Bueno, primero se pide la palabra.

-¡Bravo! Es tarea fácil si se lo propone. A ver, vamos, diga: pido la palabra.

Hintenso se puso rojo y tosió.

-No piense en nada, sino en decir "pido la palabra". Dígalo.

-Pi... pi... pi...

-Hombre, parece un agente de tráfico. Venga aquí, a la luz.

Míreme de frente. Diga: pi-do-la-pa-la-bra ¡o le rompo la jeta!

Cinco sesiones de este ejercicio tuvieron éxito. Hintenso pudo decir de corrido "Pido la palabra", pero solamente en presencia de Tinajeras y Ollé que le pasó la cuenta por mil dólares.

Bajo el dombo pintado de Famas, Glorias y Libertadores, resonaba una voz:

"Pido la palabra".

"Tiene la palabra el honorable Barrionuevo".

"Pido la palabra".

"Tiene la palabra el honorable Poroto".

¿Habría calculado el sabio profesor español hasta dónde esa sencilla fórmula parlamentaria tenía una potencia creadora?

Hintenso, en sus largas sesiones de oyente mudo, descubrió que la concesión del uso de la palabra por el Presidente no era sólo una concesión simbólica sino una dádiva real, un acto mágico del Presidente, quien con esa frase cabalística hacía donación efectiva de la facultad de hablar. Cuando decía: "Tiene la palabra el honorable diputado", ese diputado hablaba. Y a la inversa, cuando el Presidente decía: "El honorable diputado no tiene la palabra", ese diputado no podía hablar.

Esta observación llevó a Hintenso a comprender que la palabra no era solamente un acto mecánico, una expulsión regulada del aire a través de las cuerdas vocales, la vibración de ondas articuladas por la maraca lenguo-palatino-dental, sino que debajo de la cúpula del Parlamento había un tesoro en el que estaban depositadas las ideas con sus diversos sellos de sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios, interjecciones, todas las partes de la oración objetiva. Cada diputado tenía su cuenta corriente de palabras y era el Presidente el depositario de la llave de ese tesoro idiomático. En el granero de las ideas puras aguardaba el discurso su destino y era el Presidente quien, con una frase esotérica, concedía a cada diputado su lote de cláusula tribunicia. El paladar era también una cúpula.

Este descubrimiento, digno de los megáricos de Atenas, puso a Hintenso en contacto directo con la sustancia de la palabra.

No deseó más solicitarla, ni se preocupó más del psiconalista Tinajeras, de quien supo que se había ido dejando este diagnóstico:

"No he hallado clientes aislados. Pero este país se está hundiendo con sus complejos colectivos".

Cuarto año de diputación. Ningún discurso. Se dedicó a interpretar los discursos de sus colegas o de los ministros, de acuerdo a su fisonomía: canarios y tordos de altos timbres, albañiles que construían con ladrillos de cifras una muralla que el Ministro de la Deuda Externa sólo podía derribar con la dinamita del voto de la mayoría, dejando una polvareda de escándalo; batracios de mirada aviesa y voz ronca que croaban apoyando al gobierno o cocodrilos traídos de la selva que se dormían sobre el pupitre volcando los vasos de coca-cola, porque generalmente acudían a las sesiones después de una gran noche de juerga.

Hintenso dejó el incómodo asiento que tenía delante de Nájera y se trasladó a uno de fila posterior, colocado sobre el fondo de la gran cortina roja, al lado del honorable Kunkar que muy raramente hablaba.

Desde ahí contemplaba a los diputados, sus maniobras y sus palabras: las veía, huecas y elásticas como pelotas.

Se vivía una época de palabras. El mundo del sonido articulado había reemplazado al mundo real. Desde el extranjero llegaban cargamentos de palabras: Civilización, Cristianismo, Democracia, Empresa Privada, Libertad, Inversión Privada, Desarrollo, Progreso, palabras que

oponían su brillo a aquellas oscuras y sacrílegas: Totalitarismo, Dictadura, Intervencionismo Estatal, Universidad Libre,

El Honorable Nájera pedía disculpas para emplear el término "marxismo-leninismo" y se inclinaba cuando pronunciaba el vocablo "legítimas ganancias", Palabras que ingresaban por las puertas traídas en las carpetas de los ministros, dobladas en los bolsillos de los diputados, palabras que caían de los altos ventanales y se convertían en pajaritas de papel sobre los pupitres. En cierta ocasión, sobre el tinglado ministerial, se derramaron como monedas de oro y rodaron por el piso.

Hintenso se fabricaba un espectáculo cotidiano. Entrecerraba los ojos. Si se trataba de asuntos de Derecho Internacional, Pedagogía o Planificación, la testera se convertía en un pulpo somnolento que movía lentamente los tentáculos haciendo cabecear a los diputados adormilados. Al Ministro de la Guerra, Hintenso no lo veía como a un general comandando coraceros de brillantes cascos empenachados, sino como a una gorda ama de casa ávida de ayuda militar. El Honorable von Strauss, enemigo de las razas inferiores, armaba en su pupitre batallones de plomo y disparaba con cañoncitos de juguetes contra la Cortina de Hierro.

Los vocablos, los números y las locuciones, salían como láminas ya impresas de la boca de prensa plana del jefe de la oposición, progresista moderado. El Honorable Plotino González, de imaginación tropical, convocaba a la ninfa Hegeria y a los cisnes de Iduna y el Honorable Anzoleaga, escéptico y festivo, a arlequines y payasos de caras enharinadas que entraban levantando la cortina como a la pista de un circo, enganchados giraban como ruedas, armaban figuras plásticas que rápidamente se deshojaban para terminar saliendo cada uno con un volteo final, mientras las *banderolas* de las galerías flameaban clamorosas y los taquígrafos se miraban confusos e impotentes.

No le interesaba el contenido de los discursos, sino que apreciaba el perfil de las frases. En el fondo de su curul se sentía sumergido en un acuario que le recordaba el de San Francisco que admiró cuando estuvo allá, donde nadaban lujosos peces estriados en azul y rosa, con aletas de tul, liderizados por hipocampos. Y él, dentro de su escafandra en el acuario, ya no oía, veía las palabras y atribuía colores a las vocales, como el poeta francés Rimbaud.

El Presidente, dueño y señor de la palabra, seguía repartiendo las hostias del sacramento del verbo. El réprobo Hintenso renunció a pedir las, sólo abría la boca para bostezar.

Pasado otro tiempo ya no le interesó siquiera la piel del lenguaje. Concurría a la Cámara solamente por hábito. Tampoco visitaba su provincia, aunque esta le reelegía automáticamente.

Su prestigio había crecido en razón directa a su silencio y se había consolidado con su disciplina a la consigna del Partido.

Se le mencionaba como a una estrella con sólo sus iniciales: H. H. H. (el diputado de las Tres Haches Mudadas) y fue invitado a presidir el comité urbano de lucha contra los ruidos molestos.

Su complejo llegó a disolverse en su persona, originándole una deformación somática. Una adiposis mullida envolvió su cuerpo, acolchándolo como la puerta de una oficina privada. Su masa atenuaba las ondas sonoras y sus oídos se hicieron sordos a la acústica parlamentaria. En las votaciones no-minales no pronunciaba el "sí" o el "no". Traducía el adverbio con un ademán, aunque los secretarios sabían por adelantado que su voto sería por la consigna del Vitalicio o del Generalicio. En su vida corriente sus movimientos se hicieron lentos, como ondas cansadas que apenas percutían en la campana neumática que le aislaba del mundo. Conversaba siempre con voz queda, como confesándose. En el salón de Pasos Perdidos las alfombras apagaban el ruido de sus pisadas, pero aun en la calle seguía andando como sobre alfombras. En los salones y pasillos del Parlamento las ujieres callaban cuando le veían y en el hotel los camareros musitaban un suavísimo "gracias, honorable" cuando las monedas de plata que echaba de propina caían en la

bandeja, sin tintinear. Hasta en el amor, él que había sido tan bullicioso, se comportaba con la taciturnidad de un vampiro.

De noche, solitario en su lecho, se sentía hundirse entre almohadones de terciopelo, embutidos de grandes silencios venidos de la Luna sin atmósfera, de los espacios interestelares, silencios polares muertos de frío, iguales a los de las ciegas fosas submarinas o a los desiertos sin eco, silencio transparente, refrigerado entre nieves eternas, o silencio sin forma y sin luz de los no nacidos. Todos estos silencios venían de noche a hacerle confidencias en idiomas inauditos.

¡El deber de hablar! Hintenso no había pensado en eso. Se le presentó en el décimo año de su mandato, cuando hizo una visita a su provincia, invitado por la Development Corporation y la Compañía Nacional del Oro y del Gas. Esa visita trastornó su vida en igual medida que había sido trastornada su provincia.

Dos mundos, uno incrustado en el otro, demoliéndolo, devorándolo. Empresas extranjeras como la Nacional, la Development, la Continental Industries, la Grace y la Promoción Financiera habían abierto caminos, tendido explanadas, arrasado pueblos. Viviendas prefabricadas eran traídas en aviones sobre pistas abiertas en increíbles barrancas. Enorme dragas comían la arena aurífera de los ríos.

En los antiguos pueblos las casas se derruían, el pasto crecía en las calles, la gente andaba descalza apartándose al paso de rugientes automotores, los niños con enormes barrigas, las mujeres siempre embarazadas, ennegrecidas por una vejez prematura que no les impedía preñarse cada año. Los niños cubiertos con sólo la camisa. Los dueños de viejas propiedades vagaban como salidos de un hormiguero aplastado.

Todos lo rodearon. El viejo hotelero que le asiló cuando estuvo herido de la pedrada, medio alcoholizado detrás de su mostrador vacío, le mostró por la ventana el hotel que habían construido los gringos para su uso exclusivo.

-Todo aquello es del Generalicio -le dijo mostrándole un panorama de tejados simétricos. Se lo obsequió la Continental.

Unas compañías obsequian al Generalicio, otras al Vitalicio.

El gerente de la Nacional del Oro y del Gas le invitó a tomar un coctel en su residencia. Los mozos de chaqueta blanca, los gerentes en manga de camisa. Le diseñaron sus proyectos.

-Todo esto -le dijo el gringo- necesita ahora la aprobación del Congreso. Una simple formalidad para los inversionistas.

Los gringos le palmeaban en el hombro y le ofrecían habanos.

Hintenso recuperó su yo, se sintió otra vez entre los suyos cuando los vecinos del pueblo y otros venidos de la provincia vecina, reunidos en asamblea le recibieron en el salón del Municipio, en peligro de hundimiento por su vejez. Propietarios, mineros, maestros, comerciantes, campesinos, estudiantes, artesanos, amas de casa. Hintenso sentado en la testera descubrió una generación de nuevos ojos que se concentraban en él.

"Honorable: habrá visto usted que antes que se apruebe el Contrato por el Congreso, todas esas compañías ya se han apoderado de la provincia.

Primero tomaron el oro, ahuyentando a los buscadores de las riberas del río. Después el petróleo. Ahora dice que buscan uranio. No sabemos qué tiene que hacer el uranio con la ganadería y las piñas, pero también las toman. La caña también, y el caucho, ¡maldita provincia tan

rica!, expropiaron, asolaron, expulsaron a los nativos, sin indemnización, para que trabaje la draga. La policía está con ellos.

-Señor diputado: ya hay prohibición de transitar por determinados lugares. Tienen policía propia y otorgan pasaportes.

Una hora duraron las exposiciones. Finalmente el Presidente de la Junta de defensa del pueblo hizo una síntesis:

-Honorable, es una cosa bárbara. El gobierno está asociado a esta barbaridad. Sólo nos queda usted, digno heredero de su ilustre progenitor.

Nunca le hemos exigido nada. Es la primera vez que le pedimos que rompa su silencio.

Hintenso tosió, se puso la mano al pecho y en voz muy baja dio su respuesta:

-Aunque padezco de afonía, hablaré en el Parlamento. Les doy mi pa-la-bra.

Regresó a la capital y empezó a estudiar para penetrar en el dedalo de compañías, propuestas, contratos, subcontratos, subrogaciones, fideicomisos. Vio que todos los hilos se anudaban en un Contrato y en una Ley que delegaba a la promoción Financiera la amortización y el pago de intereses de la deuda externa "para salvar el honor de la nación". La nación, por su parte, para "incentivar", la inversión extranjera, alquilaba a la Promoción tres provincias por 99 años, que ella a su vez subalquilaba a la Nacional del Oro y del Gas, a la Development, la Continental y otras subsidiarias, con el derecho de explotar y agotar los tres reinos de la naturaleza, comprendiendo, en el vegetal, a los nativos.

El Ministro de Bellas Artes, inició una serie de artículos en los diarios -todos subvencionados- saludando la era augural de la Segunda República que se abría con el Contrato. Un movimiento de colmena elevaba la temperatura de los salones y pasillos del Congreso. Los diputados conferenciaban en grupo con los agentes de la Financiera y después uno a uno.

Salían todos convencidos.

El Presidente de la Cámara exudaba patriotismo. Llamó a su despacho al diputado Hintenso.

-Doctor Hintenso, ¡mi viejo, mi dilecto amigo! Tenemos que llevar con decoro este grandioso plan. Su voto es el más importante.

-Hay rumores indecorosos de soborno a ministros y diputados.

El soborno a funcionarios nacionales es un incremento ¡al ingreso per-capita! Pero lo que interesa al vitalicio y al Generalicio (señaló los retratos de ambos) es el voto de usted, por dos razones: su prestigio de honradez y el ser diputado de la provincia elegida para iniciar el desarrollo.

Hintenso se dio por notificado y dejó de concurrir al Parlamento. Se encerró en su cuarto del hotel, se encerró con el Contrato (267 páginas) y el proyecto de Ley (media carilla).

Los leyó diez veces, veinte veces, en el diván, en la cama, en el watercloset. Analizó, comparó, examinó, enjuició, le dio vueltas al asunto y concluyó: "Nunca hubiera imaginado tanta desvergüenza. Tengo que hablar, no hay otro recurso, tengo que hablar. ¡Y el maldito Tinajeras que ya no está aquí".

Cuidadosamente escribió en tres días un discurso. Cuando lo tuvo pulido, lo aprendió de memoria:

"Ilustres ministros y egregios diputados: en los días de mi lejana infancia yo reverencé el Capital; en los días de mi dorada juventud yo amé el Progreso, pero ¡ah! honorables patricios, ya próximo a la madurez me posee la inquietud de descubrir que más hay bajo la piel ebúrnea de esas deidades contemporáneas...".

Grandes titulares anunciaban la fecha del debate en el Congreso.

Los días que faltaban los ocupó en repetir el discurso de memoria, colocado delante del espejo, pronunciando la frase cabalística: "Pido la palabra". Y después: "Ilustres ministros y egregios diputados: en los días de mi lejana infancia...".

Notó con júbilo que el entrenamiento aclaraba su voz. Afuera los camareros se alarmaron al oír una voz desconocida en su cuarto.

Llegó el magno día. Se vistió cuidadosamente y se dirigió al Congreso acompañado de tres delegados de la provincia.

-Otros ya están en las tribunas desde temprano, doctor.

El público hacía cola para entrar custodiado por escuadrones de soldados provistos de bombas lacrimógenas. En las calles vecinas los carros blindados aguardaban en manadas. Enfrente a la escalinata principal grupos de estudiantes vociferaban y ostentaban carteles: "Abajo el contrato". "Gobierno civil". "El chancho al horno" (se referían al honorable Nájera). "Los siameses comen a cuatro carrillos" (se referían a dos ministros pequeños y voraces) .

Después de su breve ausencia el recinto le pareció novedoso.

Quórum pleno, tribunas repletas de industriales, banqueros, políticos y periodistas extranjeros y más arriba, en las galerías la multitud escalonada hasta la base de la cúpula. Logró divisar en una galería la delegación de su distrito y comenzó a sentir la fiebre. Un latir persistente le golpeaba las sienes. "Tanta gente, el calor".

Pero no era tanto el calor de la atmósfera como la violencia que caldeó desde el comienzo de la sesión. El contrato había resquebrajado la unidad monolítica de la misma mayoría a causa de que un grupo había recibido coimas de privilegio más altas que otro.

Un diputado denunció solemnemente que el Presidente de la asamblea asistió la noche anterior a una orgía ofrecida por el gerente de la Compañía Nacional del Oro. "Me dio la gana" explicó el Presidente. "Déjenlo rumiar el soborno" replicó otro diputado.

Cosa curiosa, Hintenso ya no veía las palabras, sino que las escuchaba normalmente. Calmado el primer alboroto, desde el estrado ministerial se dio lectura al Contrato, ya encuadernado en terciopelo verde con cintas doradas.

La lectura era larga y monótona: "...si se descubriese yacimientos de esmeraldas, topacio u otras piedras preciosas... ingresarán libres de impuestos armas para el servicio de policía de la Empresa...".

Hintenso maduraba su táctica. Llamó al ujier y le instruyó que le echara doble whisky en la limonada. A su lado, el honorable Kunkar miraba asombrado a su pasivo colega transformado en una fragua.

El Ministro de Bellas Artes, asesor literario del Contrato, con su pequeña nariz de búho, sus anteojos de ratón y escandalosa vocecilla de enano, apeló a los dioses indígenas

transportándolos "a la era augural del cohete interplanetario y el existencialismo que impone abrir paso libre a la generosa inversión extranjera".

Le siguió su colega siamés el Ministro de la Deuda Pública, también enano, de cara grande y gruesas cejas, que sorprendió al público por el contraste de su tamaño con una voz de bajo que diríase de un gigante. "Se descubren cada día nuevas minerales radiactivos" -dijo con voz de trueno.

-¿Y el oro? -interrumpió un diputado.

-El oro es viejo, pero el contrato es nuevo -replicó hacienda temblar el micrófono.

Entre tanto circulaba entre los diputados opositores este pareado, original del honorable Anzoleaga:

*Chiquitos como ratones,
robando como leones.*

Hintenso repasaba su discurso en la memoria:

"Ilustres ministros y egregios diputados: en los días de mi lejana infancia yo reverencié el Capital; en los días de mi dorada juventud yo amé el Progreso..."

Llenaba el ámbito la voz de Tadeo Nájera que se puso de pie secándose la frente con un pañuelo. "Esta sudando petróleo" murmuró el honorable Kunkar entrando en confidencia con Hintenso, pero este no le respondió, preocupado, preocupadísimo porque su intención era hablar después de Nájera.

El H. Nájera: "misoneístas, oscurantistas, protestan por la cláusula que que autoriza a la Compañía a desplazar aldeas.

¡Así, es señores, el torrente avasallador de la civilización! En lugar de miserables cabañas que cobijan a pobladores más miserables aún, nos traerá la Compañía casas prefabricadas de aluminio y con servicio higiénico..."

"...parece también alarmar el plazo de 99 años... ¡noventa y nueve años son un minuto en la vida de los pueblos!"

Aplausos y denuestos chocaban en la sala.

"...se olvida que al término de ese período las maquinarias pasarán a poder del Estado, gratuitamente. ¿Se imaginan mis ilustres colegas la enorme cantidad de maquinaria que se habrá acumulado en ese periodo de noventa y nueve años?"

Ovaciones, silbidos, golpes en los pupitres. Todos estaban caldeados. El Presidente agitaba la campanilla con ambas manos hasta que el tumulto acústico permitió oír una frase que partía de todos lados:

"¡Pido la palabra!" "¡Pido la palabra!" Había llegado el momento. Hintenso se sintió elevado por el huracán colectivo.

Bebió whisky con limonada, se puso de pie, apoyó ambas manos sobre el pupitre para tomar impulso y pronunció también:

-¡Pido la palabra!

Cobró mayor confianza y con voz que dominó a las demás vociferó:

-¡Pi-do-la-pa-la-bra!!

Se hizo un silencio. El Presidente dejó de tocar la campanilla.

Dirigió la vista hacia el sector donde estaban de pie Hintenso y su vecino Kunkar, les miró fijamente y exclamó:

-Calma, señores... tiene la palabra... ¡el honorable Kunkar!

Tranquilamente el honorable Kunkar apagó su cigarrillo en el cenicero y empezó:

"Ilustres ministros y egregios diputados: En los días de mi lejana infancia yo reverencié el Capital; en los días de mi dorada juventud yo amé el Progreso, pero ¡ah! honorables patricios..."

Y continuó repitiendo íntegro, sin fallar en una sílaba, todo el discurso de Hintenso

-¡Ladrón! -le gritó Hintenso.

Kunkar continuó repitiendo su discurso.

-¡Ladrón, ese es mi discurso! -exclamó Hintenso y se lanzó contra Kunkar.

-¡Déjelo hablar, vendido! -gritaron los diputados opositores dirigiéndose a Hintenso.

El estrepito hacía temblar la cúpula. Todos los diputados estaban de pie. En vano el Presidente agitaba la campanilla con una mano y hacía señas de callar con la otra. Nuevamente, entonces, comenzó a girar alrededor de Hintenso el carrousel de las palabras pintadas, con formas de caballitos, de autos, de aviones, en rotación centrífuga que desde el centro se extendió hasta los bordes del hemiciclo intentando llevar a Hintenso en su giro junto con los bustos de Cicerones y Dantonés de la cornisa. Se inflaron las cortinas, los pilares dóricos ondularon como columnas salomónicas por las que el público de las tribunas resbalaba hasta los pupitres. La mechedumbre de las galerías parecía venirse abajo como invadiendo una cancha de fútbol; el Presidente tocaba la campanilla, los diputados alzaban los brazos y abrían las bocas, la campanilla, gritaba y las bocas sonaban como campanillas. La repercusión de los ruidos y las voces se acercaba y se alejaba de Hintenso, oprimido por una atmósfera compacta de bultos sordos que reculaban empujándose sobre su banca mientras el de pie luchaba por apartarlos. Luchaba por apartarlos para escuchar su nombre porque entre la algarabía y entre las cabezas que le estorbaban adivinó que se leía la lista para la votación final.

Su nombre... Venía la F... Fajardo? sí... Fernández? sí... Fragoso? no... La G... Gallardo? sí... García? sí y los diputados y ujieres seguían parados delante de él tapándolo.

Y llegó la H... Huguierri? sí...

Entonces el oyó: "Hintenso? y él gritó: "No, no" pero indudablemente no le oían porque el Secretario repitió: "¿Honorable Hintenso?" y sintió voces desconocidas que chillaban: "¡Sí, dice que sí!" mientras él repetía enronquecido: "¡No, he dicho que no!!!" hasta que el Secretario pasó al siguiente nombre al mismo tiempo que un silencio de gruesas cortinas descendió sobre Hintenso, se introdujo en sus sesos, se derramó entre sus neuronas y le empapó de tinta sin pensamiento.

"...¡Pido la palabra, presidente! He dicho que no, que no, mil veces no, y ahora fundamentaré mi no. Me robaron mi discurso en el aire, al vuelo, pero me hicieron un favor porque era un discurso melifluido y cartuchón. Ahora puedo improvisar otro, otro y más claro. Premisa mayor: en este negocio de vender mi provincia están asociados el Vitalicio, su mujer, su suegro y

los ganapanes de sus cuñados, y en el negocio subsidiario tiene participación el zonzo de su hijo, el Generalicio que, si no fuera por eso, ser hijo del antedicho, no habría pasado de Teniente Segundo. Y los partidos demócratas, los ministros, la prensa libre y la mayoría del congreso, bribonísimos colegas, están comprados por las compañías que explotan este racket del Desarrollo. Premisa menor: pero yo, Honorato Hintenso, hijo legítimo de mi pueblo no me alquilo, yo no acepto meter el dedo en el engranaje de progreso extranjero y peonaje nacional. Conclusión: la consigna es aprobar el Contrato, pero a esas compañías que pretenden envasarnos en lata y vendernos en el mercado mundial, les doy este aviso económico: que ninguno de sus geólogos con casco, ni sus piratas nucleares ni tan sólo un jefe de public-relations entrará allá, y si van acompañados de marines les expulsaremos a dinamita, a machete o a tiros de Mauser modelo 1906! Mi voz es ahora, honorables sobornados, como el ruido del avión que en la noche os obliga a mirar hacia arriba...".

-Doctor... ¡doctor!

El ujier alarmado le sacudía por los hombros. Hintenso despertó. Su discurso se borró inaudito dentro de él.

-¿Está enfermo, doctor?

El recinto se había llenado de penumbras, los pliegues del cortinón en que apoyaba su nuca casi le cubrían. Se levantó apoyándose en el ujier.

-Me quedé dormido, tuve un desmayo. ¿Qué hora es?

-Cerca de medianoche.

¿Se fueron todos?

-Todos, la sesión terminó a las once.

Le zumbaban los oídos y le acometió un acceso de tos.

-¿Quién ganó?

-El gobierno, honorable, ¿para que pregunta?

-Yo voté en contra.

-No, doctor, usted votó "sí".

Tomado del brazo por el empleado recorrió el Salón de los Pasos Perdidos, un largo pasillo, las escaleras donde aún se movían porteros y barrenderos. Cruzaron la explanada y el ujier llamó a un taxi.

Llegó a su hotel en cuyo hall algunos delegados de su distrito charlaban, seguramente comentando los incidentes de la jornada. Callaron y se abrieron al verle y él pasó sin saludarlos. No esperó al ascensor, subió por la escalera y lentamente se dirigió a su habitación. La abrió, tocó el interruptor que encendió simultáneamente una gran lámpara velada y la luz de la mesa de noche, arrojó el sombrero, cerró la puerta con llave y se paró mucho rato en el centro de la alfombra.

Se había disipado todo murmullo, todo rumor, aún el de sus sienas. Una paz, un silencio amigo y duradero, ya sin ninguna ansia de hablar.

Apagó la luz de la lámpara y paso a paso fue hacia el velador cuya pantalla proyectaba un pequeño círculo que se doblaba en un ángulo del *Diálogo de la Elocuencia*.

Se pasó la mano por las mejillas cual si fuera a afeitarse.

Abrió el cajón donde asomó la negra culata cuadrada de la Luger. Comprobó que estaba bala en boca. Se quitó el saco, se echó en la cama con las almohadas en la espalda y los pies estirados, medio sentado, y esperó. Se desabrochó la camisa y apoyó la boca del cañón sobre la pie desnuda... ¡Pum!

Durante tres horas las burbujas del aire ensangrentado brotaron de sus labios en silbantes palabras que salían en tropel, impelidas por el huracán de los pulmones. "Señores diputados, dije que no, no quisieron oírme... No... no... y no...".

-Está delirando -dijo el cura inclinado sobre su boca.

"La palabra... por última vez pido la palabra". Después sólo un murmullo monótono movió su labios. .

-Está rezando -dijo el cura y le dio la absolución.

Por fin fue callando, en un pianísimo que parecía alejándose.

El entierro del diputado de las Haches Mudas fue ruidoso, con misa cantada, dobles de campanas y banda de música. Todo el cortejo comentaba el suicidio y calló al oír los discursos de los representantes del Vitalicio y del Generalicio, del Congreso, el Partido y de la Financier Promotion. Luego volvió a sonar la banda militar con los tambores destemplados de la marcha fúnebre.

Ya en el cementerio, poco antes del anochecer, en seguida del responso cantado, tronaron cañonazos y salvas de fusilería y, en el momento de expedir su cuerpo en el buzón oscuro, un desolado y larguísimo toque de corneta le abrió paso hacia el silencio sin mancha, al silencio que nos precede y que nos aguarda.

FRANCISCO COLOANE

FRANCISCO COLOANE, cuentista, novelista y autor teatral, nació en Quemchi, en la Isla Grande de Chiloé, en 1910. Estudió en el Seminario de Ancud y en el Liceo de Hombres de Punta Arenas. Hijo de un marino mercante, vive sus primeras experiencias marineras y ganaderas en largas travesías de los canales del extremo sur, de donde provienen la mayoría de sus personajes. Su obra, que recoge un ambiente recio y aventurero ha sido comparada más de una vez con la de Jack London. Fue funcionario civil de la Armada, periodista, navegante y difusor cultural en los Ministerios de Trabajo y Salud. Su vida andariega lo ha hecho visitar muchos países. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1964.

Su producción literaria, de intenso contenido realista, encuentra vasto eco en la juventud. Ha publicado *El último grumete de la Baquedano* (novela juvenil, 1940, catorce ediciones); *Cabo de Hornos* (cuentos, 1941, diez ediciones); *Golfo de Penas* (cuentos, 1945, tres ediciones); *Los conquistadores de la Antártida* (novela juvenil, 1945); *La tierra del fuego se apaga* (drama en tres actos, 1945); *Tierra del Fuego* (cuentos, 1956) y *El camino de la ballena* (novela, 1962). Su obra ha sido parcialmente traducida al inglés, checo, sueco y eslovaco.

EN EL CABALLO DE LA AURORA

Pasó como un bólido a la distancia, aventando algo oscuro e informe debajo de la panza, y sólo se detuvo cuando se vio dentro del corral de tropillas.

Todos abandonamos nuestro almuerzo en el comedor chico de la estancia y corrimos a ver lo que sucedía. Afortunadamente, sólo se trataba de los bastos de la montura y de algunos pellones que en la loca carrera se habían deslizado hasta las verijas del animal. Las riendas también estaban tronchadas por los pisotones, y el espumoso sudor demostraba que el zaino había galopado un largo trecho.

-¿Quién montaba este caballo? -preguntó Clifton, el segundo administrador.

-El contador salió con él esta mañana- respondió Charlie, el capataz de campañistas.

-¿A dónde?

-A Última Esperanza, para Puerto Consuelo creo que me dijo.

¿No es éste el "Cabeza Rota"? -inquirió el segundo, mirando de arriba abajo al humeante zaino.

-Es él -replicó Charlie.

-¿Y por que le dio este animal al contador?

-No había otro, ya había largado la tropilla al campo cuando vino a buscar caballo, y no la iba a rodear de nuevo para él solo.

-¿Por qué no le pasó su caballo de guardia y usted se quedó con éste?

-Cada cual tiene su tropilla, no me gusta que cualquiera ande descomponiendo mis caballos.

-Mister Handler no es cualquiera, es el contador, y, además, es una maldad suya haberle dado este animal, sabiendo como salió de su última amansadura. ¡Pues bien, parta en seguida a averiguar qué es lo que le ha pasado al contador! -ordenó Clifton, con energía.

-¡No, iré yo! -me interpose.

Pasé a comer rápidamente algunas chuletas, cambié el zaino por otro caballo que me facilitó un capataz, y con él del cabestro partí tras los rastros de Alfredo Handler, contador de la estancia "Las Charitas", situada en la margen sureste del lago Toro, en la región patagónica de Última Esperanza.

Por el camino no pude menos que ir pensando en la maldad que significaba haber entregado a Handler, hombre no muy de a caballo, un animal como el "Cabeza Rota", producto del último amanse del campañista Charlie. Este había sido un buen amansador en otros tiempos; pero ahora ya viejo, con las clavículas y las piernas mal resoldadas, amansaba más con la cache de su rebenque que con la lonja. De esta manera, el zaino había quedado precisamente con ese nombre por haberle roto el cráneo a cachazos, no pudiendo dominarlo con las piernas. Pero lo más grave

fue que el caballo adquirió la peligrosa maña de bolearse, es decir, que se paraba en dos patas y se lanzaba con el cuerpo atrás tratando de aplastar al jinete.

El viejo amansador no sólo se había vuelto malo con los animales, sino también con sus semejantes, pues cada vez que alguien era volteado por un caballo, una sonrisa maligna florecía en sus labios, y era una satisfacción poco disimulada en él dar el peor animal al recorridor de campo más inexperto.

Todo ello me impulsó a interponerme para ir en busca del contador; no tenía confianza en Charlie, quien era muy capaz de llevar el mismo caballo y hacérselo montar para verlo caer de nuevo.

Además estimaba a Handler. Era un hombre demasiado culto y delicado para el rudo ambiente de la Patagonia, y lo había conocido en sus buenos tiempos, cuando llegara como ayudante de contador a la estancia Cerro Guido. Y digo sus buenos tiempos, porque así como los lagos patagónicos van descendiendo al mar cada vez menos espejeantes, la mente de Handler, fue, al parecer, sufriendo el mismo descenso, por su afición al whisky, decían algunos, o de sus lecturas, en las cuales se enfrascaba días y semanas, decían otros. Lo cierto es que después de haber sido un excelente contador en las grandes estancias de la Sociedad, llegó a serlo de la más pequeña, esta de "Las Charitas", de unos cincuenta mil ovejunos, y así nombrada por la abundancia de avestruces que se crían en sus praderas.

Al vadear un riacho pude observar los rastros frescos de un caballo que había pasado de ida y vuelta, lo que me convenció de que en realidad el contador había viajado hacia Puerto Consuelo, en la ribera sur del seno de Última Esperanza, donde a veces tenía que tratar asuntos relacionados con embarques de cueros y lana. Apenas verifiqué los rastros puse espuelas y galopé decididamente en esa dirección, con el otro caballo de tiro.

Declinaba la larga tarde de noviembre cuando los enrarecidos robledales que caracterizan a la región costera de Última Esperanza me indicaron que me acercaba a Puerto Consuelo.

Poco a poco las sombras empezaron a envolver los ramajes del camino, dándoles esa impresionante animación que seguramente los árboles contienen en sus savias, pero que no logran transmitir en las tranquilas palmas de sus hojas. Me alarmé un poco, no tanto por la inquietud nocturna de los ramajes como porque todavía no había dado con mayores rastros de Handler.

Pronto apareció el cerro, de unos seiscientos metros de altura, en cuyo faldeo se encuentra ubicada la famosa Cueva del Milodón, abertura de más o menos ochenta metros de ancho, por treinta de alto y doscientos de profundidad. En ese mismo faldeo sur se encuentran otras cavernas menores, y a unos tres kilómetros al este, una de casi la mitad del tamaño de la del Milodón.

El paraje se torna un poco raro aquí; posiblemente porque el incendio que destruyera los bosques de fables circundantes dejó sólo negros esqueletos retorcidos, al pie de los cuales surgían ya los renovales abrazándose dramáticamente a los espectros de sus antepasados. Sin embargo, frente a la ancha boca de la Cueva del Milodón el fuego había respetado una orla boscosa que daba al lugar un misterioso aire de jardín milenario.

Me detuve a inspeccionar los contornos, y no hallando a primera vista nada, decidí registrar las cuevas menores, comenzando por la que quedaba más al este. En breve galope estuve en su entrada, me bajé del caballo y penetré en ella voceando. Encendí algunos fósforos, pero las sombras eran tan espesas, que la luz se volvió hacia mí encandilándome. Me interné cuanto pude en aquella oscuridad, pero tampoco encontré allí nada; lo mismo que en las otras de menor tamaño.

Me dirigí entonces a la del Milodón; dispuesto a inspeccionarla en forma más minuciosa. Mirada desde la distancia, el óvalo de entrada, con algunos peñascos saledizos, semejaba la boca de un gran sapo negro que se confundía con el cuerpo de la noche.

A poco de entrar, después de haber dejado los caballos amarrados junto a un roble, grité con un grito largo llamando a Handler. La propia voz da a veces mucha seguridad en las sombras; pero esta vez mejor no hubiera gritado, pues un lejano y desgarrante grito me contestó desde muy adentro de la caverna. Atesando los nervios, recordé el fenómeno que me habían contado unos ovejeros que en día de mal tiempo habían pasado a guarecerse allí; una persona vista a la distancia, dentro de la cueva parece encontrarse a cientos de metros cuando no está a más de diez. Alguna deformación podría ocurrir también con la voz devuelta por el eco a través de la acústica milenaria y las colgantes estalactitas no serían muy ajenas a ese extraño efecto.

Vencí el temor con otro grito, que rebotó en forma menos rara en la oquedad de aquel umbral prehistórico, y esta vez, detrás del eco surgió otro grito que, aunque me hizo de nuevo temblar, me permitió reconocer en él, lleno de alegrías, el acento de Handler.

Lo descubrí por fin en el fondo de la caverna, detrás de un pequeño lomaje de peñascos, sentada junto a una pequeña fogata.

-¡Qué hay, Handler! -le grité acercándome a tropezones.

-¡Hola! -me replicó, y con un gesto vago me invitó a sentarme junto a él, mientras recogía del suelo pelotillas de bosta seca con que alimentaba la fogata.

-Ando en su búsqueda -le dije, y agregué ansiosamente-: ¿le ha pasado algo grave?

-No sé nada... -me respondió con una voz un poco descuajada de la realidad, con ese metal destemplado con que hablan las personas en los sueños.

-Nos alarmamos porque su caballo llegó desbocado a las casas de la estancia.

-Se habrá escapado, no sé... -dijo con el mismo acento ausente.

Atisbé en derredor, tratando de encontrar la causa que supuse de aquel raro estado del contador; pero no divisé ninguna botella de licor. Handler era algo dipsómano, y algunas veces el whisky lo embrutecía tanto, que en más de una ocasión lo encontramos chapoteando en el lodazal que se forma con los deshielos frente al comedor chico; pero esta vez demostraba no haber bebido una sola gota de alcohol.

La pequeña hoguera seguía luchando débilmente con las espesuras de la caverna, iluminando a trazos el delgado rostro de Handler y hacienda bailar confusamente su silueta contra la pared rocosa, de cuyo techo colgaban las estalactitas como grandes lágrimas fantasmales. El contador era un hombre de unos cincuenta años; de cabellera entrecana, alto, delgado, de nobles y finos rasgos, con un destello azul grisáceo en los ojos, y un rictus, entre bondadoso y triste, en el lado derecho de los delgados labios.

-Salgamos de esta cueva- le dije, tomándolo suavemente del brazo.

-¿Para qué? -me replicó-. ¡Espere un poco, tengo que decirle algo! Me senté junto a él, con las piernas cruzadas, como hacen los caminantes, descansando sobre los talones.

Recogió un buen puñado de bosta seca del suelo, y luego otros, arrojándoselos a la fogata. Era un estiércol muy seco que no se parecía ni al de los guanacos ni al de los caballos; más bien una tierra parda, cuyo humo también tenía olor a tierra quemada.

Dio un súbito resplandor y las sombras se refugiaron fantásticamente entre los nidales de estalactitas; pero una bandada de sus jirones más densos empezó a revolotear en nuestro torno, emitiendo grititos guturales como si fueran confusas palabras que brotaran de la misma piedra. Me agaché sobrecogido de cierto pavor, y confieso que permanecí allí sólo al ver la expresión impasible de Handler, quien parecía recibir con placer el aleteo de aquellos mariposones negros que chillaban como pequeños fuelles desvencijados.

Más tranquilo quedé cuando uno de esos vestigios se detuvo sobre el hombro de Handler, pues se trataba de murciélagos. El pequeño mamífero volador nos miró a uno y otro con sus ojillos como dos ascuas negras; restregó el hociquillo cual un diminuto cóndor que se limpiara el pico en el borde del ala, y se quedó sobre el hombro del contador, parpadeando a la luz de las llamas; la bandada se adosó de nuevo a sus nidales entre las estalactitas.

Handler miró al animalillo parado como un ratón sin cola sobre su hombro, luego a mí, con su aire ausente, y en el rictus se desdibujó una sonrisa vaga, triste. Dejó caer las manos con un gesto escéptico sobre sus rodillas, y me habló con una voz también lejana y perdida, mientras miraba atentamente el fuego, como si fuera otra lengua que le comunicara algo, entreabriendo remotas sombras del pasado.

-Fue cuando sobrevino la inmensa ola de frío -empezó diciendo, siempre con su trizado acento. Todavía no aprendíamos a articular palabras; nuestro idioma no era más que como esos chillidos guturales de los murciélagos; pero nos entendíamos perfectamente, y lo que no lo decían los labios, lo expresaban nuestras manos, nuestros ojos, la cara toda.

"Del fuego sólo conocíamos lo que vomitaban los volcanes y el que lanzaba el rayo de tarde en tarde sembrando la destrucción. Pero no sabíamos hacerlo para calentarnos, y entonces la ola de frío nos impidió seguir viviendo en las praderas, donde cogíamos tallos y alguno que otro animal dormido o enfermo. Las nutrias y los ratones eran nuestros preferidos, porque podíamos matarlos, a pedrazos o a palos, engulléndolos crudos. O bien seguíamos las huellas del gran tigre con dientes de sable, recogiendo a escondidas la carroña que el no comía".

"La ola de frío nos empujó hasta estos rincones boscosos. Muchos de los animales pequeños perecieron y los más fuertes se refugiaron también en los bosques. Entre ellos un pequeño caballo dorado como la luz del alba, que a veces acorralábamos entre los valles estrechos para comerlo".

"En las praderas las mujeres y los niños eran de todos, y todos cuidábamos de ellos. Pero cuando llegaron los hielos y con ellos el hambre y el frío, cada uno se apartó con una mujer a vivir solo. Yo traje la mía a esta caverna; puse dos estacas marcando su entrada, y al que traspasaba sus límites lo derribaba de un mazazo".

"En las praderas rebosantes de sol podía encontrarme con otros hombres y juntarme con ellos para acorralar alguna bestia; pero cuando llegó la ola fría y me refugié en esta cueva, ya no pude ver otros hombres sin odiarlos".

"Entre los animales había uno muy grande, que comía cogollos, como nosotros. Tenía una piel gruesa cubierta de escamas como piedrecillas blancas, por entre las que salían sus cerdas rojas como el sol de la tarde. Cuando se paraba sobre sus patas traseras afirmándose en la carta y gruesa cola como en otra pata, alcanzaba con su largo hocico hasta el corazón de los altos árboles, donde hallaba las ramas más tiernas para su alimento, y así parecía otro árbol más vivo que se movía de ramaje en ramaje.

"Un día hostigue con un palo a uno de estos grandes animales y lo traje hasta la cueva. Hice una cerca de piedras, encerrándolo, y le traje ramas y pastos para que permaneciera tranquilo en cautividad. Cuando tenía hambre lo mataba a mazazos y con el filo de las piedras lo descueraba, lo descuartizaba y me lo comía crudo. Tuve muchos rebaños de estos grandes

animales, unos tras otros, encerrados en la cueva que dividí en dos partes, una para ellos y otra para la mujer y yo".

"Así resistí un buen tiempo la gran ola fría. La mujer tuvo un niño y lo envolvimos con gruesas pieles para conservarlo, pero se murió de frío. Hice una cuevita allí en la piedra y lo sepulte para que nos acompañara un poco, estando allí. Al poco tiempo la mujer también murió. Hice otra cueva y la enterré al lado del niño, para que no estuviera tan sola.

A Handler se le enterneció de pronto la voz como a un niño y su labio superior empezó a tiritar como presa del frío. Se llevó luego la mano a la frente y ocultó su vista del fuego. El murciélago continuaba como una pequeña sombra más, cuajada sobre su hombro, y sólo sus ojillos continuaban latiendo dormidamente a los reflejos. Luego Handler apartó su mano de la frente y tomando otros puñados de estiércol los arrojó a las llamas. Estas aletearon de nuevo, haciendo danzar las sombras, y en la pared, por el lado del este, se divisaron efectivamente dos nichos abiertos; una de las sepulturas era más pequeña que la otra.

-Desde aquí -continuo Handler- podía ver la gran ola blanca detenida en la otra orilla del brazo de mar; pero en realidad avanzaba inexorablemente. De cuando en cuando la cresta de la gran ola se agrietaba lanzando un ensordecedor trueno, y los hielos se desmoronaban un poco más entre los bosques".

"En una ocasión en que los truenos aumentaron, salí corriendo en busca de otros hombres que me acompañaran, pero cuando me acerqué a otras cavernas, salieron con sus garrotes y me rechazaron como yo había hecho antes con ellos. ¡Ay!, como me hacían falta la suave mirada de la mujer y la pequeña mano del niño".

"Un día los hielos tronaron tanto, que el bosque se llenó de los alaridos, relinchos y rugidos de los animales espantados. Traté de salir de la cueva, pero una avalancha de bestias aterrorizadas venía hacia acá, por el faldeo. Muchos siguieron cerro arriba, pero un grupo de ellos, al ver la boca de la caverna, penetraron aquí. Recuerdo aún el pequeño caballo doradillo, como el color de la aurora, que galopó hasta ese rincón, seguido del gran puma de dientes de sable y luego del peludo gigante, de la nutria de los pantanos y otros mas".

"El tiempo corrió tan inexorablemente como el tronar de los hielos, que se derrumbaban cual tablazones gigantescas. Los animales y las aves seguían invadiendo cerros y bosques con sus gritos despavoridos. Pero un estampido colosal resonó más fuerte que los otros, y la caverna se entenebreció con una luz más turbia".

"Traté de levantar mi pecho, pero el corazón, como un ratón asustado se trepó a mi garganta. La turbia luz se condensaba entre la pared y la cerca de piedras, en la que domesticaba al gran animal. Y era precisamente uno de ellos el que había ensombrecido la caverna, pues había escapado de la cerca y permanecía con su gigantesco cuerpo vacilando entre penetrar en la caverna aterrorizado por el estampido o echar a correr campo afuera".

"Otras moles cenicientas siguieron a la primera, y empezaron a venírseme encima. Huí hacia el rincón más profundo de la caverna; pero el rugido del gran puma de dientes de sables me contuvo. Apegado a él, el pequeño caballo alazán dorado relinchaba de terror; pero, hecho extraño, el rugiente puma no hacía ademán de echarle sus garras y comérselo; ambos estaban tan espantados como la gran nutria de los pantanos, que maullaba como un manojo de nervios, o como el peludo gigante, que tosía sordamente, cual si fuera la misma garganta de la caverna, atascada por la fugitiva manada. En medio de la baraúnda, mezclada al tronar de los hielos, el claro relincho del pequeño alazán se oía como un luminoso clarín en las tenebrosas tinieblas.

"... ¿Son los ventiqueros los que retumban?..."

"¡No, porque no graznan así! Es la mole cenicienta, es el gran animal, su largo hocico es el que grazna y gime así, derribándose como una estropeada trompeta del juicio final. Los otros también berrean lastimeramente, y avanzan, avanzan hacia mí más rápida e inexorablemente que los mismos hielos".

"Todo se confunde, estampido, trueno, mugido, nutria de los pantanos, tos cavernaria, ulular de peludo, ceniza de hielo y bosque, pájaro, pez, tallo, relincho del pequeño caballo de la aurora".

Una pata enorme, sí; una pata enorme, cenicienta, avanza y avanza hasta hundirse en mi pecha. ¡Ay, pero sobreviene un relámpago de pronto! Su luz atraviesa por las antiguas praderas del sol donde los tallos son jugosos y los frutos cuelgan redondos. El relámpago vuela, y en un esguince ilumina toda la feliz vida pasada. Bosques que se sacuden como cabelleras sueltas en la tempestad. ¡Soy el tallo más tierno, hijo del agua y del viento! El viento, el viento, que ahora me descuaja y me arrebatara por los aires. ¿Qué va a ser de mí? ¿Volveré otra vez a la rama de algún bosque de donde ningún viento pueda arrebatarme? ¿O me iré definitivamente transformado en errante ráfaga?".

"Los mugidos guturales, los últimos relinchos del caballo de la aurora se van apagando, aplastados por la ceniza. El último relámpago con su postrero esguince luminoso desprende ahora a la mujer; desde la pared de piedras se desliza sigilosamente hacia mí, como si quisiera acompañarme. Sonríe con tristeza porque viene a decirme adiós. Me acerco y le pregunto: "¿Cómo esta el niño?". Con un gesto desvaído me responde que está bien.

¡Entonces el niño esta bien! ¿Pero no estaba muerto? ¿Cómo puede estar bien un muerto? ¿Viven? ¿No estaba muerta ella también? Me acerco y rozo su sonrisa cenicienta con mis labios. ¡Qué fríos son! Son como las praderas cuando avanzaron los hielos, como un cogollo muerto. ¡Ahora sé, me está fingiendo que está viva! ¡Su helada y suave carne de mujer miente! ¿Qué quiere de mí si está muerta? ¡Ceniza que deja el trueno o su relámpago, me desprende de ella, pero no sé hacia dónde voy! ¡Tal vez alguna eterna ráfaga errante me lleve hacia otra parte donde cuaje de nuevo la vida! ¿Pero si renazco volveré a tener memoria de lo vivido *¡Debiera!* Porque si no, más vale no resucitar, porque el olvido es lo único que esta verdaderamente muerto".

Handler detuvo su inconexa peroración. Elevó la mirada hacia la techumbre cubierta de colgantes estalactitas, como si la caverna toda llorara un perpetuo y nocturno llanto milenario. Volvió la cabeza entrecana como una estalactita más viva y cenicienta, buscó algo en las sombras y, al no hallarlo, se llevó otra vez la mano a la frente y se apretó los ojos. El murciélago sacó una finísima lengua, se rechupó con ella el hociquillo, y con el borde de su ala se enjugó algo así como una diminuta lágrima.

-¡Vámonos, Handler! -le dije, espantando de su hombro al animalejo, que se elevó como un ínfimo cóndor, batiendo sus dos pequeños paraguas de cuero negro en vez de alado plumaje.

La noche de noviembre estaba fresca e iluminada afuera. Una luna llena avanzaba como un gran diamante redondo por entre nubes algodonosas, que se confundían con las nieves eternas de los altos picachos por el noroeste del seno de Ultima Esperanza. Más arriba, la Cruz del Sur planeaba hacia las Nebulosas de Magallanes, que como dos ubres gigantescas alimentaban de lechosa claridad a toda esa parte de la órbita.

Montamos y emprendimos el regreso a la estancia. Íbamos calladamente, uno detrás de otro, confiados en el paso seguro de nuestros caballos. De tarde en tarde, en alguna vuelta del camino, la luna hacía avanzar la sombra de la cabalgadura de Handler enredándola a los cascos de la mía.

Pasada la medianoche llegamos a la península del lago Toro, cuyo extremo se corta por el río más corto que posiblemente exista, pues no tiene más de treinta metros de largo y con su corriente une a los lagos Maravilla y Toro.

Un arroyo detuvo el paso de nuestros caballos en una hondonada, donde se pusieron a beber. Las copas de los robles se abrían un poco más allá, dejando paso a la luna que rielaba en las aguas hasta los belfos, de donde caía como un cristal roto cuando los caballos levantaban sus cabezas para saborearla.

Una nube de "jejenes", esos característicos mosquitos del lago Toro, nos envolvió hostigándonos. Los dejé tranquilamente que se posaran sobre mis manos y picaran, para darme el gusto de verlos caer, pues estos insectos mueren al chupar la sangre humana.

Pero la nube de jejenes se abalanzó de preferencia sobre Handler, y este manoteó nerviosamente sobre su nuca arrancándose los a puñadas. De pronto vi que su mano brilló a la luz de la luna como un ramo de sangre.

-¡Usted esta herido! -le dije, acercándome.

-No se, -me replicó, mirándose la mano ensangrentada.

Los jejenes insistían en apelonarse tras la nuca del contador y un hilillo de sangre empezó a escurrir por el cuello, bajo la camisa.

-Déjeme verlo -proferí, espoleando mi caballo.

Bajo el cuero cabelludo, en la base del cráneo, tenía una herida restañada, pero con la picada de los mosquitos y sus propios manotazos se había desprendido la costra coagulada, desangrándose de nuevo. Le amarré con un pañuelo la herida para defenderla de los mosquitos, que continuaron hostigándonos hasta que abandonamos la zona boscosa para entrar en las suaves colinas que dan comienzo a la plena pampa patagónica.

La ribera del lago se hizo más baja y plana, sin árboles, lo que permitió que la luz argentada de las aguas trascendiera a los pastizales de coirón con rara luminosidad. Aún más encantamiento adquirió esta luz de la luna reflejaba por la llanura de plata del lago y los coironales, cuando penetramos en un extenso campo de paramelas, matojo cubierto de pequeñas y tupidas flores amarillas, que alcanzaba hasta los corvejones de los caballos. Curiosa planta es esta paramela de las riberas del lago Toro, de intenso perfume, cuyas hojas y tallos remplazan muchas veces al té y a la yerba, aunque dicen que cuando se recarga la infusión da dolor de cabeza y produce alucinaciones.

La plata del lago se transformó en oro puro cuando estuvimos metidos medio del campo de paramelas. Los manojos florecidos al ser hollados triturados por los cascos de nuestros caballos, exhalaban su perfume capitoso, que nos fue envolviendo, lo mismo que la luz dorada que nos hacía imaginar andando por las praderas de la luna.

Del suelo se levantó de pronto un grupo de avestruces, un gran macho con sus cinco hembras, que se lanzaron a correr, sesgando la llanura con jaspeado plumaje. Handler taloneó su caballo y se lanzó en persecución las grandes aves. Mucho más veloces que el animal, trasmontaron luego una colina, en cuya cumbre Handler sofrenó riendas.

A tranco lento continúe esperándolo pero al ver que permanecía en la colina como una estatua ecuestre, me decidí pacientemente a ir a buscarlo. Montaba un alazán tostado, y cuando me acerqué noté que ambos, hombre bestia, se habían incorporado al aura de aquella noche de mágica belleza, en que las paramelas doraban la faz de la tierra con una luz más viva que la que reflejaba nuestro muerto satélite.

Me infundió respeto la impresionante quietud del hombre y la bestia. Ambos contemplaban extasiados el vasto paisaje. Era como si hubiesen llegado al término de un largo galope, hasta una orilla de donde se columbraba un mundo espectral, cuyo límite no se atrevían a traspasar.

En su precipitada fuga, las grandes aves habían hecho levantarse de sus nidos otros grupos de avestruces, que empezaron a juntarse en el perfil de una colina cercana, atisbando, curiosas como siempre, a los que habían venido a perturbar su nocturna paz.

-¡Qué bien ha hecho usted en venir -me dijo de pronto Handler-, porque así podrá haber otros ojos que contemplen lo que ven los míos.

"Porque aquí -continuó- están las primeras siete colinas que surgieron mar. Entonces no existíamos aún sobre la tierra, y en sus orillas, entre algas y hierbas, fueron ellos los primeros que hollaron los prados de los primeros barros del mundo".

"La luz se alzó por primera vez de los pantanos en sus pequeños cerebros, y sus delgadas lenguas atinaron los primeros sabores terrestres. Dejaron, eso sí, que sus grandes huevos los empollara el sol, y un día en que el astro padre se enfrió un poco no supieron defender su origen. Los huevos no germinaron y esas grandes especies perecieron".

-¿De qué me habla? -le pregunté.

-¿Qué no los ve usted acaso?

-¿Quiénes?

-¡Los dinosaurios, los dinosaurios! -exclamó con júbilo-. ¡Allí están sobre sus primeras colinas del mar!

-Son los avestruces que usted sacó de sus nidos -le advertí, señalando a las "charas" que caminaban a grandes zancadas en el perfil de la otra colina, arreadas siempre por sus grandes machos, cuyos cuellos altos y elásticos se movían ondulando como brazos que nos hicieran significativas señales.

-¡Qué lástima que usted no pueda ver lo que mis ojos ven! -replicó con tristeza.

-¡Vamos, Handler! -le dije, tomándole suavemente una de las riendas y apartándolo hacia la huella que conducía a las casas de la estancia.

Al rato, iniciábamos un buen galope para llegar cuanto antes. Al dejar el campo de las paramelas y su embriagador perfume, la luz violeta que precede al amanecer invadió los vastos coironales, desplazando rápidamente el embrujado reflejo que la luna enviaba aún desde la cercanía de su ocaso. Como un latido lento pasó aquel resplandor violáceo, y la cruda luz de la alborada reveló plenamente todos los contornos de la naturaleza patagónica. La brisa de la madrugada sacudió a los pastos, despertándolos, y un diamante más glorioso reemplazó al de la luna, rayando de través toda la tierra.

Acabábamos de sentarnos para almorzar en el comedor chico de la estancia, tres días después, cuando de pronto vimos ponerse intensamente pálido a Handler; un repentino temblor lo sacudió y se desplomó afirmándose contra el borde de la mesa.

Todos nos incorporamos en su ayuda para que no resbalara al piso, y en seguida lo acomodamos en un sillón. El segundo administrador, algo atolondrado y presuroso, trató de abrirle los dientes con el mango de una cuchara y de darle agua; pero uno de los capataces lo detuvo, advirtiéndole que podía aspirar el líquido y ahogarse.

-El corazón late -profirió Clifton, después de haberlo auscultado.

En aquel apartado rincón nadie podía pensar en un médico, y así fue que le aflojamos las ropas como único auxilio y lo dejamos en reposo.

Tres días habían transcurrido desde la noche en que las alucinaciones de Handler me hicieron sospechar sobre su juicio, dañado tal vez por el golpe recibido en la base del cráneo. Pero lo extraño fue que durante esos tres días se había desempeñado normalmente en su oficina de la contaduría; claro es que no lo veíamos nada más que en las horas de comida, y durante ellas había hablado cuerdamente de cosas de rutina, si bien es cierto que ninguna vez se refirió a su accidente, ni volvió a sus fantásticos relatos. Tampoco ninguno de nosotros hizo alusión a su caída del caballo, guardando la discreción que siempre usa la gente de campo en estos casos.

-¡La sopa se enfría! -advirtió el segundo, sentándose a servirnos desde la cabecera de la mesa, pues él era el de mayor jerarquía.

Aunque nadie tenía deseos de almorzar ante la incógnita de nuestro compañero enfermo, nos sentamos, más para acompañar al desaprensivo segundo. Pero nuestras primeras cucharadas de sopa fueron interrumpidas por un débil quejido, como el de un ternero nuevo, que empezó a emitir el postrado contador.

Poco a poco la mortal palidez fue desapareciendo y dio paso de nuevo a la vida, que floreció en sus ojos con un destello gris. Era la vida, y nos sentimos muy aliviados después de aquellos largos minutos en que la vimos desaparecer del rostro amigo.

Handler se incorporó a medias en el sillón y nos fue mirando uno a uno como si nos reconociera después de un largo olvido.

-¿Qué le pasó? -inquirió el segundo.

-Se me boleó el caballo, -contestó, llevándose una mano a la nuca mientras miraba extrañado en su derredor, y agregó:- ¿Pero dónde estoy? Yo, yo me caí del caballo frente a la Cueva del Milodón.

-Eso sucedió el martes y hoy estamos a viernes -replicó el segundo, dejando de sorber ruidosamente su sopa.

-¿Cómo? -preguntó sorprendido Handler.

-El martes cayó usted del caballo -intervine-; el animal llegó desbocado a la estancia y fui a buscarle hasta que di con usted dentro de la Cueva del Milodón. Lo encontré ya de noche. ¿No se acuerda? ¿Estaba haciendo fuego en el interior de la cueva?

-No puede ser. Me acuerdo que el caballo se espantó a la vista de la cueva, se paró en dos patas y se tiró para atrás. Sentí un golpe aquí en la cabeza y no supe más hasta ahora, en que desperté creyendo que todavía estaba en ese mismo lugar.

-Eso pasó hace tres días -insistió el segundo-; mientras tanto usted ha trabajado en su oficina y ha venido a comer con nosotros todos los días.

-¿Trabajando? -Yo..., en mi oficina?

-Sí, usted.

-No puede ser, no ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho?

Handler inclinó de lado la cabeza como buscando algo que se le hubiera quedado atrás. Cerró el ojo derecho con un rictus amargo y ocultó una mitad de la cara, como si una dolorosa sombra hubiera caído sobre ella. Durante esos tres días no se había afeitado, y el repunte de su barba entrecana, junto a la cabellera algo blanca ya, acentuaba esa impresión de hombre caído a medias en el pasado.

-Perdónenme -profirió-, no sé nada de lo que me ha ocurrido después de la caída del caballo.

Es mejor que tome un poco de sopa caliente -le dije, cuando sospeché que el segundo insistiría curiosamente.

Pero Clifton tuvo un gesto comprensivo cuando, levantándonos de la mesa para el trabajo, me dijo:

-No salga esta tarde al campo, quédese en el comedor chico acompañando a Handler.

Nos instalamos con el contador en el pequeño salón de la casa de empleados, y bastó un fósforo para que la estufa ya preparada por el mozo, nos brindara un buen fuego. Handler salió y volvió al rato con una botella de whisky y dos vasos.

-Bebamos un trago primero para matar los gusanos, -me dijo, sonriendo por vez primera.

-Gracias -le dije. Es conveniente que aclaremos este enredo primero y luego tomaremos.

-Bueno -me dijo abandonando la botella de mala gana y sentándose en otro sillón, frente a la estufa en cuyo interior ya chisporroteaba cordialmente el fuego. ¡Pero parece que es usted el que tiene que aclarármelo todo!

-agregó.

-¿De veras, Handler, que usted no recuerda nada de lo que ha hecho en estos tres días?

-¡Nada, se lo aseguro! Mi último recuerdo es una especie de baraúnda endiablada que llegó junto con el golpe al caer del caballo. Después, nada; hasta que empecé a despertar con un ruido confuso de aguas. Eran las voces de ustedes en el comedor chico, que cuando se aclararon me trajeron sus rostros. ¡Pero le juro que yo creí encontrarme aún en el suelo frente a la Cueva del Milodón!

-,Y no recuerda el viaje que hicimos en la noche hasta la madrugada?

-No.

-Ni lo que me contara.

-No.

-¡Caramba, son como tres días no vividos!

-¡Así es; en esos tres días me parece que no he vivido!

-Entonces quiere decir que usted estaba como en otros mundos desde que lo encontré junto a su fogata en la Cueva del Milodón.

-¿Mi fogata?

-Había hecho fuego con bostas secas cuando lo encontré, y a su lumbre me contó una extraña historia.

-Sí, ese suelo tiene un metro y medio de una capa de estiércol milenario. Según Rodolfo Hauthal, un paleontólogo, corresponde al del *Griotherium Domesticum*, un megatérido que el hombre interglacial de la Patagonia domesticó, encerrándolo en esa cueva como en un gran establo. ¿Pero qué pude haberle contado yo con respecto a eso?

Narré a Handler lo más auténticamente que pude todo lo que él me había relatado, y como he tratado de hacerlo ahora.

-Es simplemente fantástico lo que me ha contado -me dijo cuando terminé.

-Lo que le he recontado -rectifiqué-, pues no he hecho más que devolverle su curiosa historia.

-¡Bastante curiosa! -exclamó Handler. ¡Pero más curiosa aún, porque, en este caso de amnesia que parece que me produjo el golpe, lo que le conté en tal estado coincide totalmente con las excavaciones que hizo Hauthal en la Cueva del Milodón a fines del pasado siglo!

"En efecto -continuó-, este investigador encontró allí dos sepulturas vacías y restos humanos del hombre prehistórico que habitó en la Patagonia. Estaban estos restos debajo de la capa de estiércol, junto a los de cuatro animales desconocidos hasta entonces por la ciencia y que pertenecían a otros tantos órdenes diferentes. Por los cráneos que hallaron, otros huesos y pedazos de piel, uno de esos animales tenía el tamaño de un rinoceronte y se semejaba más a un oso hormiguero que a un perezoso. Hauthal comprobó que el troglodita mataba a este gran desdentado, lo descuartizaba y se lo comía crudo, pues no sabía utilizar el fuego aún. Los cráneos, que pueden verse en el Museo de La Plata y los pedazos de piel en el de Santiago y Punta Arenas, revelan que fueron muertos a mazazos y que ese hombre primitivo se servía de laminas de piedra para despedazar al gran animal.

"Lehman-Nitsche y Santiago Roth estudiaron y clasificaron los hallazgos de Hauthal, entre los que había restos de un peludo gigante, una especie de quirquincho de gran tamaño y un felino más grande que todos los hasta ahora conocidos".

"Pero lo que más llamó la atención de estos hombres de ciencia fueron los restos de un pequeño caballo, que ahora se conoce con la denominación técnica de *Onohippidium Saldiasi*. De este curioso animal se encontraron hasta los cascos, uno de los cuales todavía contenía la última falange con el cartílago, y una corona de pelos en su nacimiento. Era un pelaje fino y de color amarillo claro. No cabe duda de que se trataba de un remoto antepasado del caballo, que se extinguió en la Patagonia dejando sólo ese rastro". ¡El del caballo de la aurora de la vida!

-¿Y qué me dice usted de la visión que le hizo ver en modestas "charas" a grandes dinosaurios? -inquirí, ya completamente cautivado por las revelaciones que de sus conocimientos científicos me hacía Handler.

-¡Ah! -profirió, como tratando de escarbar en su memoria. ¡Los gigantescos reptiles que en otros tiempos dominaron toda la vasta Patagonia, que, como usted sabe, es un lecho oceánico que afloró a través de siete sollevamientos! Pues bien, el sabio inglés Huxley hizo el notable descubrimiento, confirmado después por Scope y otros hombres de ciencia, de que estos antiguos dinosaurios son los intermediarios entre ciertos reptiles y ciertas aves; estas últimas eran de la familia a que pertenecen los avestruces, la más grande de nuestras aves vivientes -terminó el contador, mientras el fuego, aunque oculto y domesticado entre sus paredes de hierro, seguía lengüeteando desordenadamente.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

FERNANDO DIEZ DE MEDINA, nació en 1908 en la ciudad de La Paz. Su narrativa y sus ensayos raigales constituyen la voz más rotunda y difundida desde su patria en el Continente. Su obra es magistral y copiosa y toda ella se vertebra con las esencias mismas del caudal espiritual y cultural primihistórico de su patria. Su brillante actividad ideológica y literaria lo han llevado hasta el Ministerio de Educación boliviana en cuyo ejercicio ha logrado forjar nuevos cauces por los que se logre en el futuro, superiores destinos nacionales.

Es autor de *La Clara Senda*, poemas; *Imagen*, poemas; *El Velero Matinal*, ensayo; *El Arte Nocturno de Víctor Delhez*, biografía; *Franz Tamayo (hechicero del Ande)*, biografía; *Thunupa*, ensayos; *Pachakuti*, política y polémica; *Siripaka*, política y polémica; *Nayjama*, mitología andina; *Libro de los Misterios*, teatro simbólico; *Literatura Boliviana*, historia y crítica; *La Enmascarada*, narraciones; *Sariri*, ensayos; *Thunupa*, ensayos (con dote trabajos nuevos); *Seis Mensajes a los Estudiantes*, *Palabras para los Maestros*, *Fantasía Coral*, ensayos; *El Arquero*, fragmentos; *Sueño de los Arcángeles*, ensayos; *Bolivia y su Destino*, ensayos; *El Alfarero Desvelado*, ensayos; *Desde la Profunda Soledad*, ensayos, *Cuaderno de Viaje*, *Mateo Montemayor*, novela; *Ollanta el Jefe Kolla*, tragedia; *Laudes a la Esposa muy Amada*, prosa poética; *El Guerrillero y la Luna*, narraciones, y *La Teología Andina*.

EL LLAMO BLANCO

Era una suerte fabulosa que nadie podía explicarse. Mina que caía en sus manos entraba en "boya"; mina que él abandonaba se iba para abajo. Sólo se le conocían victorias, jamás una pérdida en negocios. Subió de cateador a millonario, casó con una dama aristocrática, y el humilde hijo del pueblo llegó a convertirse en industrial. Tenía minas, fábricas, empresas comerciales.

No es verdad que el mestizo sea un ser inferior. Al contrario: toma del choque de las sangres los jugos más fuertes, se renueva, se purifica, como si el sol indio renaciera en la tremenda energía cansada del hispano. ¿Qué importan linajes; y diplomas? En el mundo americano, hecho de urgencias febriles, sólo cuentan audacia y dinamismo. Su violenta personalidad de aventurero no conocía obstáculos: defendió a tiros sus minas, ganó litigios con astucia, aplastó a quienes obstruían su camino.

Era un hombre poderoso.

Pero el hombre más poderoso tiene su talón de Aquiles. Y el punto vulnerable del minero Rengel era una hermosa jovencita, su hija menor, a quien amaba con locura. No es que ella lo dominara, como sucede en ciertas familias cuando la abundancia de varones prestigia el hechizo de la única hija. Leonora, en contraste con sus cuatro hermanos, que tenían mucho del genio enérgico del padre, florecía fina y delicada, centro de amor para los cinco, tal vez porque al nacer les robó la presencia de la otra, la que debió velar por ellos. Ni Rengel ni sus hijos querían recordarla. Callaban. Un instinto secreto hizo que concentraran afectos en la pequeña, que se le parecía asombrosamente en físico y espíritu. Y Leonora fue, para ellos, el rayo de ternura que cruzaba sus vidas impetuosas.

Porque los Rengel, hombres de pelea, vivían desafiantes. No se presentaban matones ni prepotentes, no buscaban el apoyo de su inmensa fortuna; amaban el peligro, la dificultad, la aventura por la aventura, ejercitando el carácter en osadas empresas de hombría. A veces unos contra otros, agachándose sólo ante la suprema autoridad del padre, o buscando la dulzura de Leonora cuando la terquedad del viejo los unía para enfrentar su capricho.

Rengel quería a sus hijos tal como los había formado, hijos de su sangre violenta, de su nobleza ingenita, devolviendo golpe por golpe, afrontando sólo a los fuertes, Habíalos criado en el campo, a pleno sol, jineteando potros al pelo, escalando montañas; y sólo cuando los vio mozallones los trajo a la ciudad educándolos en escuela práctica.

-Las profesiones y los títulos académicos no sirven para nada sentenciaba el viejo-. Hay que pelearle a la vida como yo lo hice.

Hízoles aprender las astucias mercantiles, los introdujo a todas partes, para que aprendieran a manejarse entre hombres. No quería que fueran "los hijos de Rengel", sino cada cual, por su propia y vigorosa personalidad, un Rengel capaz, indomeñable. Los empujaba a desenvolverse en múltiple actividad, en cuanto significara movimiento, lucha, vida intensa y febril, inculcándoles al mismo tiempo nociones de orden y responsabilidad. Luis Alberto, Jorge, Esteban, Octavio eran cuatro mozos arrogantes, atrevidos, en quienes desbordaba la atávica energía mestiza. Tenían, además, al viejo que siempre estaba atizándoles con su temperamento bravío, creándoles problemas sólo por el placer de observar cómo los resolvían, con su genio iracundo que no era sino la válvula de escape a una demoníaca actividad.

No era la vida, no era el destino; era el viejo Rengel el gran antagonista de sus hijos, a los que tallaba a zarpazos, fingiéndose duro, indiferente. Mas los muchachos conocían a su

progenitor, adivinaban su amor escondido, comprendiendo que los quería varoniles y realistas, lejos de sensiblerías fáciles. Y fueron creciendo como el padre los soñara: audaces, nobles, eficientes.

Temible "tribu" la de los Rengel. El que no se estrellaba con la avasallante personalidad del viejo, sentíase perdido ante la inteligencia de Jorge y de Esteban o la fría voluntad de Octavio y Luis Alberto. Luchadores de raza, vivían buscando no pendencias ni disputas fútiles, sino causas mayores para emplear su desbordada energía. Su fortuna era cosa aparte; no la hacían sentir. Muchas veces, después de haber vencido en competencia leal, tendieron la mano generosa a los caídos, haciéndose perdonar su poderío. Conocían la rara ciencia de convertir adversarios en amigos.

Pero si hubo alguno que odiaba a los Rengel, por esa extraña mezcla de "condottieres" y señores que ardía en sus venas, por su riqueza y su prestigio personal, aun ése tenía que sentirse rendido frente a la belleza pensativa, a la gracia misteriosa de Leonora, que parecía esmerarse en ganar a los esquivos.

La bondad, el sosiego que la ausente no pudo insuflar a los hijos, asomaban con llama pura en los ojos verdes de la doncella. Nunca alzaba la voz, no perdía la compostura. Su espíritu armonioso captaba agudamente las situaciones y en pocas palabras daba el consejo oportuno. Luego aquella voz de suave melodía, que llamaba al amor y a la confianza. Si los Rengel se extasiaban oyéndola, los extraños la amaban desde el instante primero.

Leonora. Nunca nombre tan dulce para doncella tan preclara.

Cuando Marco Antonio, el hijo del banquero Montiel, osó expresar su deseo de pedir la mano de Leonora, el viejo Rengel estalló colérico. Quiso dirigirse a la casa del banquero y abofetearlo por la audacia del joven.

-Nadie tiene derecho de turbar la paz de una niña -tronó el potentado. Que se casen las que sean mayores de edad. ¡Nadie piense en la mano de Leonora antes de que cumpla veintiún años!

Luis Alberto, el primogénito, se limitó a decir que el postulante le parecía un infeliz. Octavio opinó que era un insolente. Y el momento en que Jorge y Esteban se enzarzaban en disputa acerca de quien debía pedir explicaciones al atrevido, Leonora dijo suavemente:

-Pero si yo no he pensado abandonarlos.

Y la paz volvió a la "tribu" de los Rengel, porque la voz de la doncella lo apaciguaba todo.

Pasaron los años. Pasaron muchas cosas en la vida tumultuosa de los Rengel. El viejo frisaba en los setenta, cada día más fuerte, más indómito. Luis Alberto acaudillaba un grupo socialista en el parlamento. Jorge dirigía un consorcio industrial. Esteban gerentaba un Banco. Octavio una empresa de aviación. Leonora se convirtió en una mujer adorable.

Un día la desgracia tendió sus alas lóbregas en el hogar de los afortunados. Leonora enfermó súbitamente.

El padre y los hermanos se consagraron a la enferma. Perdida la fe en los médicos locales, viajaron a Europa y a Estados Unidos. La hicieron ver por los mejores especialistas, sin reparar en gastos. Todo fue en vano. Aunque alguno opinó que se trataba de una modalidad de anemia perniciosa, la mayoría dedujo que siendo el mal de origen desconocido era incontenible. La enferma se extinguiría lenta e inevitablemente.

Volvieron a la patria, perdida toda esperanza. Leonora adelgazó, perdió sueño y apetito. En sus tiernos ojos verdes despertó una dulce melancolía.

El viejo creyó morir de pena, más su voluntad se sobrepuso: no hacía notar a nadie, ni siquiera a los hijos, el dolor que lo acosaba. Los Rengel comprendían que la hermana se iba. Se apagaba, se apagaba poco a poco. No habían esos síntomas crueles, desagradables de las enfermedades graves; era un mal engañoso, indoloro, indefinible. Sólo un apagamiento trágico; cada día menos pasos por la estancia, cada hora menos palabras en los labios. Hasta que cierta mañana la doncella se negó a levantarse. Veíasela más bella que nunca, emulando la blancura de las sábanas, mientras la cabellera negra se desparramaba en la almohada.

Entonces el jefe de familia, desvanecida toda esperanza en la ciencia, sintió que el ancestro despertaba en su alma. Desde un fondo olvidado la voz de la tierra subió a su corazón. Y con gesto imperioso llamó a los dos mayores:

-Hijos míos -Ordenó- iréis a Potosí y preguntaréis en el tambo de San Antonio por la familia de los Condori. Son unos "callaguayas" o curanderos aimaras, que desde hace mucho tiempo curan con yerbas y fórmulas secretas. Yo vi de niño, curas que parecían imposibles. Volveréis con el más viejo, porque los viejos son los que saben más. Probaremos este último recurso.

Luis Alberto y Jorge partieron presurosos. Al cabo de cinco días regresaron con el "callaguaya". Era un indio viejo, muy viejo, vencida ya la espalda, de faz arrugadísima y manos sarmentosas.

El millonario se dirigió a él. Por primera vez su voz cobró un tono de humildad:

-Tatay -expuso- mi hija se muere. Tú eres sabio... Tú sabes curar... Dale algo para que se levante, que vuelva a alegrarme el corazón.

Y el viejo se mordía los labios para impedir el llanto.

El Condori lo miró fijamente. Reflexionaba. Aumentaron los surcos de su frente. Sólo se oía, en el cuarto, la respiración anhelosa de los cinco Rengel. El indio seguía sumido en un mundo de niebla y de misterio. Jorge hizo además de repetir el ruego, creyendo que su padre no había sido bien escuchado, pero el viejo minero, que conocía las costumbres del "callaguaya", le hizo señal de callar. Esperaron. Y después de una cavilación cautelosa, el Condori contestó:

-Señor: tú has sido bueno con los indios. Has hecho levantar escuelas. Te ayudaré.

Pasaron a la estancia de la enferma. El curandero se aproximó a la doncella. No tomó el pulso, no levantó el parpado, no pidió termómetro. Se limitó a mirar, a mirarlo todo con fijeza espantable, como si fuera a penetrar la verdad con sólo el poder de sus ojos viejísimos. Después de unos minutos de expectante observación, dijo:

-Podrá ver muchas veces al "Willka", al Padre Sol. Pero han de hacer lo que yo mande.

-Se hará lo que tú digas -replicó el millonario.

-Mañana, a las diez de la noche, volveré.

El siguiente día transcurrió como siempre. Todos afligidos, intranquilos. Leonora extinguiéndose lentamente. Octavio apuntó que el curandero era un farsante y no volvería. Una mirada colérica del viejo lo hizo callar. Rengel sabía que el "callaguaya" cumpliría su palabra.

Daban las diez de la noche en el reloj de la plaza, frente a la casa del millonario, y el Condori entraba en ella seguido por dos indios jóvenes que conducían un llamo blanco.

El curandero se dirigió con aire de gravedad al millonario:

-Harán lo que yo mande -repitió- y la niña sentirá muchas veces todavía bajar el aire de las cumbres.

Luego pidió que nadie hablara ni lo interrumpiera en su tarea.

Hizo encender una gran hoguera en el patio colonial de la mansión, a la vez que ordenaba apagar la luz eléctrica.

Sobrevino una escena fantástica. Bajaron a la enferma los cuatro hermanos, en el lecho donde yacía postrada, colocándola a prudente distancia de la hoguera. Enseguida los indios pidieron unos palos y comenzaron a unirlos con recias sogas. Rengel, sus hijos y unos pocos servidores de la casa contemplaban el acto. Las lenguas de fuego se perdían en el cielo oscuro, y a su lumbrerío cuerpos y cosas reverberaban en reflejos mágicos. De la profunda oscuridad, agazapada en los cuatro ángulos del patio, subía un silencio trágico, sólo turbado por breves órdenes del Condori. Y de tiempo en tiempo el chasquido de los leños estrujaba los corazones de angustia.

La noche, propicia a un rito religioso, se abría pavorosa sobre las cabezas consternadas.

Cuando la armazón de madera estuvo concluida, el "callaguaya" se dirigió al millonario:

-Tatay, todo esta listo. Por una vida que se pierde, pagaran otras vidas. ¿Quieres, siempre, que tu hija vuelva a caminar?

-¡Aunque cueste mil vidas! -rugió Rengel.

El Condori hizo una señal. Los indios cogieron al llamo blanco, un lindo animal, de buena alzada y pelaje espeso, que mansamente se deja atar por las extremidades y el cuello a los maderos. Era un camélido domesticado. Su bella cabeza, de grandes ojos oscuros, aterciopelados, de narices husmeantes, se movía tranquilamente de un lado a otro con una mirada de inocencia. Las orejas, enhiestas, recogían los mil rumores indecisos de la noche. Sólo el curandero sabía lo que había costado convertir a este llamo salvaje, que pateaba, escupía y mordía con furia, en dócil servidor del hombre. Y en el tibio ambiente de verano, bajo el palio estelar que profundizaba el rectángulo del patio, pacífico y hermoso al resplandor de la hoguera, el llamo blanco vivía sus últimos instantes, sin comprender por que lo inmolaban.

Pidió el curandero una vasija de barro. Puso a un indio mirando al norte, otro en dirección al sur. Colocó la vasija entre el lecho de la enferma y el madero en que yacía el llamo. Hizo unos signos esotéricos, murmuró frases incomprensibles, luego sacando un cuchillo afilado tocó tierra con ambos lados de su hoja, lo purificó en el fuego, y tapando los ojos del llamo con una mano, con la otra le asestó un golpe certero en el cuello. Brotó la sangre roja, impetuosa, incontenible, tiñendo de granate el suave pelaje nevado. Sacudió el llamo las patas en un postrer esfuerzo por defender su vida, agitó el cuello con furia, escupió y daba mordiscos al aire como queriendo vengar el ataque. Salía la sangre a borbotones por la herida, y el "callaguaya" la recogía en la vasija de barro. En los ojos del animal moribundo, brillaban, confundidos, el dolor y el miedo.

Poco después, exhalando una queja semejante al llanto de un niño, el llamo expiró convulso y trémulo.

Entonces el curandero sopló en la sangre de la vasija, profirió otras palabras enigmáticas, y apuntando al lecho de la enferma con la mano sarmentosa dijo por toda explicación:

-El "Karwa", el llamo, la caballería que lleva hacia lo alto, es ahora la caballería que viene hacia lo bajo. Ella vivirá.

El primero en darse cuenta de lo que pasaba a la enferma fue Octavio. -¡Mírenla, renace!
-dijo tembloroso.

El "callaguaya" hizo un signo imponiendo silencio, y todos volvieron la mirada hacia el lecho. Como si una transfusión invisible diera fuerza inmediata a su cuerpo exangüe, las mejillas de Leonora fueron cobrando lentamente un color de aurora. Las venas finas, azuladas, se hincharon como si acreciera el torrente sanguíneo. Se adivinaba la savia generosa, una fuerza nueva y desconocida, alborotándose bajo la piel delicada. La doncella se incorporó, los parpados se alzaron, volvieron a mirar los ojos verdes con la dulce mirada de antaño y la voz melodiosa dijo sosegada:

-Quiero dormir.

En la vasija de barro, la sangre roja del llamo sacrificado pasó del granate al violeta, del violeta al marrón oscuro, del marrón oscuro a un verdinegro indeciso. Y al resplandor de la hoguera el líquido ondulaba, se movía como queriendo hablar.

Lleváronla a su habitación y todos se fueron a dormir. Los indios, arrebujados en sendas mantas, se durmieron al pie de la escalinata de piedra. Pero el Condori, sentado en cuclillas, veló hasta que la hoguera se apagó. En el piso alto, por el ventanal vidriado, se distinguía la silueta fornida del viejo Rengel velando el sueño de Leonora.

Al amanecer, cuando las primeras flechas del sol herían el tejado, el curandero se levantó y recogiendo cenizas de la hoguera las esparció sobre el llamo sacrificado. Luego sacó su cuchillo y con tajos hábiles seccionó la cabeza que lavó, roció con sal y guardó en un bolso de lana. Masculló palabras incomprensibles, en aimara arcaico, y fue a colocarse junto a los otros. Díóseles un buen desayuno. Y hasta que el amo apareció, los tres indios estuvieron sentados en el suelo, inmóviles, hieráticos, clavada la mirada en un punto distante, sin hablar entre sí, con ese misterioso poder de ensimismamiento que hace del nativo un trasunto de montaña.

Leonora amaneció mejorada. Débil aún, la vida retornaba a su cuerpo lánguido. Sus bellos ojos perdieron el tinte de melancolía. Pidió ser llevada a la ventana y al ver el jardín derramó lágrimas de dicha:

-Dormía -exclamó. Ahora quiero vivir.

Estaba salvada.

El viejo Rengel, seguido por sus hijos, bajó al patio y abrazó al curandero.

-Tatay: me la salvaste. Pide lo que quieras.

El indio le contestó gravemente:

-El sacrificador del "Karwa" no debe recibir nada. Haz más escuelas para los "runas". Si quieres, dales algo a mis nietos. Me voy señor.

Rengel fue generoso con el curandero. Regaló una mula patifina a uno de los mozos, puso un grueso fajo de billetes en el bolso del otro, para que hiciera una casa para su abuelo; y ese mismo día ordenaba levantar diez escuelas indígenas en diversas zonas del país, que llevarían el nombre de Condori.

-Que Dios te bendiga, Condori.

-Tatay, que la "Pacha-Mama" te sea benigna. Leonora se recuperó rápidamente. Su cuerpo esbelto adquirió plenitud. Hincháronse dulcemente los senos. Un ritmo triunfal de vida enarcó el fino dibujo de las caderas.

-Me siento llena de fuerza, podría hacer muchas cosas -decía la doncella, sorprendida, a sus hermanos-, pero prefiero dejarles eso a ustedes.

Leonora volvió a ser la dicha de la "tribu" de los Rengel, el orgullo de la ciudad, porque nadie la aventajaba en su casta hermosura, en sagacidad, ni en el doble encantamiento de genio y figura.

Reanudaron los Rengel su vida audaz, despertando envidias por millares, admiraciones por centenas. Y los últimos rencores iban a morir en los pliegues de la falda de Leonora.

Pasó el tiempo. El viejo minero, lejos de declinar, seguía animoso y enérgico. "Es un roble -decían las gentes-, llegará a los ochenta tan fuerte como sus hijos".

Con la vejez, la inteligencia natural del millonario se aguzó. El hombre de empuje, de acción, dióse también a meditar en los caprichos de la suerte. No encontraba explicación a su suerte increíble. Recorriendo la vida de sus émulos, el destino general de los demás, comprobaba que así como rara vez, casi nunca un dictador termina en la cima, los grandes capitanes del dinero tienen siempre su cortejo de calamidades e infortunio. El no; descontada la pérdida de la esposa, todo había salido y seguía saliendo bien. Un oscuro temor fue creciendo en su alma contra ese halo de poder y felicidad que lo envolvía. Los hijos todos logrados, descollando por su propio mérito. Leonora, casada ya, madre de dos lindos críos. Su fortuna siempre en ascenso, su prestigio cada vez mayor. Y una salud de hierro, que es lo más que se puede pedir a la naturaleza en la ancianidad. Pero el viejo desconfiaba. Separó grandes bienes para los suyos, y comenzó a repartir su inmensa fortuna en donativos de beneficio público.

La prensa celebró el hecho: el viejo Rengel, como los plutócratas yanquis, comenzó "condottiere" y quería terminar filántropo. Una nueva felicidad -la gratitud popular- entró a la casa de los afortunados.

Una mañana los hermanos penetraron al cuarto del millonario.

-Padre -dijo el mayor. Se ha descubierto petróleo en nuestras tierras del oeste. Iremos allí para organizar las cosas en tu nombre. Volveremos en ocho días.

Y se fueron alegres, bulliciosos, estremeciendo el piso con sus pisadas vigorosas.

El viejo Rengel sintió una punzada en el corazón. ¿Qué sería? Antes no se cuidaba de separaciones ni regresos. Pensó que se estaba volviendo anciano.

Bajó al jardín, se entretuvo con los nietos y por la noche, cautivo de la voz de Leonora que leía páginas de Mommsen, la inquietud se disipó.

Esa semana transcurrió vigilando los proyectos de su yerno; el ingeniero Sánchez, que antes que yerno era un hijo más por su devoción a la familia.

El sábado, día señalado para el retorno de los Rengel, el viejo se levantó optimista como de costumbre. Los nietos se precipitaron a saludarlo:

-¡Yo primero!

-¡Yo primero!

Eran dos bellos rapaces de pocos años.

-Abuelito -dijo el mayor- han traído esto-, y le alcanzó un telegrama que rezaba "urgente". Pero el millonario no encontraba sus lentes de lectura y se metió el despacho al bolsillo.

-Abuelo -agregó el otro- ahora verás lo que yo encontré.

Y nervioso, impaciente, lo llevó al patio colonial, donde el sol invadía ya la vasta superficie.

En una esquina, sobre un montón de paja, yacía un llamito blanco, muy pequeño, casi un recién nacido. Tenía las orejas enhiestas, la piel suavísima sin la más leve mancha. Gemía de hambre. Los chicos le dieron leche y se calmó. Luego alzó los ojos oscuros, aterciopelados hacia el viejo y su mirada inocente lo ofuscó. ¿Qué sería?

Un recuerdo lejano, desde un tiempo olvidado, hirió como un rayo su mente.

El millonario subió precipitadamente la escalera de piedra, pidió sus lentes de lectura, y sostenido por los brazos amorosos de Leonora leyó el telegrama dirigido a su yerno: "Ingeniero Sánchez. -Anoche estrellóse contra cordillera avión procedente del oeste. Viajaban hermanos Rengel. No hay sobrevivientes. Prepare familia-. Lloyd".

Y el mismo instante en que Leonora y el viejo confundían sus lágrimas, uno de los niños decía alborozado al otro, saltando de impaciencia:

-¡Mira, mira hermanito! El llamo tiene un collar colorado en el cuello.

Y al sol matinal que hería violentamente el paisaje, veíase una fina línea roja en el cuello del animalito, que fingía una cinta colocada para hacer resaltar la albura del pelaje; o la huella reciente de una herida circular, como si acabaran de colocar en su sitio una cabeza recién cortada.

MANUEL ROJAS

MANUEL ROJAS nació en Buenos Aires, hijo de padres chilenos, el 8 de enero de 1896. Desde su juventud, desempeñó los más variados oficios.

Desde 1953 fue Profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Viajó a Estados Unidos en varias oportunidades y dictó un ciclo de conferencias en Middlebury College. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1957.

Murió en Santiago de Chile en 1972. Se inició en la literatura con la publicación de *Hombres del Sur*, (cuentos, 1926). Continuó con *Tonada del transeúnte* (poemas, 1927), *El delincuente* (novela, 1929), *Lanchas en la bahía* (novela, 1932), *Travesía* (novelas breves, 1934), *El bonete maulino* (cuentos, 1943), *Hijo de ladrón* (novela, 1951), *Imágenes de infancia* (memorias, 1955), *El árbol siempre verde* (ensayos, 1960), *Punta de rieles* (novela, 1961), *El hombre de la rosa* (cuentos, 1963), *Sombras contra el muro* (novela, 1964), *Mejor que el vino* (novela, 1965), *El vasa de leche* (cuentos, 1966). *Hijo de ladrón*, la más conocida de sus novelas, cuenta con catorce ediciones en castellano y ha sido publicada en Estados Unidos (1955), Italia (1955). Austria (1955), Inglaterra (1956), Yugoslavia (1956), Portugal (1956), Suecia (1958), Francia (1963), Polonia (1965) y Unión Soviética (1965).

UNA CARABINA Y UNA COTORRA

Hay seres que nunca harán nada digno de mirar o de considerar. En la mayoría de los casos, no será suya la culpa: no han tenido preparación ni oportunidad para ello, o la vida se les ha presentado en tal forma, que apenas les ha permitido luchar para subsistir, es decir, para trabajar, es decir, para pelear diariamente y durante horas, ocho, diez o doce, con los más heterogéneos y extraños elementos: con el barro, el que hace adobes; con grasientas y ensangrentadas piltrafas de cuero de animal, el curtidor; con maderas, clavos y duras herramientas, el carpintero de obra; con trozos de suela y con zapatos viejos y malolientes, el zapatero; con una manivela que debe hacer girar incansablemente o con una bocina que debe tocar diez, cien, mil veces al día -muchas veces sin necesidad y sólo por hábito-, el conductor de vehículos motorizados; con fríos hierros, potes de grasa y tarros de aceite, el mecánico; con un escobillón, un tarro y un carretón hirviendo de moscas, el basurero. ¿A qué seguir? La lista de trabajadores es interminable, así como es interminable el número de oficios que desempeñan. ¿Que tiempo, qué oportunidad? Sin olvidar que el contacto diario y durante años con el barro, los cueros, las maderas, la manivela, los hierros y el carretón repleto de basura terminan por dar a su personalidad una condición semejante a la que esos elementos tienen.

Algunos logran, a veces, hacer algo. ¿Cómo? No se sabe y casi no se explica, pero lo hacen. En la mayoría de los casos no son hechos extraordinarios. Lo extraordinario está en que, dada su condición, hayan podido realizarlo.

Siempre recuerdo lo que alguien contaba sobre el indio que allá en Tierra del Fuego, venía periódicamente a pedirle la carabina.

-Préstame tu carabina, patrón.

-Llévala.

Le daba el arma y dos proyectiles, y el indio -Juan, Domingo, Santiago, o sin nombre alguno- regresaba dos o tres días después, llevando sobre su desnuda espalda un cuero de guanaco y un cuarto del mismo animal. Además, el arma y la bala sobrante.

-Toma tu carabina. Guanaco gordo, cuero very well. Good by, patrón. Sabía inglés y español, aunque ignoraba cuál era el español y cuál el inglés.

Un día, mientras el patrón la usaba, la carabina se descompuso. Se atrancó, algo se le aflojó o algo se le apretó, lo mismo daba: el patrón la mira y la remiró, forcejeó aquí, le echó grasa allá; inútil. Cuando el indio, volvió, le dijo:

-No hay carabina.

-Guanacos gordos, patrón.

-Carabina mala.

El indio volvió dos o tres veces. Su mirada era cada vez más triste.

-Carabina mala.

No tenía tiempo para llevarla a algún armero de Punta Arenas. Después de varias visitas del indio, se dio cuenta de que ocurrían dos cosas: primera, el indio se moría de hambre; segunda, no entendía lo de que la carabina estuviese mala; creía, sencillamente, que no quería prestársela. Eso le dolió, y en la primera visita le entregó, como siempre, el arma, con los dos proyectiles. Mejor sería que se convenciera por sí mismo.

El indio se fue casi corriendo. Volvió, dos o tres días después, con dos cueros de guanaco, un cuarto de animal, la carabina y la bala sobrante.

-Toma tu carabina. Guanacos gordos, cueros macanudos, Chao, patrón. Sabía también un poco de italiano.

El patrón estuvo dos o tres días con la boca abierta: la carabina funcionaba como si acabara de salir de la fábrica. El indio la había arreglado. ¿Cómo? Sabría tanto de mecánica como de propedéutica y no tendría la más insignificante herramienta; quizá poseería un anzuelo; ¿pero quién ha arreglado jamás una carabina con un anzuelo? Cuando el indio volvió de nuevo, el patrón le entregó el arma y las dos balas, sin atreverse a preguntarle nada: estaba seguro de que no habría sabido explicarle cómo la había arreglado. El indio, por su parte, no lo intentó. Quizá no podía. La lucha por la vida le había impedido aprender a pensar y a expresarse.

Pedro Lira no había arreglado jamás una carabina y nunca tuvo un anzuelo. Todo en él y en su hogar estaba desarreglado: las sillas estaban cojas, la puerta no cerraba y apenas si se abría, la ventana no tenía vidrios, la cama permanecía siempre a medio hacer, el piso de la habitación estaba siempre sucio, y la vajilla, hecha añicos. El era como su cuarto, con bigote además, un bigote que parecía estar siempre empapado en vino. Su mujer era un atado de trapos que se movía, un atado de trapos que hacía la comida, lavaba la ropa y se quejaba cuando Pedro Lira, quizá para cerciorarse de que debajo de eso que se movía había algo más que trapos, le dejaba caer encima un palo o un puñetazo. ¿De qué vivía? Era comerciante: compraba escobas en una fabrica y las vendía por las calles; con el dinero que obtenía compraba de nuevo escobas y las volvía a vender; con el dinero..., etc. Las ganancias le permitían mantener cojas las sillas, a medio cerrar la puerta, sin vidrios la ventana, sucio el piso, hecha polvo la vajilla. Además, húmedo el bigote y en movimiento el atado de trapos. No tenía hijos.

Lo único estimable en su cuarto era la mesa, no por su estilo, no por su madera, no por su barniz. Lo era por su tamaño, demasiado grande para el cuarto, y porque sobre ella solía moverse lo único hermoso que hubo en la vida de Pedro Lira, lo único que quizá justificó su triste y destartalada existencia de comprador y vendedor de escobas: una cotorra.

Yo tenía, por esos tiempos, una estatura que sobrepasaba sólo por escasos centímetros la altura de la mesa, diferencia a mi favor que me permitía mirar de pie lo que ocurría sobre aquel mueble. Digo de pie porque Pedro Lira jamás me invitó a que me sentara. Quizá tenía la sospecha de que, como él, no tenía fe en sus sillas. Parada allí, miraba.

Pedro Lira, sentado en una de las sillas -las conocía mejor que yo-, iniciaba sobre la mesa, con sus largas y negras uñas, un repiqueteo parecido al de un tambor. La cotorra, que vagaba por el cuarto o por el patio buscando qué comer o que subía y bajaba, interminablemente, por los palos o guías del parrón, se detenía: era una llamada, una llamada para ella sola. Si el repiqueteo persistía y aumentaba de intensidad o si al golpe de las uñas se unía el golpear de los nudillos sobre la mesa, abandonaba todo, el palo, la guía o el trozo de papa cocida que picoteaba, y corría hacia la puerta de la pieza de Pedro Lira, colábase por ella y, acercándose a la mesa, se detenía junto a uno de los derrengados zapatos del vendedor ambulante. Allí esperaba. El repiqueteo aumentaba en profusión e intensidad. Pero Lira, transfigurado, brillantes los ojos, erguido el cuerpo, casi seco el bigote, olvidado de las sillas desvencijadas, de las escobas amontonadas en un rincón del cuarto, de la ventana sin vidrios, del piso sucio y de la vajilla hecha harina, olvidado también del atado de trapos, ignoraba a la cotorra, que allí, a sus pies, levantada la cabecita, le miraba con la expresión del niño que espera que su padre o su abuelo lo tomen en brazos, izándolo. Llegaba un momento, sin embargo, en que ya no se podía esperar más: el repiqueteo alcanzaba intensidad sobrecogedora; el redoble del tambor se convertía en un rumor de caballos lanzados a la carga, y en medio del trepidar de los cascos se escuchaba algo como el explotar de gruesos proyectiles. Una voz venía a dominar el tumulto:

¡Atención!

En ese momento la cotorra, bajando la cabecita, daba fuertes picotazos sobre el zapato de Pedro Lira, quien, sin torcer el cuerpo ni mirar hacia abajo, dejaba caer uno de sus brazos y ponía a ras del suelo, estirado el dedo índice, la obscura mano. En aquel dedo, con la rapidez de quien salta a un tren en movimiento, se encaramaba la cotorra. El brazo subía y se posaba de nuevo sobre la mesa, sobre la cual la cotorrita descendía y en la que quedaba inmóvil, erguida, esperando.

El repiqueteo cesaba bruscamente. Pedro Lira, recogiendo hacia el cuerpo los brazos que reposaran sobre la mesa, gritaba:

-¡Atención! ¡Firmes!

Miraba hacia lo lejos, ajeno ya a todo, dominado también por aquella voz que surgía inesperadamente de él, aquella voz marcial y estentórea, tan diversa de la monótona que usaba al ofrecer su mercadería:

¡Va a querer las escobas, las buenas escobas, caserita!

La cotorra estaba más inmóvil y más erguida.

-¡Soldados: la contienda es desigual! ¡Vivir con gloria o morir con honor! ¡Adelante! ¡De frente! ¡Marchen!

Se reiniciaba el repiqueteo, otra vez como el del tambor que marca un compás de marcha, repiqueteo que Pedro Lira, mirando ahora fijamente a la cotorra, matizaba con sonoros ¡rataplán!,

¡rataplan!, ¡rataplan!, dando al mismo tiempo, con las muñecas, golpes que imitaban la percusión más profunda del bombo. Tambor, timbal y bombo. Sólo faltaba el clarín.

La cotorra, puesta también en trance, recta la posición, iniciaba el desfile del imaginario batallón lanzado a la muerte. Sus pasos, más largos que de costumbre, seguían el compas de la marcha, y allí, toda verde claro, la garganta, el pecho, el abdomen y la cola con dulces reflejos azulados, fileteada de amarillo aquí y allá, rosado el pico y de color carne las patas, no mayor toda ella que la cuarta de la mano de un hombre, parecía, marchando sobre la amplia mesa llena de manchas, un animado y breve resplandor de hojas nuevas. A veces, en aquellas partes en que la mesa no tenía manchas, solía resbalar, perdiendo un poco el paso, que recuperaba inmediatamente. Centímetros antes de llegar al filo de la mesa, la sorprendía el grito:

-¡A la derecha! ¡De frente! ¡Marchen!

Giraba, procurando guardar la compostura, y seguía adelante, hasta que el otro grito la alcanzaba:

¡A la derecha! ¡Marchen!

Avanzaba, ahora derechamente, hacia Pedro Lira, presintiendo que el instante, el temido instante en que el soldado debe lanzarse hacia el enemigo en busca de una muerte casi siempre cierta y de un honor no del todo seguro, llegaría unos pasos más allá. El nuevo grito la alcanzaba en el centro de la mesa, pero no era un grito: era el clarín, que se juntaba por fin al bombo, al tambor y al timbal:

-¡Tararí! ¡Tararí!

La cotorra se detenía, electrizada. Pedro Lira hablaba otra vez con su terrible voz:

-¡Soldados! ¡El enemigo se lanza al ataque! ¡Empieza el combate! Adelante, soldados de la patria!

Cesaba el repiqueteo, callaba el bombo, enmudecía el timbal y un diluvio de proyectiles empezaba a zumbiar en el espacio.

-¡Pum! ¡Pim! ¡Pam! ¡Rat! ¡Trun! ¡Cataplún! ¡Chin! ¡Chin!

Silbido, explosiones, golpes, desgarramientos del aire. La cotorrita, sola en medio de aquel fragor, abandonada a su suerte frente a un invisible y feroz enemigo, luchaba denodadamente: avanzaba, retrocedía, inclinaba el cuerpo, torcía la cabecita hacia un lado y otro o giraba a la derecha o a la izquierda. La lucha duraba poco, sin embargo: alguien, allá a lo lejos, lanzaba el proyectil decisivo. Se oía un silbido. Al mismo tiempo el brazo derecho de Pedro Lira, estirado hacia atrás, empezaba a levantarse bruscamente sobre su cabeza, aproximándose a la mesa. El silbido aumentaba de intensidad, convirtiéndose en rugido. Por fin el brazo caía sobre la mesa y el puño golpeaba en ella con toda la fuerza de que era capaz:

-¡Pam!

Era un golpe seco. La cotorra, tocada por el obús, caía fulminada, tíasas las patas, cerrados los ojos, entreabierto el pico. Silencio. Pedro Lira volvía en sí y miraba al pequeño y verde soldado tendido en el campo de batalla. Sonreía y se frotaba las manos: su trabajo y el de la cotorra eran perfectos. Nunca hubo una banda de regimiento como aquella, jamás un comandante como él, y en los tiempos de los tiempos ningún soldado como aquél, tan denodado, tan valiente, tan patriota, tan muerto.

Yo, empujado ahora sobre las puntas de los pies, miraba a la pequeña víctima. Todo aquello me sobrecogía, pues todo, gracias a Pedro Lira, aparecía real. Pero el mago tornábase de nuevo serio: faltaba el último acto. Se escuchaba otra vez el clarín, un toque alegre y ligero:

-¡Tararí, tararí, tararí!

La cotorra no se movía. Pedro Lira gritaba de nuevo marcialmente:

-Soldados: la batalla ha terminado! ¡El enemigo ha sido vencido! ¡El regimiento vuelve a su cuartel! ¡Tararí, tararí!

Se reiniciaba el redoble del tambor, el golpe del bombo y el rataplán del timbal, y, junto con ello, la cotorra, único y digno soldado de aquel regimiento, abandonando su papel de soldado muerto, volvía, más afortunado que otros soldados, a desempeñar su papel de soldado vivo. Se erguía sobre sus rosadas patitas, poníase recta y avanzaba airoso, a paso de parada, hacia Pedro Lira, quien la miraba venir hacia él, brillantes los ojos, encendidos el rostro, húmedos los labios. Ella toda verde claro, con dulces reflejos azules y suaves destellos amarillos, su obra, la única belleza que había logrado crear durante toda su trashumante vida de vendedor de escobas, llegaba ante él y ante él se detenía, esperando su recompensa: una caricia o un trozo de papa cocida.

Dos o tres años después de separarnos de él, mi madre y yo supimos que Pedro Lira había muerto: borracho, un tren lo arrolló, junto con su mercadería, en un solitario paso a nivel. ¿Qué destino tendría su cotorra? ¿Cuál su mujer? Lo ignorábamos y estábamos lejos de ellas: toda una provincia nos separaba. Hablábamos muchas veces sobre aquel hombre y aquella avecilla. ¿Cómo había logrado enseñarle todo aquello? ¿Cuánto tiempo demoró? ¿Cualquier persona podría, con tiempo y paciencia, lograr lo mismo? Nos parecía difícil, y cada vez que en alguna parte veíamos una cotorrita, preguntábamos:

-¿Sabe hacer alguna gracia?

Sí, sabían dar la pata y hablaban tal o cual palabra: nada más. No había en el mundo muchos Pedro Lira ni muchas cotorras como aquella. La gracia era escasa. Mi madre, sin embargo, que apreciaba mejor que yo, niño aún, aquel prodigio, no perdía la esperanza de encontrar alguna vez algo semejante. Y una tarde, al regresar del colegio y entrar a la pieza en que vivíamos, vi colgada del muro, junto a la puerta, nuevecita y limpia, una jaula de metal. Dentro, toda verde claro, había una cotorra semejante a la de Pedro Lira, aunque tal vez un poco más corpulenta. Silenciosa me miró. Mi madre no estaba. Deje en la pieza mis libros y salí a mirar al pájaro. ¿Sabría hacer alguna gracia? ¿Daría la patita, hablaría, haría algún especial movimiento? No me atreví a meter el dedo dentro de la jaula, ni, mucho menos, a sacarla de ella. Mi madre llegó pronto. Me dijo:

-La compré, hijo. El hombre me dijo que era muy inteligente.

Aquello me extrañó: era año de pobreza, más pobre quizá que el anterior -los años de los pobres son así: cada vez más pobres-, y me pareció raro aquel despilfarro. Me explicó:

-Me costó muy barata. Además, no pude resistir la tentación. Tenía tantas ganas de tener una. ¿Te acuerdas de la de Pedro Lira?

Comprendí que, en secreto, mi madre tenía la esperanza de llegar a enseñar a aquel pájaro, si no todo lo que el otro sabía hacer, algo por lo menos, algo que ella discurriera. Días después, al llegar a mi casa, encontré a mi madre con una cara extraña a ella.

-¿Qué le pasa?

Tenía un dedo, el índice de la mano derecha, vendado.

-¿Se lastimó?

Señaló hacia la jaula. La cotorra, toda verde claro, con dulces reflejos azules y toques amarillos aquí y allá, le había dado, al abrir mi madre la puerta y ofrecerle el dedo para que se subiera a él, un feroz picotón. El pico, fuerte, casi había desgarrado la piel.

-La culpa es mía. Es muy pronto todavía.

La cotorra, detenida en el travesaño central de la jaula, parecía escuchar. Es muy pronto todavía. Pero mi madre era impaciente y pocos días después vi de nuevo la venda sobre el mismo dedo: en idéntico sitio y con la misma fuerza, increíble en una mancha toda verde clara, con tonos azulados y reflejos amarillos, el pico había abierto la piel: se veía la desgarradura. Una fracción de milímetro y la sangre brotaría. La cotorra, silenciosa, miraba desde el travesaño.

Mi madre la mimaba, hablándole con todo el cariño de que era capaz y llenándole la jaula de papas cocidas, trozos de choclo tierno, hojillas de lechuga. La cotorra comía como un león. Pero había en ella algo que no tenía la de Pedro Lira, algo distante y aislado, tal vez como un sentimiento de propia soledad.

Varios días después, a la hora de almuerzo, noté que comía algo extraño para aquellos días de pobreza: una sopa en la que, además de arroz y papas se hallaban uno trozos de carne blanca y tierna.

-¿Qué es esto, mamá?

Muda, señaló con la cabeza hacia la jaula. Miré: estaba vacía, después miré el índice de la mano derecha de mi madre: una venda, mas voluminosa que las anteriores y ahora manchada de sangre, lo cubría.

Me extrañó aquello, pero me lo explique, aunque no en el acto: nuestro cuarto, aun en la mayor pobreza, estaba siempre limpio y ordenado, las sábanas brillaban de blancura, el piso se hallaba siempre sin manchas y todo estaba en su sitio y en buen estado. Ella lo hacía todo, absolutamente todo. No podría reprocharle nada. La gracia necesita quizá, para expresarse, tiempo y despreocupación de otras cosas, y ella no tenía ni lo una ni lo otro.

La cotorra había ganado la batalla, pero perdido la vida. La libertad y la independencia tienen, por lo visto, un duro precio. Mi madre había perdido una ilusión. Yo gratuitamente, ganado una cazuela.

MAN CESPED

MAN CESPED nació en 1874 y falleció en 1932 en la ciudad de Cochabamba. Con temblor y deslumbramiento panteísta ha escrito dos breves libros: *Sol y Horizontes* y *Símbolos Profanos*. Man Céspedes ha cuidado su estilo con la morosidad del orfebre, cada palabra esta engarzada a manera de una chispa de diamante en el oro más fino. Su narrativa sutil y realizada con maestría se advierte en su cuento "El Gallo Cochinchino".

Es autor de *Sol y Horizontes*, *Símbolos Profanos* y *Viaje al Chimoré*.

EL GALLO COCHINCHINO

Un gato montés que se había cebado en las aves de la hacienda, una noche hizo presa en una clueca madre de linda pollada de la que sólo quedó un individuo -con perdón de los bípedos implumes- en esa edad en la que aún no se ha definido el sexo, que en el caso sólo es cuestión de cresta y pluma. El pollito anónimo, que en los primeros días de su orfandad anduvo piando sin sosiego en busca de su madre, poco a poco se acostumbró al abandono y se dio a buscarse la vida por su cuenta. Todos sus despiadados congéneres le pegaban con esa falta de misericordia propia de su animalidad. Sólo un viejo gallo cochinchino, hacía tiempo inválido de las faenas galantes, y que por ser ejemplar de raza se había pasado del término de olla, quedando con seguro de vida como jubilado de la laboriosa atención de las hembras del serrallo, no molestaba al pollito; por el contrario, lo llamaba picando una pajita o escarbando con sus patas calzonudas cualquier basureja.

Relevado por otro gallo joven, el viejo cochinchino había dejado de servir al diablo, y veía a las gallinas como a simples gallinas, sin el atractivo de la tentación.

Algo debemos decir sobre la estirpe y figura del noble viejo. La raza cochinchina, procedente de la posesión francesa de ese nombre, en la Indochina, fue importada al país mucho antes que las Brahma, Rhode Island, Sussex armiñada u otras más especializadas en determinado objeto. Era una raza parecida a la Orpington, sus tipos eran enormes, de color gris con pintas rojas y amarillas, de carácter tranquilo y andar grave, con esa solemnidad majestuosa propia de la fauna nacida al fulgor del sol de los rajás y los mandarines. En la cabeza el filete rojo de una etiqueta de cresta y la cola corta y recogida como un moño sobre la rabadilla.

El cochinchino de nuestro cuento, particularmente, era un gallo caballero, discreto y reposado, que pasaba los días buscando un regalo de desperdicios o la golosina de un trigo flaco.

Con sus cachos enormes parecía un veterano coronel de caballería, en cuyos talones las espuelas sin control de podadera, hubieran crecido desmesuradamente. Además el filete de cresta, le daba aspecto de estar acicalado con gorrito de escritorio. El buen señor había envejecido en la pureza de su raza, quedando entre una rumfla de gallinas que ya no le hacían caso, como el tipo solitario de una nobleza en desgracia.

El pollito que se sentía atraído por la bondad y atención del viejo gallo, acabó por apegársele e ir tras él, siguiéndole donde iba y ahí tienen ustedes un pollito conducido por un gallo paternal, cosa muy rara por cierto, entre estos tenorios crestados, tan celosos de su gallarda hombría.

El pollito iba tras las chafarrangas de sus protector como un niño cuidado por un viejo gendarme que hiciera oficio de niñera.

Cuando llegaba la noche, el gallote, que solía subir a dormir a lo más alto de una enorme acacia ferrosísima (vulgo pacay) que había en el patio; después de afanes prolijos, el vencedor de cien batallas, malgrado de su volátil altivez, poniéndose en cuclillas se acomodaba en el suelo para abrigar, igual que una gallina al pollito.

Al abrigo del padre cochinchino, el pollito huérfano, creció rápidamente y a la vista se transformó en una blanca y espigada pollita, de patas rosadas, plumas de nieve y un pico de oro pálido, como para picar granadas y frambuesas.

Qué curioso era ver ir a la niña al lado del viejo; y al anochecer arrellenarse junto a él, que al menor ruido, seríote daba la voz de alarma, y desde la medianoche, con su áspero vozarrón, menudeaba un recio aleteo; mientras la pollita se encrespaba con mimo, al sentir un airecillo, o despertada por algún movimiento, sacudía el níveo abrigo de plumas, como desechando una idea voluptuosa, y con frase gutural modulaba, como una sonatina de ensueño el chur-r-r-r...de sus emociones de gallina. Abriase el glorioso amanecer de los valles, y la polla, con elegante vuelo, se largaba de la rama al suelo, tras el batacazo del viejo que le había precedido en buscar tierra.

Cuando comenzaron a revelarse contornos y formas de gallina en la pollita, y ya le echaban sus gorgoteos los gallos jóvenes, y ella se sentía en estado de merecer, el gallo padre comenzó a sentirse celoso y más de una vez, al querer prevenir desacatos, no hizo más que sacar en limpio una sangrienta patada o un temerario revuelque ultrajante para sus años. La polla con honestidad que decía muy bien de ella, si bien gustaba de los requiebros de los gallos mozos, no se daba trazas de renegar de la patria potestad ni ultrajar con actos bochornosos las canosas plumas del viejo. El viejo sí parecía sentir feas intenciones y tanteaba proponer sus malos pensamientos a la polla; pero ella se le escurría y el viejo pasaba a otra cosa, y seguía siendo un buen viejo.

Así pasaba el tiempo, como pasa en el campo, de sol a sol y de madrugada a madrugada. Un día, algún colono de la finca, trajo de regalo un gallo joven y garrido, de plumaje rojo y reluciente, cresta a la pedrada, cola como pompón de *bersaglieri* y pitones como puñales florentinos.

Echado que fue el buen mozo entre la alada familia, parpadeó, dilató la pupila, miró al soslayo y, arqueando el cuello, abrió el pico en tijera, y con toda la fuerza de su pecho le largó un canto de fresco tenor.

Mientras las gallinas fingían indiferencia al recién llegado y cierto apego a su gallo y señor, éste, hecha la cresta un ascua, con la golilla encrespada como un plumero, invitando al grano del terreno, fue acercándose y terminó por acometer al intruso. Este, rápido como un relámpago, se puso en guardia y, al primer revuelo, hizo rodar a su contrincante que aturdido y desmoralizado y con la cola chueca, se dio a la fuga loca. El triunfador quedó en su sitio; estirando el pescuezo entonó una larga y sentida nota y fue dueño de las hembras del corral.

Un día, el nuevo señor se dio de picos con la pollita blanca; su sorpresa duro un instante e incontinenti le dedicó un guitarreo con el ala; le ofreció una miguita, y sin más quiso irse a mayores.

El viejo gallo, que en situación equívoca presenciaba esto, entre atento y disgustado, previó abstención al atrevido plantándosele en medio, resuelto a no consentir esas cosas que estaría bien con gallinas de la plebe, pero no con una señorita gallina.

Sin explicaciones ni requilorios, el desvergonzado *galli-matías*, antes que el veterano pudiera requerir la tizona, le metió una lluvia de patadas que dejaron al cochinchino anonadado y ciego.

Días después eran arduos los amores de la blanca princesita y el rojo sultán.

El pobre viejo, por experiencia, no se metió más a papá de pollitos huérfanos y, desplumado y reumático, andaba apenas, trabándose con sus cachos que parecían grilletes, hasta que una mañana de invierno, fue hallado muerto. En el carro de limpieza lo llevaron al basurero, donde se lo comieron los gusanos a la vista del sol, y el viento del gélido invierno aventó sus plumas, sin que la blanca pollita, que ya era opulenta madre de numerosa prole se acordara del bondadoso viejo con una cruz de cáscara de rábanos o una guirnalda de hojas de zanahorias, o velando su ojo redondo modulara el chur-r-r-r... de una gallinácea oración, por la crestada alma del gallo cochinchino, que con pluma nueva y voz de ángel, a estas horas debe estar sentado en la

gloria, donde las pollitas son dechados de pureza y los gallos sólo cantan para atormentar a San Pedro, hasta que les eche puñados de granos de los divinos trigales.

MARIA LUISA BOMBAL

MARIA LUISA BOMBAL nació en Villa del Mar, el 8 de junio de 1910. Estudió en las Monjas Francesas de esa ciudad y posteriormente en el Colegio de Notre Dame de l'Assomtion, en París, en cuya Universidad de la Sorbone se graduó años más tarde en Filosofía y Letras. Residió durante largos periodos de su vida en Estados Unidos y Argentina.

Su obra, aun siendo breve, le ha deparado un sitio de excepción en las letras de Latinoamérica, por la sugestión de su lirismo y la pureza de su estilo, de entonación onírica y subjetiva. Se le deben dos novelas esenciales: *La última niebla* (1935) y *La amortajada* (1938), ambas con varias ediciones, además de numerosos cuentos esparcidos en revistas literarias y que no han sido compilados en su totalidad. Mantiene inéditas una novela, *El canciller*, y tres obras de teatro que no han sido estrenadas. Su producción ha sido total o parcialmente traducida al inglés, francés, portugués, sueco, checoslovaco y japonés.

LO SECRETO

Sé muchas cosas que nadie sabe.

Conozco del mar, de la tierra y del cielo infinidad de secretos pequeños y mágicos. Esta vez, sin embargo, no contaré sino del mar.

Aguas abajo, más abajo de la honda y densa zona de tinieblas, el océano vuelve a iluminarse. Una luz dorada brota de gigantescas esponjas, refulgentes y amarillas como soles.

Toda clase de plantas y de seres helados viven allí sumidos en esa luz de estío glacial, eterno.

Actinias verdes y rojas se aprietan en anchos prados a los que se entrelazan las transparentes medusas que no rompieron aún sus amarras para emprender por los mares su destino errabundo.

Duros corales blancos se enmarañan en matorrales extáticos por donde se escurren peces de un terciopelo sombrío que se abren y cierran blandamente, como flores.

Veo hipocampos. Es decir, diminutos corceles de mar, cuyas crines de alga se esparcen en lenta aureola alrededor de ellos cuando galopan silenciosos.

Y sé que si llegara a levantar ciertas caracolas grises de forma anodina puede encontrarse debajo a una sirenita llorando.

Y ahora recuerdo, recuerden cuando de niños saltando de roca en roca refrenábamos nuestro impulso al borde imprevisto de un estrecho desfiladero. Desfiladero dentro del cual las olas al retirarse dejaban atrás un largo manto real hecho de espuma, de una espuma irisada, recalcitrante en morir y que susurraba, susurraba... algo así como un mensaje.

¿Entendieron ustedes entonces el sentido de aquel mensaje?

No lo sé.

Por mi parte debo confesar que lo entendí.

Entendí que era el secreto de su noble origen que aquella clase de moribundas espumas trataban de suspirarnos al oído.

Lejos, lejos y profundo -nos confiaban- existe un volcán submarino en constante erupción. Noche y día su cráter hierve incansable y soplando espesas burbujas de lava plateada hacia la superficie de las aguas.

Pero el principal objeto de estas breves líneas es contarles de un extraño, ignorado suceso acaecido igualmente allá en lo bajo.

Es la historia de un barco pirata que siglos atrás rodara absorbido por la escalera de un remolino y que siguiera viajando mar abajo entre ignotas corrientes y arrecifes sumergidos.

Furiosos pulpos abrazábanse mansamente a sus mástiles, como para guiarlo, mientras las esquivas estrellas de mar anidaban palpitantes y confiadas en sus bodegas.

Volviendo al fin de su largo desmayo, el capitán pirata de un solo rugido despertó a su gente. Ordenó levar ancla.

Y en tanto, saliendo de su estupor todos corrieron afanados, el capitán en su torre, no bien paseara una segunda mirada sobre el paisaje, empezó a maldecir.

El barco había encallado en las arenas de una playa interminable que un tranquilo claro de luna color verde-umbrío bañaba por parejo.

Sin embargo había aun peor:

Por doquiera revolviése el largavista alrededor del buque no encontraba mar.

-Condenado mar -vociferó-, malditas mareas que maneja el mismo Diablo. Mal rayo las parta. Dejarnos tirados costa adentro, para volver a recogerlos quién sabe a qué siniestra malvenida hora.

Airado, volcó frente y televista hacia arriba, buscando cielo, estrellas y el cuartel de servicio en que velara esa luna de nefasto resplandor.

Pero no encontró cielo, ni estrellas, ni visible cuartel.

Por Satanás. Si aquello arriba parecía algo ciego, sordo y mudo. Si era exactamente el reflejo invertido de aquel demoníaco, arenoso desierto en que habían encallado.

Y ahora, para colmo, esta última extravagancia. Inmóviles, silenciosas, las frondosas velas negras, orgullo de su barco, hinchidas allá en los mástiles cuán anchos eran. Y eso que no corría el menor soplo de viento.

-A tierra. A tierra la gente -se le oye tronar por el barco entero. Cargar puñales, salvavidas. Y a reconocer la costa.

La plancha prestamente echada, una tripulación medio sonámbula desembarca dócilmente; su capitán último en fila, arma de fuego en mano.

La arena que hollaran, hundiéndose casi al tobillo, era fina, sedosa, y muy fría.

Dos bandos. Uno marcha al este. El otro, al oeste. Ambos en busca del mar. Ha ordenado el capitán. Pero...

-Alto -vocifera deteniendo el trote desparramado de su gente. El chico acá de guardarrelevo. Y los otros, proseguir. Adelante.

Y El Chico, un muchachito hijo de honestos pescadores, que frenético de aventuras y fechorías se había escapado para embarcarse en "El Terrible" (que era el nombre del barco pirata, así como el nombre de su capitán), acatando órdenes, vuelve sobre sus pasos la frente baja, y como observando y contando cada uno de ellos.

-Vaya el lerdo, el patizambo, el tortuga -reta el Pirata una vez el muchacho frente a él: tan pequeño a pesar de sus quince años, que apenas si le llega a las hebillas de oro macizo de su cinturón salpicado de sangre.

-Niños a bordo -piensa de pronto, acometido por un desagradable, indefinible malestar.

-Mi capitán -dice en aquel momento El Chico, la voz muy queda-, ¿no se ha fijado usted que en esta arena los pies no dejan huella?

-¿Ni las velas de mi barco echan sombra? -replica éste, seco y brutal. Luego su cólera parece apaciguarse paulatinamente ante la mirada ingenua, interrogante con que El Chico se obstina en buscar la suya.

-Vamos, hijo -masculla apoyando su ruda mano sobre el hombro del muchacho. El mar no ha de tardar.

-Si, señor -murmura el niño, como quien dice: gracias.

Gracias. La palabra prohibida. Antes quemarse los labios. Ley de Pirata.

-¿Dije gracias? -se preguntó El Chico, sobresaltado.

-¡Lo llamé: hijo! -piensa estupefacto el capitán.

-Mi capitán -habla de nuevo El Chico-, en el momento del naufragio...

Aquí el pirata parpadea y se endereza brusco, -...del accidente, quise decir, yo me hallaba en las bodegas. Cuando me recobro, ¿qué cree usted? Me las encuentro repletas de los bichos más asquerosos que he visto.

-¿Qué clase de bichos?

-Bueno, de estrellas de mar, pero vivas. Dan un asco. Si laten como vísceras de humano recién destripado. Y se movían de lado como buscándose, amontonándose y hasta tratando de atracarseme.

-Ya. Y tú asustado, ¿eh?

-Yo más rápido que anguila me lancé a abrir puertas, escotillas y todo; y a patadas y escobazos empecé a barrerlas fuera. ¡Cómo corrían torcido, escurriéndose por la arena! Sin embargo, mi capitán, tengo que decirle algo... y es que noté... que ellas sí dejan huellas.

El Terrible no contesta.

Y lado a lado ambos permanecen erguidos bajo esa mortecina verde luz que no sabe titilar, ante un silencio tan sin eco, tan completo que de repente empiezan a oír.

A oír y sentir dentro de ellos mismos el surgir y ascender de una marea desconocida. La marea de un sentimiento del que no atinan a encontrar el nombre. Un sentimiento cien veces más destructivo que la ira, el odio o el pavor. Un sentimiento ordenado, nocturno, roedor. Y el corazón a él entregado, paciente y resignado.

-Tristeza -murmura al fin El Chico, sin saberlo. Palabra soplada a su oído.

Y entonces, enérgico, tratando de sacudirse aquella pesadilla, el capitán vuelve a aferrarse del grito y del mal humor.

-Chico, basta. Y hablemos claro. Tú con nosotros aprendiste a asaltar, apuñalar, robar e incendiar; sin embargo, nunca te oí blasfemar.

Pausa breve, luego, bajando la voz, el pirata pregunta con sencillez.

-Chico, dime tú has de saber. ¿En dónde crees tú que estamos?

-Ahí donde usted piensa, mi capitán -contesta respetuosamente el muchacho.

-Pues a mil millones de pies bajo el mar, caray -estalla el viejo pirata en una de esas sus famosas, estrepitosas carcajadas que corta súbito, casi de raíz.

Porque aquello que quiso ser carcajada resonó tremendo gemido, clamor de aflicción de alguien que dentro de su propio pecho estuviera usurpando su risa y su sentir; de alguien desesperado y ardiendo en deseo de algo que sabe irremisiblemente perdido.

MARIA VIRGINIA ESTENSSORO

MARIA VIRGINIA ESTENSSORO nació en Tarija en 1910. Su narrativa es confidencial, un soliloquio de ventrílocuo sin piedad para sí misma por su congoja existencial. La publicación del *Occiso* fue una "pedrada en el charco", la censura pacata la llamó "licenciosa" sin que ella se diera por aludida. Vivió como una moderna Aurora Dupin, independiente y rodeada de intelectuales. Sus vivencias le han servido de alimento en su peregrinaje y se traduce en nítidas miniaturas del paisaje y de sus humanísimos personajes errantes.

Es autora de *El Occiso*, La Paz, 1937; *Ego Inútil*, La Paz, 1971; *Memorias de Villa Rosa* (cuento). *Criptograma del escándalo y la rosa* (Fantasía biográfica de Ligia Freitas Valle). Cuentos y otras páginas.

EL OCCISO

Fue como un despertar.

Un despertar de sueño clorofórmico.

Un despertar que venía de la nada, una nada hecha de pesadilla y de opresión.

Le arrancaron la vida de cuajo.

Y se congeló de Infinito.

Y ya no sintió más.

Se transformó quizá, en un trozo de hielo, tal vez, en una piedra fría y negra.

Y ya no fue.

Ya no fue. Y ahora, *era* otra vez.

Había vuelto de la nada, y en la nada seguía.

Estaba formado de vacío, de silencio, de inmovilidad y de frío.

De un frío de éter.

Era ahora, de éter y de desesperación.

Había despertado de un sueño clorofórmico, con una lentitud de siglos.

Había despertado de un sueño de piedra, en una vida de hielo.

Despertó muerto.

Estaba muerto: (sin voz, sin movimiento, sin vista, sin calor!

Con la sangre coagulada.

Con los miembros yertos, tiesos y endurecidos.

Con las pupilas fijas y dilatadas, como bolas de cristal.

Con las manos crispadas, los oídos tapiados, y el cerebro en febril actividad.

Entonces, su desesperación, su angustia, su vacío, su soledad y su silencio, se agudizaron, se exasperaron, y se poblaron de horror; se llenaron de tinieblas y de nieblas; de penumbras de orto y de oscuridad de pavor.

Pensó.

Primero poco a poco; después, con celeridad pasmosa, con velocidad inconcebible, atravesando todas las capas, y todos los límites, y todos los espacios.

Galopó sobre el Tiempo y bebió la Distancia.

Fue más allá de lo Eterno y lo Absoluto.

Y el pensamiento se le rompió de pánico, se le quebró de espanto, se le trizó de miedo.

Si hubiera estado vivo, se le habrían erizado los cabellos mojados de sudor, y se le habrían desgarrado las fauces como ramajes resecos.

No pudo gritar.

Ni pudo levantarse y huir.

Estaba amurallado en el ataúd.

Muerto.

Definitivamente muerto.

Era el occiso.

Era el occiso, el difunto pálido, el extinto lívido.

Era el finado de los cuentos de ánimas.

Y el muerto, el fantasma, sufría tan horriblemente, tan espantosamente, como nunca pudieron sufrir todos los vivos.

Era un terrible automartirio en el que el pensamiento le servía de estilete y de cuchillo.

Era un dolor tan enorme, que fue haciéndose palpable y consciente; que, fue espesando el vacío, colmado de soledad, volcándose en la nada.

Era un dolor profundo y hondo como el agujero en que yacía; un dolor profundo y hondo que crecía y se agigantaba, y que iba, tal vez, a romper la caja, la muralla, el límite.

Y el occiso tremaba de alegría al pensar en su liberación.

El hombre resurgía en el muerto, y soñaba como hombre que fue, no como larva que era, como fantasma que nacía.

¡Saldría, con su suplicio tremendo, de este *in pace* implacable, y podría expandirse, esparcirse, volar!

Pero, después, como a un hombre, le retornaba la duda, y comprendía que se quedaría allá, bajo la tumba blanca de cal, encajonado en la madera dura, por siempre, por toda una eternidad.

Y el miedo se le enroscaba otra vez en el cerebro, se le ovillaba en la mente, y lo enloquecía de pavor.

Pavor, ¿por qué? si en las horas pretéritas, después del día de fatiga, de trabajo o de placer, sentía una dulce alegría con la pequeña muerte de cada noche, y se tendía blandamente en el túmulo blanco del lecho para ser cadáver unas horas.

Pavor, ¿por qué?

Y el occiso seguía pensando, en un suplicio cada vez más inmenso y más feroz.

Tan inmenso y tan feroz, que se hinchaba, inflando y conmoviendo la fosa con un rumor sordo y lúgubre.

Y la nada se volvía densa.

La nada se espesaba de una lava pululante, de un líquido viscoso, con olor a humedad y a moho.

¿Era que su pensamiento había envejecido, y se cubría de herrumbre y de orín?

¿Era que su dolor se materializaba, convirtiéndose en una vegetación parasitaria, que, como inquieto azogue, le nacía en los muslos, en las corvas, en el vientre, por el cuello, por el pecho?

¿Era, que un musgo fétido, con hedor de podredumbre, le brotaba en las cuencas orbitarias, le escocía en las fosas nasales, y le resbalaba por los pómulos, como gotas de sangre tibia y negruzca?

¿Eran los gusanos?

¡Ay!

¡ERAN LOS GUSANOS!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Eran los gusanos, gordos, redondos, pegajosos, viscosos, llenos de babas y de pus.

Eran los gusanos, que se arracimaban, que se multiplicaban, y corrían por todo su cuerpo en surcos flemosos.

Eran los gusanos que se lo comían como pulpos ávidos, como vampiros insaciables y voraces.

Eran, sus cuerpos anillados y blancuzcos, que le chupaban todo el ser, con besos asquerosos de encías desdentadas.

¡Eran los gusanos, sus compañeros últimos, sus amigos postreros, los que llenaban su vacío y su soledad!

Y el occiso iba desfalleciendo más pronto y deshaciéndose más rápido en tal compañía.

Las costillas, desmochadas, se le astillaban desprendiéndose del esternón.

Los órganos, las vísceras, las entrañas, habían desaparecido.

El cuajarón sanguinolento del corazón, que estaba congelado, pero en su lugar, se había desgajado de raíz.

La carcoma le roía: los huesos, e iba trepando implacable.

Por los oídos sintió una salmodia de réquiem, un doliente himno ultraterreno.

Y, en la superficie del cráneo mondo, penetró aquella masa pegajosa en la cavidad de la cabeza, y fue rodeando los caracoles de las circunvalaciones cerebrales.

Y otra vez, el occiso, se perdía con lentitud de siglos, en el sueño clorofórmico.

Otra vez era de hielo, de éter y de nada.

Todavía le quedaban retazos de pensamiento, girones de ideas.

La memoria se iba hundiendo blandamente en un bloque de algodón.

Ya no sabía.

Se esforzaba en recordar.

¿Qué había aquí hace un minuto?

¿Qué había?

¿Qué había?

Persistía aún el recuerdo fugaz:

-Un tul color de naranja rodeando una garganta-

Pero, enseguida, inmediatamente, ese mismo instante, no había ya color, ni tul, ni garganta.

¿Qué tenía aquí ahora, ahora mismo?

¿Qué? ¿qué? ¿qué?

Le quedaban todavía dos compases, ocho notas de un minuetto de Bethoven:

-Tralalá, lalalalá, la, lalá.

¿Y ahora?

-Tralalá, lalalalá.

¿Y, ahora?

-Tra, lá.

Y no más.

¡NO MAS!

Estaba otra vez perdido para siempre en la nada, disuelto en el vacío, hundido en el sueño clorofórmico.

Se iban alejando los gusanos. Habían terminado de comer.

Sin embargo, uno insistía, el último, chupando impávido el único cuajo de sangre que quedaba.

El último gusano, el último gusano, debía ser de luz, de una luz verde. ¡Ay!

Y el grito del occiso al terminar, fue un grito de espanto, una convulsión de placer. Fue, como la postrera eyaculación.

Fuera, rebrillaba el sol, y anidaban los pájaros en los ramajes verdes y jugosos, cantando como locos.

Y el occiso, todo espíritu, se bañaba en luz.

JOSE SANTOS GONZALEZ VERA

JOSE SANTOS GONZALEZ VERA nació en San Francisco del Monte, el 17 de septiembre de 1897. Cursó estudios básicos en la Escuela Parroquial de Talagante y más tarde en el Liceo Valentín Letelier, de Santiago, plantel que debe abandonar para dedicarse a los más extraños oficios. A esta diversidad de experiencias, debe su particular sentido del humor, de finísimo cuño, y su aguda capacidad crítica envuelta en un tono socarrón, de raíz campesina. Fue secretario de *Selva Lírica*, la legendaria revista de artes y letras. Se le otorgó el Premio Nacional de Literatura en 1950. Murió en Santiago el 27 de febrero de 1970.

Obra literaria: *Alhué* (estampas de una aldea, 1928), *Vidas mínimas*, (novela, 1923), *Cuando era muchacho* (memorias, 1950), *Eutrapelia, honesta recreación* (ensayos, 1955), *Algunos* (ensayos biográficos, 1959) *Aprendiz de hombre* (memorias, 1960) y *La copia y otros originales* (cuentos, 1961).

ISMAEL O EL RELOJ DE LA POBREZA

Alhué, debo reconocerlo, era un pueblo con individualidad. Pocas moscas, un solo fraile y ningún carabinero. Casi reunía las condiciones deseadas por Baroja para su república del Bidasoa.

Sus habitantes tuvieron el buen gusto de bautizar las calles con nombres útiles, precisos y localmente históricos. Nada de remontarse a la revolución francesa ni al descubrimiento de la imprenta, ni invocar nombres militares, gregorianos o políticos.

La calle donde expendían pan, hierros, verduras y drogas, en vez de llamarse San Pablo o San Diego, denominábase razonablemente Calle del Comercio.

Después, más allá de la plaza, seguía la calle en que se construyó la primera casa de dos pisos y se instaló el primer hotel. Fue, por ambos motivos, Calle del Progreso.

Y la que a mí me albergaba, linda calle con el cementerio al fondo, un alcalde filósofo y lector de Manrique decidió que se llamase Calle de la Unión.

La del oriente, no había en ella más que una casa perdida, fue Calle de la Libertad. Quien por ella transitaba veía campo, anchura y lejanía. Y así.

Seguía luego la calle de las mujeres que cantan, de las que son alegres y dan su alegría, y con la alegría su cuerpo a todos los hombres; pero como también daban alcohol, los favorecidos con sus dones, formaban con frecuencia trifulcas resonantes. Y variando un poco la denominación, los piadosos vecinos llamaronla Calle de Tribulco. Así parecía evocar algo de ascendencia araucana.

Y otra que va y baja con decisión al río, porque en ella tenían su morada tres sujetos que vivían de la pesca, fue Calle de los Pescadores.

Los pescadores habitaban casuchas miserables, raídas como sus propios trajes. Desde la acera, empinándose un poco sobre las vallas, se les veía trabajar: remendaban los puntos débiles de sus redes.

El segundo y el tercero tenían la edad de los hombres sin esperanza. Cuarenta o cincuenta años. Se parecían demasiado para no ser parientes: sus cabezas estaban cubiertas de mucha cabellera y de un poco de barba. Eran de estatura corriente, de aspecto vulgar. El descuido les cubría de la frente a los pies. No tenían esperanza.

No se sabía, y nadie se preocupó nunca de saberlo, cómo y para qué el destino quiso reunirlos en este pueblo y en esa calle.

Eran víctimas del otoño lo mismo que las hojas. Nacieron para ser peones de la casualidad y resignarse a lo que viniera. Pertenecían al ejército, al gris ejército de los hombres que malean la atmósfera, achican la tierra y afean la vida sin propósito ni razón.

Ahí estaban remendando las redes. Ahí estuvieron siempre moviendo sus manos en el mismo afán. Y ahí seguirán hasta que Aliste se ponga su delantal de ancha cartera.

¡Aliste, habla con Dios!

Del primero, la gente recordaba el nombre: Ismael.

Miraba desde el fondo de unos ojos grandes. Sus bigotes castaños cubríanle honestamente la boca. Su organismo, casi bien conservado, había dejado atrás más de treinta años. No era enfermizo y cuando solía reír, mostraba una dentadura que en la ciudad obligan a la risa constante; pero no era su fuerte la alegría.

Muy industrioso, pescaba, trenzaba el mimbre, pintaba casas, manejaba el serrucho. Siempre había pan en su casa.

¿Por qué trabajaba tanto? Algunos lo hacen para enriquecerse, otros para obsequiar a su mujer lindas cosas. Ismael, empero, no cambiaba de indumentaria, y su mujer se levantaba y se acostaba con el mismo atavío.

Tenía nombre con olor a campo: Clorinda. Era flaca, casi alta, de amarillentas mejillas, de mirada fría y muy habladora.

Si el pescador estaba en el patio remendando sus redes, ella remolineaba en torno con el indispensable pretexto de quehaceres domésticos. No creáis que rondara en silencio. Estaba su boca modelada para las recriminaciones y se consagraba a proferirlas casi de sol a sol.

Vivía agriada. Nunca se le escapaba una palabra alegre. Había suprimido de su existencia la cordialidad. Cuando no podía emprenderlas contra su marido, emprendíalas con su chico, el gato o las gallinas. El parrón mismo no era ajeno a sus invectivas. Según ella, no crecía como un álamo sólo para obstruirle el paso.

-¡Hasta cuando sufriré, Dios mío -así comenzaba su monólogo. Una se embroma teniendo chiquillos y mortificándose en la casa. Y al sinvergüenza no se le da ni pizca. No deja pasar mujer. La tonta trabaja como bestia y el caballero no se preocupa sino de amancebarse con cuanta licenciada encuentra a mano. Pero le ha de salir bien salado. A esa yegua del bajo le van a pedir la casa. ¡Tengo que correrte todas las mujeres! ¿Hasta cuándo quieres verme sufrir? Te haces el leso y te ríes. Ya veremos quién lo hace con más ganas. Yo me quejaré al Comandante.

Solía Ismael responder con una bofetada.

Ese monólogo bronco, cotidiano, podía considerarse fina y velada alusión a la viuda del bajo. El bajo era un rancho situado en el vértice de la calle con el río. Y lo habitaba la viuda, la más saludable viuda que hayan visto mis ojos. Si su casa hubiera tenido un frontispicio de mediana nobleza, justo habría sido grabar en él este elogio de su dueña: "Tiene un firme tesoro debajo del vestido".

Ismael, a pesar de su actitud taciturna, guiado acaso por el sortilegio de su nombre, había logrado asir ese tesoro. De tarde en tarde, desaparecía de su casa una semana entera.

Entonces Clorinda, lagrimeando visitaba a Loreto. Esta le ponía en sus manos un paquetito de polvos. Apenas entraba la noche, Clorinda iba a esparcirlos junto a la casa de la viuda, sin olvidarse de rezar previamente y de encender velas a la Virgen que protege la integridad de los matrimonios.

Su marido regresaba un día cualquiera. Ella lo examinaba. Traía ropa más nueva y más limpia y su fisonomía reflejaba el buen humor.

La roía el despecho; pero, conteniéndose, iniciaba un monólogo no crepitante, sino lacrimoso: la soledad, el niño, el sacrificio, su cariño desinteresado, eran la médula de sus abundantes palabras.

El pescador parecía no emocionarse.

-Si estás dispuesta a continuar hablando, me voy.

Clorinda secaba sus lágrimas con el delantal, cerraba la boca y, transformada en otra Clorinda, se iba a la cocina. La merienda de ese día era mejor. En el lecho había ropa limpia. Ismael dialogaba con el chico. Producíanse lapsos de silencio. Y durante algunas horas flotaba en el hogar esa simpatía que le atribuyen los solteros.

Venía la noche, y transcurría.

La mañana empujaba a Ismael hacia el río. A las doce llegaba con sartas de pescados. Se iniciaba en ese instante el crepúsculo de la amistad.

-¿Qué comeremos hoy? -indagaba.

-Papas con luche y porotos con chuchoca.

-¡Ah!

Esa exclamación terminantísima equivalía también a: maldita sea, me recondenara o peor es morirse.

-Si no te gusta, ándate al bajo a comer manjares. Ya se que no tengo suerte para nada porque...

Ismael, no respondía. Almorzaba la breve lista, se trasladaba al patio y ponía en trabajo sus manos, Las palabras que seguían al porqué de su mujer, terribles, candentes y alusivas palabras, no cesaban. Lo perseguían, lo hacían transpirar, le provocaban una especie de borrachera. La sangre se le iba camino de la cabeza. En vano procuraba silbar entre dientes. Nada. Poco a poco entrábale el deseo vehemente de asir a su mujer y pegarle sin lástima, hasta silenciarla; pero no estaba bien alborotar a diario. Además, de no rematarla, el remedio resultaría peor que la enfermedad. Le daría asunto para mover la lengua un mes entero.

Se refugiaba en el cuarto de sus compañeros de oficio.

Estos lo recibían con una alegórica alusión:

¿Y cómo va el baile?

-Así, así... -respondía, hacienda un gesto de enfado.

-No se volvía a tocar el asunto.

En cambio, el río entraba en la conversación, y la pieza se llenaba de peces legendarios.

El río de Alhué era modestísimo. A buen paso se venía desde la cordillera dando vueltas. Deteníase en cada curva para responder a los sauces que lo saludaban en nombre de los pueblos. Y seguía con su humilde caudal hasta donde se acaba la tierra.

Aunque su condición no era altiva, lo irritaba la descortesía de algunas aldeas que se retiraban a su paso. Bien se vengaba él haciendo barrancos y pedregales.

Pero con Alhué era muy distinto. De su frontera corría jubilosamente entre una doble fila de sauces y de espinos. Estos, desde los cerros, le hacían señales con sus ramas desnudas.

Frente al pueblo, se dividía en varios anchurosos brazos.

Apenas comenzaba a quemar el sol, entraban en sus aguas los tres pescadores. Y ahí permanecían muy abiertos de piernas moviendo las redes.

Cuando una hora se iba sin dejar nada en ellas, exclamaban:

-Si a lo menos pescáramos un cuero...

Era un deseo valeroso y hereje.

Interiormente cada uno temblaba a su sola mención. En el último verano había desaparecido un niño bajo las miradas de varias personas. Una voluntad invisible lo asió de los pies y lo sumergió.

Se reunieron los vecinos, rastrearon el río y no hallaron el cadáver. Cuando la noche vino, volvieron a juntarse, y el más baqueano pegó sobre una tabla apropiada una gruesa vela, entró en las aguas y la soltó en el punto menos correntoso.

La tabla fue primero arrastrada al sur. Seguían los vecinos su avance. Después se desvió y entró en la órbita del remanso. Avanzó algunos metros y comenzó a girar sobre sí misma, y de pronto, hecho inverosímil, se hundió verticalmente.

Comprendió la gente, con pavor, que bajo el agua no había sólo cieno. Mas, no se pudo rescatar el cadáver.

El pescador más viejo había vista uno en el atardecer de un distante verano. Se encontraba en la ribera tomando el fresco. Estaba tendido sobre el pévil, y la oscuridad asomaba ya en la lejanía. No había ni un alma en los contornos, porque en Alhué se estaba celebrando entonces una novena.

Su vista vagaba por la gris superficie del río, pero, al cabo de un instante, la línea del agua se rompió. Algo brillante, luminoso, que tenía la vaga forma de una manta, estaba allí flotando.

Se frotó los ojos para comprobar que no dormía. El animal seguía casi inmóvil. Su anchísima cabeza era tremeluciente y su cuerpo daba la impresión de estar cubierto por una piel brillante y coloreada. Era un feo monstruo, pero resultaba imposible dejar de mirarle.

Clorinda despedía a su marido en las mañanas, con un:

-¡Ojalá te coman los cueros!

El replicaba:

-No te daré ese gusto, sino otro.

En el tren de dos, llegaba el pescadero provisto de grandes canastas.

Tenía, a pesar de su existencia ciudadana, el aspecto lento del campesino. Su rostro, de indio apenas vaciado en criollo era terroso. En el labio superior crecíanle unas cuantas cerdas.

En su juventud trabajó la tierra; luego se vino al pueblo y, como todos los que tienen iniciativas, un día partió a la ciudad.

Ahora, transformado en don Manuel Jesús, estrujaba a los tres pescadores.

Estos pasaban media existencia sumidos en el agua pescando peces y posibilidades reumáticas.

Don Manuel Jesús poseía sus mañas. Sabía regatear como vieja. Cuando había menos pejerreyes que truchas, pagaba mal, porque aquéllos eran desabridos y de difícil venta. Si abundaban las truchas grandes, se quejaba también y alegaba que las pequeñas son las más sabrosas. Y si la plétora era de pejerreyes, decía:

-Voy a comprarlos para dárselos de llapa a los buenos clientes.

Cuando Ismael respondía a su mujer que no le daría ese gusto, sino otro, traducía a su manera el confuso estado de su ánimo.

Clorinda empezaba a inquietarse y rogaba a Dios que suprimiese los días festivos.

Pero un día era al fin domingo. A pesar del sereno sol, del aire liviano y de la perspectiva azul, condiciones adecuadas para la alegría, la casa de Ismael estaba saturada de angustia.

Ismael desaparecía después de almorzar. Se iba en derechura al cementerio. Allí encontraba al viejo Aliste y, golpeándole la espalda, lo invitaba:

-¿Vamos a matar el gusano?

Y se iban.

Vaciaban muchas botellas en el almacén de don Nazario. Pasaba la tarde. Aliste peroraba sobre las ánimas. Decía también que cuando muriese el asno, le enterraría en el cementerio sin avisar a nadie.

El vino enrojecía el alma de Ismael. La penumbra recordábale vagamente que algo le faltaba para completar el día. Salía a la calle.

Suena un golpe en la puerta. Clorinda se asusta, y abre. El corazón da saltos bajo su pecho. Ismael entra con un garrote. ¡Que instante ése!

Desde el patio ordena, con voz ronca y absoluta:

-¡Trae tu pañuelo de rebozo!

La mujer no replica. Quiere vacilar. Pero obedece.

-¡Tu pollera azul! ¡La otra ropa! ¡El manto! ¡Las enaguas!

-Pero, Ismael... ¿Quieres verme desnuda?

-¡¡Las enaguas!!!

En el patio se van acumulando las más extrañas prendas femeninas. Acaso toda la reserva de la, en ese instante, pobre mujer.

Ismael, adusto y temible, aguarda con una botella en la mano.

Cuando todos los trapos de la casa están en la pila, impulsado por su alma roja, vacía la botella.

En seguida sube del montón un haz de humo y llamas.

¡Todo es implacablemente consumido!

Llora la mujer.

Grita el niño.

Ismael se duerme en un banco.

Desde arriba miran las frías estrellas.

Un día Ismael me hizo entrar en su cuarto. Estuvo quejándose de su suerte. Después, indicando la pared, me preguntó:

-¿No siente algo?

Escuché.

De la pared se desprendía un ruido leve, acompasado, comparable sólo al tic-tac del reloj.

-Pues bien -agrega-: es el reloj de la pobreza.

Cuando se oye en una casa, los que en ella viven están como maldecidos. Van siempre para abajo.

WALTER MONTENEGRO

WALTER MONTENEGRO nació en la ciudad de Cochabamba, en 1912. Como ágil periodista que es, se ha acostumbrado a observar los acontecimientos con ojo de cazador patético y a la vez risueño. También profundiza el ensayo con temas políticos y económicos. Su estilo es ágil e irónico llegando a veces hasta el sarcasmo. Fue redactor de la revista norteamericana *Life* (en español) y vivió algunos años en Nueva York.

En el diario *La Razón*, de la ciudad de La Paz, fue columnista de editoriales impregnados de profundas observaciones narrados en un estilo humorístico muy propio de su temperamento burlesco.

Es autor de *Once cuentos*, *Los Únicos*, *Introducción a las teorías político-económicas*.

OTOÑO

Don Cristóbal Guzmán pensaba que lo más importante en la vida era tener el despacho al día. Con orgullo desmedido, si se piensa que era hombre de corazón humilde, afirmó muchas veces que nunca, en largos años de oficinista, había tenido su trabajo atrasado.

Todo ello parecía ahora sumido en el más profundo olvido. Con indiferencia inexplicable veía crecer la montaña de papeles que se iba formando sobre su escritorio. Cartas oficiales, cuadros estadísticos e informes técnicos amenazaban enterrar su bien ganado prestigio.

Apoyados los codos sobre la mesa, mordía un lápiz distraídamente. Su mirada vagaba de un lado a otro, como haciendo un viaje de turista hastiado, por los rincones de la habitación.

Por momentos parecía recobrar la conciencia de los hechos, al contacto eléctrico de los ojos de su secretaria, nerviosa joven de gruesos anteojos que, llena de iniciativas y opiniones, era ego que se llama el "brazo derecho" de su jefe; robusto brazo que, frecuentemente, actuaba con absoluta autonomía.

Algunas veces don Cristóbal había advertido estos desbordes, y hasta hubo proyectado severas actitudes represivas. "No es necesario hierla -se decía-, pero hay que poner los puntos sobre las íes". Luego perdía todo valor e iniciativa frente a los redondos anteojos a través de los cuales salían rayos hirientes y precisos que hoy parecían atraer con alcance telescópico la atención de don Cristóbal perdida en otros mundos.

El señor Guzmán había acabado por resignarse a aquella situación. Después de todo, no es grato haber pasado quince años bregando como profesor de primaria, con miles de chiquillos burlones y mal inclinados; para luego, alcanzando cierto sitio de respetabilidad y reposo, volver a ponerse en pie de guerra; y esta vez, con un enemigo por sí solo infinitamente más peligroso que la suma de todos los discípulos de otros tiempos.

Era ésa la historia de don Cristóbal Guzmán, hombre de cincuenta y dos años de edad; una larga carrera como profesor en las escuelas fiscales, mal pagado por el Estado y escarnejado por los niños, para llegar, al final, a ocupar su actual situación de Jefe de un Departamento en el Ministerio de Educación.

Cómo se produjo este cambio, don Cristóbal nunca quiso averiguarlo, y se limitó a recibirlo como las plantas deben recibir la lluvia, sin preocuparse por averiguar el origen meteorológico del beneficio.

Podían haber sido dos cosas: primera, simplemente, su apariencia insignificante, su gesto cohibido, esa timidez que le hacía levantar los ojos con gratitud de perro casero cuando alguien se mostraba cordial con él; su paciencia, su resignación y su silencio, que siempre son gratos a los ojos de los superiores (como él mismo solía decir). O, quizá, aquel laborioso informe que una vez presentara ante las autoridades escolares sobre una reforma de los métodos pedagógicos en vigencia. El señor Guzmán oyó, algún tiempo después de haber elevado el informe, que el Ministro de Educación, en un famoso discurso, decía cosas así exactamente iguales a las que él había afirmado en su trabajo.

"Es necesario huir de esta equivocada enseñanza que atiborra la inteligencia del estudiante con mil conocimientos que luego son olvidados y no dejan en él ninguna idea fundamental, ni le sirven prácticamente para nada. Enseñemósle a comprender antes que aprender, ¡Sí, señores!".

Esto de "sí, señores" no lo había puesto el señor Guzmán. Era la contribución del Ministro.

Don Cristóbal no pudo menos que asentir con entusiasmo, cuando otro maestro, parado junto a él en el gran desfile escolar, dijo: "¡Qué inteligente, e ilustrado, no? Raro Ministro".

Ciertamente, el aguerrido coronel de la Junta de Gobierno que en ese instante golpeaba la balastrada del balcón con un puño cerrado, recomendando "disciplina, disciplina y siempre disciplina", debía ser hombre inteligente, para haber pensado por sí mismo todo aquello que don Cristóbal aprendiera en veinte años de experiencia. Nada de lo ofrecido en el discurso se llevó a la práctica, pero algún tiempo después el humilde maestro Guzmán recibió su ascenso.

La vida fue desde entonces una especie de paraíso para las modestas aspiraciones de don Cristóbal; ya no más llegar a la escuela, para encontrarse con que los alumnos habían dibujado en el pizarrón grotescas caricaturas suyas, ridiculizando sus pantalones arrugados, su cuerpo demasiado delgado, y su sombrero sin forma apropiada; no más gritar inútilmente "silencio, niños, o rebajo un punto a toda la clase"; no más pelotas de papel volando misteriosamente de uno a otro lado del aula, ni bolitas de cristal malvadamente colocadas debajo de las patas de su silla, hasta haberle producido aquel complejo de desconfianza que le hacía mirar siempre con recelo hacia abajo antes de sentarse. Ahora, las cosas eran muy diferentes; la quieta oficina, el respeto de los tres auxiliares que trabajaban en su sección, y el poder emitir algunas opiniones propias, cuando le pedían un "informe técnico".

Lo único que agriaba la dicha de don Cristóbal, era el carácter de su "brazo derecho". La señorita Luisa Clara, como la llamaban todos en el Ministerio, era para el temperamento de don Cristóbal una especie de perenne amenaza de tormenta sobre un apacible paisaje. "En primer lugar, se decía el señor Guzmán, ¿para qué llamarse Luisa Clara? ,No es acaso suficiente con un nombre? Luisa Clara, realmente, suena muy enfático".

Siempre activa y enérgica y llena de iniciativas. Cada semana anunciaba a don Cristóbal alguna nueva empresa a la cual dedicaría su vida entera. Tenía un modo de decir "mi vida entera", que irritaba irremediablemente al señor Guzmán. Pero demasiado tímido para hacer ninguna observación, se limitaba a sonreír servilmente. Entonces, ella tomando el brazo de su jefe, reía con una risa estridente que acababa por destemplan los nervios del viejo maestro.

-Ud. no sabe de estas cosas, don Cristóbal. Indudablemente, Ud. es demasiado bueno, e ignora las maldades del mundo, pero nosotras, tenemos que luchar, luchar sin descanso... -y volvía a lanzar otra vez aquella sonora y bien modulada carcajada que tanto disgustaba a don Cristóbal.

La señorita Luisa Clara acostumbraba decir que la gente de espíritu sano, ríe abierta y fuertemente. "Mens sana in corpore sano" -concluía proféticamente, levantando el índice de su mano derecha, con un destello muy inteligente detrás de sus gruesos anteojos. Para ella, todo era "indudable".

Así y todo, don Cristóbal se sentía contento con su destino, y miraba con ojos serenos hacia el porvenir que ya no podría reservarle grandes sorpresas, hasta un día en que la señorita Luisa Clara, que organizaba las audiencias públicas con severa rigidez, despidió al último visitante, y luego dijo a don Cristóbal:

La próxima es una maestra provincial del interior de la República. Quiere un cambio de destino o algo así. Nada interesante. Indudablemente, si Ud. prefiere, puedo decirle que la audiencia ha quedado suspendida.

No, dígame que pase. Estas pobres gentes gastan todos sus ahorros en venir a La Paz a hacer sus reclamos. Un día más en hoteles o pensiones, cuesta mucho dinero.

Oh, siempre las mismas quejas: que el sueldo es insignificante, o que quieren cambiar de escuela porque no se llevan bien con el Director. Ud. es muy bueno, don Cristóbal. Ya se lo he advertido muchas veces.

Don Cristóbal sonrió avergonzado de su bondad. La señorita Luisa Clara abrió la puerta y entró la maestra.

Tenía puesto un vestido negro de tela humilde que, a las claras, mostraba su excesivo contacto con el cepillo y las mezclas caseras para quitar manchas. Saludó a don Cristóbal con cierta afectación y, como si tratara de dar el mayor encanto posible a su sonrisa.

Inició la charla como si estuviese escribiendo una carta oficial y pusiese previamente "señor Director" y luego dos puntos. No dejó de sentirse alagada el señor Guzmán por la impresión que ella le daba de estar realizando una entrevista trascendental.

Conforme hacía su historia (huérfana, obligada a ganarse el pan de cada día y trabajando en una escuela de provincia de la que quería ser cambiada porque el Director parecía no tenerle buena voluntad), don Cristóbal la examinaba subrepticamente.

Tenía esa lozanía de cutis propia de la gente del valle; sus labios eran extraordinariamente jugosos, y, aunque estaba muy formalmente sentada en la incomoda silla de duro respaldo, había en su actitud una especie de tibio abandono a medias amoroso y maternal.

Don Cristóbal tuvo que suspender su examen ligeramente asustado, para responder algo. Pero luego, sus ojos volvieron a recrearse en la contemplación del busto sólido y opulento. Los senos mostraban netamente su forma debajo del vestido seguramente un tanto encogido a fuerza de viejo. Y luego, aquellas curvas del vientre y las caderas apretadas por la falda. Las medias negras de algodón revelaban debajo de sí una blancura que...

Don Cristóbal, sobresaltadísimo, levantó los ojos y se puso a disertar muy serio acerca de las dificultades de realizar cambios sin antes consultar a los Jefes de Distrito; pero, inevitablemente, su mirada volvía a posarse en el cuerpo de la maestra.

La señorita Luisa Clara se aproximó en aquel instante, e interrumpiendo la conversación preguntó algo a don Cristóbal, sonriendo con aire suficiente, como si quisiera mostrar su importancia. Se alejó con aire muy comprensivo y diciendo "indudablemente, indudablemente".

Don Cristóbal no quería dar por terminada la charla, y formuló algunas preguntas acerca de esto y aquello.

-¿Cómo se han recibido en Cochabamba los últimos nombramientos?

Ella iba cobrando ánimo y hablaba con soltura, aunque empleando siempre palabras un tanto rebuscadas. Decía por ejemplo, "debo participar a Ud., señor Director".

El señor Guzmán sonreía bondadosamente, y hasta habría querido hacer alguna broma, pero, automáticamente levantó la vista y vio que el "brazo derecho" tenía severamente apuntados hacia él sus grandes anteojos, desde detrás de la máquina de escribir. Y sintiéndose muy alarmado, reprimió su impulso humorístico.

-Muy bien, señorita...

-Blanca Quiroga, servidora suya.

-Vuelva Ud. después de dos días, y veremos si puedo hacer algo. Venga el jueves a esta misma hora.

Ella se puso en pie y se despidió. Don Cristóbal adquirió por primera vez en su vida, dos nociones: que las mujeres tenían manos muy suaves y tibias, y que dejaban un olor agradabilísimo detrás de ellas; aquella inquietante mezcla de fragancia de cuerpo joven y olor de ropa limpia, y alguna loción, aunque fuera barata. Naturalmente, el señor Guzmán ignoraba estos detalles de composición química, y se limitaba a disfrutar del aroma, hasta que él desapareció violentamente batido por el rápido paso de la señorita Luisa Clara que vino en aquel instante a anunciar la próxima entrevista. Ella era perfectamente inodora, si se exceptúa cierto vago tufo de bencina que tenían sus vestidos los lunes en la mañana, seguramente por haber sido desmanchados el día anterior con dicho producto.

Durante los días siguientes, y sin saber por qué, don Cristóbal se sintió más fastidiado que de costumbre con la señorita. Luisa Clara.

-Esta mujer se cree aquí el jefe -se decía- y el jefe soy yo. Digo mal, no es una mujer, porque si lo fuera, tendría la misma fragancia que la señorita Quiroga; ése es aroma de mujer, y no aquel olor de automóvil de los lunes por la mañana.

La señorita Luisa Clara, activa como de costumbre; propuso varios proyectos que el señor Guzmán rechazó sistemáticamente.

Es necesario darle la sensación de que quien manda aquí soy yo, una vez por todas -pensaba el Director- y nada de llamarla otra vez señorita Luisa Clara, Luisa a secas, y basta.

-Señorita Luisa, tenga la bondad de abrir esa correspondencia.

-Señorita Luisa Clara -corrigió ella sonriendo y haciendo una reverencia.

-Bueno... Es que un nombre me parece suficiente -murmuró don Cristóbal muy encendido y tartamudeando.

-No señor, no señor -contestó ella levantando el índice de la mano derecha. Ya sabe que todo el Ministerio me llama Luisa Clara, y que yo siempre firmo mis artículos con los dos nombres. Además ¿por qué negarle esa satisfacción a su brazo derecho? No olvide, don Cristóbal, que soy su brazo derecho -concluyó, disparando su metálica carcajada.

Don Cristóbal no respondió nada, pero unos instantes después se le ocurrió que habría podido responderle: "Si Ud. es mi brazo derecho, yo quisiera ser zurdo". Claro, eso habría estado muy bien. No pudo menos que sonreír celebrando su ingenio.

-Muy bien, muy bien, señor Guzmán -dijo la aguda secretaria, a quien nada se le escapaba -ya sonríe Ud., y eso quiere decir que una vez más he conseguido disipar su mal humor. Aquí, entre nosotros, lo que a Ud. le hace falta, indudablemente -añadió con una picareza sonrisa- es casarse.

-Señorita Luisa, digo señorita Luisa Clara, yo estoy muy bien así. -Don Cristóbal difícilmente podía reprimir su cólera.

-No, no, no, no. A mí no se me engaña -el índice de la mano derecha se movió sentenciosamente en el aire.

-Indudablemente.

-Voy a salir un momento... y don Cristóbal salió de la oficina, sintiendo náuseas afuera, disgustado.

Así llegó el día de la segunda entrevista con la señorita Quiroga.

Don Cristóbal no pudo evitar al mirar furtivamente dos o tres veces su reloj, mientras desfilaban por su despacho otros solicitantes.

La secretaria hizo el anuncio respectivo:

, -Aquella maestra de provincia, ¿como se apellida? Ah, Quiroga. Bueno, todos se llaman Quiroga en Cochabamba.

-No veo nada de malo en ello. Dígale que pase.

La señorita Quiroga entró con paso firme que le hacía temblar los senos debajo del vestido negro. El pequeño sombrero dejaba ver una buena porción de los cabellos castaños, ligeramente ondulados.

La entrevista transcurrió con cierta dificultad, porque nada había hecho don Cristóbal en el asunto. Pero la joven maestra repitió casi enteramente su historia, y él pudo dedicarse a la grata tarea de contemplarla.

Súbitamente, le asaltó una idea. Miró instintivamente a su secretaria, que, como de costumbre, mientras se producían las audiencias, simulaba escribir, aunque todo, en su actitud, mostraba que seguía, sin perder palabra, el hilo de las conversaciones de su jefe con los visitantes.

La imaginación de don Cristóbal volaba.

-Ejem, señorita Luisa Clara -dijo sonriendo tan amablemente como le fue posible- ¿querría Ud. hacerme el favor de traer las listas de profesores de Cochabamba, con especificación por escuelas?

La secretaria se puso de pie, abrió la puerta, y llamó a uno de los auxiliares que trabajaban en la próxima habitación.

-Ud. misma, personalmente, tenga la bondad. Ya sabe, los auxiliares nunca comprenden lo que uno quiere.

La señorita Luisa Clara respondió:

-Indudablemente -le dirigió una mirada de desconfianza, y salió dejando la puerta abierta.

-Vea Ud., señorita Quiroga, no quisiera que interpretase mal, pero, Ud. sabe, aquí no dispongo de mucho tiempo. Si me permitiera invitarla a tomar una taza de té, podríamos charlar más detenidamente. Por supuesto, si Ud. no tiene inconveniente.

-Claro que no, señor Guzmán. Es un honor inmerecido para mí que una alta autoridad educacional...

Iba a continuar la frase, pero don Cristóbal, muy apresurado y temblando ante su propia audacia, porque ya se oían los pasos de la secretaria, la interrumpió.

-Muy bien, muchas gracias; ¿cuándo?

-El sábado, ¿le parece bien?

-El sábado. La buscaré en su alojamiento alas cinco de la tarde. ¿Dónde vive Ud.?

-En la pensión "Los Andes".

En ese preciso instante entró la señorita Luisa Clara con un voluminoso legajo de papeles, y examinando escrutadoramente a don Cristóbal y la maestra.

-Muy bien, señorita Quiroga. Quedamos en lo acordado. Muchas gracias.

Ella se levantó, dispersando otra vez su cálida fragancia, y salió después de estrechar la mano de don Cristóbal.

La secretaria hizo un gesto de indecible y deliberado asombro, pero no dijo nada. El señor Guzmán quiso simular que no había advertido la actitud de su brazo derecho, pero al fin no pudo contenerse y preguntó nerviosamente.

-¿Que le pasa?

-Pues, don Cristóbal, tres años que trabajamos juntos, y todavía me sorprende Ud. Me pide las listas de maestros para resolver el asunto de aquella profesora, y luego la deja irse sin siquiera mirar las listas.

-Déjelas sobre mi escritorio, por favor. Las examinaré después.

-Don Cristóbal, don Cristóbal, indudablemente...

-El índice de la mano derecha se levantó y trazó en el aire algunos signos a medias de sospecha y de acusación.

Las sienes de don Cristóbal palpitaban violentamente. Su gesto de audacia había sido demasiado grande.

Durante los siguientes días, antes de la fecha señalada para la cita, se sintió poseído de extraordinaria nerviosidad. Era la primera vez en su vida que se encontraba en trance de invitar a una mujer. No pudo evitar, al pasar por ciertos cafés de moda, el mirar curiosamente hacia adentro, examinando la distribución de las mesas e imaginando cual de ellas podría ocupar con la señorita Quiroga.

-¿Iría al más elegante de los locales?

Por una parte, la idea ofrecía halagadoras perspectivas para su vanidad. Pero tenía miedo de encontrarse mezclado en aquella muchedumbre de gente muy elegante entre cuyos trajes -no pudo menos que advertirlo a pesar de su inexperiencia- el suyo y el de su amiga no se encontrarían muy a tono. Ya se había fijado, durante sus excursiones preliminares, en el derroche de pieles y plumas que lucían las damas. Realmente, sería preferible buscar un establecimiento más modesto.

El sábado, a las cinco de la tarde, y con una vaga aprensión de no encontrar a la señorita Quiroga, don Cristóbal se presentó en la pensión "Los Andes". Durante la mañana había dado a planchar su traje, tenía una camisa muy bien planchada y se había puesto aquella corbata de color azul brillante que le regaló alguno de los auxiliares de la oficina en un cumpleaños, y que hasta entonces nunca quiso usar.

Ella salió a recibirle, y le pidió que la esperara unos minutos. A poco reapareció llevando su mismo vestido negro cuidadosamente preparado para esta oportunidad.

Conforme iban andando por la calle, y en medio de las minuciosas precauciones del señor Guzmán para ceder siempre la acera a su pareja, él tuvo un ligero sobresalto. Un vago aroma de

bencina llegó hasta su narices; miró con inquietud a una y otra parte, esperando ver a la señorita Luisa Clara.

Pero, era el vestido de la señorita Quiroga el que despedida el ingrato aroma. Seguramente, dada la oportunidad de salir con el señor Director, se había creído obligada a usar recursos extraordinarios en la limpieza de su ropa.

Don Cristóbal pensó en ello con ternura, sintiéndose objeto de un homenaje especialísimo. Sin embargo, habría preferido que quedasen algunas manchas, y que desapareciese el ingrato olor.

Llegado al café (no el de lujo, sino otro mucho más modesto) , el señor Guzmán cometió algunos errores imputables a su inexperiencia. Un humilde maestro de primaria sabrá mucho acerca de la manera de orientarse, poniendo el brazo derecho hacia donde sale el sol, y otras cosas semejantes, pero no tiene obligación de saber que primero toman asiento las damas, con una lijera ayuda protocolar de parte de los caballeros; que hay que dejar el sombrero en los lugares especialmente designados para ello, etc.

Por eso, adoptando un aire de gran naturalidad que le pareció conveniente para disimular su embarazo, pero mirando recelosamente hacia abajo como de costumbre, se sentó tan pronto como llegaron frente a su mesa, mientras ella continuaba todavía en pie tratando de poner en buena posición su silla.

La charla transcurrió gratísimamente para don Cristóbal, que admiró las buenas maneras y la soltura de la señorita Quiroga. Tenía, sobre todo, un modo de tomar las cosas con las dedos índice y pulgar, levantando graciosamente el meñique ligeramente encorvado, que pareció al señor Guzmán lo más exquisito de las buenas maneras. Sin pensarlo mucha, trató en la mejor forma posible, de dar a sus manos el mismo dispositivo estético. Hacía tiempo que su sombrero había caído de sus rodillas al suelo.

Ella parecía excitadísima. Miraba en torno suyo, preguntando frecuentemente al señor Guzmán si conocía a las personas que entraban en el café. El, sin premeditación, mintió dos veces, afirmando que sí, respecto de dos señores y una dama con aire muy importante.

Don Cristóbal, que había enseñado gramática en las escuelas, no podía menos que advertir ciertas fallas, en el lenguaje de su amiga. Decía, por ejemplo "prespectiva" o "gimnasia"; pero todo ello, en vez de soliviantar el celo purista del viejo maestro, no hacía sino inducirle a conmovidas reflexiones acerca de los escasos medios que tienen los pobres profesores para adquirir una sólida preparación.

No se habló una palabra del asunto de la señorita Quiroga. Y cuando don Cristóbal se despidió de ella en la puerta de la pensión, le pidió que fuese nuevamente a verlo en su oficina, dos días más tarde.

El señor Guzmán se marchó experimentando una extraordinaria sensación de alegría y ligereza. Un transeúnte con quien se cruzó en la calle, le miró con curiosidad, porque, al parecer iba tarareando una canción. Hay gente, aunque sea vista por primera vez en la calle, de quien no se esperan canciones. El lunes por la mañana, poco después de iniciadas las labores, la señorita Luisa Clara abordó a don Cristóbal inundándole de olor a bencina y presentándole aquellas famosas listas de maestros del distrito escolar de Cochabamba.

-Me parece, señor Director (le llamaba siempre señor Director cuando quería hacer algo por cuenta propia), que podemos solucionar muy fácilmente el asunto de la señorita Quiroga que ya lleva esperando mucho aquí. Hay una vacancia en la Escuela N., y en vez de mandar una nueva maestra, sería conveniente...

-Sabe, señorita Luisa, tengo que pensar detenidamente sobre este asunto antes de resolverlo.

-Pero don Cristóbal, si no hay nada que pensar; el procedimiento es muy sencillo; simplemente...

-Señorita Luisa, voy a arreglar las cosas por mi mismo.

-¿Ah, sí? Muy bien, muy bien. Indudablemente, Ud. es el jefe –dijo ella alejándose ligeramente encendida sonriendo agriamente.

Aquella tarde don Cristóbal Se vio obligado a confesar nuevamente a la señorita Quiroga que aún no había hecho nada.

Ella se ruborizó, y muy turbada dijo algo acerca de que sus recursos eran escasos y no le permitían quedarse mucho tiempo más en La Paz.

El señor Guzmán recibió un golpe en el corazón. Una inmensa compasión que casi le humedeció los ojos, y el sentido del deber, se levantaron violentamente desde el fondo de su conciencia.

¿Era posible haber ocasionado semejante retraso a la pobre maestra? Seguramente habría tenido que pedir dinero prestado para venir a La Paz, y no, ciertamente a perder tiempo tomando té con él ni a visitarle tres veces por semana en la oficina.

-Señorita Luisa Clara, tenga la bondad de traer aquellas listas de profesores...

-Sí, señor ,Guzmán -respondió ella, sin dejarle concluir.

-Y redacte ahora mismo el telegrama ordenando aquel cambio de destino del que usted... de que hablamos esta mañana.

-Nada, nada. Este usted tranquila y contenta. Espero que la veré antes de su viaje -añadió bajando ligeramente la voz para que el "brazo derecho" no oyera sus últimas palabras.

-Por consiguiente -respondió ella, y el señor Guzmán volvió a conmoverse pensando en la falta de gramática de los pobres maestros.

Cuando la señorita Quiroga Se hubo ida, él quedó silencioso y cabizbajo. Le sobresaltó la señorita Luisa Clara que en aquel instante traía ya el telegrama para la firma de su jefe.

-Es indudablemente vergonzosa la deficiencia del lenguaje apropiado de algunos profesores -dijo- ¿Oyó usted cómo respondió cuando usted le hizo su galante ofrecimiento de una visita? Por consiguiente -y lanzó más torrentoso y áspero que nunca el caudal de su risa. Así anda la instrucción pública -concluyó- con gente sin cultura en el magisterio. Escribiré un artículo sobre esto.

Su índice amenazador y vengativo apuntó al cielo.

Don Cristóbal quedó con la vista perdida en el vacío, y mordiéndose un lápiz.

Ella se va después de dos días...

Salió de la oficina tan abstraído, que ni siquiera advirtió la inquisitiva y perspicaz mirada de su secretaria, que como para llamarle la atención, le dijo con voz muy clara y bien modulada: "Hasta mañana, señor Director".

Aquella noche fue la más extraña de la vida de don Cristóbal. Jamás el insomnio le había visitado. Metódico y sobrio, estaba acostumbrado a poner la cabeza sobre la almohada y dormir profundamente. Cuando soñaba, era con simples imágenes que después de realizar absurdas combinaciones, se iban sin dejar huella.

Pero pensando en la señorita Quiroga, en su aroma, en la curva de sus caderas, y el color de la carne, entrevisto a través de la malla de las medias negras, sintió que la atmósfera se hacía pesada, que su cama estaba demasiado hundida por el largo uso, y otras cosas más, igualmente insólitas, que mantuvieron sus ojos abiertos, examinando las flores del empapelado y las caprichosa manchas del agua filtrada del techo sobre el lienzo del cielo raso. Si él se atravesase... Y la fragancia de la señorita Quiroga parecía saturar las sábanas, envolviendo su cuerpo en tibias oleadas.

-Los hombres casados -pensaba don Cristóbal- vuelven a su casa después del trabajo, y les espera la mujer con un delantal blanco atado a la cintura, que les dan un delicioso aire hogareño; se besan, él cuenta cosas de la oficina y ella habla de los asuntos de la casa. El se sienta a leer los diarios, o se ocupa de arreglar pequeños desperfectos en los muebles, mientras ella cose o prepara la comida. Después, salen juntos; a las mujeres les gusta ir al cine, se sientan muy próximo uno al otro y se toman de las manos al amparo de la oscuridad. Luego, otra vez la casa. Naturalmente, don Cristóbal no sabía cómo podría realizarse aquella de desnudarse ambos en la misma habitación, pero su imaginación saltaba sobre estos detalles y volaba luego febrilmente.

Cuando al fin llegó a dormir, aquello fue un caos de mujeres que se desvestían, de extender las manos y percibir la tibieza de otro cuerpo, de delantales blancos y medias negras. La señorita Quiroga tenía desatados los cabellos castaños sobre la blancura de la almohada. Don Cristóbal iba a despertarla tocando sus labios, pero de otra cama colocada al frente de la suya, surgía repentinamente la figura del señor Ministro que, vestido con su uniforme de gala, y dando golpes de puño, decía: "No, señores, sí, señores", mirando al señor Guzmán con gran severidad que le impedía llegar a los labios de la señorita Quiroga, no obstante que habría querido pedir permiso para hacerlo. "No, señores", vociferaba entre tanto el Ministro.

Despertó fatigadísimo, pero cuando salió para ir a la oficina, sus ojos, habitualmente opacos, tenían cierta llama de resolución ardiendo en lo más profundo.

Nuevamente enfrentado con la montaña de papeles, empezó a fraguar planes. Su mirada ausente vagaba sobre el escritorio y las paredes.

-Indudablemente, señor Guzmán, debería Ud. haber firmado ya la correspondencia.

-Sí, señorita, tráigame la correspondencia.

-Pero, si la tiene ahí desde ayer. Y se aproximó al escritorio de don Cristóbal. Parecía empeñada en demostrar su enojo con los bruscos ademanes con los cuales desplegaba los documentos para la firma del jefe.

El dibujaba automáticamente la anticuada rúbrica.

Estuvo a punto de repetirla dos veces sobre la misma carta. El brazo derecho actuó enérgicamente y apartó a tiempo el papel.

-Indudablemente, a Ud. le pasa algo, don Cristóbal.

-No señorita, nada me pasa, nada.

Por la tarde, don Cristóbal parecía ya no abstraído sino muy nervioso e inquieto. Dos o tres veces fue posible verle sonriendo tenuemente. El "brazo derecho", por su parte, empezó a mostrar síntomas de extraordinario desasosiego. Rió repetidamente, sin motivo, y trató de agitar su índice en el aire, pero sin éxito. Después de algunos movimientos vacilantes el índice caía abatido.

Durante una salida de la secretaria, don Cristóbal tomó el teléfono. Cuando ella volvió, una franca sonrisa iluminaba el rostro del jefe, lo que pareció llevar al paroxismo el malestar del "brazo derecho".

El señor Guzmán salió de la oficina más temprano que de costumbre, sin prestar la menor atención al gesto notorio con que ella miró su reloj de pulsera, de grandes dimensiones, mientras decía con su acostumbrado retintín:

-Buenas tardes, señor Director.

Don Cristóbal se presentó muy acalorado en la Pensión "Los Andes", y tartamudeando un poco, dijo:

-Creí, señorita Quiroga, que antes de irse le gustaría pasear un poco.

Por eso la llamé por teléfono. Espero que no la habré molestado y que querrá Ud. salir conmigo.

-Muy encantadísima -dijo ella, tocando nuevamente el corazón del maestro con su deficiencia gramatical.

Don Cristóbal llevó a su amiga a aquel parque público, colgado como un nido en medio de estáticos aluviones de arcilla donde al atardecer se refugian juntos, entre el follaje de los pinos, las parejas de enamorados y algunos rayos que, al irse, el sol deja olvidados.

El viejo maestro no se podía quejar de la contribución de la naturaleza a sus fines personales. La tarde era diáfana, y había en la atmósfera una quietud sugerente y emocionada.

-¿Le gusta el paisaje?

-Oh, sí, señor Guzmán, estoy feliz.

El señor Guzmán encontró difícil añadir algo más.

Sentados como estaban en un banco, separados por una respetuosa distancia, se limitó a bajar los ojos y a dibujar algunos indescifrables jeroglíficos, con la punta de un zapata, sobre la arena.

Ella hablaba volublemente, sin dar tiempo a don Cristóbal para hacer el necesario acopio de fuerzas. Cuando, después de un momento de preparación iba a lanzarse, previas algunas toses nerviosas, la señorita Quiroga irrumpía con algún nuevo comentario sobre el oscuro matiz de la vegetación o las caprichosas formas de las montañas, y el señor Guzmán se veía obligado a convenir en que, efectivamente, el verde de los valles es mucho más claro y que las rosas adoptan, a veces, formas raras.

El tiempo iba pasando, entre tanto, y don Cristóbal, víctima de una tensión a la que no estaba acostumbrado, se sentía realmente enfermo.

Le dolía la cabeza, tenía la boca seca y le temblaban las manos.

Al fin, consiguió formular las primeras palabras de la frase que tan largamente había preparado.

-Yo soy un hombre viejo, y no sé si...

Pero Ud. no es viejo, don Cristóbal. Tengo un tío, seguramente mayor que Ud. que todavía juega a la pelota de mano todos los domingos, sin faltar uno.

-Indudablemente... (¿por qué precisamente ahora se le había escapado, por primera vez, la palabra?)

Ella rió de buena gana, y apoyando una mano sobre el trémulo brazo de don Cristóbal, le dijo:

-Don Cristóbal, me parece que su secretaria tiene demasiada influencia, porque hasta usa Ud. su palabra favorita. Estoy segura de que ella no me quiere -añadió después de un instante de reflexión- y que, si hubiese podido, habría hecho fracasar mis gestiones. Se lo debo todo, todo, don Cristóbal. Ud. ha sido un padre para mí, un verdadero padre.

-No señorita, yo no...

-No me diga que no, señor Guzmán; si no hubiera sido por Ud., mis "prespectivas" estaban perdidas -concluyó la señorita Quiroga, lanzando en alas de la suave brisa que jugaba entre los pinos, su último error gramatical de la tarde.

Don Cristóbal ya no respondió nada y quedó silencioso, encogido y miserable, mirando fijamente al suelo. Aquella voz interior que habla a veces hasta a los maestros de primaria, le dijo que todo había concluido.

Poco después, bajaban los dos por los senderos del parque, rumbo a la ciudad. Un melancólico silencio envolvía los árboles y las casas. Las luces se encendían gradualmente, y llegaban a veces ecos de bocinas de automóviles, como alaridos de monstruos remotos. El aroma de la señorita Quiroga vagaba furtivamente en torno a don Cristóbal.

Frente a la puerta de la pensión ella tendió la mano. Don Cristóbal la estrechó.

-Viajo mañana. Le agradezco una vez más con toda mi alma. Quisiera poderle pagar de alguna manera el servicio que Ud. me ha hecho.

El no contestó, limitándose a levantar sus pobres ojos y a mirarla con toda la angustia que puede caber en el corazón de un pedagogo desolado. Ella pudo haber comprendido. Pero las mujeres no comprenden, o comprenden demasiado bien. Sonrió afectuosamente, y se alejó.

-Don Cristóbal tomó el camino de su casa lentamente.

-Un verdadero padre -se repetía.

Al día siguiente se le habría podido tomar por un papel arrugado sobre su escritorio. Contestaba con ausencia realmente cómica a las preguntas que le hacían.

El "brazo derecho" acusaba síntomas de inquietud, pero había una especie de excitación gozosa en el gesto con que hizo vagar su índice por los ámbitos de la oficina.

Al fin, después de algunas tentativas infructuosas, pareció decidirse y se aproximó al jefe. Tomó una silla y se sentó sonriendo forzosamente.

-Indudablemente, don Cristóbal a Ud. le pasa algo grave. Quisiera poder ayudarle, ser su amiga, su confidente -concluyó solemnemente. El levantó los ojos y la miró sin responder. La señorita Luisa Clara bajó los ojos ruborizada.

Era tal la angustia del señor Guzmán, que no pudo resistir al deseo de buscar consuelo. Sin saber bien hasta qué punto llegarían sus confesiones, empezó a hablar trabajosamente.

-Ud. sabe, señorita... yo ya soy un hombre viejo, y me siento muy solo. No sé si debería decirle estas cosas, pero Ud. ha sido siempre tan buena... secretaria...

-Señor Guzmán, mis sentimientos...

-Hace tiempo que debía haberlo hecho -interrumpió él sin poder contener el desborde de sus confidencias -ahora es demasiado tarde. Perdone que le diga.

-Señor Guzmán, Ud. me hace dichosa -exclamó la señorita Luisa Clara en tono que habría debido sorprender a don Cristóbal, si él hubiese estado en condiciones más normales. Pero sin comprender nada, continuó, más bien monologando que dirigiéndose a la secretaria.

-Soy demasiado viejo, demasiado viejo. "Puedo ser su padre" -añadió sonriendo tristemente al recuerdo de aquella frase.

Señor Guzmán -interrumpió la secretaria poniéndose de pie -Ud. tiene la juventud del corazón que es la única que vale. Y por lo que a mí se refiere, su edad no me importa, y estoy feliz de haberle ayudado a decirme esto. Comprendo que, seguramente, no se atrevía Ud. por razones de disciplina.

Pero el amor no tiene vallas -rió gozosa, levantando el índice triunfal.

-¡Oh, don Cristóbal, cuanto tiempo de incertidumbre!

Y todo, porque Ud. es demasiado tímido y bueno y no sabe de las cosas de la vida.

Luego, encendida de rubor, se agachó y besó rápidamente a don Cristóbal en una mejilla. El quedó mudo de espanto y no opuso resistencia.

En seguida la señorita Luisa Clara dijo: "esto hay que anunciarlo al mundo", y corriendo fue hasta la puerta y llamó a los auxiliares que trabajaban en la oficina contigua. Cuando estuvieron presentes, esperando con aire cohibido alguna reprimenda de las que solía promover el "brazo derecho", la señorita Luisa Clara habló:

-Muchachos, como a compañeros de trabajo, les toca ser los primeros en saber la noticia. (El índice apuntó gravemente al cielo como tomándole por testigo.) El señor Guzmán y yo, acabamos de comprometernos en matrimonio.

-Pero señorita -dijo el señor Guzmán poniéndose bruscamente en pie, yo no... no... -inexplicablemente le pareció imposible continuar y desmentir allí mismo a su secretaria.

Ella sonrió benévolamente. Los auxiliares no sabían que hacer. Uno de ellos, después de vacilar, empezó a aplaudir, pero inmediatamente bajó las manos muy confundido.

La señorita Luisa Clara los despidió con ademán amistoso.

-Señorita Luisa -exclamó don Cristóbal mortalmente pálido- quisiera que me comprenda. Naturalmente, yo no se cómo explicar...

-Nada, nada, Cristóbal -respondió ella sonriendo tiernamente -nosotros nos comprendemos como... dos almas gemelas. Y no se preocupe por el resto. Ud. no conoce el mundo, pero para eso estoy yo. Todo corre de mi cuenta -bruscamente se aproximó al espantado Director, y volvió a besarle en una mejilla, produciéndole un incómodo cosquilleo con los aros de sus anteojos. A continuación, riendo y saltando, salió de la oficina dichosa como un pajarillo.

¿Qué puede hacer un maestro de primaria en estas circunstancias? ¿De qué puede valerle el saber aritmética, gramática, geografía e historia nacional? Tampoco los experimentos sobre dilatación de los cuerpos bajo la acción del calor dan ninguna pauta para proceder en estas cosas. No habiendo querido salir de su habitación, dos días más tarde, recibió allí el último número del semanario "La Voz del Profesor". En la sección dedicada a las noticias personales, apareció el retrato de la señorita Luisa Clara sentada detrás de un escritorio y con una pluma en la mano, encabezando el anuncio de su matrimonio con él. La nota, en la cual se calificaba a ella de "intelectual de avanzada" y "vigoroso talento", se refería a don Cristóbal en términos de "abnegado maestro". Y concluía con estas palabras: "Indudablemente esta dichosa unión será el más perfecto fruto de las afinidades electivas".

Don Cristóbal, mirando cautelosamente como de costumbre hacia abajo, se sentó poco a poco en aquella silla de su cuarto, que crujía como crujen todas las sillas de las pensiones de precios módicos.

HOMERO BASCUÑAN

HOMERO BASCUÑAN nació en Iquique en 1901. De condición modesta y esforzada, hubo de trabajar desde muy temprana edad, forjándose más tarde la cultura ejemplar del autodidacto. De allí provienen su acendrada condición realista y su profundo sentido solidario y social, muy notorios en su producción, como así mismo los resabios naturalistas de su prosa. De vocación dramática, las narraciones del autor se caracterizan por su crudeza humanitaria y una marcada sequedad estilística, directamente emparentada con la aridez del paisaje nortino y la parquedad de sus personajes. Fue periodista en el norte, profesión que perfeccionó más tarde llegando a ser uno de los principales redactores y cronistas de la Empresa *El Mercurio*.

Su producción literaria está dispersa en diarios y revistas de diversas épocas, especialmente sus crónicas que podrían constituir numerosos volúmenes. Publicó un solo libro: *Rebelión de los árboles* (cuentos, 1935).

DON FIGUA

Don Pigua es uno de los barreteros más nombrados de la Oficina "Greta". Es, según el decir de todos un hombre "de edad": treinta y cinco, cuarenta años, posiblemente. Alto. Fornido. Imponente. Sufrido para el trabajo. Su martillo de seis libras, rebota incansable, todo el día sobre las brocas de acero, incrustándolas en la costra dura y rebelde, en busca de la entraña blanca y preciosa, dormida sobre la cova helada y milenaria.

Don Pigua no sabe de fatigas. Siempre activo. Siempre fustigando los aceros. Su barba eternamente crecida y empolvada por la chuca, oculta en parte los carrillos deformados por la armada de coca que le acompaña todo el día en la dura jomada de la pampa.

Por la mañana, cuando todavía no tocan el pito a los tiznados, él ya ha salido de la cantina en dirección al rajo que le ha sido designado por el corrector de los calichales inmensos. Camina alegre por los atajos caprichosos y accidentados, que conducen a los rajos. Casi siempre a esa hora del amanecer pampino, una canción del terruño lejano se desborda de sus labios todavía no manchados por la coca. Son canciones de un pasado remoto, que brotan asociadas a sus recuerdos: la hacienda Limarí, el pueblo de Andacollo, la mina Llano Blanco, los llanos de Tuquí.

De pronto, su canto sencillo, antes de morir en las distancias, se cruza en la pampa inmensa con el fragor de los martillos lejanos y de las bigornias clangorosas sometidos a la tortura cotidiana de la fragua. La canción de Don Pigua y las voces de acero cual tramas y urdimbres sonoras, tejen nimbos de músicas insólitas sobre los blancos bolones de caliche, sobre las ásperas crestas de los desmontes, sobre las rampas tendidas a orilla de la línea.

Mientras le afilan las herramientas, hace la armada de coca aliñada con la yuta inseparable. Tempa los aceros y los enfría en el estanque de aguas envejecidas del alcribís, y empieza la última jornada en demanda del rajo "San Manuel", ubicado en las cercanías de los cerros que separan "Greta" de la Oficina "Santa Esther".

El rajo se abre como una cicatriz formidable, sobre las lomas grises. Junto a la rampa, el tren calichero hace maniobras con los carros, mientras las carretas se tumban sobre las tolvas abiertas. Los chaveteros lanzan las cuñas en tiros magistrales, inmovilizando las ruedas. El boletero controla los viajes, arrebozado en su poncho de Castilla. Los carreteros colocan las compuertas, montan, fustigan con rabia, profieren "rendías" a las bestias y parten veloces, llenando los ámbitos con el fragor de las llantas al ser mordidas por el ripio de las huellas.

Los particulares que han madrugado a pasar, allí, al pie de los acopios, levantan los pesados bolones mojados por la camanchaca y los arrojan al interior de las carretas, mientras las mulas bufan, agotadas, exhibiendo sus ijares sangrantes, desgarrados por el martirio diario de los azotes. Allá abajo se detiene el convoy que transporta a la gente que trabaja en las cuevas. Algunas decenas de particulares del "San Manuel" descienden de las zorras con sus tarros de agua, con sus herramientas al hombro, con sus bolsas repletas de explosivos. Los herramenteros cruzan la línea, transportando su cargamento de barretas y cucharas. Los cafeteros ya están a la vista, portando sus alforjas hinchadas con los desayunos. Clavada en la lejanía, la chimenea de la Oficina vacía su torrente de humo, a cuyo pie los cachuchos reciben la molienda de los chanchos, hierven a altas temperaturas o vacían la borra densa, que es transportada en pequeños carros que arrastra la tetera hacia el extremo de la Troya, donde es arrojada al precipicio del botadero.

Don Pigua llega a la calichera de los hermanos Anacona, donde debe barrenar un tiro para cortar el cogote que la separa de la calichera vecina. Empieza su tarea. Limpia la chuca, formando un círculo alrededor del pequeño hito que indica el sitio preciso donde debe ser perforada el terreno. En seguida, con la tocolchadora rompe la delgada capa de panqueques hasta ubicar la

costra, que debe ser horadada tres pies o poco más para hacer el descoste, trabajo preliminar en un tiro grande, pues allí recién empieza a forjarse el cañón, de siete u ocho pies de profundidad, bien pasado y muy bien destazado, como acostumbra hacerlo un barretero de la talla de Don Pigua.

Cuando llegan los hermanos Anacona. Ya Don Pigua está pegándole al cerro, bramando al compás de su martillo:

-¡Ay puya, ay puya, ay puya!... ¡Ay puya, ay puya, ay puya!...

-Buenos días, barreta -saludan los particulares.

-Buenos días, niños -responde Don Pigua, y sigue su tarea titánica. Su izquierda callosa emborrachando la broca, la derecha alzando el martillo hasta hacerlo rozar la cota sobre el hombro, donde lo detiene un segundo para tomar impulso y dejarla caer, luego, con violencia, sobre la broca clavada en el corazón de la costra.

-¡Ay puya, ay puya, ay puya!...

A esa hora, el rajo desborda el bullir fragoroso de la faena extractiva; las barretas se clavan como arpones en los bolones trizados; los pesados machos rebotan con estrépito sobre las costras; los cachorros, los descostres, los tiros grandes estallan en diversas partes del rajo abrasador, lanzando al espacio la materia deshecha; las voces vulgares, los gritos de siempre:

-¡Con fuego tiro grande, hombriiii!...

El desbando que sigue a ese grito de alerta, las herramientas que caen, abandonadas, al fondo de las calicheras; barretas tumbadas sobre el llampo, machos con sus mangos erectos apuntando hacia el cielo, palas apoyadas en las pircas, como fatigadas por la continua brega.

-¡Ya'stá corriendooo!...

Los últimos hombres que abandonan el rajo, lo hacen apresuradamente, como soldados sorprendidos por una fuerza abrumadora, que huyeran dejando las trincheras y las armas.

Algunos particulares, los que se han retirado más lejos, se tienden en la chuca. Otros, reunidos en pequeños grupos, concertan partidas de billar para disputarlas en la noche, en la Fonda. Otros se ocultan a medias detrás de las costras que han sido lanzadas lejos de las calicheras por los tiros arrebatados, improvisan retretes y se bajan los pantalones con gran desparpajo, exhibiendo sus nalgas negras, brillantes de sudor.

Un estampido formidable rasga la tierra. Chuca, costra, caliche, jirones de infierno, todo junto salta de la órbita calichosa, se alarga hacia arriba, se abre en abanico como un árbol gigantesco, ofreciendo a los ojos atónitos su lozanía gris y breve, y se precipita sobre la herida recién abierta, desparramándose sobre la cancha bañada por el sol. Un derrumbe colosal, manando humo y polvo por entre las grietas de la tierra, es todo lo que queda del tiro tronado.

Los hombres regresan a las calicheras, a continuar la tarea agotadora. Algunos beben agua en sus tarros oxidados, otros encienden un fuñingue, otros refuerzan la armada agregando una porción de coca y un mordisco de yuta.

Don Pigua, nuevamente está trenzado con el tiro en gestación. De vez en cuando vacía un poco de agua junto a la broca. El líquido se desliza por las aristas del acero, hasta la punta afilada que rebana las entrañas de la costra. Todavía transcurre una media hora de lucha intensa entre los músculos recios, los duros aceros y la roca porfiada y soberbia, para que el barreno alcance las dimensiones requeridas.

Ahora viene la operación más delicada: cargar el barreno. Corta la guía, que introduce en el interior del fulminante, apretando el extremo de este con sus dientes rebozantes de coca. Perfora el cartucho de dinamita con la punta de la "cuchara de broca" para introducir en el pequeño agujero el fulminante preparado. Cuatro, ocho, diez, veinte cartuchos de dinamita son introducidos en el taladro. Ahora el cartucho con la mecha. Mucho cuidado. Mucha precaución. Ya está, Nuevamente, otra vez, cinco, nueve, quince cartuchos de explosivo. (Un taco de tierra. Apretar con fuerza. Otro taco. Otro más. Listo. Las herramientas son retiradas a algunos metros de distancia.

Don Pigua con la bolsa de explosivos terciada, el tarro de agua en una mano y los fósforos en la otra, se para junto al pequeño cráter próximo a estallar, y anuncia, tonante, el peligro que se avecina:

-¡Con fuego descostre, hombriiii!...

El viento errante se lleva el mensaje engarzado a sus alas errabundas. Su grito es la orden imperiosa dada a ese ejército disciplinado de calicheros. Se agacha. Arrima el fósforo encendido al extremo de la guía.

Fuego.

El hombre se alza.

-¡Ya'sta corriendooo!...

Parte apresurado con algunos calicheros rezagados. Se detiene allá lejos. Transcurre algún tiempo y el descostre no explota. Los hombres empiezan a impacientarse. Hacen comentarios pesimistas:

-Se le quedó echado...

Algunos particulares que laboran lejos de la zona amagada, vuelven a sus calicheras, indecisos, acobardados, con grandes precauciones.

El tren de pasajeros ya viene frente a "Santa Clara". Es tarde ya. Poco a poco el rajo va adquiriendo su expresión normal de rudeza y de lucha bulliciosa. Don Pigua lanza garabatos mientras escarba con la punta de la cuchara y extrae la tierra que sirvió de taco. Tarea peligrosa es descargar un tiro. Se necesita mucha sangre fría y un desprecio absoluto por la vida para exponerse, así no más, a descargar un descostre que no ha explotado y cuya carga explosiva está ahí debajo, en el fondo oscuro del barreno, como un trueno dormido, como simiente letal, como la muerte misma.

Ya ha logrado extraer toda la tierra que sirvió de taco. Ahora empieza la extracción de los cartuchos. Con seguridad, con mucho tino saca los cartuchos clavados en la punta de la cuchara, semejando trozos de dulce de membrillo.

El hombre triunfa.

Los vecinos de los Anacona observan desde los desmontes, temerosos de que ocurra una desgracia. Pedro y Heriberto Anacona se han ido a la fragua a afilar los barrenos, diciendo que no regresarán hasta la tarde porque ellos son jóvenes y no quieren entregarla todavía. ¡Se han visto tantos casos!

La calichera es la misma. Sin embargo, su tosca fisonomía ha tomado un aspecto trágico. Y sólo Don Pigua permanece en ese sitio siniestro. Ha extraído siete cartuchos, que se amontonan

al borde del taladro. El hombre arponea la dinamita, seguro de terminar pronto el peligroso descargue, para tronar antes de almuerzo. Tiene apuro. Quiere entregar el tiro al día siguiente.

Malhumorado, anheloso de poder terminar pronto, continua su tarea. Pero, de repente, el explosivo traicionero explota. Y el cuerpo del hombre se eleva hecho trizas, entre las costras veloces.

Ni un ¡ay!, ni una imprecación caen del cielo. Sólo los guiñapos sangrantes de Don Pigua y las costras sollamadas se estrellan contra la tierra.

Fuera del accidente fatal de Don Pigua, tres particulares han resultado heridos: el Rubio Cancino, con una herida profunda en la cabeza; el Cabro Rómulo, con un pie machucado de alguna gravedad al derrumbarse una pirca que le servía de parapeto, y Chago Balbontín, con la canilla izquierda fracturada y la rótula fuera de su sitio.

Se recogen los restos dispersos del muerto. Se colocan en una camilla improvisada con dos barretas y un saco polvorero vacío. Otros atienden a los heridos.

Morales, el costrero, parte al galope en un caballejo barcino a detener el tren calichero y hacer preparar un carro vacío para llevar al Campamento al muerto y los heridos.

Los rudos calicheros, frente a los restos del compañero caído, se inclinan, con respeto, los dedos crispados, la expresión aterrada, mudos, deshechos por la emoción. Cuatro hombres alzan la camilla chorreante, hasta colocarla sobre sus hombros fornidos. Y parten con los despojos todavía tibios.

La noticia corre por la pampa. Llega a la Maestranza. Invade el Campamento. Muy pronto, toda la población conoce en sus más mínimos detalles este nuevo y doloroso accidente. Hay frases elogiosas para el muerto:

-¿Era un roto muy hombre!

-¡Y trabajador como manco!

Minutos más tarde pasan los restos frente a la pulpería. La gente que ha ido a comprar, saluda al cortejo que avanza en dirección a la botica.

Quedas, piadosas, como enmohecidas por el dolor, las palabras brotan de los labios temblorosos de las mujeres.

-¡Dios lo haya perdonado!

En la botica, los restos de Don Pigua son recibidos por el practicante. El "matasanos" se fue hace más de una hora. La consulta terminó a las nueve. Ya debe de estar en San Antonio.

Los pobres despojos son amontonados sobre una mesa angosta y larga, cubierta con hule blanco. Algunos quiñapos y coágulos han caído sobre las tablas del piso. La cabeza se supone que es ésa como bolsa sanguinolenta y embarrada que pende de la cota. No hay ojos. Ni boca, Ni muecas. Ni sonrisa. Pero el cuello de la cota aprisiona ese pingajo peludo y -claro-, "eso" debe de ser la cabeza... El resto del cuerpo, sobre todo el tronco y los brazos, no desentonan. Están tanto o más ensangrentados y deshechos.

Un pie dislocado, calzada con tosco calamorro, cuelga al extremo de la mesa, como descoyuntado miembro de marioneta. Su mano derecha, estrangulada en la muñeca, callosa, achuñuscada, con los dedos mutilados como si hubieran sido roídos por los pericotes hambrientos de los basurales de la Oficina, ha quedado arrimada al hombro, que toda la vida rozó con el

martillo al estrujar el sudor milagroso de sus brazos para amasar millones a tanto gringo parásito y esbozar a cada momento y a cada martillazo ese símbolo vigoroso de nervios embravecidos que, con el tiempo, sería bandera, y amenaza aleteando sobre el hombro de las multitudes, en los sindicatos y en los mítines.

Mister Hache, el administrador, ha venido a informarse del accidente. Entra con pasos de a metro, indiferente, con su cara de palo, con sus pantalones grises de montar y el cucalón calado hasta las narices. Uno de los particulares le mira conteniendo el odio que le chamusca las pupilas, y que disimula dando una manotada a las moscas que se han posesionado del cuerpo del finado, interrumpiéndoles el festín sabroso y macabro.

El practicante, al notar la presencia del administrador, abandona la curación de los heridos y viene a informarlo del accidente y del estado de las víctimas.

El gringo, sin tener un gesto de piedad para esos despojos y ni siquiera una palabra de curiosidad para los heridos, dice al practicante:

-¡Caramba! ¡Siempre el mismo payasada! Suerte que en esta accidente no se mató ni una mula.

Da media vuelta y sale a grandes pasos, dejando la estela azulina y fragante de su pipa que flota sobre los restos de Don Pigua, como un pañuelo agotado en los últimos instantes de un adiós.

OSCAR CERRUTO

OSCAR CERRUTO Nació en el año 1912 en la ciudad de La Paz. Es un poeta y narrador culto de refinadas búsquedas intelectuales. Es el mejor realizador de la experiencia vanguardista en Bolivia, desplegando un verbalismo original y fino. Su prosa es cuidada y correcta, sus personajes son reflejo introspectivo de sus propias vivencias.

Ha publicado *Aluvión de Fuego* (Novela de la Guerra del Chaco). *Cerco de Penumbra* (Cuentos). *Cifra de las Rosas y siete cantares*. *Patria de Sol Cautiva* (poemas), etc.

IFIGENIA. EL ZORZAL Y LA MUERTE

I

Lo despertó el primer disparo.

¿Era el primero? Por lo menos fue el que sintió subir, nítido, en la noche compacta, desgarrándola como una tela que cruje al desprenderse y queda abierta en su desgarradura. Los disparos que siguieron parecían ir entrando todos por el vibrante boquete.

Se incorporó en la cama y encendió la luz del velador; la volvió a apagar con prisa supersticiosa. Atento a la lluvia de balas que reventaban afuera, en la ancha noche de la ciudad, raspó un fósforo y se puso a fumar un cigarrillo, tranquilo. No había peligro que un proyectil perdido entrara en su habitación: la única ventana caía sobre un corredor cerrado, y la puerta del cuarto sobre un pasillo del fondo de la casa, protegido por el muro medianero. A menos que el proyectil fuese un obús... y se oían estampidos de obuses. "Son morteros", se dijo. "La cosa va en serio". Miró su reloj despertador: eran las dos de la madrugada. De todos modos, ni pensar en dormir. ¿Quién dormía con ese alboroto? Y lo peor era que aquello tenía trazas de durar. "No es un tiroteo cualquiera". Las ametralladoras ladraban en la sombra como perros encolerizados, instaladas, probablemente, en las terrazas de los edificios altos, y en las colinas. Se sentía pasar abajo, en la calle, raudos camiones con gente armada. Tiros de fusil y de pistola y confusos gritos aleteantes incrustábanse en las espesas pero ya desflecadas colgaduras del silencio.

Examinó su provisión de cigarrillos: quedaban nueve en el paquete, pocos si se consideraba que tenía por delante una noche en vela. Los disparos menudeaban.

Encendió de nuevo la luz del velador y le puso encima una chalina. La habitación quedó casi a oscuras, pero el escaso resplandor subsistente era deseable, como si lo blindara de seguridad.

A las ocho, esa mañana, tenía que ir al Consorcio Terminus a formalizar su nueva situación. Lo habían designado auditor de la firma, eligiéndolo entre cincuenta postulantes, ¡por fin!, después de diez pausados años de oficiar de contable en una ferretería. Diez años acantonado en ese ambiente de hierros oxidados, de aguarrás, de pinturas. Alzó la nariz, con disgusto, y paseó la mirada por su habitación; parecía un pájaro de presa husmeando con desprecio los despojos que iba a abandonar. Claro que el Consorcio, extrañamente, reducía a una oficinista de dos ambientes, con una dactilógrafa y un teléfono; el gerente general tenía una cicatriz en la cara que le cruzaba un ojo, y la ceja partida no contribuía a prestarle apariencia empresarial; la secretaria trascendía una pobreza de espíritu desconsoladora. Esa constatación lo molestaba en el fondo de su conciencia, como una eccema oculta, pero el sueldo y las condiciones prometidas eran aduladoras, y le ayudaban a borrar la mala impresión, a ignorarla. Cambiaría de vida, su vida iba a tomar un nuevo rumbo. Podría alquilar un hermoso departamento, podría invitar amigos, amigas; podría viajar. Justamente, conocería Buenos Aires, Nueva York, Río de Janeiro, porque ello entraba en las promisorias estipulaciones del contrato. No por nada se había quemado los ojos estudiando en esos diez años, mientras otros dilapidaban su tiempo (y su dinero) en los bares, en sus infectas y falaces seducciones. No, no es que él fuera un abstemio, estaba lejos de ser un puritano, pero le gustaban las cosas en su lugar, creía en la disciplina, creía en la vida ordenada.

De repente su nariz se ensombreció. Quedó escuchando, un instante, y luego su mano trazó un ademán desalentado. Esa revolución podía estropear sus perspectivas. Porque era una revolución, no cabía duda. Estaba demasiado cargado de pólvora el clima de aquellos días, él mismo lo había percibido; y ahora estallaba. ¿Qué de trastornos acarrearía? Si para él mismo... Se disponía a tomar una revista de su mesa de noche, cuando sintió unos pasos apresurados y,

luego, unos golpes nerviosos en su puerta. En seguida -como a menudo, había olvidado otra vez echar la llave- penetró en la habitación una mujer.

Casi no se sorprendió. Aquella noche podía ocurrir lo más inesperado; aquella noche lo extraordinario podía asumir categorías vulgares. La mujer se quedó apoyada en la puerta, que había vuelto a cerrar por dentro, con las manos en el salto de cama ligero, temblando. Distráidamente pensó que era la imagen repetida de una película vista en algún lado; el cabello suelto, las manos sobre la seda, el pecho agitado. La mujer lo miraba como sin verlo, y él no sabía tampoco qué decir. No era un hombre desenvuelto, nunca lo había sido, y ahora más que nunca sentía que la palabra se le negaba. Entretanto, advirtió que la mujer era hermosa, mucho más de lo que él pudo apreciar, fugazmente, al cruzarse con ella en la escalera, dos o tres veces, unas semanas atrás. Porque la conocía, así, de haberla contemplado a hurtadillas, tímidamente deslumbrado, en sus casuales encuentros, sin que ella, por cierto, se dignase siquiera reparar en su opaca persona. Le parecía altiva, superior. Y allí estaba ahora, pávida, asustada, casi desnuda, ¡en su habitación!

Cerró los ojos y los volvió a abrir; la mujer había desaparecido. Volvió a cerrar y abrir los ojos; la mujer estaba en el mismo sitio. Temió cerrarlos de nuevo, de miedo a que su presencia no fuese más que el elemento de un sueño.

-Perdone, usted... -alcanzó a balbucear ella, por fin mirándolo ya con cierta naturalidad.

Pero en ese preciso instante estalló cerca una granada, como un trueno, la mujer lanzó un grito y se precipitó sobre él, que se halló con su carne temblorosa entre los brazos y con esa ola de perfume envolvente que aspiraba entre su miedo. Porque él mismo estaba asustado. El edificio se estremecía con las explosiones, y un vidrio suelto, en alguna parte, tintineaba como una campanilla de alarma. La mujer sollozaba de espanto, perdido ya el control, emitiendo súplicas entrecortadas.

Estaba arremetido, pero no por él mismo sino más bien por ella: nuevas explosiones y disparos que sonaban muy próximos la habían hecho refugiarse bajo las mantas de la cama; y sintiendo contra él sus largos muslos suaves y duros pensó que ya no le importaba su propia vida. Pensó que la habría perdido gustoso, protegiéndola, muriendo en ese instante, y no a título de un sacrificio consecutivo, sino porque el destino le brindaba la ocasión de ser superior, de impartir amparo, de responsabilizarse por la salvaguarda de esa mujer, en términos de hombre.

Empezó a besarla, dueño, de pronto, de una insospechada audacia varonil, obrando como al margen de lo habitual, como desquiciado de su personalidad. Y ella lo dejaba hacer, rendida y sin defensa, entregada por completo a su arbitrio. Había cerrado de nuevo los ojos, pero ahora la sentía viva y cálida junto a él. Su mano empezó a recorrer ese caudal de riqueza que el destino había dejado caer en su lecho, como el cielo deja caer una estrella.

II

Al cabo, la mujer -¿fue él mismo?-, que había quedado como adormilada, se despertó con el silencio. Disparos aislados, lejanos, ascendían de rato en rato en la noche fatigada. permanecieron callados, uno al lado del otro, escuchando. Y respirando el mismo aire, las mismas interrogaciones, el olor de la violencia en reposo, y el de sus cuerpos paralelamente próximos.

Sin incorporarse, finalmente, ella pidió un cigarrillo. Fumaron, sin hablar, un largo espacio de tiempo.

-Es una revolución -dijo ella.

-Es una revolución -repitió él.

-Usted está al margen, ¿verdad?

No supo él qué responder. Sin embargo, no estaba cohibido; de haberlo deseado, le habría cerrado la boca con un beso.

-Debe de ser una ventaja... la soledad -siguió hablando ella, mientras sometía a un ligero escrutinio su habitación de soltero. Pero la soledad y yo no nos entendemos; yo me asusto en seguida. Por eso me gustan los locales con mucha gente, con algazara, con música; amo el ruido... Claro que -señaló afuera- estos ruidos son más bien molestos. Así y todo, acaban por... no sé. Quizás porque yo vivo en la ansiedad. Sólo que, como leí hace poco en un libro, y ahora no recuerdo si fue un libro o una película, a veces siento que detrás de todo lo que hago, detrás de todo lo que pienso, hay toda clase de cosas que nunca comprenderé. ¿No le sucede a usted eso?

-Me satisfago con poco -dijo él, respondiendo sin precisión.

-Ya lo veo.

-¿Qué ve usted?

-Carece de ambiciones, porque siempre está al margen.

Se sintió incómodo; no pudo ocultar una mueca de disgusto.

-Carezco de odios, más bien. Eso me pone al margen.

¿No lo inquieta acaso el destino de nuestro pueblo?

Sonrió sin mostrar su sonrisa. Pensó en sus hermanos muertos en el Chaco, los dos el mismo día; pensó en su madre, pobre vieja, tan valerosa como era, quebrada por la desesperación al conocer la noticia, que no pudo resistir. La imaginaba, vencida, un chal sobre los hombros y una orla roja en los ojos, bebiendo la dosis de sublimado en la casa desierta, y dejándole a él una sensación de rencor y derrota.

-Hemos causado mucho dolor -dijo, sin énfasis en la voz. En nombre de los destinos del pueblo nos hemos despedazado y hemos despedazado a ese pueblo. No; por lo menos que conmigo no cuenten para encarnizarse en esa tarea. De pronto se encaró con la mujer.

-¿Por qué supone que no soy ambicioso?

Ella no contestó, sino después de una larga pausa, en que fumó casi con prisa, aplastando después el cigarrillo en el cenicero que él había puesto cerca del lecho.

-Lo advertí cuando usted me miró al cruzarnos, hace un tiempo, en la escalera.

-Creí que usted no había reparado en mí.

-Me miró de un modo poco ambicioso, como sintiendo que no podía aspirar a... nadie.

-Creo que sigo sintiéndolo.

-¿Ama usted a alguien?

-El amor es también una vocación.

-Claro – su voz era reposada-, excepto, tal vez, su... diré mejor su forma de vida. Lo pone a cubierto. Un apego más bien que un usufructo. Pero la vida, de cualquier modo, es difícil, no es cómodo entenderse con ella. ¿No le parece? Se escurre, es burlona.

-Como algunas mujeres. Por lo menos como las que nos gustaría retener -glosó él, contento de haber pronunciado esa frase.

Tendido en la cama, pugnaba por mantener los ojos entornados, seguro de que si los abría se iba a encontrar de nuevo solo, amedrentado, opaco.

-¿Tiene usted algo para beber? -sintió que preguntaba ella.

-Sólo tengo whisky -declaró con mal disimulada vanagloria.

¿Pero lo tendría? Se alarmó él mismo de su estúpida precipitación. ¿De veras lo tenía?

-Venga el whisky -dijo la mujer, y en su voz resonó una nota admirativa.

Vaciló antes de abandonar el lecho. Se puso los pantalones en la oscuridad y a tientas encontró en el fondo del ropero, con alivio, una botella intacta que había ganado hacia tiempo en una rifa. Cuando dio luz de nuevo, tuvo conciencia de su aspecto ridículo, sin zapatos, los tirantes sobre la piel desnuda de los hombros, mientras disponía la botella y los vasos.

-Lástima que nosotros lo echemos a perder -se quejó ella después, sin expresión, mientras bebían.

-¿El qué?

-Todo. Podría ser tan distinto.

El calló. Las divagaciones no eran su fuerte, es más, se le antojaban una manifestación de frivolidad, y hasta enfermizas.

-Digo que podía ser distinto y es una suposición. No podrá ser ni podremos ser de otro modo; usted con su egoísta soledad, y yo con mi engañoso afán de aturdimiento. En realidad, de abyecto romanticismo. Porque en el fondo somos como esas aldeas del altiplano que confinan por sus cuatro costados con la estepa, con el vacío.

¿Va usted a negarlo?

No supo, de nuevo, qué responder; Lo irritaba ese lenguaje porque lo intimidaba, lo hacía sentirse extraño, inferior. A los borrachos sí se les podía aceptar ese despliegue discursivo incógnito, y sonreír, o hasta seguirlos, pero esas palabras en frío le pesaban. La odió un instante, intensamente.

Mientras la mujer seguía hablando, renovó: el contenido de los vasos y bebió sin escucharla. No quería escucharla, ¿para qué? Convino en que las mujeres no pueden dejar de decir tonterías; eso es parte de su naturaleza.

Son inteligentes, qué duda cabe, en todo lo demás y por ello siempre le habían inspirado un poco de miedo, no en cambio cuando hablaban porque carecían de aptitud para concebir nada que fuera sensato, y entonces le inspiraban lástima. Se volvió para mirarla; la camisa de encajes se le había corrido sobre un hombro, dejándolo al descubierto, y un mechón de cabellos rubios, que ella apartaba sin mucho empeño con un gesto de la mano, le cubría graciosamente uno de los ojos. El alcohol despertó en él un áspero sentimiento de ternura, viéndola, al parecer, tan indefensa sentada en la cama casi desnuda; sintió de pronto un imperioso deseo de abrazarla. Pero ella lo rechazó apenas con un ademán indiferente y tranquilo que le dolió más que una bofetada.

Pensó que podía matarla; se hallaba a su merced. Nadie sabría jamás que estuvo en su habitación, nadie pudo verla entrar. Hasta le sería fácil deshacerse del cadáver, puesto que los moradores del edificio, si estaban despiertos, no se atreverían siquiera a entreabrir una puerta y asomar la nariz.

Arrastraría su cuerpo en el pasillo hasta el vacío de la escalera y la precipitaría abajo. Atribuirían el accidente a un ataque de nervios, pensarían cualquier cosa. Nada de sangre antes, naturalmente. La estrangularía. No, qué idiotez, la asfixiaría con la almohada. Sintió el sudor correrle tibio por las manos: las tenía crispadas. Comenzó a temblar, poseído por la súbita determinación y, al propio tiempo, por una inexpresable repugnancia.

Tintineaba, otra vez, el vidrio desprendido. No era el vidrio, era un pájaro. Escuchó; un zorzal. El canto misterioso crepitaba en la noche como una ascua de trinos.

Abrió los ojos en la penumbra, con miedo. La mujer no estaba.

El zorzal seguía cantando.

III

Despertó temprano, nervioso. Y de pronto el corazón le dio un vuelco. Se sintió ganado por una vacilante felicidad, pero asombrado. ¿Podía haber ocurrido todo eso, o era apenas un sueño estúpido? En todo caso, un sueño hermoso, sólo que inquietante. Acarició la almohada con la mano queriendo descubrir unos cabellos rubios, sueltos, prendidos al lino de las sábanas. No los encontró.

Se precipitó en el baño, silbando, vistiéndose luego, con prisa, eligiendo sus prendas mejores. Mientras se ajustaba la corbata reparó en que no sabía cómo se llamaba ella; no se le había ocurrido preguntárselo. ¡Qué necedad? Bah, podía atribuirle un nombre cualquiera: Margarita, Luisa, Ifigenia... ¡Ifigenia! Sonaba bien, sonaba misterioso, y condecía con la extraña aventura.

Cuando salió a la calle experimentó una sensación de frío. La calle está desierta, ningún ser humano, ningún coche. Tampoco había ruidos. Un pesado silencio como una niebla de gases asfixiantes, parecía haber caído sobre la ciudad. Comenzó a caminar, incómodo. Después de haber adelantado unas cuadras sin encontrar una sola persona, al doblar sobre la calle Potosí, se asustó de un hombrecito detenido a la puerta de un zaguán; el hombrecito también pareció asustarse. Por un instante se miraron con recelo, luego se instaló al lado del desconocido, naturalmente, sin ninguna explicación, como, cuando llueve, uno busca el reparo de un quicio, con el mismo derecho de los demás. No llovía, por supuesto, pero el hombrecito tenía el cuello del sobretodo alzado, y su presencia en el zaguán era la del que espera que pase un chubasco. Inmediatamente se encaró con el recién llegado:

-¿Cómo se atreve a salir de su casa, con esta revolución? Aunque tampoco explicó por qué había salido él mismo.

-¿Tenía algo muy urgente que hacer? ¿Tan urgente era? -insistió con suspicacia. Por el tono perentorio de su voz, parecía enfurecido. El explicó que, en efecto, era algo importante.

-Muy importante para mí. ¿Comprende usted? Soy el nuevo auditor del Consorcio Términus; iba a ocupar mi cargo. ¿Sabe cuántos eran los postulantes? ¡Cincuenta! Me eligieron a mí. ¡Entre cincuenta!

Una risa seca resonó en el zaguán. El hombrecito lo miraba con ojos sarcásticos.

-Términus... -dijo.

Tenía una curiosa manera de hacer crujir los dientes.

-Términus, -dijo. Y su voz parecía cargada de un gratuita rencor.

¡No hay Términus que valga, señor! ¿No se da cuenta? No hay Términus que valga. Viene una bala, ¿y? -repitió varias veces. -¿Y?

Como para darle la razón, disparos aislados comenzaron a resonar, muy distantes, en los barrios de suburbios. En seguida recrudescieron. Escuchábanse ahora descargas enteras en todos los extremos de la ciudad. Como surgido del suelo, al fondo de la calle, apareció un camión con gente armada. El hombrecito se internó rápidamente en el zaguán, y él lo imitó. Tuvieron apenas tiempo para refugiarse en el primer rellano de la escalera. Pasó el camión haciendo retemblar el piso y alguien disparó contra la entrada; saltaron unos trozos de encalado.

La calle volvió a quedar desierta. El hombrecito salió a la puerta y amenazó al vacío con el puño cerrado. Cuando volvió a reunírsele, en la escalera lo sintió gruñir "Asesinos", y el crujido de sus dientes subrayó su arrebato, que no se sabía exactamente contra quién estaba dirigido. Se le enfrentó, de pronto, y se puso a mirarlo con un aire de caballo de mina. Llevaba un sombrero verdense deformado con las alas caídas sobre las sienes, como anteojeras. De sus ademanes, no de sus ojos, se desprendía, una extraña resolución nerviosa.

-¿Sí decide usted a venir conmigo? -gritó casi, por más que su voz era susurrante-. Yo sé dónde podemos asestarle el golpe de gracia.

Lo miró tambalearse, el sombrero verdense hundido hasta las orejas. Sin embargo, no parecía bebido.

-No sé... yo... -comenzó a decir.

Pero el otro se había dado vuelta bruscamente y no lo escuchaba. Un momento después caminó sin prisa hacia la puerta y desapareció. El quedó solo en el zaguán. Se dejó caer en uno de los escalones, sintiéndose, por primera vez, miserable y desamparado. No se atrevía a salir tampoco. Ese camión que pasó disparando lo había descompuesto. El estómago le daba vueltas, y tenía la frente humedecida. ¿Y si cerrara la puerta? La cerró. Parecía aquel un edificio de oficinas, no se percibía arriba, en los pisos altos, el menor signo de vida. Volvió a dejarse caer en unos de los escalones, más sosegado. Pero el estómago amenazaba salirse por la boca, y la cabeza le estallaba. Retorciéndose de dolor se arrastró hasta el fondo del zaguán. Vomitó.

¿En qué mal momento se le había ocurrido salir de su casa? Podía morirse aquí, como un paria, sin que nadie se enterase. Impotencia y amargura unidas, recordó que en iguales términos podía morirse también sin auxilio estando en su habitación, y abominó de la soledad en que vivía, de la tristeza enquistada en su alma como un cáncer familiar. Lágrimas corrían por sus mejillas, pero era por el esfuerzo de las vascas; las aplastó con el dorso de la mano. Apoyó la cabeza en el escalón inmediato, vencido.

IV

Se rehízo al cabo de unas horas. Le dolían la espalda y el cuello. Cuando se incorporó, con esfuerzo, comprobó que le dolía todo el cuerpo. Estuvo un rato de pie, atontado, perdida la orientación; luego se dirigió a la puerta y la abrió: la calle tenía un aspecto tranquilizador, a pesar de los disparos. Estaba resuelto a llegar a su domicilio y comenzó a caminar como un sonámbulo. La avenida Mariscal Santa Cruz era un hervidero de balas. Volvió sobre sus pasos y tomó por la calle Bueno para dar un gran rodeo. Sin cuidarse casi, con una resolución inconsciente, logró alcanzar la Juan Federico Zuazo. Otras gentes se cruzaban con el ahora, mujeres, niños, rostros populares. Un inglés tocado con un casco de guerra pasó corriendo a su lado. Lo siguió, más cauto.

Había alcanzado la vecindad de la avenida Arce. Un par de cuadras más y estaría a salvo. De las alturas de Miraflores, en aquel punto, llegaban descargas cerradas de fusilería. El extranjero que lo precedía, no se detuvo; ciego al peligro atravesó como enloquecido el espacio descubierto, barrido por la metralla, y se internó en la Capitán Ravelo. No se atrevió a imitarlo; comprendió que era una locura. Prefirió esperar, había que esperar. Aguardó agazapado detrás de una barricada abandonada por un grupo de combatientes que de seguro, había improvisado allí con pedrones y adobes. Junto a la barricada yacía un caballo muerto, sin la montura, pero con el bocado y las

riendas manchadas de espuma sanguinolenta. Siempre le habían desagradado los cadáveres de los caballos. Eran lastimosos, eran monstruosamente tristes; parecía que la muerte se hacía en ellos más desamparada, más patente.

Comenzó a llover. No había advertido que, desde hacía rato, el cielo estaba encapotado. Gruesas gotas caían sobre el vientre hinchado del animal y resonaban allí como el parche de un tambor. Le pareció absurdamente, que el caballo iba a ponerse sobre sus cuatro patas y a encararse con él, los ojos llameantes de furia, y, absurdamente, abandonó su refugio y se lanzó por el claro, en medio de las balas. Una explosión se alzó a sus espaldas y una mano gigantesca lo tomó con rudeza por la nuca y lo arrojó al suelo; trozos de carne y huesos sangrantes volaban por el aire, le cayeron encima. Se preguntó, en una fracción de segundo, si no era él mismo el que volaba en pedazos, si no era su propia carne despedazada y su propia sangre las que caían de lo alto. Sólo cuando llegó a las primeras casas de la calle Ravelo, ya a buen reparo, comprendió que una granada había explotado en el sitio que acababa de dejar. Los despojos sangrientos que regaban el pavimento eran del caballo.

Sentado en el suelo, con las espaldas contra el muro de un edificio, "debo llegar a mi casa", se dijo. "Debo llegar. Por suerte, estoy muy cerca. Si logro llegar a mi casa, tomaré una buena taza de té. Gracias a Dios, tengo un té inglés excelente; té de la India, claro. ¿Conoceré algún día la India? Qué curioso debe ser tomar el té en las propias plantaciones. O en una casa de té, servido por camareros con turbante, tal vez por mujeres semidesnudas de ojos exóticos".

Empezó a caminar de nuevo, adoptando toda clase de precauciones, casi pegado el cuerpo a las paredes, los oídos alerta. Se sentía agotado, la garganta seca, las manos húmedas.

Iba a salir a la avenida Arce cuando surgió, frente a él, un grupo de hombres armados. La urgencia se le hizo espanto. Se encogió sobre sí mismo, queriéndose reducir, arrugarse en la insignificancia. Tal vez convenía que cojeara un poco, tal vez no. Creyó ver que uno de los hombres le clavaba una mirada asesina. ¿Iba a matarlo? Algo le dijo al hombre que era un ser sin importancia, un mendigo, una mosca, y siguió con los demás. ¿O no lo vieron realmente porque él ya había muerto y lo que caminaba no era su ser físico sino su fantasma?

Se detuvo, de repente, frente a una casa. La reja estaba abierta. En esa casa, al fondo cruzando el jardín y subiendo una escalera, vivía un amigo suyo. Se llamaba Covarrubias; Rafael Covarrubias. Podía entrar, estaba nervioso, peor aún, estaba temblando. Un miedo irracional se había apoderado de él. Necesitaba reponerse; después, más calmado, continuaría a su destino. Conversarían, necesitaba el calor de una conversación, escuchar una voz amiga. Y tal vez Covarrubias le ofreciese una taza de té, una copa. Además él le referiría su aventura de la última noche. Covarrubias era un buen catador de mujeres, paladearía el relato. Atravesó el jardín, comenzó a ascender la escalera.

En lo alto estaba Covarrubias, como esperando, con un fusil en las manos; y sólo al llegar a los últimos peldaños él se dio cuenta de que la escalera era descubierta -había olvidado completamente ese detalle- y que una bala llegada de cualquier parte podía haberlo alcanzado por la espalda.

-Has hecho bien en venir. ¿Tienes un fusil? -fueron las palabras con que lo recibió el dueño de casa.

Pero él no escuchaba. Su corazón le había dado un salto: detrás de su amigo estaba una mujer; vestida con un grueso saco de cuero y pantalones, empuñando una pistola. Y esa mujer era ella. ¡Ifigenia! La reconoció antes de haber examinado casi su extraño atuendo, y a pesar de llevar los cabellos recogidos en un pañuelo. ¡Era ella!

A él se le había cortado el habla. ¿Qué hacía en esa casa? ¿Por qué estaba vestida de esa manera? ¿Era posible que, en tan corto espacio de tiempo, hubiera podido sobreponerse a su

pavor a las balas? ¿Podía ser la misma criatura que la noche anterior temblaba entre sus brazos? Las preguntas se agolpaban en su espíritu confundido. No sabía si saludarla como a una conocida o simular, por el contrario, que no deseaba reconocerla. Pero Covarrubias, omitiendo cualquier presentación, le estaba hablando de nuevo.

-Veo que no lo tienes -dijo. Y se dirigió a la mujer. -Pásame ese fusil que esta detrás de la puerta. Puedo darte doscientos cartuchos. Eso sí, no desperdicies munición. No estamos en condiciones de malgastarla. Por ahora... ¿Entendido?

La mujer trajo el fusil y él lo recibió como un autómatas, sin saber que partido tomar y sin dejar de mirarla, fascinado. Ella no había abierto la boca y parecía ignorar su mirada. Creyó descubrir una vaga sonrisa sarcástica flotando en sus labios. Covarrubias hablaba otra vez, con tono perentorio.

-Yo bajaré primero. Luego me siguen ustedes. ¡Vamos!

Lo vio lanzarse escaleras abajo. Enseguida la mujer pasó a su lado, sin decir palabra, pero ahora sí mirándolo. Una mirada fugaz, intensa, de la que no pudo desprender ningún mensaje.

¡Vamos! -gritaba abajo Covarrubias.

Aturdidamente inició el descenso de la escalera, con el fusil estorbándole en las manos. No sentí ningún deseo de salir a la calle, y menos en el plan en que iban a embarcarlo, en que lo embarcaba Covarrubias. ¿Pero qué excusa invocar para quedarse? ¿Qué decir, si su cerebro se negaba a funcionar? Tal vez ya abajo lo salvara algo imprevisto. Hasta es posible que Covarrubias decidiera irse solo. En ese instante un pájaro cantó en el jardín ¿Un zorzal? Se preguntó, sin atención, sino sería el mismo que oyó cantar desde su cama la noche última, la noche de Ifigenia. Quiso apresurarse, quiso mostrar una soltura irrecuperable, sabiendo que ella lo estaba mirando. Hallábase ya a mitad de la escalera. Y de pronto sintió un violento golpe en la frente, como si una enorme luz hubiera estallado en mil fragmentos dentro de su cráneo. Su cuerpo dio un salto en el vacío y fue a caer en medio del barro del jardín, las manos todavía aferradas a la inútil arma.

Y, de modo misterioso, se hizo un extraño silencio en toda la ciudad, sólo turbado por el menudo gorjeo del ave escondida entre las hojas.

GUILLERMO BLANCO

GUILLERMO BLANCO nació en Talca el 15 de agosto de 1926. Hizo sus estudios secundarios en el Instituto "Luis Campino". Se inició en el periodismo como fundador de la Revista *Amargo* en 1946, fue director de la Revista *Rumbos* y en la actualidad es redactor de planta de *Ercilla*. Vinculado a la Universidad Católica, fue director de la Radio Universitaria, profesor de redacción en la Escuela de Periodismo y hasta hace poco Vicerrector de Comunicaciones de esa Universidad. Traductor del inglés y del francés, pertenece a la promoción literaria de 1950. Su novela *Gracia y el forastero* fue llevada al cine con escaso éxito, pese a su indiscutible calidad. En 1968 viajó a Vietnam, como corresponsal de la Revista *Ercilla*. Fue director responsable de Televisión Nacional de Chile.

Obra literaria: *Solo un hombre y el mar* (cuentos, 1957), *Misa de réquiem* (novela, 1959), *Revolución en Chile* (novela, 1962), *Gracia y el forastero* (novela, 1965), *Cuero de diablo* (cuentos, 1967), *Los borradores de la muerte* (cuentos, 1968), *El evangelio de Judas* (ensayo, 1973), *Adiós a Ruibarbo* (cuento, 1973) y *Ahí va esa* (crónicas, 1973).

ADIOS A RUIBARBO

Mañana a mañana, casi al filo del alba, el chico llegaba a sentarse en la acera empedrada, frente al portón de la panadería. Adoptaba siempre la misma postura; cruzadas las piernas, las manos cruzadas delante de ellas, la vista fija en el callejón que conducía a las caballerizas. Sus ojos eran hondos, eran negros, miraban de una manera extrañamente intensa. Esperaban, con esa dulce, cristalina paciencia de los ojos de niño. A veces, la brisa del amanecer producía en su cuerpo un leve estremecimiento, a veces era el sol recién nacido el que le penetraba en quieta caricia. Todo él, sin embargo, se concentraba en la mirada -en las pupilas inmóviles, que no se apartaban del punto por donde asomarían los caballos- y sólo parecía tornar a la vida cuando se escuchaban desde dentro las voces de los conductores y restallaban las fustas, y sobre los adoquines comenzaba a resonar el eco marcial de las herraduras.

Luego aparecía el primer carro. Salía muy despacio, porque el callejón era angosto y al dueño le molestaba que las ejes rasparan el adobe de los muros. Los hombres lanzaban imprecaciones, más quizá por costumbre, por una especie de rito del gremio, que porque estuvieran en realidad airados.

Pero el chico no los oía, no las veía. Contemplaba a los caballos, no más. Los contemplaba con rostro amical, insinuada en sus labios no una sonrisa, sino la sombra, el soplo de una sonrisa. Si podía los tocaba. Les daba unas palmaditas fugaces en las paletas o en las ancas a medida que emergían a la calle. Susurraba sus nombres, igual que si fueran un secreto entre ellos y él:

-Pintado... Canela... Penacho... Ruibarbo...

Eran cuatro. Dos marchaban hacia un lado, dos hacia el lado opuesto. El muchacho también se marchaba cuando habían desaparecido. Se alejaba paso a paso, y sus piernas y su cuerpo se prolongaban a su espalda, en una sombra interminable, y era la sombra una imagen de su deseo de quedarse allí, junto al portón, aguardando. Se dirigía a la escuela, que estaba al oriente de la ciudad. La ciudad era pequeña, de no muchos habitantes. Tenía sólo diez o doce casas grandes, con oficinas y unas pocas avenidas con pavimento de concreto. El resto era provinciano, antiguo; calzadas polvorientas, construcciones de un piso, techos de tejas y verjas de hierro forjado. Todavía algunos hombres y mujeres temían ir al centro y afrontar , los escasos letreros luminosos, los dependientes pulcros, los automóviles. Algunos iban únicamente en el tiempo de Navidad.

El chico no iba casi nunca. De la escuela bajaba al río, del río a almorzar y luego de nuevo a la panadería.

Ahora era la tarde, las cuatro de la tarde, o las tres y media, y la sombra venía delante suyo, como si su impaciencia la hiciera adelantarse. Era la hora de la siesta. Los caballos reposaban, desuncidos, en sus pesebres. Hasta su lado llegaba él, con ese andar lento, que era una excusa, y se les aproximada y volvía a nombrarlos:

-Canela.

-Ruibarbo.

-Pintado.

Ellos abrían apenas los grandes ojos, mansos y adormilados, y lo miraban apenas. Los dos más jóvenes parecían entenderle mejor, parecían recoger la cálida ternura, el trémolo de bondad que latía en su voz. Parecía que le escucharan, que le replicaran incluso, en cierta forma misteriosa. Los viejos no. Los viejos -para los que su afecto era no obstante más profundo- se

limitaban a alzar los párpados y mostrarle sus pupilas desprovistas de visión, donde anidaba una indiferencia muy larga y muy ancha. Los dedos del chico se escurrían en pausada caricia por sus pelambres llenas de sudor. A él le agradaba el olor a sudor que le quedaba después, en la piel. Le agradaba sentirlo, guardarlo en sus manos, dormirse en la noche aspirándolo.

-Manco, manco -murmuraba.

Los caballos jóvenes sin hacer un movimiento respondían. Los viejos no. Pero su piedad era para éstos, y le dolía que no la recogieran, que fuera tan poderoso su derrumbamiento, su aniquilamiento; que los hubieran vaciado tan íntegramente por dentro a fuerza de desamor. Que se hallaran secos igual que se secan los charcos en el verano. Secos opacos, colosalmente indiferentes, incapaces de recibir el cariño que él les traía, ya que no de darle el de ellos. En sus belfos creía descubrir un gesto amargo, de amargura en sí, sin tema, amargo no porque tuvieran nostalgia del agua de los arroyos o del pasto libre, lozano de los postreros, sino porque no sabían lo que era nostalgia; amargo con una amargura difusa, espectro de amargura, que había ido quedándose en ellos a través de los días y los días parejos, amorfos, de las horas parejas, sin minutos ni segundos, de las horas inmóviles que dan los mismo, que se acumulan y aplastan, desprovistas de alternativas y de esperanzas y de sorpresas, que son una interminable siesta o un infinito trotar calle abajo y luego calle arriba, por calles invariables, en un derrotero invariable, cansado, agotado; una suerte de vía crucis sin la cruz ni la grandeza del sacrificio. Nada. Sólo la nada, vasta, vasta.

-Manco...

El les perdonaba que fuesen así. Intuía, con la vaguedad precisa con que intuye la infancia, que eran incapaces de otra reacción, de cualquiera reacción, y que su apatía no era voluntaria, sino una incontrastable imposición de su existencia. No habrían podido odiarle igual que no podían amarle. Si no vivían, si únicamente estaban -como plantas, como pozos ciegos, como árboles muertos-, ¿qué derecho había a exigirles?

Su mano se perdía morosamente en las ásperas pieles, sorteaba con cuidado las mataduras, hablaba un lenguaje de comprensión, de esa comprensión también vaga y precisa que no cabe en palabras y de la cual sólo es capaz el alma de un niño; que más que comprensión es identificación, es sentir el dolor en carne propia, cual si la fusta y el tedio y la estrechez fueran para él también, y él tampoco poseyera la libertad de buscar la sombra de los árboles o el quieto frescor de los esteros.

Lo conocían ya los hombres de la panadería, y lo dejaban quedarse allí.

-Entra, Potrillo -le decían al verlo en la puerta.

Y él entraba sin articular palabra, con la clara elocuencia de sus ojos no más, y se movía suavemente, sin ruido, y se ponía junto a sus amigos, a practicar ese íntimo rito suyo de comunión.

-Manco, manco...

En más de una oportunidad le ofrecieron subirlo sobre el lomo de alguno de los caballos.

-¿Quieres dar una vuelta, Potrillo?

-No.

-¿Tienes miedo?

-No.

-¿Entonces?

-No quiero.

-¡Ah, tienes miedo!

Lo dejaban. Y él no tenía miedo. Tenía una especie de vergüenza que le propusieran eso, porque era humillante para las bestias, y era cruel. Era recordarles su servidumbre, mientras él no anhelaba sino la muda hermandad que le ligaba a ellos y los hacía un poco sus semejantes. Le gustaba, por eso, que le llamaran Portillo. Por eso le gustaba el olor que en su epidermis dejaba el sudor de las ásperas pelambres.

Cuando se iba al río, se echaba boca abajo sobre una piedra enorme – siempre la misma- y se dedicaba a soñar despierto. Imaginaba una especie de invariable cuento de hadas: él era rico, muy rico, dueño de un reino con castillos de doradas puertas y palacios y lagos tranquilos, y en medio del mayor de los lagos había una isla ancha, lisa, cubierta toda de césped, y allí enviaba él a los caballos, los de todas las panaderías del reino, y les tenía arroyos y árboles y unos pesebres inmensos y hermosos, y nadie podía maltratarlos ni montarlos, porque él había impuesto pena de muerte a quien lo hiciera, y en un lugar de privilegio de la isla habitaban Ruibarbo, Pintado, Canela y Penacho, y a los ojos de Canela y Ruibarbo había tornado la visión, y eran unos ojos vivos, alegres, mansos, siempre claros, pero brillantes de felicidad, plenos de paz, y el observaba y les hablaba y ahora sí que le comprendían y los dos se iban con él andando, andando, bajo los olmos y las higueras, y se metían por unos vados pedregosos y entre las ramas que se trababan por sobre sus cabezas veían el cielo, con un sol perenne y tibio, que no daba calor, sino sólo infundía al cuerpo una sensación de gozosa tibieza, y cuando llegaba la noche -a veces- el dejaba sus asuntos de Estado para quedarse a dormir con sus amigos, acostado en el pasto, entre los cuerpos gigantescos, suaves, amables, y al amanecer siguiente lo despertaban, cual clarines, los relinchos de Ruibarbo y Canela, y abría los párpados y ante él se hallaba el mágico espectáculo de las crines y las largas colas flotando en el aire, mientras los animales galopaban por la llanura...

Un día, al salir al reparto el carro tirado por Ruibarbo, el anciano conductor dijo al chico:

-Despídete de él, Potrillo.

Su mirada honda preguntó ¿por qué?

-El patrón lo vendió.

-¿A quién?

Quiso el hombre callar, pero la mirada del niño era demasiado poderosa para resistirla. Con voz ronca le explicó que se lo llevarían al día siguiente al matadero, que harían charqui de él.

Al matadero. Se fue el muchacho pensativo, calle abajo. Su hermana había ido al matadero una vez y le contó cómo era, cómo un hombre que vestía un delantal sangriento se había acercado a un buey y le había clavado su enorme cuchillo, y el buey no murió al primer golpe y observaba con expresión bondadosa, sin rencor ni rebeldía, al verdugo. Parecía pedirle que acabara pronto. Mientras, la sangre fluía de la ancha herida, y algo se apagaba a pausas en sus pupilas.

Llegó el chico al río. Una bandada de garzas se alzó, eglógica, sobre el cauce. Un perro le siguió a corta distancia durante un trecho. Mas él no percibía nada. En su mente no resonaba sino la palabra fatídica: el matadero, y ante su vista no había sino el delantal manchado de rojo, la hoja de metal, filosa, la quieta agonía que imaginaba a Ruibarbo.

Una lágrima, sola, rodó por su mejilla.

Era la hora de la escuela. No fue a la escuela. Permaneció la mañana entera tendido en su roca, no soñando como siempre, sino meditando, obsesionado, desesperado. Almorzó maquinalmente, con la cabeza baja y la garganta estrecha de angustia. Nadie en su casa lo notó. Era una casa pobre, donde había preocupaciones más graves que la suerte de un jamelgo.

En la tarde se encaminó a la panadería y se quedó hasta que ya estuvo obscuro junto al viejo Ruibarbo, murmurando su rito inútil:

-Manco, manco, Ruibarbo...

De pronto oyó que cerraban las puertas y colocaban trancas. Alguien se despedía:

-Hasta mañana, patrón.

-Hasta mañana. ¿Les pusiste agua a los caballos?

-Sí.

-¿A los cuatro?

-Bueno, al Ruibarbo no. Sería darles trabajo de más a los charqueadores.

Sanó una carcajada. El chico se estremeció. No hizo ningún movimiento. Esperaría a que se fueran, pensó, y daría de beber a su amigo.

Se escucharon pasos aún, voces que iban apagándose; después, un largo rato durante el cual no hubo ruido alguno, fuera del que producían los animales con su lento masticar del forraje. Se asomó al patio. Una luna blanquecina había salido ya y lo alumbraba todo vagamente. Se dirigió a la llave de agua con andar sigiloso, buscando los rincones. Al pasar frente al callejón de salida se le ocurrió una idea que hizo latir más a prisa su corazón: corrió jadeando a la entrada y comenzó a hurgar a tientas hasta que encontró la tranca, que pesaba mucho. La alzó a duras penas. Cuando lo hubo conseguido, el madero se vino al suelo con estrépito. Creyó que iba a llorar, más se contuvo, porque tenía demasiado miedo. Se replegó sobre sí mismo, ovillándose.

Esperó.

Una ventana se abrió en el segundo piso y apareció el panadero, que oteó en torno con mirar minucioso. Se volvió en seguida hacia adentro.

-No es nada, mujer -dijo-. Sería uno de los caballos, que ha estado intranquilo.

Luego cerró.

El chico permaneció quieto por interminables minutos. Una campana de reloj dio la hora, pero él no atinó a contar. Aun dio el reloj un cuarto antes de que se atreviera a cambiar de postura.

Lleno de precauciones se levantó, fue hasta la caballeriza de Ruibarbo, desató la cuerda que lo ligaba a un poste y comenzó a conducirlo hasta el portón. El animal se resistió al principio, mas pronto lo siguió, a paso lento. Le parecía al niño que nunca habían sonado tanto las herraduras sobre los adoquines.

La espesa hoja de madera se abrió con voz de vieja, quejándose.

No se atrevió a cerrarla.

En la calle no había nadie, ni encontraron a nadie en el trecho breve que distaba la panadería del río. Así alcanzaron al puente, a cuyo extremo opuesto el llano y los cerros se abrían libres, semejantes un poco al reino con que él sonaba, revestidos de magia por la claridad de la luna. Presa de emoción, quitó la cuerda del cuello de Ruibarbo, le dio unas palmadas de afecto y le susurró cálidamente:

-Adiós.

El caballo permaneció unos momentos inmóvil, cual si no entendiera. Después dio media vuelta y se fue, trotando, trotando, hasta el portón de la panadería, por el que desapareció.

PORFIRIO DIAZ MACHICAO

PORFIRIO DIAZ MACHICAO nació en la ciudad de La Paz, en 1909. "Tiene talento dramático y facilidad narrativa". Lo raigal, lo regional llega en su narrativa a lo universal en un estilo nuevo de estructura transparente y vital. La profunda humanidad de sus personajes y las conflictivas situaciones de sus temas son resueltos con verdadero acierto. Díaz Machicao esta dentro de la corriente realista y descriptiva.

Periodista, historiador, biógrafo y narrador se ha volcado en todas esas disciplinas, culminando en el cuento, género difícil que él sabe sostener con un estilo noble y de altas calidades poéticas.

Es autor de *Los invencibles*, *Salamanca* (Biografía), *Vocero* (Novela), *La Bestia emocional*, *El Ateneo de los Muertos*, *Cuentos de dos Climas* y *una Enciclopedia Boliviana* en varios tomos.

CASTRADOS

I

¿Has recogido café en toda la tarde? -pregunta Rogelio a la Candelaria, en tanto que limpia el sudor de su frente, tira el cuchillo por cualquier rincón y espera que ella traiga la merienda.

-He recogido unos granos- responde la mujer, tan plena como una vaca y tan medida para hablar, brillándole siempre los grandes ojos negros, hechos para ver la vida a través de la enormidad de la tierra donde vive, y para enredar en sus fulgores toda la hombría de su marido, crecido y recio, como los árboles de la montaña.

Ella se va al fogón y enciende la llama, más evidente cuanto más cercana esta la noche.

La penumbra resbala en la alcoba, invadiendo el triste silencio. Rogelio no piensa en nada. Esta cansado. ¿Y en que podía pensar ahora y siempre? El sabe que el bosque esta más allá de la huerta y tras el bosque el horizonte y las lejanías ganadas por la maraña. El sabe que detrás de la casa se levanta el monte cubierto de pasto y que allá están las pocas vacas que ha comprado. Y los mulos y el caballo alazán. El sabe que por la derecha la tierra se precipita sobre el caudal rugiente del río y que por la izquierda están las chacras de Isauro, y, más allá, por el mismo lado, las del viejo Teodoro. ¿Puede pensar en algo que sea extraño a este natural convencimiento de ubicación terrena, si él es tan simplote como una brusca caída de agua y tan feliz de ser como es?

La Candelaria torna, animosa, y le sirve unas raíces en el plato de todos los días. Luego, le alcanza un jarro colmado de café, negro, negrísimo.

-Gracias, le dice y la mira. ¡Qué imbécil es Rogelio! ¿Y no puede detener su pensamiento en ella? Un rato prolongado la mira, sin verla, en la obscuridad.

¿Estas preocupado Roge?

-Roge sonríe y contesta.

-Quisiera cambiar el caballo por un rifle. Acaba de ocurrírseme al mirarte.

-¿Pero acaso puedes verme sin luz?

-Siempre estoy viéndote, Candelaria.

Se le escapa un suspiro atormentado.

-Bueno... ¿y para qué quieres un rifle?

-Pues, para defenderte, palomita.

-¿De quién?

-De todos. De tu padre que nunca te quiso sino como a su esclava. Y también de Isauro.

-Pero si ya no soy del viejo, soy tuya, Roge. En cuanto a Isauro... no hay nada.

¡Si había algo en qué pensar! Claro que sí. Defender la vida y el hogar. El viejo Teodoro e Isauro estaban como el río crecido, gritando y barbotando espuma de rabia, cuando su

pensamiento se estrellaba en él y en Candelaria. Habían jurado matarle. No por jurar en vano, puesto que los hombres del bosque saben cumplir el designio que se imponen, sino porque él se había robado a la Candelaria de casa de su padre, el viejo, y porque Isauro tenía, con ello, abierta una herida de amor que jamás cicatrizaría.

-De ninguno de los dos podemos esperar nada malo. Teodoro, al fin de cuentas, es mi padre y sabrá hallar conformidad en mi conducta. En cuanto al otro, ¡tú eres más fuerte que él!

Se buscan, se unen como el fuego y la leña. La vida crepita en sus corazones. Ella le anima, ardiente, jubilosa.

La noche, con voces de bosque, canta unos coros lejanos para las estrellas.

Rogelio, convencido, repite:

-Para que nunca se acabe esta felicidad nuestra es que quiero tener un fusil.

-No hace falta, Rogelio. ¿Sabes una cosa?

¿Cuál?

Mi padre ya no está enojado contigo.

¿Cómo lo has sabido?

-Mañana, en la hoyada de arriba, castrará un toro. Como no tiene quién lo ayude en ese trabajo ha querido llamarte a ti, en señal de paz. Pero Isauro le ha desanimado y se ha ofrecido él para la tarea. El viejo le ha aceptado.

¡Canalla!

-No importa Roge, no blasfemes. ¡Tú eres mas fuerte que él!

Pronto la ira se hace dulzura y se convierte en beso que hace milagros, como el bosque con sus coros lejanos para las estrellas.

II

El toro inclina la cabeza amenazadora tal si quisiese embestir la montaña. Escarba con las patas la tierra fértil y muge, potente, feroz. Las oquedades se llenan de él. La naturaleza vibra, parece sacudirse con el alarido de este recio animal convertido en rey de los campos. Una vaca color de la tierra, levanta la testuz con mansedumbre y espera. El toro avanza con trote penoso, resoplando por las grandes fosas nasales y se detiene junto a la hembra. El resto del ganado corre por otros rumbos sobre los verdes pastales. Y quedan los dos, juntos, en la tarde, calcinada por el sol, armonizando en blanco y terroso, sus pelajes brillantes, bajo el cielo limpio.

El macho solícito, lame las grupas de la enamorada y de cuando en cuando la acicatea, febril, con los pitones. El idilio se hace alegre y sereno, manso y fatal, mientras van surcando ellos los pastos con pequeñas carreras de "ven y me voy". Mas, ambos se esperan y se prolonga el juego, insinuante, casi humano, en tanto que van subiendo los rumores del río a través de la espesa hojarasca.

Todo el embrujo de la selva, con sus infinitos partos múltiples -retoños que avasallan en la fronda invadida sin piedad, desbordándola más allá de todo límite, cantos de aves ocultas en la espesura y cuyos trinos se ven en el espacio con la irreal presencia de musicales meteoros, gruñidos, plañidos de aguas- toda la vida evidente esta en la sangre de estas amorosas bestias

que quieren perpetuarse en el celo de su instinto para supervivir, en los frutos futuros, por los siglos de los siglos, en tanto que pueda escucharse siempre el grandioso y soberbio mugido de sus pechos.

Muy luego concluye el reclamo paciente en una muda fatiga fugaz que pronto se torna en irreductible intranquilidad, en incontenible inquietud. Las bestias mugen a unísono invadiendo los espacios, escalando las cumbres con su grito sonoro y se aman...

En blanco y terroso, sus crecidos cuerpos forman un monumento. Macho y hembra como una escultura inmortal. El toro insultando a los cielos con su elevada cornamenta. La vaca rindiéndose sobre la verde alfombra.

-¿Este es el toro que debemos coger? -pregunta Isauro al viejo Teodoro. El viejo asiente. Y entonces, como una serpentina obscura, vuela el lazo por los aires y se traba en los cuernos audaces del macho. Los dos campesinos y dos indios tiran de él, fuertemente. La escultura se trunca. La vaca huye despavorida hacia donde está la grey.

Los hombres y el toro se van a la hoyada, sudorosos por la lucha y la porfía. Luego, sujetan la cuerda de un árbol.

Isauro está contento de ayudar en el trance. Extiende su pañuelo con hojas de coca y sirve de la primera botella de licor. La copa circula por las cuatro bocas. Seguidamente tuerce cigarrillos y los distribuye. Una y otra vez beben, fervorosos, esperando el buen éxito de la tarea.

El viejo Teodoro echa un trago en los lomos del toro y traza una cruz en el espacio, repitiendo:

-Que sea en buena hora.

-Ojala señor -dicen Isauro y los indios.

Nuevamente llenan las copas. El alcohol incendia sus rostros cobrizos. Isauro afila en una piedra la lanceta. Uno de los peones echa incienso en un plato con brasas. El ambiente se torna un tanto religioso. Todos están serios.

-Podemos empezar -ordena Teodoro.

Todos cuatro tumban a la bestia, reducida con cuerdas que le amarran las patas. El viejo se encarama en la cornamenta, los indios sujetan por los cabos.

Isauro lancetea. La herida borbota sangre. El toro, súbito, se sacude en el suelo. Sus ojos, vencidos, se llenan de lagrimas como si fuesen los de un hombre que llora su pena más amarga. Y en ellos se nubla el cielo de la heredad, oliente ahora al incienso que sube ansioso desde el tajo cruel. No tiene fuerzas. No podría librarse nunca de los verdugos. Además, la castrazón es terrible, infinitamente terrible.

Desde los aledaños suben los mugidos de la vacada. ¡Pobre toro! Mañana será el intruso incapacitado de la grey que rumia tristemente su ración interminable de derrota. Sin embargo, al correr de los días, se pondrá engordecido y será más hermosa su figura incompleta.

Pero eso no puede ser un consuelo si la única esperanza de su vida, hasta morir, será solamente el yugo y el arado con que destruye la tierra. Sus lágrimas siguen copiosas y dolientes.

-¡Ya está!- avisa Isauro. Los hombres deshacen las amarras y se alza el animal, entristecido y débil, dando traspiés que le hacen caer nuevamente.

Otra vez muge la vacada. Acaso le estén llamando. Se incorpora esforzadamente y se va, dejando un reguero rojo en su camino. Quisiera tal vez apresurar un trote, pero no puede. Y el toro, hecho buey, detiene sus pasos e inclina la cabeza resignado, impotente para toda la vida, llorando como los hombres que han perdido la más santa ilusión o el poder más augusto.

Los verdugos le observan y ríen a carcajadas con su ebria alegría.

El viejo Teodoro escancia por el triunfo y abraza al mozo de la lanceta, diciéndole socarrón:

-Si ella, la Candelaria, estuviese bien casada, él, su hombre, habría venido a ayudarme. Pero estoy muy solo.

E Isauro le responde, asiéndose a un desesperado anhelo:

-Podemos reconquistarla, viejo. Yo me casaría con ella, como es justo ¡y otra vez la santa paz!

-¿Y cómo, Isauro, si "ese" es un bandido más fuerte que un toro?

-No me preguntes cómo, si es que puedes ordenármelo.

Mientras tanto han bebido ya mucho. Y la tarde agonizante gira y gira para sus sentidos embriagados. Isauro cree que puede aprovechar este coraje del alcohol e insiste:

¿Has resuelto ya, viejo?

-¿Que?

-Que te devuelva a tu hija.

Teodoro, mesándose, emborricado, las barbas, responde:

-¡Devuélvemela si eres un hombre!

Y el otro demanda ansioso:

-¡Pues dáme a tus peones!

Los indios y el valiente se encaminan hacia la casa de Rogelio, llevando las cuerdas, el plato de brasas, el incienso y la lanceta...

III

Todo ha pasado ya en casa de Rogelio, cuando éste abre los ojos y ve delante de sí el incienso oloroso que inunda su alcoba. Palpa en la herida: sus manos se tiñen de su propia sangre y grita horrorizado:

-¡Señor, Dios mío, ya no soy un hombre!

¿Y la Candelaria? Nada, nadie que asista piadoso a su alarido infinito y trágico.

Y el hombre, como el buey, inclina la cerviz sobre su sangre y sus lágrimas. Hasta la muerte.

MAITE ALLAMAND

MAITE ALLAMAND nacida en 1911, continúa la línea criollista de la literatura chilena iniciada por Mariano Latorre y cultivada, entre otros, por Luis Durand y Marta Brunet. Cuentista y novelista, la mayoría de sus personajes son de extracción campesina, cuyos dramas transcurren en ambientes agrarios o en los modestos rancheríos del latifundio nacional. Su estilo, por ello mismo, es funcional al objetivo que se plantea, que no es otro que la búsqueda de la nacionalidad en las voces rudas y la psicología simple y sagaz del campesinado. Entre sus obras principales, se podrían citar: *Cosas de campo* (cuentos, 1935). *Parvas viejas* (cuentos, 1936), *Renovales* (novela, 1946) y *El funeral del diablo* (cuentos, 1960). la más difundida de sus creaciones.

EL FUNERAL DEL DIABLO

Ya no quedaban velas, ni sebo, ni aceite. La última noche -y tercera del velorio- lo habían tenido que dejar a oscuras y solo. Todos se habían marchado. Las mujeres, vencidas por el sueño; los hombres, extenuados unos, borrachos los otros.

La viuda también se fue a dormir. Cerró cuidadosamente la pieza donde estaba el difunto y, envuelta en su pañuelo negro, recorrió la casa dormida y silenciosa. Aseguró los cerrojos de las puertas, fue a la cocina a ver si el horno estaba bien apagado y si el rescoldo de los braseros había sido debidamente cubierto de cenizas. Caminó por los largos corredores, recogiendo en esos trajines la clara sensación de su nueva responsabilidad. Ahora, la cabeza era ella. Ella la autoridad, el jefe de familia, ella. De nadie recibiría órdenes, de nadie tampoco alivio en la tarea. ¿Los hijos? Casi eran hombres ya; no obstante, dormían como piedras desde el atardecer. ¿Los parientes? Ya estarían, quizás, lucubrando mil combinaciones para desposeerla de lo propio, invocando su inexperiencia, la minoría de los muchachos, y quién sabe cuántos otros pretextos imaginarios o legales, o lógicos, o fraudulentos. Quién sabe.

Llovía, llovía. La lluvia rodeaba a las casas con una empalizada aislante y al parecer definitiva. Llovía, llovía, como si nunca más fuera a dejar de caer agua sobre la tierra. Llovía tanto, pero al día siguiente, lloviendo o no, había que llevarse al muerto. Ya no se podía esperar más.

La señora entró a su dormitorio. Encendió un fósforo, y la pieza le pareció inmensa, desierta, desequilibrada, con un solo catre. El otro -el del muerto- lo había mandado desarmar el mismo día de la desgracia. No había para qué demorar. Lo que no sirve, sobra.

Se quemó los dedos con el fósforo, encendió otro. Quedaba un trozo de vela en la palmatoria. Con la luz, nacieron las sombras difusas y fantásticas. La mujer tiró el manto sobre la cama. Cayó al suelo su pesada falda color café. No era manda, sino mera costumbre. Pero ya no usaría más esa ropa, porque estaba viuda. Sacó las horquillas del moño, y una trenza gruesa y oscura se dibujó sobre la camisa blanca. Se santiguó lentamente.

Bajo el catre ausente, el entablado de la pieza tenía otro color. Más claro, más nuevo, más opaco. Parecía una alfombra negativa. Habría que borrar cuanto antes ese rectángulo elocuente. Tantas y tantas cosas que olvidar, que extirpar definitivamente de la memoria y del corazón. Quién sabe qué mixtura o qué sahumero sería recomendable para arrancarse el pasado del alma, a la buena o a la mala. ¡Cómo tirar esas pesadas alforjas que la vida había llenado para ella de tantas amarguras! Resabios, remordimientos, rencores acumulados durante años de años, y que le adolorían el alma y el cuerpo.

Temblaba la luz de la vela. Sobre la pared, en el sitio que fuera del respaldo del catre desarmado por la muerte, las flores del papel mural estaban frescas, lozanas, como recién cortadas de un jardín en primavera. ¡Qué lindas! A la verdad, después de tanto tiempo, la mujer había olvidado sus formas, sus colores, sus actitudes, sus corolas como rostros expresivos infinitamente repetidos de arriba abajo, por todo el cuarto. Las rosas encarnadas, los jancitos azules, los tallos atados por una cinta color claro de luna, ininterrumpida, larga, caprichosa, que unía todas las flores en sus volutas de plata. De alto a bajo, de la ventana al armario grande, de la cómoda a la puerta.

Ahora, por toda la pieza, los ramilletes estaban desteñidos, marchitos, como prontos a deshacerse en una lluvia de pétalos muertos. Así estaba ella también, como las corolas del papel. Mustia, envejecida, triste, viuda.

Crujieron las almohadas tiesas de almidón y de complicados encajes, con el peso de su cuerpo. ¡Qué cansada estaba! Sentía abultada la cabeza, doloridos los ojos. La luz de la vela se apagó; ¡Que tranquilidad! Tranquilidad definitiva. ¿Era parte de eso, entonces, su nuevo estado de viudez? ¿Estar viuda? Se estiró en el lecho, y el contacto de las sábanas le fue bálsamo refrigerio.

Llovía, llovía. Y nada podía destrozar ese silencio bienaventurado, a no ser el ladrido de un perro, el roer de una rata invisible, o el suspirar de la tierra en un leve temblor. Es decir que, muerto él, ningún ser humano tenía ya el poder de alterar el ritmo de la noche, de desbaratar el silencio, de escandalizar el orden y la armonía.

Llovía. Y bruscamente, al sentirse invadida por tan apacible bienestar, al comprobar que una marejada de dulzura estaba a punto de sumergirla entera, y que era el suyo un estado próximo a la felicidad, se incorporó, buscó a tientas la caja de fósforo y renacieron las sombras a su alrededor.

"Es posible que yo me sienta desahogada, tranquila, casi feliz, cuando el esta allí, pared por medio, muerto, inútil, tendido en un cajón, para siempre".

Sintió vergüenza, dolor de hallarse así, tan aliviada, horror de tantos días y noches sometidos, asco por tantos años transcurridos y de los cuales no se atrevió nunca a tronchar la abominable sucesión.

Lloró y lloró, y su llanto tuvo la misma obstinada continuidad de la lluvia. De pronto, le estalló en la boca una amargura tremenda, materializada en una palabra, que hasta ese instante jamás pronunciaran sus labios: asesina. ASESINA. ¿Ella, una asesina? El remordimiento echó a andar sus taladros candentes. Asesina. A ratos le parecía que no podría soportar la acusación que se formulaba a sí misma. Luego, casi se complacía en su desvarío, de la culpabilidad que la asediaba. Ella, asesina. ¿Ella? La dulce, la suave, la mujer serena y sumisa, la que todo lo soporta sin quejas, la del corazón que alienta, de la sonrisa que acoge, de la mano que despide, de la bondad que perdona y olvida. ¿Asesina? La verdad dicen que tiene dos filos y varios rostros a veces enemigos. ¿La verdad? Aunque ella lo dijera todo, nadie daría crédito a su confesión. Nadie. Nadie tendría la imaginación bastante alerta para asociar su nombre a esa palabra nueva y sangrienta que ella pronunciaba, como ensayándose a decirla entera, en esas horas de lluvia y de tinieblas. Asesina, asesina.

Y, sin embargo, todo había sucedido allí, allí mismo, en ese sitio, frente al espejo vacío del gran ropero de madera oscura. Allí, allí mismo.

Era muy tarde, quizás pasada la medianoche. Llovía. La señora tejía, sentada junto al brasero. No pensaba, no sentía, estaba, como ausente de sí misma. Sus manos tejían. La lana suave resbalaba entre sus dedos como una larga y tibia caricia. Tejía, y las brasas ardían

silenciosas bajo su leve mortaja. Tejía, la tetera murmuraba su canción de burbujas liberadas. Llovía, llovía, afuera, largas hebras de lluvia que nadie tejía.

Dos días que los hombres de la casa se habían marchado: el marido y los dos hijos mayores. A caballo, bien aperados, bien puestos. ¿A dónde habían ido? Ni ellos hablaban, ni ella preguntaba. ¿A que saber? Sólo ahora, después de la tragedia, sus ojos se habían abierto al horror de estas andanzas, en las cuales el padre, envejecido pero incorregible, llevaba a los muchachos de cebo en sus abominables correrías.

Ella tejía, a orillas del fuego, sin esperar nada fuera del sueño que tardaba, sin querer nada. Llovía, cuando oyó unos ladridos lejanos. Luego aullaron los perros de las casas. Chirrió el portón, al rato sonaron las espuelas trizando el silencio de los corredores. La mujer tuvo un sobresalto:

-¡Llegaron!

Los pasos alcanzaron la puerta del dormitorio, y ésta se abrió estrepitosamente. El hombre tiró el sombrero empapado, el poncho cayó al suelo y quedó como un charco negro.

En silencio, ella se arrodilló a los pies del esposo, como lo hacía siempre, para sacarle las espuelas.

-¡Levántate! -mandó él- y párate allí -añadió-, señalando el centro de la pieza.

Sorprendida, la mujer obedeció.

El hombre oscilaba, como un péndulo al revés, mal sujeto por sus grandes botas adornadas y brillantes, que le subían hasta el muslo.

-Ahora, desnúdate.

Llovía. Pareció que la lluvia había atravesado las tejas y disuelto el entendimiento de la mujer inmóvil, aturdida.

-¿Estas sorda? desnúdate.

Llovía. ¡Oh! Si el silencio de la lluvia hubiera podido apagar esas malhadadas palabras; si los perros del camino se hubieran tragado los ladridos echados a la noche; si los caballos, tranco a tranco por la obscuridad, hubieran enredado sus pasos y conducida ese hombre desatinado a otros umbrales, bajo otro techo que el suyo propio, allí donde esas órdenes hubieran podido ser obedecidas sin quebranto.

-¡Desnúdate!

Llovía. El agua hervía en la tetera, y su gorgoteo regular fraccionaba el tiempo que pasaba lento, lento, como cansado y pronto a detenerse.

-¿Que no sabes quién manda aquí?

Llovía. El hombre, enfurecido, cogió un rebenque de cuero trenzado que llevaba atado al cinturón.

-¡Desnúdate!

La mujer esquivó el primer latigazo. El hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo. La cabeza azotó el borde labrado del brasero.

Ella esperó, inmóvil, que el verdugo se incorporara.

-Borracho, sinvergüenza.

Llovía. Llovía. Nada. El hombre no se movía. Respiraba fuerte, así, roncando como siempre cuando estaba bebido.

Llovía. Llovieron largos instantes. En el corazón de la mujer la compasión venció la ira, el miedo se le volvió lástima. Le sacó las espuelas al verdugo tumbado, lo abrigó con las ropas de su cama. Y rogando a Dios por que el borracho no despertara hasta el amanecer, se durmió saboreando su desesperanza.

Llegó el alba, y para el hombre tendido en el sueño no hubo recordar. El rostro le amaneció color ceniza, la boca sangrienta, los ojos perdidos. La tetera estaba seca. Bajo la puerta asomaba una luz triste, y afuera llovía.

Con el día, las congojas y los remordimientos volvieron a sus oscuras guaridas. A pesar de la lluvia, a pesar de todo había que enterrar al muerto. Pero ¿quien le ayudaría? ¿Quién prestaría hombros y manos al que siempre había negado los suyos y los de su gente?

Sin la lluvia, todo hubiera salido como él lo deseaba. Carreta, puentes y caminos nuevos. Y aventar las tradiciones, y derribar los viejos hábitos que hacían perder a los acompañantes por lo menos dos días de trabajo. Les tenía odio a los muertos, a los funerales, a todo cuanto le recordara que algún día, él también, como todos los demás, tomaría el camino de la eternidad.

Jamás asistía a un velorio, y por ese extraño capricho agraviaba a vecinos y compadres.

-Las mujeres se ven muy feas cuando lloran -decía. Y ¿cómo olvidar que ellas habían sido siempre el norte de sus días?

¿Ayudar a los vivos? Eso sí, con una generosidad irresistible, y más aún cuando cerca del solicitante había por allí unos ojos ardientes, un talle apetecible, unos labios ofrecidos. Mientras que los muertos ya no ven, ni aprecian, ni necesitan nada, sino cuatro tablas, una bendición furtiva, y un hoyo profundo para volverse cuanto antes tierra y pasado. Y abolir los cortejos lentos y lastimeros, y acallar el clamor de los dolientes que van por el camino pidiendo ayuda para cargar al difunto, porque los cementerios están siempre tan lejos.

-¡A la caridad, hermanos! ¡A la caridad, hermanos!

Ese llamado ancestral lo enfurecía.

-¿Por qué se empecinan -decía- en llevarlos a pie y en hombros, cuando yo les pongo carreta y bueyes, caballo y todo lo que quieran, con tal que se callen y se vayan luego?

Pero la tradición y el hábito parecían inquebrantables. El herrero dejaba enfriar el hierro, el segador echaba a descansar la echona sobre la gavilla a medio atar, el regador clavaba la pala en el desagüe, el labrador soltaba la yunta, y todos ofrecían su hombro a las angarillas del hermano muerto. Así era la usanza, así se llevaba a sepultar a los difuntos. A pie, en hombros. En aras de la caridad de los hermanos del camino.

-¡A la caridad, hermanos!

Con los troncos más gruesos de sus bosques, con la mejor madera de sus aserraderos, y con ese espíritu de progreso que lo impelía siempre a buscar soluciones prácticas, el que ahora estaba quieto para siempre entre cuatro tablas había construido un puente sobre el estero grande,

para que pudieran transitar las carretas. Las cosechas y los muertos llegarían así más pronto a su destino.

Todo hubiera resultado muy sencillo: dos buenas yuntas de bueyes, los deudos y los acompañantes a caballo, para dar cumplimiento a la voluntad del muerto. Pero la naturaleza había lanzado su veto inapelable. Era tanta el agua que inundaba la tierra, era tal la corriente del estero grande, que los turbios remolinos se habían llevado el puente nuevo. No había entonces más remedio que desoír las órdenes del finado y llevarlo así, como pudieran, y pedir humildemente ayuda a los hombros ajenos.

-¡A la caridad, hermanos!

Cuando la viuda dio la señal de partir, llovía, llovía irremisiblemente. Al principio, los sombreros resistieron, y la lluvia corría por los fieltros y los mantos, como el agua por la pluma. Sobre el ataúd, las ráfagas cantaban su plañidera canción. Luego, poco a poco, las gotas penetraron, horadaron, se infiltraron. Cuando el cortejo se detuvo para el desayuno, ya todos estaban empapados.

El difunto quedó allí, a orillas del camino, en su cajón ancho y oscuro, como un tronco derribado e inútil, mientras los dolientes buscaban reparo junto a una cerca tupida. Los árboles ostentaban su escueta vestidura invernal, ramas secas, desnudas, y uno que otro corazón de quintral. El cielo era de barro, la tierra era de agua. La lluvia lloraba, lloraba, y el suelo saturado ya no podía beber más. El agua anegaba los campos, rebasaba los esteros, y en cada pliegue del terreno, por imperceptible que fuera, nacía un chorrillo nuevo. Hasta las piedras parecían flotar a la deriva, desesperadamente. No había luz, sino un escaso preámbulo de tinieblas. No había horizonte, las montañas se habían deshecho tras la lluvia.

Algunos animales apretaban sus lomos chorreantes bajo unos miserables espinos. Quién sabe en dónde se escondían los pájaros sin vuelo, y qué hacían los insectos en sus anegados escondrijos. Las raíces prosperaban, sin duda, bajo la tierra, y las semillas hinchaban. Pero si seguía lloviendo, el agua borraría los surcos y se llevaría todo el porvenir corriente abajo. Y llovía, llovía sin tregua.

-¡A la caridad, hermanos!

El cortejo se formó otra vez, bajo la lluvia. No había nadie en el campo, todos ahuyentados por el temporal. Ni un ser viviente que, compadecido por el clamor de los dolientes, ofreciera su vigor enjuto y sus piernas nuevas para llevar al muerto.

Uno que otro rancho aparecía, a lo lejos, humeando su techo lloroso, a puertas cerradas, a ventanas mudas. Muros que emergían apenas del agua y del barro. Y dentro de las casas, la vida aglutinada alrededor del fuego, la mujer resignada, los hombres con el poncho puesto, atisbando la lluvia que cae y el tiempo que pasa; los niños asombrados de humedad y de tristeza, los viejos palpando en vano sus encías inútiles.

-¡A la caridad, hermanos!

Una puerta se abre, se estremece un postigo, Los ojos ven, pero el corazón se niega. ¿Quién va a compadecer al que no tuvo lástima del prójimo? Por ella, por la señora, los que miran hacia el camino saben quién es el que llevan a sepultar en medio de la lluvia y del viento. Por ella, uno que otro se pone el sombrero y sale a desafiar los elementos y su propio rencor.

Porque los hombres lo odiaron vivo, y lo odian difunto. Lo odian porque las mujeres lo quisieron demasiado, y ellas lo lloran muerto, con lágrimas disimuladas, porque no se atreven a hacerlo deliberadamente delante del padre, del marido, del hermano. Para su apetito incontrolado,

todas fueron buenas. Las lindas por lindas, las feas por feas, las ariscas por ariscas, las fáciles por fáciles. No se le escapaba nadie, desde los tiempos ya lejanos de su juventud.

Y una, y otra, y otra, a través de los años y de las estaciones, jamás hastiado de carne nueva, ese don Juan de espuelas de plata y de los innumerables enredos y amoríos.

Ahora estaba desarmado, en su inmovilidad definitiva. Y para la viuda, terminadas la zozobra y la inquietud.

Llovía. Todos ateridos, exhaustos. El camino parecía estirarse bajo los pies que batían penosamente el barro. Las mujeres murmuraban oraciones confusas. Las mujeres que acompañaban a la viuda? Todas iguales, bajo sus mantos negros. Todas las que con ella seguían el cortejo no lloraban al patrón sino al hombre. Sirvientas, inquilinas, forasteras recién llegadas o muchachas nacidas en el fundo, viejas envejecidas en esa misma tierra. Todas lo sentían así, cualquiera que fuera su edad o condición.

Eso iba a ser para ella la viudez, entonces. Estar tranquila. No temblar por lo que pudiera suceder, cuando una mujer iba a las casas a vender huevos, o si una madre joven llevaba a su hijo en busca de un alivio o de un consejo para quebrar el empacho o sanar un pasmo. O si una parienta venía a visitarla con sus hijas, inocentemente. No más tragedias ni complicaciones, no más amores sin nombre en su propia casa, no más ese hálito de sensualidad y de lujuria que empeñaba hasta la pureza de las flores del jardín. Le faltarían años para olvidar, le faltaría vida para reparar tanto daño y tanto sufrimiento. Y él, culpable único de todo aquello, vencido por la muerte. Yerto el que había sido todo vida y movimiento, sometido el que se levantó contra lo establecido, estático el que pasó del furor a la sonrisa, del latigazo a la caricia, del insulto a la súplica.

Llovía. Con qué intensidad hubiera querido la viuda hurgar esos rostros llorosos, hasta descubrir en esos seres la conciencia y la verdad, y saber por qué lo lloraba cada una en especial. Y ella misma, ¿no estaba acaso sin lágrimas? ¿Acaso no lo había amado, como esas mujeres, y mucho más que todas ellas, en su calidad de escogida, de legítima, de esposa?

Una oleada de sangre le fustigó el rostro, le avivó la memoria, le desató los recuerdos candentes, y el dolor más crudo la cogió nuevamente entre sus garras. Pero no, no era el momento de sentir ni de flaquear; era preciso resistir, acelerar el fin, apresurar el paso, llegar cuanto antes y a través de los elementos y del tiempo al término de tan pesados jomada.

Llovía. La marcha se hacía cada vez más penosa. Barro, barro, y los hombres cada vez más cansados, y el muerto siempre más grande y pesado. Y los hombres para cargarlo escasos, escasos. En vano las voces clamaban al divisar un caserío, una vivienda, su lúgubre refrán:

-¡A la caridad, hermanos! ¡A la caridad, hermanos!

Respondían los perros, ladrando a la muerte; respondían las bestias, resoplando de frío; respondían los pájaros, mudos en sus escondites violados. Los hombres no respondían, ni con palabras ni con obras. Nada querían saber del finado, de ese finado.

Venganza y castigo. La viuda comprendía, y hallaba muy comprensible actitud. Miraba al cielo, miraba a la tierra, y trataba de animar a los ya no tenían aliento:

-Si falta tan poco. ¡Si ya queda lo menos que andar! Dios te salve, María, llena eres de gracia.

Hacía falta un látigo, una picana acerba que estimulara esas yuntas humanas, trabadas por un yugo negro y paralelo.

A la verdad, quedaba poco camino, pero nadie sabía que un enemigo tremendo acechaba el fúnebre cortejo: la oscuridad. Y se echó de repente sobre los dolientes, como una maldición. La noche se irguió con los brazos enloquecidos, los cabellos desmadejados, girando y danzando en una fantástica farándula.

El viento hinchó sus andrajos despavoridos y el firmamento se cubrió de tinieblas.

Entonces, la desesperación de los que llevaban al muerto rompió los límites de la caridad, derribó la voluntad y la decencia, y cuando el ataúd quedó abandonado en medio de la noche, del límite del tiempo brotaron cuatro hombres iguales, grandes como el miedo, oscuros como el dolor. Se acercaron a las angarillas, con pasos semejantes y bien sincronizados, ofrecieron sus hombros, cargaron al difunto y se fueron, ágiles, como si el muerto no pesara nada, como si no existieran el barro, la lluvia y el frío.

Llovía. Los deudos que no se habían quedado rezagados en la oscuridad, alargaron el paso. Pero crecía la distancia entre el finado y los vivos.

El clamor de la viuda rompió el tenebroso silencio:

-¡Esperen, por favor! ¡No tan ligero, que no podemos seguirlos!

Los cuatro hombres negros no tenían oídos, ni palabras para responder, ni piedad para moderar su marcha. Sólo llevaban piernas que devoraban el camino.

-¡Esperen! ¡Esperen!

El abismo horizontal era cada vez más dilatado entre los sepultureros sordos y la plañidera comitiva.

-¡Paren! ¡Paren!

-¡Atájenlos!

Todo fue en vano. Nada pudieron las súplicas, los gritos, las oraciones. Los cuatro hombres negros se llevaron al muerto. Nunca se supo en qué siderales abismos abandonaron su presa. Jamás se conoció el misterioso final del entierro, que llaman desde años de años, a media voz y con supersticioso recelo, el funeral del diablo.

GUILLERMO VISCARRA FABRE

GUILLERMO VISCARRA FABRE nació en el año 1901, en la ciudad de La Paz. Es autor de *Clima*, 1938; *Criatura del Alba*, 1949; *Carta confidencial sobre Rainer María Rilke*, s/f.; *Poetas nuevos de Bolivia*, 1941 (Antología); *Juanita y Alejo en Las Montañas* (Libro didáctico); *Nubladas Nupcias*, 1966; *El Jardín de Nilda*, 1967; *Veinte Rubíes para el Collar de Nilda*, 1971; *Cordillera de Sangre*, 1974; *Andes*, 1975.

EL PEQUEÑO PIROMANO

En la primera década del siglo de las revoluciones, llegaban desde el Viejo Mundo hasta las calles silenciosas de aquel pueblo ingenuo y lleno de cantos de pájaros mansos que convivían con los callados viejos que dormitaban al sol en los escaños de las plazas públicas, vírgenes encajonadas, que entre letanías cantadas por las mujeres, eran extraídas de sus ataúdes de maderas pulidas y sujetas con precintas de metal, para ser trasladadas, entre el aroma de la mirra de los incensarios de plata de las devotas, hasta la iglesia de frontispicio labrado como un jardín. La portada de la iglesia del pueblo, por lo quimérica, parecía tallada por escultores brujos. Era una pesadilla hecha piedra, era un sueño enfriado por la intemperie. La gran puerta de la iglesia era la puerta mágica de la caverna de lo tenebroso y de lo insólito. En el levantado nicho del altar mayor, casi a punto de desplomarse al suelo con toda su desnuda y alargada estatura sangrante, estaba un crucificado siniestro, con los cabellos caídos sobre la cara magullada y encuadrada en una puntiaguda barba castaña.

El cholero vestido con paños de Castilla y envuelto en rebozos peludos multicolores, se movía como un oleaje de plegarias y sollozos, como si aquella multitud bailara al son del arpa-india que un ciego de piedra oscura, tocaba entre las penumbras del coro, bajo una cortina de telarañas.

En un hueco lateral del retablo, un Santiago a caballo, con los pómulos sonrosados y encuadrados en una barbita rizada, con los ojos fulminantes y azules, se volteaba para herir al dragón pisado por su caballo encabritado. Santiago cubría su cabeza con un ancho sombrero de plata y lucía un cuello de alcanfor, y unos puños almidonados con mancuernas de latón. Los indios candorosos, eran los modistos del santo forastero y ecuestre, que trotaba en las cumbres de los Andes de filos de diamante. Tenía la inocencia de una primera comunión aquel pequeño pueblo indígena, reposando en un lecho de flores de manzanos y de guindas maduras.

El niño perdido como en una selva, amedrentado por el jadeo de bestia de la multitud, se dejaba llevar en vilo por la marea humana del cholero que exhalaba un olor a establo mezclado con el aroma de las madre selvas que desbordaban los tapiales de tierra sonrosada por el sol, hasta tomar el tinte de las rosas disecadas. El niño se aferró al brazo colgante de alguien que marchaba a su lado. No sabía quién era, él sabía únicamente que era un brazo. El miedo de la noche solitaria, le asaltó en pleno día y navegó en los infinitos callejones del sueño; únicamente sus pies tropezadores y caminantes estaban en contacto con la realidad.

Tenía miedo de la noche solitaria en la que se apoderaba de su voluntad y de su alma, ese aire amarillo de cloroformo que le hacía verse a sí mismo, como la sombra de un niño que iba por las calles de una ciudad marchita donde caminaban mujeres, hombres y niños muertos; donde los pájaros estaban quietos en un cielo de hollín iluminado por relámpagos. Tenía miedo de la noche solitaria, de la que no podía defenderse, cuando se lo engullía y pasaba por su larga garganta de gran animal jurásico. El interior de la noche, era desolado, ruiforme, larvario, con seres enmascarados y donde se desconocía la música. Como un sonámbulo, tropezando en los pedruscos, sintiéndose como un espantapájaros sacudido por el ventarrón, caminaba el niño, fuertemente asido a ese brazo que lo llevaba por los caminos de la noche solitaria. El brazo iba colgado en el vacío, era un brazo sin concurrencia, era un brazo deshabitado, dejado en la noche solitaria, y el niño estaba asido a ese brazo que para él significaba su salvación en la noche cóncava y profunda como el garguero de una bestia fabulosa. El brazo llevaba al niño, lo llevaba por calles tenebrosas iluminadas por ojos que se abrían y cerraban. Las palabras se amontonaban en el paladar del niño. Quería preguntar, deseaba dar libertad a las palabras y el brazo lo empujaba, cada vez con más urgencia, como si estuvieran a punto de perder una cita, un encuentro muy anhelado, esperado por largo tiempo. Era un tránsito amargo y acelerado, y las palabras se amontonaban entre la lengua y el paladar del niño. ¿Hacia dónde y hasta cuándo, iban

por la noche solitaria, el brazo cómplice y el niño de una dinastía perdida? El niño había podido hablar con el gran crucificado pálido, el de la crencha volante sobre su rostro magullado, y prefirió callar, tragar sus palabras como una sustancia alimenticia y ahora tenía enterrada su mano como una raíz, en ese brazo que el azar aproximó a su vera. El brazo independiente en la noche, ejercía en el niño algo así como una maléfica tuición. El niño estaba cruelmente protegido por ese brazo colgado en el vacío y que formaba parte de la noche que envolvía hasta los vericuetos de las vísceras más ocultas. El niño tenía nudos de palabras a lo largo de toda su estructura, y entre gemidos asomaban las palabras en una serie de preguntas al brazo aquel que le empujaba cada vez con mayor urgencia, hacia un destino imprevisible, hacia un país de suelos de musgo, donde los pasos no resuenan, donde las palabras caen con la gravedad de una plomada. Unos recuerdos confusos, a manera de un resplandor le sacaban como virutas casi invisibles a ese depósito de huesos que era él. Recordaba una lúgubre habitación, en una lúgubre casa que fue empujada por otras casas hasta los extramuros de aquel pueblo perdido entre las montañas. Sus recuerdos eran como visiones desde la ventana de un tren de niebla en marcha, a través de paredes, árboles, iglesias, prados también de niebla. Le parecía que todo eso, había visto en un refugio tibio y afelpado, antes de nacer; en un cuenco cóncavo y visceral y que por encima de su pequeña cabeza, en un piso superior, alguien lloraba lenta y persistentemente. Lloraba y de entre las lágrimas salían, como palomas asustadas, palabras que se referían a él, que no había nacido todavía. Como por dos túneles de doradas estrías, recordaba haber visto hojas verdes que bailaban en el aire, rosas embebidas en claridad que se balanceaban como fantasmas, un pájaro cruzando el azul vibrante, y todo, siempre envuelto en el rumor de alguien que lloraba lenta y persistentemente, ese alguien tan cercano a él y que no podía ver ni menos conocer, porque se sentía encerrado en las paredes de ese llanto, como en una cárcel. Sus recuerdos se desintegraban sin ningún ruido, como retazo de niebla, mientras caminaba por los caminos de la noche solitaria, asido del brazo colgado en el vacío, el brazo que lo empujaba cada vez con más urgencia, hacia un destino imprevisible.

A pesar de la lobretez impenetrable, del "callejón sin salida" de la noche solitaria, su olfato, su tacto, su percepción subjetiva iba reconociendo como la mano de un ciego sobre un rostro, el hueco, las anfractuosidades, los relieves del mapa de su pequeña existencia. Las cosas, los acontecimientos, los fenómenos, todavía no tenían nombres. Se sintió en el duro trance de inventar palabras, de fabricar un rosario de nomenclaturas, de cocinar en la marmita de su cerebro las primeras letras vermiformes como pequeños objetos cerámicos. Se sintió antiguo como el origen, se sintió desprendido del caos, arrancado de la nada, con la nada en sus venas que una química diabólica iba llenando de sangre térmica y viajera.

Heredero de recuerdos, conocedor anticipado de lugares, con alguien oculto detrás de su sombra, con un olfato semejante a un escaparate de frascos de olores olvidados, con una visión cóncava que le permitía ver lo que ya no está; seguía asido cada vez más fuertemente de ese brazo, de esa manga habitada por la nada, que le empujaba hacia un destino imprevisible.

Tenía el convencimiento de que todo lo existente obedecía a un ritmo de espirales y de círculos y de que la O era una ventana por la que se podía asomar al principio, o a la nada, o al caos, o a eso que bullía en él como una gusanera invisible y de la que sus ojos eran burbujas que reflejaban todos los paisajes, burbujas de un fermento de sustancias que a fuerza de ser remotas como el principio, se iban renovando cada instante.

Le obsesionaba la certeza de su inocencia, le pesaba su virginidad que como una armadura de caballero antiguo, se pegaba a sus miembros sin libertad, condenados a un molde de hierro, y cargado de su pesadumbre, caminaba a tropezones, aferrado a ese brazo fantasma que impulsaba una fuerza sobrenatural y que lo llevaba por espirales de hielo, hacia un destino imprevisible. Sus pies pequeños y delicados, se iban alejando de la realidad. La realidad eran las torcidas callejuelas del pueblo indígena, con sus ondulantes tejados imbricados como las escamas de un pez tendido en la playa del río profunda y quejumbroso. La realidad era la voz colectiva del cholerío, que sollozaba una larga letanía en contrapunto de notas de las campanas de la iglesia de encrespadas molduras, de su fachada de máscara inaudita. La realidad era el crucificado

desmedido y sangrante a cuyos pies se mecía un oleaje de flamas escarlatas y azulencas, y el desfile constante de los indios, con grandes flores de espino en las manos y las mejillas empedradas de las piedras preciosas de sus lágrimas. Obstinadamente, el brazo aquel, le empujaba cruelmente a salir de la realidad y a precipitarse al vórtice que le envolvería en sus tenebrosos remolinos. Era su inocencia la que llenaba aquella manga colgada en el vacío, era su candor embutido en la manga siniestra el que le empujaba hacia el destino imprevisible. El mechón de cabellos, pendiente sobre el perfil del crucificado, le ofuscaba el entendimiento. Una sordera universal lo iba emparedando en un nicho.

Sin salir de la atmósfera onírica en que flotaba, advirtió con pavor, que el brazo colgado en el vacío lo empujaba violentamente hasta el sitio de la lúgubre casa y la lúgubre habitación de sus recuerdos prenatales. Aquella lúgubre casa que fue empujada por otras casas, hasta los extramuros de aquel pueblo perdido en las montañas. Sintió que sus huesos crujían como cruje una puerta cuando un empujón la desquicia para dar paso a alguien que se introduce subrepticamente, se sintió habitado por un demonio, se sintió ocupado por un ángel. Advirtió que dentro de su pecho, en la caja de sus huesos, en la urna de su corazón se golpeaban como peñascos dos enemigos y que alguno de los dos vencería después de herirse mortalmente. Al brazo colgado en el vacío le fue brotando de la manga una mano atroz, una mano ágil como una araña gigante, y esa mano abominable, aferrada a todo su cuerpo sin voluntad le empujó a la lúgubre habitación en cuyo ámbito, la propia mana delinciente, se dio a hacinar en su centro muebles y objetos, retratos y vestidos vacíos, con un automatismo diabólico, desparramando sobre esa informe aglomeración, una lluvia de lágrimas de fuego. Como un monstruo enfurecido, el fuego vestido de flotantes harapos de humo tenebroso, se dio a devorar todo lo que tenía a su alcance, mordiendo y lamiendo vorazmente, tiñendo de regueros de sangre el oscuro vientre de la lúgubre habitación.

Bajo el alto cielo de dura bóveda lejana, el incendio ardía como una rosa en el país de la soledad, alargando sus pétalos carmesíes en ese aire deshabitado del color del olvido.

Fue como un doloroso despertar lento, para el niño asido al brazo colgado en el vacío. Al fulgor del incendio, fue reconociendo, como en una galería de retratos de antepasados, todas las horas de su pequeña y dolorosa existencia. El estaba solo, abandonado, en el corazón devorador del incendio. Tenía los ojos acribillados por las espadas diamantinas de las lágrimas, y como el niño pertenecía a una dinastía heroica, pensó que no era el tiempo de las lágrimas. Como los príncipes de las leyendas, se arrojó sobre las lenguas de fuego; invulnerable, invencible, temerario, como si fuera el pequeño capitán de un escuadrón de arcángeles, protegido por su inocencia.

El brazo colgado en el vacío, la manga sin habitante de la que le brotó una mano que más parecía una garra de animal prehistórico, fue lo primero que ardió cuando lanzó sobre el montón de cosas el reguero de fuego. El brazo aquel, estaba convertido en ceniza negra, como si fuera la madriguera de la noche vencida por el alba. El niño solitario y heroico, se sintió habitado por la claridad de ese amanecer, que cubría de santidad y de rocío los tejados y las paredes del caserío de aquel pequeño pueblo indígena, perdido en las montañas. El alba llovía hebras eucarísticas sobre los canchones verdes de legumbres y las viejas paredes habitadas por tórtolas. El rocío tejía encajes de luz sobre la carne morena de la tierra, humilde y olorosa de menta y de flores de espino. El alba mojada de arrullos y de cantos, levantó el corazón del niño heroico, y sus voces de alarma, llamaron la atención del cholerío y de la silenciosa presencia de los indios, los que miraban, entre la noche agonizante, la rosa carmesí del incendio. Todos, cholos e indios, con los labios todavía mojados por el dulzor de las letanías, se precipitaron a sofocar el incendio, lanzando sus anchos ponchos sobre las llamaradas de azafrán y humo. El incendio se convirtió en felpuda ceniza y el silencio envolvió la lúgubre habitación de aquella lúgubre casa, que fue empujada por otras casas hasta los extramuros de aquel pueblo perdido en las montañas. El niño miraba como una lámina de plata vieja, la portada labrada de la iglesia, que brillaba entre la niebla del amanecer, entre el caserío abandonado.

Sus frágiles y lastimados pies, le condujeron nuevamente hacia el lugar de la ermita, donde en su lóbrego nicho, alumbrado por el vaivén de las innumerables velas de los devotos, el crucificado, clavado en su madero, parecía inmenso como el horizonte, y su boca entreabierta, un abismo sin fondo. La crencha colgante sobre su rostro, parecía el viento petrificado y su pálida carne lacerada, ardía como las últimas estrellas en la lejanía. Gravitaba su cuerpo sobre el aire, sostenido por inmensas alas invisibles.

El niño le miraba a sí mismo, como un juez; se sentía capturado en delito, por su propia severidad, a pesar de que fue la mano atroz que salía de la manga colgada en el vacío, la que arrojó un puñado de chispas lívidas. El niño se aferró a esa manga de nadie, con todo el vigor de su inocencia nacida de su soledad. Todo en él estaba intacto, virginal como la candorosa nieve de las montañas, tan altas e inaccesibles. Nunca más volvería a la habitación lúgubre, en aquella casa lúgubre que fue empujada por otras casas hasta los extramuros de aquel pueblo perdido entre las montañas. Preferiría vagar como el viento y llegar a los recodos del río; encaramarse hasta las copas susurrantes de los eucaliptos, sorprender la madriguera de las lagartijas, fugaces como relámpagos; subir hasta los aéreos nidos de las águilas. Nada era capaz de consolar al niño solitario que amaba su soledad, porque en ella se reintegraba como un "rompecabezas" resuelto. La soledad era la única que le enseñaba a realizarse. Por eso ahora, se sintió inconsolable y capaz de hallar un rumbo. Como los navegantes, como los cazadores primigenios, buscaría en la lluvia y en el viento, en la arena y en la nieve, la huella de su destino, como la huella del venado o de la torcaza que emigran por el bosque y la montaña. Leería en las estrellas, deletrearía en el rocío sobre las hojas y escucharía en el silencio las palabras del viento y buscaría como el principio de un río profundo y caudaloso, el principio de su origen y el del origen de los hombres. Cuando vio la boca del crucificado, abierta como un abismo que va a dar a la nada, tuvo la tentación de arrojarle a ella, como un pájaro suicida o como una rosa moribunda, pero entendió que era más heroico vivir como una antorcha encendida y caer al corazón de los abismos iluminando sus antros.

CLAUDIO GIACONI

CLAUDIO GIACONI nació en Curicó, el 23 de agosto de 1927. Cursó estudios secundarios incompletos en el Colegio Hispanoamericano y hubo de trabajar, desde joven, en oficinas comerciales que interrumpieron, por algún tiempo, su vocación. Lector incansable de clásicos y modernos, logró, sin embargo, formarse una severa cultura literaria, la que más tarde perfeccionó en el extranjero. En 1960 viajó a Roma, becado por el gobierno de Italia y posteriormente realizó estudios de Ciencias Políticas y Sociales y Literatura del siglo XX, en la Universidad de Lovaina, Bélgica. En 1962 residió en México, país que acogió dos de sus ensayos fundamentales. Desde hace años, reside en Pensilvania, Estados Unidos, y se desempeña como profesor de la Universidad de Pittsburgh.

Es uno de los teóricos más notables de la promoción literaria de 1950, con visible inclinación al ensayo y la crítica, que ha cultivado con éxito en artículos y conferencias. Ha publicado: *La difícil juventud* (cuentos, 1954). *El sueño de Amadeo* (cuentos, 1959) y *Gogol, un hombre en la trampa* (ensayo, 1960).

AQUI NO HA PASADO NADA

Para Maritza Gligo Glavic.

Si no te comes a tu padre, él te comerá a ti. Un recuerdo no existe más que en la medida en que se lo puede destruir, eliminándolo y sirviéndose de él.

Ensayo sobre el lenguaje

PIERRE MABILLE.

El Muchacho había oído en el curso de la última semana, repetidamente a cada cierto intervalo, en un tono de voz grave y retenido: "Está agonizando. Agoniza. Esta agonizando". El comprendía, más bien a raíz de observar con minuciosidad el semblante de su madre y el de algunas visitas ocasionales, que a su padre habría de ocurrirle algo importante, insólito, pero que no alcanzaba a representar en su mente. "El último día estuvo todo el tiempo agonizando", habría de pensar con posterioridad el muchacho, porque cuando esa tarde él consiguió entrar a la pieza de su padre -después de vencer innúmeros obstáculos- éste no lo recibió con esa desmayada alegría que mostrara las últimas semanas (siempre que el muchacho llegaba junto a su lecho), sobreponiéndose trabajosamente a unos dolores punzantes, que él -los dolores- alcanzaba a comprender, porque sentía, a veces, dolores de vientre, de cabeza, de oídos -un dolor incisivo hacia el interior-, o de muelas. Esta vez, el padre entrecerraba los ojos turbiamente y todo él parecía estar algo turbio, como diluido en una atmósfera saturada por los vapores de su transpiración abundante en esa tarde tórrida de verano. No hizo, pues, ninguna señal de reconocimiento; pareció ignorar su presencia cuando penetró al fin en su pieza -rehuyendo la vigilancia de su madre y de la vieja y fiel empleada- para mostrarle un nuevo mapa que recién terminaba de dibujar, porque había descubierto que sus mapas entretenían a su padre, en donde el muchacho lo situaba todo al desgaire; el Senegal contiguo a Perquenco, Madagascar o Cambodia adyacente con Potosí, o con alguno de aquellos nombres que, entre sílaba y sílaba, encerraban una secreta musicalidad y que se prendían primero de su memoria no muy leal, sino desvaída, y tuvo que irse (porque su padre no despertaba de un semisueño envolvente -aun cuando permanecía con los ojos apenas semicerrados- pese a que dio repetidos tirones de la colcha, uno tras otro, en medio de un desconsuelo nuevo y desconocido debido a que su mapa no despertaba ahora la atención de su padre), Y hacia el crepúsculo, otra vez, las voces cuchicheantes: "Esta agonizando, Esta agonizando", Hacía tanto calor y su padre transpiraba copiosamente: estaba agonizando. Pero cuando tía Eduvigis, la vieja solterona, salió esa tarde precipitadamente de casa en medio de un lloriqueo agudo e irritante, presintió que algo muy insólito ocurría, que quizás aquello de estar agonizando fuese algo grave de verdad y, así, con disimulo se plantó frente a ella al llegar a la puerta, y tía Eduvigis, al momento, por una asociación que el buscara ingeniosamente, le dijo: "Vamos, acompáñame, Carlitos", en medio de entrecortados sollozos. Los últimos días, también habíase apercibido de lo fácil que resultaba a los adultos llorar por razones en que no sufría la piel, o las piernas castigadas por la terrible y serpenteante varilla de mimbre de su madre, cuando se enrespaba silbando entre sus piernas y esto -se dijo- tal vez se debía a que los adultos no recibían azotes y, en cambio, se los hacían recibir a personas como él. En tales ocasiones, él lloraba, claro está, lloraba; es decir, gritaba con gran sonoridad, como si esta sonoridad fuese a expandirse y a volver hacia él de otra manera, transfigurada o convertida en alguna forma concreta después, por ejemplo, de estrellarse contra las paredes como una pelota de goma y caer sobre su dolor -a modo de esencia, incienso o bálsamo- aliviándolo de él, de ese mismo dolor que lo hacía gritar y, claro, él lloraba; es decir, corría por sus mejillas un líquido que tenía sabor salado, Pero tía Eduvigis no gritaba; en cambio,

lloraba de manera muda -rodándole, también, el salado líquido por las flácidas mejillas- así como en los últimos días viera llorar a su madre y hasta a la antigua empleada apoyada en la puerta de la pieza de su padre, lo cual venía a confirmar que los mayores eran seres extraños: lloraban de otra manera y por causas que él no comprendía. Y se fue tras tía Eduvigis, también porque él deseaba, ahora, salir un rato a la calle y librarse de no sabía qué peso aplastante, opresor, que empezaba a sentir entre las paredes de la casa, aunque tía Eduvigis lo cogió de la mano como tantas personas mayores que lo cogían de la mano no bien se encontraba en la calle, libre; entonces -y él comprendió que esta vez se sentía oscuramente tranquilizado al ir cogido de la mano- ella le dijo, sorbiendo en la nariz la substancia licuosa que amenazaba resbalar hacia el tenue bigotillo: "Vamos a buscar a un cura, a un santo curita". Él no preguntó nada, pero se le formó un nudo en la garganta (¿Por qué un curita?) que se iba apretando gradual, progresivamente, y cuando la tía Eduvigis, por una especie de incapacidad para ocultar algún hecho muy grave que sólo ella y su madre y la empleada conocían y comprendían, dijo: "Tu padre se muere", apresuró el paso a su lado, urgido por una súbita prisa, y casi corrió arrastrando de la mano a tía Eduvigis quien con sus gordas piernas varicosas no podía acelerar el paso sin unir a sus sollozos quejumbrosas voces de protesta como si ahora comprendiera vagamente que el santo curita habría de hacerle un bien grande a su padre; tal vez, que había de conseguir que dejase de agonizar volviéndolo a como era antes, bien que la vieja solterona, gastada como los gastados engranajes de una vieja máquina sin lubricante y en desuso, le dio un brusco tirón (ella, que había visto a Carlitos no más de cinco veces en su vida, una vez al año cuando venía a Santiago, y que había venido ahora inopinada y excitadamente para mirarlo de un modo lastimero y decirle, dándole unas palmaditas protectoras en la nuca, que estaba más crecido, o más flaco, o de color más rosado; ese pobre Carlitos, esmirriado, pensante y cabezón, de unas extremidades algo lacias como un arbusto raquítrico, que se doblegaban al menor tropiezo) aunque pretendió hacerla inadvertidamente. Pero el muchacho percibió el brusco tirón que lo obligaba a aminorar el paso de acuerdo con el de la vieja tía y sintió una sorda irritación, porque había que correr, correr... Había que apresurarse. Apresurarse. Y al curita tenían que ir a buscarlo a la Parroquia vecinal, al otro lado de la ancha avenida. Su padre debía estar esperando ya impaciente y ellos parecían no avanzar por la calzada... Apresurarse. Entonces, tuvo deseos de preguntar a tía Eduvigis que le iba a ocurrir a su padre, pero temió que la respuesta viniera a confirmar sus aprensiones -lo que estaba pronto a ocurrir fuese algo nada bueno para él- y empezó a sollozar de un modo en que se esforzaba a hacerlo, pues quería llorar de idéntico modo a como lo hacían tía Eduvigis y los demás mayores. Además, deseaba oscuramente oír esa frase: "tu padre se muere", para ver si en esta ocasión podía penetrar más su sentido, hasta que llegaron a la Parroquia vecinal y fue él -el muchacho- quien entró por la sacristía hacia el patio interior en busca del Padre Laureano, el santo curita que debía visitar a su padre, aunque no se explicaba por qué razón se necesitaba su presencia, pues había visto que cuando su padre sufría agudos dolores, venía, por lo general, una enfermera a inocularle alguna inyección. Y por qué no una inyección ahora... "Ahora no, está agonizando: hay que apurarse", se dijo, tirando con fuerza de los faldones del Padre Laureano, un viejecillo de amable rostro reseco que no mostró una sorpresa manifiesta al momento en que tía Eduvigis le comunicó que un hombre no muy viejo, joven todavía, agonizaba a una cuadra de distancia. "Ahora el santo curita hará algún remedio", se dijo el muchacho, y pensó que, bajo la sotana, escondía una gran inyección: ahora su padre agonizaba. Y era necesario apresurarse. Efectuar lo antes posible los remedios. De regreso, en la calle nuevamente, el muchacho cogió de la mano reseca al curita y lo arrastraba frenético, mientras tía Eduvigis corría de atrás, acezando de cansancio.

El día terminó, lento, pesado, y él, como las otras noches se fue a su pieza, eso sí que antes consiguió asomar la cabeza por la puerta de la pieza de su padre (ahora dormía a solas, quizás para que no lo molestaran -supuso- puesto que su madre habíase trasladado a la habitación del fondo del corredor, y desde allí permanecía en vigilia, atenta al menor ruido), pero su madre le impedía llegar junto al lecho, aunque alcanzó a ver a su padre que lucía un buen aspecto, pues dormía con una respiración en exceso ruidosa, así como cuando dormía la siesta bajo algún sauce en los paseos campestres que hacían el año anterior, a Barnechea, a Santa Nicolasa de Apoquindo, a Pedreros, antes que su padre cayera en cama, y se sintió, a la vez que más tranquilo y casi contento, con el fuerte deseo de ir a frotarse contra su larga barba intocada por la hoja de

afeitar en los últimos dos meses, y que lo asemejaba a una de las estampas de su libro de Historia Sagrada; pero su madre lo obligó de inmediato a irse a dormir. Comprendió que había estado llorando, pues sus ojos aparecían ribeteados por una orla roja y quiso preguntarle por qué lloraba, pero cuando ella lloraba (sólo los últimos días la había visto hacerlo) hacia empeño por ocultar el rostro o desviarlo de su mirada y supuso que no estaría bien hacerle alguna pregunta. Claro que sería porque su padre agonizaba, pero ya no agonizaba, pues el Padre Laureano habíalo acompañado por un buen espacio de tiempo y estuvo a solas con él encerrado en la pieza.

No bien comenzaba a dormir, se sintió bruscamente despertado por los remezones de su madre; había llegado (encendía en ese momento la luz) junto a la cabecera de su cama y se plantaba ante sus encandilados ojos, pétrea, envuelta en un gran silencio fatídico, de muerte. Ahora sus ojos estaban algo más húmedos y él la observó por algún rato, semidormido aun sin poder rescatarse a un resto de sueño rebelde, con un vago temor. Entonces, su madre rompió el silencio atemorizante y habló y advirtió que su voz estaba anormalmente más ronca -casi se parecía a la de su padre- cuando dijo: "Tu padre ha muerto". El dijo que sí con la cabeza: que había oído, que entendía y hasta encontró intranquilizador el hecho de que su madre no se retirara después de comunicarle que su padre había muerto. Dijo que sí: que había comprendido y que podía otra vez permitirle seguir durmiendo cuando su madre soltó un sollozo que pretendía ahogar estrechándolo contra sus brazos, impidiéndole casi la respiración. El muchacho, sin embargo, sostuvo una lucha con su madre: él quería verse libre de sus brazos y, además, todo eso lo asustaba -aún era de noche y en esa quietud, que le pareció enorme, ruidosa tan sólo por su carga de silencio, resonaban nerviosos pasos en el corredor, pasos amenguados que se silenciaban a sí mismos y que lo hicieron suponer que algo ocurría, que su padre tal vez se sintiese aquejado de nuevos y más terribles dolores- y su madre dijo: "Hijo mío, hijito!" y él no atinaba a hacer nada. ("Fue en ese momento que ella debería haberme hecho comprender de una vez por todas", habría de pensar con posterioridad el muchacho), porque comprendió que debía decir algo, algunas palabras, dirigirle algunas palabras a su madre, preguntarle algo, pero ésta se fue y apagó la luz, diciéndole: "Son aún las cinco de la mañana. Duerme. Duerme", aunque esto bastó para que él, ahora, sintiera violentos deseos por que ya fuese de día y hasta pensó en saltar de la cama y llegar en puntillas junto al lecho de su padre.

Aun después, en la mañana, cuando comenzó a llegar gente -algunas personas que recordaba haber visto antes y otras que la empleaba dijo eran parientes, siendo que todos se presentaban algo llorosos y, lamentándose, abrazaban largamente a su madre- le pareció ridículo y aburrido todo eso y quiso salir, y salió, aunque en la mañana habían metido su esmirriado cuerpo dentro de un traje negro muy holgado que había traído Alberto, un primo del muchacho, algo más crecido que él -su traje negro de la primera comunión- y que en ese momento entraba con su padre; al parecer habían estado paseando durante mucho rato por la vereda, y preguntó: "¿Tú también? ¿Por qué estas de negro? ¿Por que te pusieron esa corbata negra?", y él dijo: "Mi padre esta muerto", y en la mañana -recordó- no le habían permitido entrar en su pieza, puesto que le insinuaron compasivamente que se estaban efectuando en el interior de ella algunos arreglos, olvidándose después por completo de ello, y creyó por un instante que lo recién dicho a Alberto era algo divertido o, al menos, que debía serlo para establecer la necesaria camaradería entre ambos, y volvió a repetir, como si fuese algo divertido: "Mi padre esta muerto", pero Alberto no respondió a sus instancias de comenzar a reír, como ocurría siempre que se reunían y, más aún, éste fue reprimido por un severo gesto de su padre -el tío del muchacho- quien estaba en ese momento muy serio. Ni aun al día siguiente (porque entonces el muchacho ya no hacía ningún empeño por entrar en la pieza de su padre, manejado ahora por un secreto temor que lo tenía a la espera de noticias) cuando llegaron los empleados del servicio fúnebre con el negro catafalco a cuesta y con los negros lienzos y los negros crespones que comenzaron a distribuir por toda la casa; ni aun entonces comprendió, ni aun cuando horas más tarde la casa estaba cubierta de negros cortinajes y no le ponían ahora obstáculos para entrar en la pieza de su padre, cubierta también de negros cortinajes, siendo que su padre permanecía, ahora, reposando en el interior de ese negro cajón reluciente, aunque todo él cubierto hasta la barbilla por una tela alba, brillante. Se había cortado la larga barba y permanecía sin moverse; ni aun entonces, ni aun cuando empinándose sobre sus pies se asomó por el boquete abierto y rozó con sus dedos la cara de su padre, apretada,

endurecida y fría, si muy fría, y le dijo que recién terminaba de dibujar un nuevo mapa: "Terminé un mapa nuevo", y su padre esta vez permaneció en un silencio yerto, estatuario; ni aun entonces, ni aun cuando se aproximó la hora del sepelio y comenzó a llegar a casa, otra vez, esa turba de hombres y mujeres desconocidos (sus parientes) y que se consideraban en la obligación de tratarlo cariñosamente y él asimismo, con las instrucciones de portarse educado con ellos, cuando él a muchos de ellos no los había visto nunca en su vida. Ahora, claro está, el permanecía más bien escondido detrás de algún cortinaje a la espera de los acontecimientos y ya presentía algo irreparable, pues cuando unos hombres vestidos de negro vinieron a sacar el cajón -que relumbraba a la luz de unos cirios a punta de derretirse, colocados en las paredes- ya con el vidrio echado, él se fue tras el féretro, notando que todos los parientes hacían lo mismo, hasta que el negro cajón fue depositado en el negro vehículo tirado por cuatro negros caballos cubiertos de mallas negras hasta los cascos. ("Al menos, fue un hermoso funeral, con cuatro caballos", habría de decirse con posterioridad el muchacho). Entonces, él quiso ir junto a su padre en el interior del estrecho pasillo donde fue depositado el féretro, pero esto se lo impidieron todos, tantos sus parientes que vestían de negro como los hombres vestidos de negro con acartonados trajes verdinegros; en cambio, tío Eulogio lo cogió de la mano y le dijo: "Vamos en auto, ¿qué te parece? En este maravilloso auto negro..." y él aceptó, por cuanto el cortejo debía partir, siendo que él lo estaba retrasando, y el cortejo partió, y las mujeres y su madre y tía Eduvigis y su primo Alberto no subían a los autos; permanecían, por el contrario, junto a la puerta de la casa, mientras las mujeres sostenían a su madre, que, al parecer, estaba medio ahogada, consiguiendo arrastrarla hacia el interior, y su primo Alberto lo miraba con pena, y así en el viaje de una media hora en que el auto siguió al negro vehículo tirado por caballos, el muchacho permanecía mudo y caviloso. Ni aun entonces, ni aun cuando oyó a tío Eulogio y a otros ocupantes del auto: "Cementerio..." "Ya llegamos" y vio en la pequeña plazuela otros vehículos negros como aquel que transportaba a su padre, aunque de menor tamaño y con menos atuendo; ni aun entonces, ni aun cuando con gestos solemnes tío Eulogio y algunos parientes sacaron el féretro del interior del vehículo e iniciaron ahora un viaje a pie -con el cajón encima de un carrito tirado por un hombre de gorra-, pero ahora los negros trajes y las figuras tiesas, enfundadas, y los pasos resonando con demasiada nitidez sobre la vereda bajo los tilos, le hicieron recordar cuando su padre lo llevó una vez al cine y vieron películas de Tom Mix y de Buck Jones, esas buenas películas que le gustaban y que él ahora presintió de manera súbita que en adelante habrían de dejar de gustarle, mientras los parientes, en fila de a cuatro en fondo, semejaban a los soldados de otra película (cuando sintió miedo en el interior de la enorme sala y se le hizo consciente la completa oscuridad que lo rodeaba; fue cuando él se arrellanó en su asiento como un ovillo y se negó a continuar viendo aquellos desfiles de soldados, que no le inspiraban tanto disgusto como los personajes de cuellos duros, tiesos y altos que siempre los precedían) que ahora recordaba porque los pasos, los fríos y metálicos pasos de sus parientes, le traían una lejana asociación. Hacia el final del trayecto, los parientes hablaban, fumaban, discutían asuntos relacionados con sus respectivas ocupaciones, mientras tío Eulogio decía: "Las acciones de punitaqui... Cinco y medio por ciento...", a él -al muchacho- le pareció incomprensible y triste toda aquella conversación. "¿Cómo va la cosecha de avena?" "¿Crees en el porvenir de los arrozales?", y él -el muchacho- no quitaba los ojos del negro cajón, cubierto ahora por blancos alhelíes, tulipanes y clavelinas blancas que tremolaban blandamente, amenazando, a ratos, radar carro abajo, muellemente, cuidando él por que esto no ocurriese, atento al carro, al ataúd, a las ruedas del carro. "¡Se mueve demasiado, se golpea!", se dijo, porque el carro tirado por el hombre había abandonado la vereda pavimentada y tomaba ahora por un sendero pedregoso y agreste, sombrío y tapizado de musgo, que hacia golpearse sordamente al féretro a merced de los bandazos del carro; entonces, él se desprendió del cortejo y se adelantó hasta ponerse junto al carro, vigilándolo. Mientras: "Los bonos a cuarentisiete y medio o a cuarentaiocho..." y él -el muchacho- se decía que nadie miraba a su padre, a su padre que iba dentro de ese negro cajón que se golpeaba, cubierto por todas esas flores que amenazaban rodar. "Seiscientos quintales métricos me parecen una buena cantidad..." "Yo voy con mi padre". "Esas son tierras de mi cuñada...". "Yo voy con mi padre", y empezó a comprender que su padre quizás había terminado de agonizar y lo ocurrido ahora era algo definitivamente peor, porque, ahora, a la frase tu padre se muere, le encontraba ya un sentido más concreto. Desde luego, equivalía a que su padre iba ahora en el interior de un cajón y él solo a su lado; significaba que no podía hablar más con él, porque parecía todo el tiempo dormir y cuando el sepelio llegó a la sepultura y el

sacerdote, brotado de no supo dónde, echó unas gotas de agua sobre el féretro sacudiendo un instrumento semejante a una matraca de esas que le compraba su padre para producir ruido, ruido, hacer ruido, sí, harto ruido, mientras ahora todo permanecía en un silencio de muerte, y el Amén final del sacerdote venía a resonar en los oídos -las cabezas gachas- como una amonestación en el día sin brisa; todo quieta, los árboles quietos. Y, ahora, las flores que comenzaban a derribarlas al suelo, sin delicadeza, en tanto que la sepultura permanecía abierta ante sus ojos: un boquete largo, estrecho y negro. Comprendió, entonces, que allí habrían de meter el cajón, pero con su padre en el interior entonces, quiso verlo y no se lo permitieron; entonces, se derribó con todo el cuerpo rabiosamente al suelo y comenzó a arañar la tierra, porque él quería verlo, verlo, y nadie lo comprendía, todos se lo impedían, tal vez porque los parientes estaban ya ansiosos por irse y por terminar con aquello lo antes posible y porque hasta oyó que alguien decía: "¡Qué muchachito tan insoportable!" Lo levantaron del suelo y ahora vio que el féretro había desaparecido en el interior del boquete y los enterradores-albañiles, con una mezcla de cemento improvisada, comenzaban a tapanlo. Entonces, dijo: "¡No le pongan eso encima! ¿Dónde está? ¿Por qué lo esconden?..." y el esmirriado cuerpo hacía las más fantásticas contorsiones para desasirse de los fuertes brazos que lo sujetaban y comprendió, empezó a comprender que su padre estaba muerto, que eso significaba algo que, en verdad, no comprendía -está agonizando, se muere; muerto, muerto-, pero que significaba, en todo caso, que no iría a ver más a su padre, a su padre muerto, que ya no saldría nunca del interior de ese boquete; qué significaba todas aquellas flores hasta tan poco rato antes tiernas y ahora marchitas, pisoteadas, muertas; significaba, por último, que su padre no estaría más a su lado para defenderlo de la varilla de mimbre de su madre; significaba estar solo. Perder el apoyo y estar solo.

De regreso a casa, él -el muchacho- vagó por ella restregándose contra las frías paredes. Vacío como ella. Casi sintió frío -las paredes frías, la casa fría- pese a la calurosa tarde de verano, cuando penetró en la vacía pieza, a la que ahora nadie le impedía entrar, que hasta pocas horas antes ocupaba su padre, diciéndose que su padre estaba muerto.

Comprendió que ya estaba muerto.

AUGUSTO GUZMAN

AUGUSTO GUZMAN nació en la ciudad de Cochabamba en 1906. Dice de Guzmán el erudito crítico chileno Ricardo Latcham: "Es uno de los prosistas bolivianos de mayor honestidad, que nunca improvisa y trabaja con lento regodeo". en efecto toda su producción es de una circunstanciada solvencia, llámese historia, biografía u ensayo; en la novela y el cuento su narrativa obedece a una técnica novelística de múltiples recursos que le permiten crear un clima angustioso que llega a veces a la truculencia, lo que demuestra que conoce a fondo el alma violenta y primitiva del cholo boliviano.

Es Autor de *La Cima Fecunda*, 1933 (Novela). *Prisionero de Guerra* (Novela). Santiago de Chile, 1937; *Historia de la Novela Boliviana*, La Paz, 1938; *El Kolla Mitrado* (Biografía). La Paz, 1942; *Tupaj-Katari* (Biografía). 1944; *Gesta Valluna*, Cochabamba, 1953; *Cuento de Pueblo Chico* (Relatos), Cochabamba, 1954; *La Novela en Bolivia*, La Paz. 1955.

LA CRUEL MARTINA

Martina había nacido y crecido en la empingorotada casita de dos piezas, angosto corredor, paredes blanqueadas y techo rojo, protegida por un pequeño batallón de tunas que se desparramaba sobre el tajo brusco de la pizarrosa quebrada. Al fondo discurría, brillante, el hilo de agua descolgado de las montañas para el centro del encabritado pueblo de Totora, cuyas anfractuosas secciones se juntaban por recios puentes de cal y piedra. La casita de su madre doña Epifania, tenía por la espalda, donde medraban frescos los nogales, la quebrada Supaychincana; y por el frente, la estrecha, empinada y retorcida calle del Diablo. Tal vez para conjurar a ambos diablos, el español de la calle y el quechua de la quebrada, plantó en el encalado espinazo de su techo una airosa cruz en cuyos brazos solían pararse los pájaros a la salida del sol.

Doña Epifania, era una mujerona erguida de respetable estatura. Aunque imponente, no carecía de atractivo y simpatía especialmente cuando en la calle del Diablo colgaba un otro diablo rojo de hojas de lata pregonando la chicha buena, que buena había de ser entonces, cualquiera chicha en aquel pueblo famoso por su espíritu jaranero, por sus rumbosas fiestas sociales y entusiastas carnavales, por sus caballos de raza, por su burguesía aristocrática, por las luchas sangrientas de sus facciones; más tarde, a principios de este siglo por sus cuarenta pianos, sus bibliotecas particulares, su foro y su prensa ilustrados; y en todo tiempo, famoso por su chicha, la mejor del distrito chichero de Cochabamba hasta hace unos diez años. Doña Epifania vendía a sus parroquianos la chicha con jayachiku (cualquier plato con picante para abrir las ganas de beber) desde las tres de la tarde, hora en que los jóvenes y caballeros, comenzaban a aburrirse de ociosidad y se juntaban por grupos en los banquillos de la plaza indagando la super calidad de la chicha. La tienda de doña Epifania no siempre era preferida a causa de estar alejada del centro y en la calle trepadora. Su negocio corriente lo hacían los vecinos de la propia calle, desde la plazuela de granos, hasta el cruce Qhariwakachi. Sin embargo, al regreso de las kacharpayas de gente distinguida, buena parte del cortejo masculino se quedaba en la chichería de doña Epifania. En el pueblo de costumbres españolas, se llamaban con la voz quechua Kacharpaya, a la despedida que amigos y familiares hacían a los viajeros en las goteras del pueblo, llevando chicha y también alguna comida. Estas kacharpayas eran frecuentes en la ruta de Epifania porque la calle del Diablo terminaba en el camino a Cochabamba.

De una de estas despedidas se originó el nacimiento de Martina. El hombre que el destino había elegido para su padre era un borrachín alegre, musicante y mujeriego apodado el Tunas Molle porque una vez propuso, entre copas, que le sirvieran una ensalada de su invención: rodajas de tuna con racimo de molle en aceite y vinagre. El calavera pulsaba la guitarra con sonoridades metálicas y sollozantes trémolos mientras se acompañaba el canto de inflexiones entre gallardas e implorantes. En los variados sonos de la guitarra y el canto cayó la corpulenta humanidad de Epifania, al frisar la cuarentena premenopáusica. Cayó tantas veces que al cabo concibió para Tunas Molle la hija que nunca había esperado en su áspera primavera, erizada de renuncias y represiones, engreimientos y terrores religiosos. El trance del embarazo le amargó la vida. El borrachín fecundo pero parasitario e improductivo, aunque era un simple comparsa de los gastos en las parrandas, presumía de distinguido y no quería ser padre de una criatura de vientre de chichera, por lo que comenzó una ofensiva de reproches y denuestos encaminados a sostener un proyecto abortivo. La infeliz Epifania hubo de someterse a incontables pruebas desde levantar un costal de muku de cuatro arrobas hasta rajar leña detrás de las pencas del despeñadero. Una serie interminable de bebedizos a cuales más amargos le provocaba dolores insoportables al vientre, en cuya generosa matriz se cobijaba, recóndito e invulnerable, el nuevo ser inocente y perseguido. Para dramatizar el tratamiento de frustración, el filarmónico bellaco golpeaba duro a su concubina con sus manos ágiles y despiertas de artista. Ella sufría como un animal silencioso y desdichado. Pero nada lograba la evacuación del feto. Derrotados ambos, lo dejaron crecer desde los cinco meses, cuando la curvatura abdominal del embarazo comenzó a pronunciarse en forma incontenible. Creyó morir del parto y en efecto murió, a los pocos días del suicidio de Tunas Molle

que en estado de frenesí alcohólico se desbarrancó en Supaychinkana, llevándose en el cuerpo semidesnudo las espinillas de las tunas que cuajaban el singular huerto de dona Epifania.

La desamparada infancia de Martina pasó detrás de las chumberas que constituyeron su primera impresión vegetal y su primer mantenimiento a escondidas de su tía Petrona, quien vino a ejercer las veces de madre entre sobrios cuidados y enérgicas palizas. Tía Petrona era una vieja picantera, escabechera y choricera que negociaba en la playa del río los domingos de feria vendiendo a la puerta del tambo su apetitosa mercancía a los negociantes de ganado. A la muerte de Epifania, se instaló en la casita de techo rojo tomando a su servicio auxiliar a la Imilla, sirvienta nativa de la difunta en reemplazo de la suya que al sentirse redondeada de formas se dio modos de emanciparse. Prácticamente Tía Petrona trasladó el negocio de la playa a su nuevo domicilio. Allí se remachó judicialmente mediante una adjudicación en remate por hipotecas que pesaban sobre la casa desde el tiempo de la compra hecha a crédito por Epifania. Todos sus ahorros se quedaron en la casa. Menudo trabajo el de cuidar a la pequeña para cuya alimentación tuvo que criar un par de cabras que ramoneaban en las laderas vejetadas de la quebrada. Martina se llamó la criatura que llegó a la vida causando la muerte de su madre. Durante un año y dos meses creció junto a los exhaustos pechos de su protectora causándole, con sus necesidades diarias y toda serie de enfermedades infantiles, molestias sin cuento, compensadas solamente por el cariño y la alegría maternal que nace en toda mujer que cría.

A los 14 meses, después de muchos ejercicios, Martina se plantó sobre los carnosos, sonrosados y menudos pies, y echó a caminar desde la cama hasta el rincón donde se conservaba la chicha en unos cántaros redondos de arcilla bermeja. El acontecimiento arrancó a tía Petrona un grito de alborozo que fue a perderse entre las carnosas pencas donde se abrían como canarios dormidos las amarillentas flores del tunal.

-¡La Martinita se ha caminado solita de repente! ¡Si no tiene más que añito mi Martinita!

Al cumplir los cuatro años, el mismo día de su santo la llevó a confirmar ante el Obispo de la Diócesis, que a la sazón hacía su visita pastoral a la provincia y, para juntarlo todo en una sola fecha, le hizo también el umarutuku o corte del primer cabello. Apadrinaron el acto los esposos Méndez Rico, acaudalados yungueños de la calle Uyatji, ya que habían patrocinado su bautismo. Vestida de pollerín celeste, blusa blanca con adornos de encaje y zapatos de charol, Martina se despojó de la cinta rosada que ceñía su cabeza y entregó su oscura y sedosa guedeja a las hábiles manos del peluquero Tapia, que de inmediato le compuso hasta seis trencillas. El primer corte de tijera lo hizo el padrino don Serapio Méndez, depositando la primera trencita en una charolilla de plata con un tributo de cuatro libras esterlinas a cuyo brillo y sonido fascinadores recorrió entre los circunstantes un murmullo de aplauso y admiración. Luego la madrina doña Dolores Rico de Méndez cortó la segunda trenza y cogiéndolas de su escarcela depositó discretamente otras cuatro medias libras de oro, también inglesas. Los demás invitados principales dieron monedas de plata de un peso boliviano, hasta que el barbero procedió al corte total del cabello y afeite de la infantil cabeza, en el patiecillo de la casa.

Y entonces comenzó la fiesta: almuerzo, chicha, bailes y cuecas con música de armonio y violín. Martina retraída del juego bullicioso de chiquillos y chiquillas que habían llegado con sus padres, apareció luciendo sobre la pelada cabeza un vistoso pañuelo punzó de seda. Se entretenía con una petaquita de cuero, imitación de las grandes que las traían muchas de Santa Cruz. Una hermosa muñeca de trapo de importación europea que le regalaran ese día, la examinó con indiferencia y la arrojó a los conejos de la cocina alborotándolos con el exótico presente.

La niña fue creciendo robusta, mientras en la joroba de una pequeña vasija vegetal, tutuma, que le asignaron, lamía golosa el arropo blanco y arropo rubio, qeta y miskiqeta, subproductos de la chicha que tía Petrona resolvió fabricar en la casa. Los hartazgos inolvidables de Martina, hija de Tunas Molle, fueron los de comer las tunas que producía la casa. Unas veces sola y otras con Santusa, la sirvienta, ya mozueta, perfeccionó la técnica de sacar el fruto de la enojosa cobertura y extraer la codiciada pulpa.

En el verano llovedizo, el paraje totoreño a dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, se encendía dulcemente. Tía Petrona bajaba con Martina y la Santusa, a una poza del supaychinkana y quedándose en camisa, entraba en el baño con sobresaltos nerviosos. Santusa, rehuía la entrada barde, probando el temple del agua con los pies unas diez veces, hasta que tía Petrona la animaba con una reprimenda. Martina se desnudaba la y entraba con tranquila resolución a flotar en los brazos de una y otra chapoteando alegremente en el remanso.

Tía Petrona dio al antiguo negocio de doña Epifania nueva jerarquía, de casaquinta, al instalar en el corredor una mesa larga donde venían a comer por lo menos dos veces por semana, grupos de personas dedicadas a alguna celebración. En poco tiempo se hicieron famosos los platos de pichón, de pato, picantes y asados de tía Petrona, que así pasó a vivir más holgadamente, aunque sin disfrutar de descanso alguno.

Martina pasó la infancia sin escuela y entró rápidamente a la pubertad. Sus cabellos negros y lucientes, partidos por mitad de la coronilla a la frente, en dos trenzas, caían a sus espaldas de modelados hombros y alguna vez sobre sus pequeños senos redondos, apretados por un corpiño que moldeaba con temprana turgencia el busto. En realidad era mucha mujer en solamente doce años. Su tez de retostada calidez, uniforme y tranquila, sus ojos oscuros, de pestañas rectas y de mirar digno y apacible. Los domingos de misa obligatoria, iba con Petrona y Santusa, vestida de cholita lujosa con mantilla de flecos, pollera de terciopelo y zapatillas de charol con medias encarnadas. Llevaba en vez del reclinatorio de las aristócratas una felpuda alfombra cuadrada con picoteada guarda de lana gruesa. Comenzó a divertirse tanto en carnaval, sin darse a la carne, como aplicarse a los oficios religiosos de la cuaresma. En pocos años alcanzó prestigio de ser una chola seria y distinguida.

Pasaron los años. La casita blanca de techo rojo perdió su aspecto coquetón y limpio, aunque no su carácter pintoresco. Las lluvias deformaron el techo y lavaron el blanco de las paredes. La cruz de palo de sauce, torcida, y rajada, fue cediendo de su sitio y al cabo cayó sin que nadie se cuidara de reponerla. La plantación de tunas, emplazada en un terreno proclive al escurrimiento, se redujo a la mitad. Tía Petrona envejeció como la misma casa y se tornó enfermiza. Santusa se independizó a raíz del primer desliz que le trajo el primer hijo, y Martina, la hija de la olvidada Epifania y del Tunas Molle, agotó adolescencia y juventud hurtando el cuerpo a la seducción y al casamiento con una terquedad de mula inconquistable. Los requiebros, los piropos y las proposiciones amorosas lejos de encenderla en ruboroso contentamiento, la encendían en furia incomprensible que se traducía por coléricas reacciones de agresiva torpeza. Al elogio, el insulto; a la alabanza, una ofensa. Y al atrevido que se avanzase con tocamientos lascivos o de simple exploración, bofetada, escupitajo y amenaza de usar un cortaplumas que llevaba en el bolsillo. Nadie podía con ella. El negocio de los platos criollos acabó por reducirse a una picantería con mesa y brasero a la puerta y apenas un cántaro de chicha cuya clientela formaban los vallunos de viernes y martes, fleteros que entraban al pueblo y salían de él por esa ruta. Empobrecieron. La cholita lujosa, dejó de ser tal. Pero en cambio en la modestia de sus ropas resaltaba el aseo personal, la limpieza. Ni zapatillas de charol, ni medias encarnadas, simplemente zapatos plebeyos de piso plano, pollera de franela y manta de algodón descoloridas. Sus manos, sus pies, su cara, toda su piel brillaba de jabón y agua, con una pálida tersura que atraía como el ámbar o como el marfil. Ciertamente la belleza dulce de su carne en madurez otoñal llamaba a los hombres para el amor. Al acercarse sólo encontraban humillación y desprecio. Tampoco aceptaba, más de una o dos copas de chicha, ni le gustaban los bailes. Los choleros del pueblo, jóvenes platudos que explotaban este filón mestizo, acabaron por decir que Martina estaba enredada con el cura. Un necio desahogo del despecho. El cura viejo tenía familia y Martina no era beata, mística en grado singular. Iba los domingos a misa y comulgaba por cuaresma. No era mala persona. Simplemente en su alma árida y desnuda de amores, no había germinado la planta de la ternura. Ni siquiera le simpatizaba el otro sexo. Por el contrario sentía en la sangre, en las entrañas vírgenes, un odio mortal a los hombres que parecía venirle, instintivo e incontrolable, con remoto impulso hereditario, del ancestro. ¿No habría sido así su madre? Tía Petrona no sabía explicar el caso pero profetizaba que podía sucederle lo que a su madre, tener un amante a la madurez.

-Mi comadre no era así como ésta. Bailaba, reía, también se mareaba algunas veces. Era pues como cualquier mujer de este mundo.

Al cumplir Martina los 38 años, más o menos a la edad en que doña Epifania, encontró al Tunas Molle, en la casita de la cruz caída y de las tunas siempre verdes, se inició el drama capital de su vida. La prefectura envió a Totorá, un flamante Corregidor, de apellido Ardiles, de 30 años a lo sumo, guitarrista, cantor, mujeriego y muy bien encarado sujeto, quien al punto en rueda de contertulios recogió el caso célebre de la inconquistable Martina. Ingenioso como era, dijo que por haber humillado, derrotado y hecho padecer sin misericordia a tantos pretendientes, la tal hija de Tunas Molle, debía llamarse la Cruel Martina. El remoque fue celebrado y aceptado. Pero Ardiles, seductor profesional, soltero con tiempo y libertad para tal ejercicio, se juró en secreto rendir la fortaleza de Martina como primera hazaña de su corregimiento. Empezó la campaña con los métodos corrientes. Copita en casa de tía Petrona, previa soborno. "El Corregidor nos visita con sus amigos". Martina se plantó desde la primera copa. Accedió a tomarla solamente a condición de que no le invitasen a la segunda. Los dedos de Ardiles desgranaron en la desolada noche, los acordes llorosos de su sentimental guitarra, acompañando las coplas escogidas para el caso, todas alusivas a la crueldad de las enamoradas renuentes. "¿Imamantan chay senqokyi, uchu kutana rumichu?...!", que en el dulce, insinuante, tierno y onomatopéyico quichua, quiere decir: "¿De qué es el corazón tuyo, acaso es la piedra de moler ají? O el otro canto que sangraba doliente: "sonkoytachus qhawaykuaj, llawar qhochapi waythasqan", que en lengua hispana diría: "Si miraras el corazón mío, lo vieras nadando en sangre", naturalmente todo por culpa del amor no correspondido. Se agotaron las coplas con la chicha y las manos de Ardiles se cansaron. Martina accedió a bailar con desmañados pasos dos o tres veces con los comparsas del Corregidor, pero precisamente a él se le negó todo, categóricamente, sin eufemismos:

-No bebo, porque ya no quiero. No bailo, porque no sé bailar ni me gusta. El otro, canchero en estos lances de chichería, festejaba el mal humor de la chola, llegando a decirle de frente:

-Cruel Martina, eres de comienzo difícil, pero ya te ablandaré poquito a poco, en noches sucesivas. ¿No me recibirás, Cruel Martina?

Ella respondía impávida:

-Venga señor Corregidor cuando quiera con sus amigos a tomar chicha, pero no a otra cosa.

-Ardiles volvía a la carga:

-¿Te gustan mis canciones cruel Martina?

-Son lindas, señor Corregidor.

-Entonces tengo esperanzas.

-Esperanzas conmigo no las tenga, caballero, ni siquiera en chanza.

El asedio fue continuo, y era en sus impulsos cosa de astucia, violencia lujuriosa y tal vez de amor verdadero que ardía contra esa resistencia ruda. No pasaron tres meses desde el primer asalto, cuando el simpático Corregidor apareció con la cara vendada. Sus amigos asociaron el hecho a la campaña oficial en la calle del Diablo. No podía ser sino un puntillazo de la Cruel Martina. Ardiles se ufano:

-No es muy grave. Me ha metido el cortaplumas en la mejilla hasta el hueso, pero yo terminé con ella.

-¿Terminaste o comenzaste? ¿Cómo te supo la doncella? -le preguntaron sus amigos.

-Aunque estaba desmayada, me supo buena, limpia, sabrosa y con fragancia femenina.

Se supo que la octogenaria tía Petrona puso queja ante el subprefecto y que Ardiles firmó acta de garantía para no pisar la casa de la cruel Martina. Con esto, cayó prácticamente el telón sobre ella. ¿Qué más daba el episodio? En efecto no daba más el episodio de una mujer extravagante. Y aquí terminara el relato si la historia no continuara. Vencida no por la tentación, sino por la fuerza, Martina se replegó en la soledad y el silencio hasta que la comadrona del pueblo le reveló el tremendo secreto de su maternidad involuntaria. Ignorante en absoluto de la fisiología del embarazo, sólo pudo percatarse de su estado a los cinco meses de haberla disfrutado Ardiles, a quien había herido instintivamente al recobrase del desvanecimiento de la lucha que sostuvo luego de haber bebido el vaso de aloja dulce que le ofreciera el propio Corregidor.

En aquel caluroso día de la primavera el muy ducho se había dado modos de estar a solas con Martina, alejando de la casa a tía Petrona, con el encargo remunerado de conseguir un buen plato de chicharrón. Cuando volvió la vieja sin el chicharrón inventado por Ardiles, todo había pasado. Martina lloraba con las ropas desgarradas, lamentando que el cortaplumas se perdiera porque el violador lo había arrojado desde el corredor, por sobre la huerta de tunas, indudablemente hasta lo más profunda de la quebrada cubierta de matorrales.

-Supaypa wachasqan kqara. (Hijo del diablo, ocioso, pelado) había escupido tía Petrona. Mañana mismo voy a quejarme al Subprefecto.

-Si vuelve lo mato, juro que lo mato -amenazaba Martina.

El nuevo ser, que curvaba como un firmamento su vientre rebelde y ultrajado, se puso a obsesionarla, como amenaza implícita en el fondo de ella misma. Desde el impacto de la revelación, lloraba sin consuelo porque iba a tener un hijo, como otras lloran por haberlo perdido. Sin embargo, nada hizo por secundar los frecuentes consejos acerca de esfuerzos musculares, de tocamientos y de yerbas a tomar que podrían procurarle el aborto. Un oscuro terror orgánico, especie de miedo visceral, la poseía paralizándola en los proyectos. Pero al correr de los días, en sus entrañas, como juntado por los microscópicos caudales de los vasos sanguíneos y secretores, brotaba un río violento de despecho y de odio que la recorría entera y caía como una cascada de fuego sobre su inteligencia atormentada. Desnutrida, demacrada, fantasmal, desvelada, con los ojos abiertos a una realidad que no parecía temporal ni suya, la mal llamada cruel Martina, soportó el trance, en tensiones contrapuestas, hasta los siete meses pasados de su dramático embarazo. Y de pronto, la tempestad de sombras y de fuego que la envolvía, se disipó. En sus ojos extraviados nació una claridad apacible de amanecer campesino. A los labios exangües, de gesto rencoroso y altanero, asomó como un botón de rosa en primavera, el tímido encanto de la sonrisa. Y mientras maduraba, doliente, su cuerpo descuidado por el abandono y el desconcierto, toda ella parecía afirmarse en un lento gesto de integridad señorial, que no era, no, resignación cristiana, ni orgullo luciferino, si no que ciertamente las dos cosas a la vez. Un rudo sentimiento de seguridad, del problema resuelto y camino encontrado, en su fondo había pasado, como una ronda angelodemoníaca, la batalla del bien y del mal, para dar paso a un conato de revancha en vigilante acecho que parecía haber resuelto extrañamente sus complejos de dolorosa humillación y resentimiento.

Ya era madre. Amamantó al niño algo más de treinta días en su penumbroso rincón de la tienda, casi siempre cerrada, mientras andaba penosamente por la casa la viejísima tía Petrona. Cuidaba y cebaba al niño, sin ternura, sin sensibilidad materna como si estuviera cebando un lechoncillo. Tía Petrona percibía algo irregular en esta madre primeriza, pero lo atribuía con razón a su carácter desequilibrado y al hecho de la maternidad forzada.

-Tu no quieres a tu hijo como cualquier madre -la reprochó una mañana.

-Es que tampoco soy como cualquier madre. Yo no he nacido para esto. Ese Corregidor no es de aquí. Nunca lo hemos conocido en el pueblo. Estoy segura que se trata del mismo diablo.

-Pudiera ser, Pero estos forzamientos no son raros en los pueblos y los cometen personas conocidas y distinguidas.

-Con eso yo no tengo que consolarme. El chico éste no me va a dejar vivir ni trabajar y me llena de vergüenza. Esto no se va a quedar así.

-Estaría bien que vayas a confesarte. Hace mucho que no oyes misa.

-Una mujer como yo, no puede entrar al templo. Para librarme de esta afrenta yo sé lo que tengo que hacer. Lo único que te pido, es que no te metas.

-No será pues que piensas botarle al Supaychinkana, contestó la vieja con enfadado sarcasmo.

-El hijo que me ha dado, yo se lo voy a devolver al padre.

-Es muy niño para entregarlo a nadie. Espera que crezca.

-Yo no pienso criar guaguas, tía Petrona.

-Yo puedo criarlo, como te crié a tí.

-Si a tí te gusta criar niños, debieras tenerlos.

-Eres tonta y nada sabes. ¿No ves que soy una vieja, pero demasiado vieja?

La conversación en quichua tomó un giro inesperadamente confidencial.

-¿Con que eres vieja? Yo sé que no soy tu hija. Tú me hallaste en el lecho de una muerta. ¿Por qué tú no tuviste un hijo? Ya lo ves, porque no de no lo querías. A ti los hombres no te han tocado, te hiciste respetar. ¿No es eso? Solamente yo, perseguida del demonio, he sido la mujer infortunada.

Se puso a llorar. Tía Petrona, compadecida, le pasó su mano seca por la cabeza, suavemente, a tiempo que le decía con ingenuidad senil:

-No desesperes Martina. Cuando era joven, jovencita, también abusaron de mí los hombres. Y no solamente uno, ni por una vez. Lo que pasó conmigo, es que no llegué a concebir. :

Por entonces, durante los días que guardaba cama la Martina, Ardiles se llegaba casi cada día a la casa, hasta que logró amainar el encono en el viejo corazón de tía Petrona. Le pedía disculpas y juraba que no volvía para hacerles daño alguno. Solamente quería saber si era cierto que Martina iba a ser madre.

-Ya nació la guagua, es varoncito -informó tía Petrona, por lo menos debías dejar para la ropa del chico y el caldo de la enferma. Ardiles ruborizado entregó el dinero.

-Estos cinco pueden servir para todo. Yo gano poco, tía Petrona, pero no quiero escándalos. Busco la amistad sincera, llana. La Martina no debe ser tan rencorosa.

-Espera un poco, yo te voy a poner bien con ella.

En el fondo se sentía halagado de la difícil, casi imposible conquista. Por otra parte no había quien no creyera que Ardiles había convertido a la irreductible cruel Martina, en su querida, en su chola hasta hacerla tener un hijo. Su vanidad masculina necesitaba pues por lo menos aparentar relaciones. Martina informada de los rodeos de Ardiles, tomó su resolución tranquilamente. Espiaba también ella, a su vez, la oportunidad propicia que no tardó en llegar.

Un ataque agudo de artritis derrumbó a tía Petrona en cama. Dormían en el mismo cuarto, lado a lado, separadas por una vieja cómoda de cedro donde había un nacimiento del Salvador, en un fanal de vidrios juntados por listones de hojas de lata. Un viernes en la noche, aconsejó a Martina hacer las paces con el padre de su hijo. Aunque no se casara, podría ser un apoyo si ella faltara como parecía que ya no estaba para este mundo. Martina aceptó sin comentarios y sugirió que sería bueno hacer una comida íntima el domingo con Ardiles y sus amigos.

-Yo estoy enferma, llamemos a alguien para que te ayude en la cocina, propuso la vieja.

-¿Por qué ayuda de nadie? ¿Acaso no hago sola muchas veces la comida del negocio? Además yo no quiero comentarios de mujeres. Que vengan los hombres y que coman de mis manos. Tú no te alzarás tampoco de ningún modo. A la hora de comer te podemos aproximar a la mesa.

-Haz como quieras Martina, mañana sábado viene con seguridad don Ardiles en su tordillo -y se hundía en el sueño quejándose quedamente de su artritis. Apagaba la vela, Martina velaba en la sombra. En sus ojos, en su boca, en toda su cara, una sonrisa bellaca.

Ardiles apareció a caballo poco después del mediodía y no encontrando a tía Petrona en la puerta, indagó a Martina que por primera vez se dejaba ver. Ella le invitó a pasar. Ardiles desmontó y sosteniendo las riendas, se paró en la puerta, junto a la mesita de las ollas, con receloso asombro.

Mañana domingo, don Ardiles -dijo sin rubores Martina- tía Petrona dice que vengas a comer a las tres y media una sajarahorita con tus amigos. Eso no más tenía que avisarte, porque ella está un poco enferma.

Ardiles se animó. Tía Petrona había cumplido.

-¿Alguna fiesta Martina? ¿Qué celebran, qué festejan en la casa?

-Es despedida, don Ardiles. Estamos pensando irnos a Pocona.

-No será muy pronto. Eso tienes que hablar conmigo Martinita. Voy a venir con el Rómulo, con el Rosendo y el Angelito. ¿Y no me muestras a tu guagüita?

-Guagüita de mostrar no tengo.

-Me voy entonces -dijo Ardiles sagazmente- somos amigos y estoy feliz de verte de tanto tiempo Martina. Hasta mañana.

El domingo, pasadas las doce, Martina, se sentó en el banco del corredor inclinado sobre sus viejos pilares de molle, con el niño entre los brazos, mientras el sol de octubre clareaba refulgente sobre el empedrado del pequeño patio y en el alegre verdor del bosquecillo de tunas. El pequeño se prendía al pezón golosamente con su ambiciosa boca de sanguijuela. La hembra lactante no hizo más que ceñirle contra sus henchidos senos impidiéndole la respiración por algunos minutos. La criatura sin bautizar dejó de vivir. Una olla de barro hervía en el fogón de la cocina. En otro recipiente de arcilla enlucida, se veía un trozo de corderillo dispuesto para el picante. Martina, con el cadáver del párvulo ya desnudo, ingresó en la cocina. En el dormitorio, hacia la calle, acceso de tos senil, martillaba el viejo pecho de tía Petrona, acosada por un

enjambre de moscas. Un menudo gallo canoro amodorrado a la sombra de las pencas, batió sus lucientes alas dándose frescor, y empinándose gracioso sobre sus piernas amarillas, lanzó a la quebrada del Supaychinkana sus notas de clarín, una y otra vez centinela del hogar.

Llegados puntualmente los comensales, comieron un guiso de carnes blandas en ají, diestramente preparado. Tía Petrona, ayudada por Ardiles, que asumía actitudes de hombre de la casa, ocupó un sitio en la mesa lamentándose de que la caprichosa Martina, no quisiera ayuda de nadie. Tan bueno encontraron el insólito plato de su anfitriona, que la reclamaron para brindar los vasos de chicha.

Bebamos, dijo Ardiles, entusiasmado por la presencia de Martina que acudió prestamente - bebamos por esta excelente cocinera y por su hijo o hija.

-Salud, salud doña Martina, a su salud -brindaron los demás, vaciando las copas.

-Que sea pues a mi salud, contestó modestamente la picantera y bebió con ansiedad su vaso grande.

-Andando, Martinita, queremos pues conocer a tu guagüita -dijo afablemente el Corregidor.

No hubo carcajada de loca, ni crispadura dramática de nervios, con visajes de extravío, en aquella mujer de tranquila seguridad que, sonriéndose escéptica, informó al auditorio bien nutrido:

-¿Cómo puedo yo traerles el niño, si ustedes mismos acaban de comérselo?

Un escalofrío de terror paralizó a los convidados de la muerte en sus asientos. Estupefactos, sintieron que la saliva se les secaba en la boca.

-¡Qué disparates hablas, Martina! -gritó escandalizada tía Petrona alzando las rugosas manos contra la faz de su pupila y compañera, a tiempo que instintivamente encaminaba sus cansados pasos hacia la achatada pieza de cocinar. Del umbral retrocedió horrorizada, tapándose el rostro con las manos.

-¡Dios mío, el Señor tenga piedad de nosotros!

Los cuatro hombres, como movidos por un solo resorte, se precipitaron a la cocina en cuyo centro, sobre un gran plato de alfarería tarateña, vieron la cabeza y otros residuos del parvo sacrificado.

-¡Asesina, malvada, vas a ver ahora lo que te ha de pasar!- Se dirigió Ardiles a la impávida con la voz acuchillada de terror y de indignación, mientras los otros, positivamente antropófagos involuntarios, escupían por el suelo, entre protestas y maldiciones, tentándose la garganta o el estómago, cual si quisieran devolver el guiso macabro.

Martina se irguió como una espada que mostrara el filo. Sus ojos pasearon sobre los circunstantes una mirada de superlativo desprecio antes de contestar:

-¡Asesino eres tú, Corregidor, que entras en las casas para abusar a las mujeres sin auxilio y sin defensa!

Sumario, plenario, sentencia. Agotados los recursos de ley, Martina no pudo salvarse de la pena capital. Empero, felizmente para ella, como no sintió del amor, tampoco sintió nada del peligro. Y así pudo mantenerse enhiesta hasta el trance definitivo, sin cuidarse de los trámites curialescos.

Ardiles, después del desquite neuropático de Martina, tuvo que abandonar el pueblo trucidado por los comentarios burlescos.

-¿Conocen Uds. un plato que se llama Corregidor Ardiles? -preguntaban en los corrillos para iniciar el relato del suceso.

Tía Petrona sucumbió durante el proceso. Fue la única persona que sostuvo, por natural inducción, la teoría de la irresponsabilidad legal admitida originalmente, por el Código Penal Boliviano de 1829 en su artículo 26: "Tampoco se puede tener por delincuente ni culpable al que comete la acción hallándose dormido, o en estado de demencia o delirio, o privado del uso de su razón".

La vindicta pública tuvo que satisfacerse con la ejecución de la sentencia en el mismo pueblo. El piquete era de ocho rifleros y un tambor para el recorrido.

Resabio del atuendo judicial de la colonia, venía también el jumento clásico. La multitud se agolpó a la puerta de la cárcel, colmando de expectación el claro día, a la hora once.

En medio de dos sacerdotes franciscanos apareció Martina vestida de negro, los ojos vendados, la cabeza descubierta y las manos amarradas. Dos hombres del concurso la cabalaron sobre el apacible jumento. Rompió el tambor el compás de la marcha y el procesional cortejo se movió por la accidentada calle de Chimboatita. Un silencio religioso de duelo dominaba el paraje y la villa. A cierta distancia, Martina forcejeó por libertarse las manos. El fiscal ordenó que le aflojaran las cuerdas y ella, al conseguir lo que quería, se quitó con una mano el pañuelo de los ojos. El incidente provocó cierta dificultad entre los conductores. Pero la gente pidió a voces que la dejaran como estaba, y así quedó. A momentos el asno remolón se detenía para alcanzar con el abozalado hocico, las plantas que avanzaban al camino desde la quebrada de Supaychinkana. Estaban precisamente por debajo y frente a la deteriorada casa de tía Petrona. Martina se irguió sobre su rústica cabalgadura y hundió en penetrante mirada, de inspección y reconocimiento, sus negros ojos en el paraje familiar. Fue sólo un instante, que pareció consternar al público, porque algunas mujeres contuvieron un sollozo de cristiana conmiseración.

En el cruce del camino de Chimboatita con la calle del Diablo, llamado Qhariwakachi, apareció el patíbulo compuesto con adobes y un toscó madero rectangular a cuyo lado se veía también un ataúd pintado de negro. La multitud hizo un rumor de expectación. Martina impaciente con su jumento, rompió al paso una varilla de las plantas del camino. Y produciendo con sus labios un apretado sonido estimulante, de entusiasta besuqueo, dio de varazos al animal en las ancas hasta imprimirle un aire vivo de trotecillo casi juguetero que arrancó a la multitud una cerrada exclamación de festivo asombro...

CARLOS DROGUETT

CARLOS DROGUETT nació en Santiago el 15 de octubre de 1912. Estudió en el Colegio de San Agustín donde fue discípulo y amigo del acucioso investigador literario Alfonso Escudero, más tarde uno de sus personajes en la novela *Patas de perro*. Estudió leyes en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, sin llegar a titularse. Durante muchos años, fue funcionario de la Caja de Previsión de los Ferrocarriles del Estado. Su novela *Eloy* fue llevada al cine en versión que no satisfizo al autor y que terminó en un pleito internacional. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1970. Ese mismo año le fue otorgado el Premio Alfaguara de Novela, en España, distinción que lo consagró internacionalmente y le abrió las puertas de las editoriales extranjeras, hasta tal punto que varias de sus últimas obras son desconocidas en Chile, por el mal endémico del colonialismo en nuestro mercado editorial.

No se ha hecho, hasta aquí, un estudio bibliográfico especializado de su obra. Entre las más destacadas, cabría anotar *Los asesinados del Seguro Obrero* (cuento, 1940), *Sesenta muertos en la escalera* (novela, 1953), *Eloy* (novela, 1956), *Cien gotas de sangre y doscientas de sudor* (novela, 1959), *Supay, el cristiano* (novela, 1961), *Patas de perro* (novela, 1965), *El compadre* (novela, 1967), *El hombre que habla olvidado* (novela testimonio, 1968), *Todas esas muertes* (novela, 1971), y *Escrito en el aire* (ensayos y crónicas de viaje, 1972). En 1967 la Editorial Zig-Zag compiló algunos de sus cuentos con el título *Los mejores cuentos de Carlos Droguett*.

LA NOCHE DEL JUEVES

El Jueves 16 de agosto amaneció brumoso y triste, con esa media luz indecisa que acompaña a la llovizna y con esas perspectivas medio borradas por la tinta azuleja de la atmósfera húmeda. Las calles convertidas en charcos habían impedido la habitual circulación de las mujeres hermosas y elegantes, único adorno y atractivo de este puerto de rígidas costumbres comerciales.

En un diario de la tarde había aparecido por segunda vez, el martes 14 para ser verídicos, el anuncio hecho por el capitán de corbeta don Arturo Middleton, sobre unos pronósticos de terremoto cuyo epicentro sería el puerto de Valparaíso. Nadie quiso hacer caso de tal pronóstico. Aún más, se burlaron.

En la tarde la llovizna aumentó y cerca ya de las cinco cesó la lluvia. Pero el techo de nubes era muy bajo. ¿Quién podría olvidar jamás la escena y sus detalles? La tarde cerró con un cielo ceniciento, indeciso, uniforme; la temperatura había subido y el aire, cargado de vapor de agua, se hacía ligeramente pesado. La noche estaba en calma. Eran las siete cincuenta y cinco de la tarde. De pronto se oye el ruido subterráneo de los temblores y comienza la oscilación del suelo. Pero no es nada: es un temblor, va a pasar; es lo de siempre... Los más tímidos han huido. La oscilación sigue y la violencia del sismo aumenta por momentos; al ruido de la tierra se une el de la ciudad que se estremece. Otros salen en fuga hacia afuera. Ya no es un temblor. Es un terremoto. Valparaíso se bambolea; el suelo hace oleajes, los cerros se mueven, parece como que el piso va a faltar. ¿Cuántos segundos van transcurridos? ¿Un minuto? ¿Dos? El terremoto se hace ahora circular. Se advierte claro el violento empuje de las fuerzas gigantescas encontradas... El eco es pavoroso, es de una nota intraducible, honda, profunda, sin parecido alguno, inexpresable, por el oriente estalla un haz de rayos cuyos zigzagúeos se cruzan en el cielo iluminándolo con luz intensa, azul y verdosa. Inmediatamente se oscurece.

Han pasado cuatro minutos. El temblor es ahora casi imperceptible y muchos creen que ha cesado. De pronto se oye de nuevo la onda subterránea: es la segunda sacudida. La escena se renueva con los mismos espantosos detalles. Pero esta vez algo se descubre en la sombra. ¿Es realidad o ilusión? Han desaparecido corridas enteras de edificios. Las casas se han aplanado, se han achicado dejando la perspectiva vacía: donde había la silueta de una torre se ve el fondo del cielo. La transformación es evidente. El panorama es otro. Se ha hecho el silencio, un silencio de campo desierto. ¿Y la ciudad?

De la bahía llega el sonido de una campana, es la hora de a bordo. Son las ocho. Del fondo del cuadro se eleva una luz siniestra: es un incendio; otro, otro más. Pero no es solamente el plan. Los cerros también arden. La decoración final empieza. Es un espectáculo incomparable. Sobre la parte del Barón se alza una enorme iluminación rojiza que parece que el cielo ardiera. Después se supo la causa. El mayordomo del gasómetro, al darse cuenta de la gravedad del momento, abrió las válvulas y lanzó al aire todo el gas acumulado. La chispa que incendió el aire gasificado pudo ser de algún rayo, pero la ciudad pudo evitarse así mayores males.

A las ocho diez cesó el movimiento, pero cada cinco o seis minutos los movimientos del suelo se repetían. Ahora los familiares se buscaban ansiosos en la sombra para contarse, para saber si faltaba alguno. El amanecer del viernes fue de una tragedia incomparable. La destrucción del plan del barrio del Almendral fue completa porque no quedó otra cosa que escombros sobre escombros. Las calles, imposibles para el tránsito, ya no hubo vehículos ni tranvías ni nada. La Gran Avenida se llenó de carpas. Cuando se detenía frente a una carpa miraba ansiosamente como si debiera encontrar un rostro conocido, alguien a quien le habría alegrado saber que estaba vivo y sabía que eso no era posible. No, Dios, no es posible, decía caminando rápido de repente, a pesar de su herida en la espalda, a pesar de esa mano encogida que debió aplastársele mientras dormía, pero no estaba durmiendo cuando sintió el hondo ruido, como si estuvieran descargando escombros ahí en el patio, como si por ahí, por la oficina, por el pasadizo, por la casucha de los guardias, por los retretes, fuera pasando dificultosamente, lleno de dudas y dolores y vacilaciones, abriéndose camino entre los adobes, las maderas podridas, las carnes asombradas, el tren lleno de escombros, lleno de quejidos, ese tren, ese ruido que hacía bailar su camastro y le remecía la barba y él se agarraba a ella para recogerla, para recoger su miedo y tenerlo ahí, entre los dedos, sintió los gritos de los guardias surgiendo desde muy abajo y los llantos y las maldiciones de los prisioneros y después los suspiros y los rezos, sobados entre latas y ropas sucias, ropas que cumplen condenas, lentas carnes que van contando los lentos días raspando como costras los fósforos en lo hondo de la oscuridad, están rezando estos infelices, pensó con simpatía, con leve desprecio y un marcado terror ajeno y sentía que los labios le temblaban, Dios, Dios mío, Úrsula, Úrsula, resonaban esas palabras en lo hondo de la tierra, ahí donde iba pasando el estremecimiento lleno de ruidos, cargado de gritos de terror y llanto, cargado de zapatos, de sombreros, de unos trocitos lastimosos de pan que rodaban entre las sábanas, cargado de espantoso silencio en las silenciosas sábanas, Dios, Dios, miró hacia arriba y el techo se había ido volando, echando una extraña luz desteñida, una luz desencajada, manchada y sucia, sorprendida y socavada ahora por el agua, Dios, Dios mío, estaba lloviendo, ellos estaban llorando y rezando, él estaba rezando y llorando, él estaba rezando y temblando, yo pecador me confieso a Dios, líbranos de todo de todo mal amen, de todo mal amén, de todo mal amen, de todo mal amén, de toda esta mugre y estos piojos y estos infames grillos y cadenas, de estos ratones ciegos que ruedan llenos de sangre amén, amén, de esta enfermedad y este embrutecimiento amén, las llaves, las llaves no las encontramos, líbranos siempre de todo mal, líbranos a cada uno de todo mal, las llaves no suenan, las llaves no se encuentran, no están, no aparecen, han pasado ya cuatro minutos, tú, tú, Emilio, lo alumbraban con linternas, con pequeños gritos con estertores, lo alumbraban para decirle Emilio, Emilio, le decían, están soltando a los presos para que no mueran como bestias, que los mate Dios, que los mate el terremoto amén, con las manos libres amén, que mate la cadena y el grillo amén, que mate el candado y las llaves amén, todas las llaves amén, líbranos de todo mal, de toda cadena y todo grillo, líbranos de toda lacra, del juez y los soplones, Dios, tú los hiciste, tú lentamente los hiciste, la puerta se hinchó hacia el lanzándole un trozo de madera a la cara para que agarrado a ella saliera braceando entre los escombros, entre esas olas duras y titubeantes, se puso de pie poco a poco e iba sintiendo sus piernas y miraba con extrañeza

el pasadizo abierto, abierta a picotazos, a barretazos, con barrena, con pólvora, con dinamita y odio y furia de Dios, de Dios es esta furia, esta maldad, este rencor, como un forajido enorme, como un espantoso implacable forajido, líbranos de toda mal amén, que se hubiera plantado en medio del patio, bajo la lluvia mientras pasan la lista de los hombres, la de las cabezas rapadas, la lista de las llagas purulentas, la lista de los nuevos granos y chancros y los prendimientos de vientre y las retenciones de orina, la lista de las cicatrices y de los piojos y hubiera reventado esos adobes, esas maderas enfermas, esas latas purulentas, la camisa planchada del alcaide, la corbatita maricona del escribiente, Dios, Dios, se irguió sin esfuerzo y se asomó hacia la noche, como si se dispusiera a fumar antiguamente en Concón, junto a la radiosa pollera de Eugenia o en el balcón volado esperando que subiera Úrsula con el jarro de vino, miró en el cajón el plato de lata y el poco de caldo en el fondo, los miró como la carta intacta dejada por el terremoto antes de entrar y saquear la vieja casa y huir para siempre hacia afuera, los miraba y se iba caminando sintiendo los gritos y las respiraciones que oteaban agazapadas en las sombras, ese estremecimiento invisible que iba enhebrando las cornisas, las puertas, los vidrios, las bocas, las espaldas, los vientres, los dientes, los ojos, líbranos de todo mal amén, yo pecador me confieso a Dios todopoderoso, me confieso al terremoto, al incendio, al maremoto, dicen que también el mar y el río, líbranos de todo mal, de todo mal, nunca más pecar, nunca más robar, nunca más, Úrsula, ¿te das cuenta? mientras bajaba el cerro a su lado rodaban vertiginosas sillas, ollas, lavatorios, ventanas, ventanitas, flores, flores, gritos, aullidos, rezos, sollozos, de toda mal amén, de todo mal amén, nunca más robar, nunca más fornicar, de todo mal amén, de todo mal, de todo mal, como si estuvieran contando plata en alguna parte, o herramientas, utensilios robados y fornicados en alguna parte, bajo tierra, debajo de los colchones, entre las frazadas, en el rincón de los zapatos y los paraguas y los impermeables, en el rincón del hacha y del serrucho estuvieran contando los rezos, los padrenuestros, las avemarías que les quedaban para mantenerse vivos, medianamente aterrorizados y desnudos porque iba a seguir temblando todo el invierno, del enemigo malo líbranos, del enemigo malo líbranos, contando los rezos para repartírselos en las tinieblas, entre esos gritos, entre esos llantos y esa soledad que fluía de algunas manos abiertas ahí abajo, en la calle Las Heras, entre los adobes, donde salen llamas y sábanas del infierno, de alguna puerta que no alcanzó a huir y estaba huyendo todavía, huyendo todavía inútilmente líbrala de todo mal, de toda mampara, de toda cómoda, de todo ropero, amén, amén, amén, clavando el rezo con clavo y con martillos, se apoyó en un velador, se bamboleaba con él, se agarró con fuerza porque la espalda le dolía, abrió el cajoncito, miró unas tarjetas de luto, una estampa de primera comunión, una Virgen del Carmen, un rosario de marfil o hueso, algunas monedas, algunos cigarrillos y pasándose la mano por el pelo y la barba lo cerró con sigilo y enderezó el mueble y lo dejó quieto, estupefacto, entre los escombros, esperando, esperando eternamente una mano, una respiración, una palmatoria y unos fósforos raspados en la oscuridad, y siguió caminando, cojeando hacia abajo, mirando con estupor la lluvia que descendía delgada, sin encono, todavía sin odio y sin noticias, sintiendo los superficiales temblores que huían como ratas, como lagartijas asustadas bajo sus pies, que parecían surgir de las llamaradas y que se abrían allá en el horizonte e iluminaban las aguas, corría ahora, corría libremente y nadie corría tras él, ni manos, ni gritos lo perseguían, sólo ojos que se deslizaban en las tinieblas, gatos que saltaban en arco desde una ventana rota hacia el vacío, clamores de gente, pitidos de guardianes, cordeles, cordeles para amarrar el terremoto, para amarrar las casas y llevárselas en atado, para amarrar esos llantos, ese silencio, botas de bomberos, hules de marineros, botas, cascos, disparos, disparos lejanos, muchos disparos, montones de disparos para perseguir a balazos al terremoto, si se habrán vuelto locos los porteños, sonaban sirenas de ambulancia, descendían del cielo, surgían del mar, del fondo del mar, se introducían en la lluvia luminosa, sonando entre los escombros y un llanto puro y desilusionado, un llanto espantosamente desesperado y nuevo, sin heridas, sin carne, sin suciedad, surgiendo en las tinieblas, dejándolas más densas, estremeciendo las luces, las patas de los caballos, las mantas de los jinetes, las botas de los bomberos y su memoria maravillada, olvidada y limpia, Úrsula, Úrsula ¿dónde estas?, ¿dónde está el niño?, ¿cuantos años, cuántos meses tiene? Dios mío, ¿cuánto tiempo tiene, cuánto tiempo tengo yo, cuánto tiempo ahí, en la oscuridad, en la humedad, en el adobe? No se cayó al suelo el plato, murmuraba, la cuchara de caldo estaba en el fondo, la preservabas, la cuidabas, la reservabas, Dios, Dios, líbranos de todo mal, Dios que andas libre, por estas calles, que andas descalzo en este barro, Dios muerto de miedo, muerto de horror, muerto de asco, líbranos por fin de todo mal, líbralos a ellos, a ellos,

entiendes, también a Úrsula, también a esa criatura, también a esa criaturita por cuya cabeza habré pasado yo como una sombra, como una barba rubia, como un olor de tabaco, Dios, como un par de ojos azules, como tu barba, como tus ojos, Dios. Eso lo había dicho Úrsula cuando, hacía mucho tiempo, una tarde hacia el día de las elecciones, él le dijo desperezándose que iría hasta la plaza a hacer una pequeña diligencia. Iré a la botica, donde el médico, donde el prácticamente, m'hijita. Le dolía las muelas. Me duelen las muelas, Úrsula, pero ella se reía, tenía un rostro triste y desencantado ahora, pero se reía. La miró él, alzó la mano hacia su cara, hacia su vientre y lo inundó de lástima. Se sentía desencantado, apesadumbrado y rencoroso, no tenía tristeza, él había tenido que vender alguna ropa, no hay tristeza más atroz que la falta de dinero, suspiró furioso y miró la plancha del dentista. Como aquella vez en Santiago. Se lo había contado a Becerra, le gustaba ese olor de las casas de los dentistas, silenciosas, apaciguadas por la anestesia y los algodones y con una alerta crueldad atisbando en los vidrios, en los lomos de los libros. Creo que buscaré un buen dentista en Valparaíso, Becerra, además me están molestando mucho los dientes. Sí. Sí, patrón, ahí en la Plaza Aníbal Pinto hay uno bueno, se puso pálido Becerra y lo quedó mirando. Dinero. Dinero. Dinero. Para Úrsula. Para la matrona. Para el médico. Para el hospital. Arrendaremos una casita en Villa Alemana. A su lado pasaba gente apurada, ciega gente con ojos duros, con cuellos duros, con polainas, pijes rurales, jovencitos flexibles barnizados y espolvoreados, insolentes bastones que se alzaban en la vereda tras el victoria lleno de borrachos, ¡viva Pedro Montt!, caras que se deslizaban de lado entre las luces de gas del club, que se perdían entre los pasadizos del ascensor de la subida alemana, ¡viva, viva don Pedro!, desfiles opacos, ateridos, sin gracia, sin entusiasmo, chiquillos que corrían por ahí abajo, hacia las quebradas, voceando los diarios, las grandes hojas con las elecciones, con los rostros de los candidatos, con los sombreros italianos de los candidatos, con las corbatas inglesas de los candidatos, con la triste carne chilena, cansada, fatigada, hastiada de los candidatos, los diarios con la lista de los vocales del puerto, con las urnas electorales, con los palos, con las papeletas, con los lienzos que volaban hacia los cerros y huían hacia los patios de los conventillos y los salones de la calle Clave, dará paz al país, dará trabajo al pueblo, dará tos y sífilis a las putas de la calle Clave, dará terror y lágrimas, toneladas de lágrimas al pueblo, se anuncian en calma las elecciones, brillantísimas resultaron las carreras con la asociación del club de regatas de Valparaíso clausuró el 30 la temporada. Desde antes de la hora en que las regatas debían empezar, la bahía cobró especial animación, surcada en todos sentidos por los guigues y esquifes competidores y lanchas y botes en que numerosas familias iban a seguir de cerca las peripecias del torneo, el acto electoral mostrará la madurez cívica de la población como una enfermedad que ya está botando los granos, como una calamidad que se presenta bajo no muy desgraciados auspicios. Empujó la mampara y subió la escalera, siempre en su vida había estado subiendo escaleras, pisando quedo en los peldaños, bajando por los subterráneos y ascensores y no sabía si iba para que lo atendieran porque la cara le dolía verdaderamente y la sentía ardiente y desesperada o para averiguar la dirección de un elector que no fue encontrado en las casas del fundo esta madrugada, la dirección de un candidato a diputado, a senador o a ministro o para preguntar por Becerra que no se encontraba por ninguna parte y después sentía sólo ese calor, ese olor, esas manos en su cuello sujetándolo para que no se fugara, para que saltara hacia la oscuridad o las otras luces y le dejara el hombro vacío y después sólo sentía cuando lo empujaban hacia un coche, hacia una oficina, hacia una silla, hacia un banco, hacia un camastro, tan rápidamente fui comido por el fuego, tan pocas llamas, tan poco orgullo y fuerza, debo estar y enfermo, oh, Dios, oh Úrsula, habrá andado por aquí, por entre estas carpas, murmuró alzando la cara y echando a caminar tras esos gritos y esos murmullos y esos llantos que se movían dentro de las carpas, rezos que estaban sentados, tendidos, rezos que se estaban muriendo, líbranos de todo mal amen. Mientras el humo pasaba a su lado y el resplandor del incendio agazapaba arriba, entre las tinieblas y hacia la hacia sonaban disparos y largas llamadas de las sirenas de los barcos, miró al hombre tendido bajo la carreta, a medias sentado y que lo estaba mirando, como que lo conocía, como que quería reconocerlo. Comprendió lo solo que estaba y la necesidad que tenía de hablar con alguien. El hombre estaba pasándose la mano por la cara, como si le doliera, como si quisiera repartir ese dolor hasta adelgazarlo y borrarlo. Agarrándose a la rueda embarrada se agachó un poco para pasar bajo las varas y mirando esa pierna estirada en el suelo lluvioso, una pierna esbelta, atlética, guardada en un pantalón viejo, de buena clase, mirando la sangre que fluía

despaciosamente, buscando el agua y la oscuridad, tuvo curiosidad y compasión. Se sentó en una piedra y miró al hombre.

-¿Le duelen las muelas? -preguntó.

-Siempre me han dolido -contestó el otro con naturalidad-, nunca he tenido buenos dientes.

Comprendo, conozco ese dolor y esa desgracia, los dentistas los conozco bien, suspiró asentando las palabras. Es un buen dentista, patrón, está en la misma plaza, había dicho el Becerra, míreme este diente, él me lo forró. Y era verdad también que aquel día, aquella desgraciada tarde, al empujar la mampara, vio entre las sillas doradas y los mármoles de las figuras la cara afligida, pequeñita, adelgazada por un pañuelo que se anudaba en el pelo ondulado. Está aquí, está aquí el Becerra, murmuró con estupor, sintiendo enormes y secos los labios y las rodillas le temblaban como si ellas también lo hubieran visto. Y recordaba que cuando hacía meses él le había contado sus últimas aventuras al Becerra, terminadas con la violenta muerte de Elcira, él lo miraba con un rostro sosegado, apresuradamente sosegado, como diciéndole: ¿Y qué va a hacer ahora, patrón? Ahora me ha pasado toda la plata y no se ha dejado nada para vuelto. Y después, en el juzgado, la primera vez, cuando echaba hacia adelante sus manos esposadas para mirarlas y comprender y empezar a recordar, ahí en ese cuadrito sucio y barrido, junto a la ventana, refugiado en su media luz, ¿no estaba sentado el Becerra, con la tara envuelta en una bufanda, espantoso y ardido de dolor de muelas? En muchas partes había visto después esa cara dolorida, cada vez mas delgada y miope, cada vez más blanca, aterrorizada y atormentada por noches de sopor y vela. ¿O lo había soñado? ¿O todo Valparaíso sufría de las muelas aquel año funesto? En todo caso, herido y hambriento, roto y desconfiado, ahora ya no estaba allá, guardado en el cerro, en espera de la muerte que venía viajando entre los papeles, entre las declaraciones, las delaciones, las sospechas, los susurros, los terrores, las amenazas y las suposiciones. Estaba libre, se pasaba la mano por el brazo dolorido, estoy libre, él me ha liberado, él es como yo y como el mar. El y yo hemos despertado a Valparaíso, matándolo lo hemos hecho vivir. Suspiró. Suspiró ampliamente. Se sentía extraordinariamente tranquilo, si no le doliera tanto la herida del hombro casi estaría divertido de ver que todo había sido tan fácil. Mirando los escombros, la lluvia que caía entre las luces de los reflectores, los bultos de los muertos, de los heridos, el ruido agradable de los llantos, acompasados, acostumbrados ya, tornó la cara para hacerse el hombre.

-Yo soy Dubois -dijo con énfasis, pero con cierta vacilación, porque estaba lloviendo, porque tenía frío y se sentía débil y deslumbrado ante ese mundo demasiado abierto. El terremoto ha descerrajado las puertas, pensaba.

-¿Sí? -dijo el otro con indiferencia y distancia, un tipo rubio, pálido, desteñido, transparente. Se me parece un poco, se sonrió.

-¿Nunca ha oído el nombre de Emilio Dubois? -preguntó picado, casi humillado.

-Si, ahora, ahora mismo, usted me lo acaba de decir -contestó sin ironía, sólo con rápido cansancio el otro, alzándose un poco en el suelo, apretando su espalda contra la rueda, echando una hermosa mano en el barro para sostenerse.

-¿No le dice nada mi nombre? -preguntó no ya furioso sino extrañado y curioso, mirando el erguido y desmadejado cuerpo tendido a sus pies. Treinta años, cara de empleado, de oficinista amarrado a un horrible escritorio, cara de asustado frente a la vida, de perseguido, yo que lo he sido siempre jamás tuve esa cara.

-Hermoso nombre. Francés, ¿verdad? -Alzó la cabeza para parecer condescendiente, entreabriendo los labios delgados y tristes. Suspiró anhelosamente y agregó: -Tiene usted buena cara.

-Nos parecemos un poco... -Se sonrió pensativo. Se acomodó en el barro buscando un poco de tierra dura, pero el agua se empezaba a amontonar bajo los ejes. Empujó la piedra bajo su brazo, apoyó el codo en ella.

-Todos nos parecemos esta noche -contestó el otro-, todos estamos pintarrajeados por el terremoto, todos estamos descoloridos, borrados. Valparaíso es ahora una ciudad de gente pálida.

-¿Quién es usted, qué hace, cómo se llama? -preguntó apresurado, con angustia, con premura, con cierta desconfianza y miedo. Como cuando en el juzgado quería preguntar a los pupitres, a las barandas, a las sillas, a los carretes de hilo que rodaban por los rincones, a los ratones que olían expedientes en el archivo, a las llamas del gas que se quemaba en un susurro, como soplones, como delatores, como beatas, como la maldita voz de la conciencia y del arrepentimiento y del dinero.

El otro se rió en la oscuridad y al hacerlo torcía la cara con dolor, las muelas, evidentemente las muelas. La mano pasaba con cansancio por ese rostro macilento, de barba crecida. Además se veía como torcido, un invisible escozor, un persistente estremecimiento le atravesaba todo el cuerpo, le unía esos ojos claros y hundidos en la soledad a la pierna rota. El miró esa pierna empapada, no, no era agua. El hombre lo miraba con furia. Todavía sonreía con cansancio:

-¿Trae más preguntas en los bolsillos? -dijo mostrando hacia su ropa, señalando los pliegues enormes del gabán.

-Donde yo estuve no hay preguntas, no se amontonan sino soledad entre la ropa, entre la poca que te dejan -contestó sombrío. Y miraba al Becerra cuando lo sacaban a él de la oscuridad para meterlo en la penumbra. El Becerra estaba de pie tratando de poner dignidad en su palidez, escuchando la voz monótona, casi gozosa del secretario cuando leía... de profesión cochero, antiguo guitarrista en la casa de remolienda del barrio del puerto, soplón conocido, delator a sueldo, individuo de pésimos antecedentes, detenido numerosas veces, catorce veces, cuatrocientas veces y el Becerra sonreía un poco pálido, un poco ceniciento y arrebolado y le decía, ¿no ve patrón, no me ve bien? Siempre me han dolido las muelas y aquella tarde me dolían verdaderamente, por eso, nada más, estaba yo derrumbado entre las sillas, yo no he hablado, patrón, yo no he hablado nada, no puedo hablar, me duelen las muelas.

-¿Dónde ha estado usted? preguntó el otro con finura, esperando en su rostro asustado una sorpresa. Casi rogaba y suplicaba que le dieran una respuesta terrible.

-En el cerro de la cárcel -contestó con sencillez, ya sin cansancio, mirando en la memoria el cuadro limpio de ladrillos que lo había cobijado. El lo limpiaba a veces con su bufanda, que ahora estaba sucia y como triste.

Se quedaron callados. Alrededor de ellos la lluvia descendía ceñida y desfiguraba los montones de escombros al otro lado de la avenida, los carros de los bomberos, el resplandor de los incendios al otro lado, hacia el puerto, las lejanas llamadas de auxilio, los quejidos, en alguna parte maullaba un gato con insolente y urgente hambre, lloraba a gritos una mujer, debía ir caminando o corriendo, pasaban camillas blancas, más blancas bajo el temporal. El otro lo miraba inmóvil.

-Yo soy Carlos Pezoa Véliz, -dijo.

Por ahí andaré la Úrsula, buscando entre los terrones, murmuraba, pero ¿buscando qué?, ¿qué pie, qué boca?, ¿un zapato, dos zapatos, el anillo de boda? Ni siquiera le regalé una argolla y ahora dice que se llama Carlos Pezoa Véliz, ¿pero quién es él, qué hace, en que trabajaba, a quién ha muerto, a quién ha visto morir?

-...*tu seguiste tu marcha por arriba..., yo seguí mi camino por abajo...* -dijo el otro como rezando, como murmurando, como haciéndole alguna advertencia a la lluvia o al terremoto agazapado en los escombros, entre las ropas de los muertos, bajo las ruedas de los tranvías y las victorias, bajo las patas de los caballos, esperando coger otra vez las casas para remolcarlas.

-¿No le gustan los versos?- le preguntaba ahora y comenzó a toser.

El vio el pañuelo limpio borrando esa boca y se miró sus propias manos, me estará buscando a mí entre los derrumbes o tal vez al niño, al niño seguramente, si les habrá pasado algo a ellos, oh Dios, oh Dios. ¿Te pueden llegar mis palabras?, ¿he sido demasiado malo, he sido demasiado salvajemente duro y despiadado? ¿No te puedo hablar, no te puedo preguntar en esta terrible noche? Tú sabes, aquí estuvo temblando la tierra, las casas se caían sobre la pobre gente, tú has muerto a muchas gentes con tu trabajo inútil, dijo en voz alta ahora.

-Es un trabajo inútil, verdad -dijo el otro- pero reconforta, ayuda a mantenerse vivo y en cierto modo alimenta a la tierra, aunque ella no lo sepa o lo niegue.

-Qué cosa? -preguntó desolado.

-La poesía -contestó alegre el hombre, y se quejaba allá adentro del pañuelo, echaba una tos llena de resonancia, como la pobre madama, como la pobrecita Eugenia, hundida más abajo todavía, más allá del invierno y del terremoto... Usted debe comprenderlo -agregó-, usted es francés, es decir casi un poeta.

-¿Usted lo es? -preguntó esperanzado, no sabía por qué.

-He tratado de serlo, pero ya no tengo tiempo, ya parece que no tendré tiempo, míreme las piernas, tengo la poesía mutilada, la espalda deshecha y para soportar el arte hay que tener un recio cuerpo, una hermosa carne.

*Años tenía pocos, más tenía esperanza.
Y así he visto que pocas esperanzas detienen
su marcha en esta eterna marcha y que se van lejos;
se van las esperanzas cuando los años vienen.
¿Por qué? Esperanzas mozas no gustan de años viejos.*

-Hermosos versos largos -contestó él braceando lentamente en el tiempo y la desesperanza-, me habría gustado recitarlos alguna vez en el teatro.

-¿Fue artista usted?

-Quise serlo, alguna vez quise serlo en esta América, todavía recuerdo algunas cosas...

*En est-ce assez, o ciel! et le sort, pour me nuire,
A-t-il quelqu'un des miens qu'il veuille encere séduire?
Qu'il joign.à ses efforts le secours des enfers;
Je suis maitre de moi comme de l'univers;
Je le suis, je veux l'être. O siècles, o mémoire!
Conservez à jamais ma dernière victoire!*

-¿Fue usted conocido?

-Tanto como usted, parece, ¿nunca leyó los diarios?

-Algunas veces...

-¿Nunca vio mi nombre en ellos?

-Nunca, señor, disculpe.

-Curioso -dijo sonriendo desilusionado y extrañado, mirándose las manos con estupor, como preguntándose si habían oído.

-¿Curioso por qué?

-Porque hablaron mucho de mí, a veces creo que demasiado. Y ahora resulta, después de todo, después de tanto, que nadie me conoce.

-Como a mí que me creía célebre, nadie, nadie, nadie me conoce, moriré desconocido, a pesar de que *amo lo que me asombra y no me asombra..., la luz preclara, la nocturna sombra y no me asombra..., la rima que arde... y la plácida luz que cae de ella...*

-Tiene usted mucho talento, como yo -dijo él con énfasis-, a mí me faltó tiempo para hacer lo que quería.

-¿Qué quería hacer?

-Algo simple y terrible, llegar a la perfección.

-Como yo, tiempo y oportunidad le he pedido a Dios para los poetas..., *oh Dios, déjalos cantar, Dios mío*. Y, además, hay que pedírselo a los críticos.

-¿Quiénes?

-Los críticos de toda clase y todo pelo, esos seres temblorosos que cuando usted hace algo crecen a su lado asténicos y coriáceos.

-Me habría gustado tener a un crítico literario en mi lista, -dijo él sonriente, mirando detenerse una ambulancia al otro lado de la avenida, iluminando un poco hacia ellos, mientras por lo alto del cielo cruzaban los resplandores de los incendios y los focos de los buques de la bahía.

-¿En que lista?

-En mi libreta...

-¿En qué libreta?

-Donde los anotaba a ellos...

-¿A quiénes?

-A mis víctimas...

-¿Víctimas en qué sentido?

-En el sentido total. ¿No conoce el cementerio? -preguntó lúgubre, arrastrando las palabras, casi amenazando.

-Ah, -dijo el otro, refugiándose en eso, en esas letras, en ese suspiro, mirando hacia el pero no mirándolo, mirando, seguramente, su propia soledad, su miseria, su ropa mojada, su carne rota y aterida.

El sintió piedad y miraba esa cara de grandes ojos sombríos, respirando con ansias, con verdadera angustia. Se puso de pie y lo miraba hacia abajo. El hombre se movió un poquito, se quejó, movió la cabeza para buscarlo, alzó una mano, vio esa mano delgada, nerviosa, distinguida.

-Podríamos hacer un pacto, debíamos hacer un pacto -dijo respirando con dificultad.

El se inclinó y miraba los resplandores altos, altos, del incendio que subían amenazadores devorando las tinieblas, iluminándolos a ambos, veía el rostro deshecho y la pierna rota, enorme.

-¿Qué pacto? -preguntó suavemente, deseoso de servir, sabiendo que no podía hacerlo.

-Un pacto de amistad, de complicidad, de horror, de duelo, de sufrimiento, de angustia, de esperanza, de desesperanza... Si muero yo primero, váyame a ver, estaré en Santiago.

-Tendría que ser muy pronto porque yo ya sé, más o menos, mi día -contestó sonriendo con simpatía-, en cierto sentido tengo más suerte y soy más desgraciado, me puedo preparar, vaya a verme, mi tumba será conocida, estaré en Playa Ancha, tapado por el ruido del mar, en el invierno él podrá subir hasta mi cara...

-Me habría gustado ser asesino... -dijo el otro con esperanza y furia, cogiéndose de la rueda como para taparse con ella, hundiéndose en la tierra pero sin quejarse todavía. Empezó a toser.

Y como las linternas alumbraban hacia ellos y los hombres caminaban a buscarlos, él comprendió, me habrán reconocido, tenían que reconocermé, murmuró para sí y caminó y alzó la mano para significar que ya volvía y cuando estuvo fuera, bajo la lluvia, los hombres echaron las linternas sobre las camillas y sobre los cuerpos que ahí yacían demasiado alineados y lo miraban directamente a la cara y él sentía toser al hombre, vuelto de espaldas a él y veía su soledad y comprendía que deberían recogerlo rápido y los hombres lo estaban mirando directamente a los ojos, a las manos, ¿por qué no nos ayuda, por qué no nos pasa una mano para recogerlo? y él se agachó y se inclinó en la tierra y cogió la primera mano y la alzó y supo que estaba viva y las lágrimas le corrían por la barba y vuelto a esa espalda que se remecía tosiendo, murmuraba para sí y también para el otro:

-¡Me habría gustado ser poeta!

JAIME SAENZ

JAIME SAENZ nació en la ciudad de La Paz en 1921. Es un escritor armado de su originalidad como un Caballero Andante. Seguro de una aristocracia del pensamiento y de saber expresarla con un estilo refinado, cultiva desde un comienzo, una narrativa crepuscular y diabólica. Es un dandy solitario, oficiante en una literatura de evasión, rebelde y atormentada.

Es autor de *El Escalpelo*, *Muerte por el Tacto*, etc.

SOBRE EL ESPANTO EN LOS JARDINES BAJO LA LLUVIA

En uno de los remotos confines del jardín, una gallina ha puesto un huevo después de la lluvia.

La gallina, en actitud idílica, estaba conteniéndose de poner el huevo mientras llovía.

Sus ojos redondos y rojos haciendo un ademán de elíptica en el derredor de la duración lluviosa dormitaban mientras contemplaba melancólicamente la accidentada configuración del jardín, en tanto las masas de la lluvia se insumían aquí y allá, más adentro y más arriba, más hacia la cañería en conexión con la lejana, brumosa, llena de ruidos-casa. Los pastores de alguna parte del mundo le incitaban rebelión a la gallina, pero la gallina no quería rebelarse porque tenía ganas de poner un huevo. Los pastores se alejaron a una región todavía más remota de la que vivían en el mundo y no volvieron a preocuparse de la gallina.

Terminada la lluvia la gallina salió de su agujero, fue cojeando a uno de sus lugares preferidos, se sentó cómodamente y puso el huevo sobre la tierra.

Son molestos los ruidos cuando la gallina pone huevos. Terminada la lluvia, suplantaron al ruido de la lluvia otros ruidos, extraños y exóticos para la gallina. Por ejemplo: "El cigarrillo que me has dado esta muy suelto y no se lo puede fumar", dijo una voz tras el muro. La gallina, en tanto ponía el huevo, agachó la cabeza, reclinó su lóbrego hombro y escuchando atentamente no supo que decirse a sí misma.

Otra cosa era que se sintiese el estruendo de su organismo al poner el huevo.

Distinto era que sintiese atragantarse el buche al sólo pensar en que estaba poniendo un huevo. Distinto que, mientras estuviera sentada, aplastara sin darse cuenta una araña surgida desde la humedad. Era muy otra cosa el ruido del huevo en comparación del ruido que venía de la ciudad, y de la casa que era dueña del huevo.

Todo, naturalmente, era distinto del huevo. El huevo se hallaba sólo después de la lluvia, inclusive abandonado por su madre.

El huevo no tenía novia en el exterior, porque su novia estaba dentro del huevo mismo sin poder hablar ni reír.

En el remoto paraje del jardín el huevo estaba solo, sin poder moverse ni gritar, ni emitir hipo hacia el mundo, "dónde desembocaré", le preguntó a su novia, desde adentro. La novia no le contestó porque el germen no tiene boca y la Val del germen es callada, sin mímica y no tiene configuración para poder hablar. Pero el huevo comprendió el silencioso peso de su novia. El huevo, mojado con el terroso ademán de la lluvia y con un poco de sangre de su madre estaba ahí con su rara actitud en el paraje del jardín, insuflando espanto inclusive en los escarabajos que con sus patas, poderosas y perfiladas contra el cielo, pueden tranquilamente hacer rodar por lo menos dos centímetros a un huevo en la agreste configuración del jardín.

(El escarabajo eleva hacia la noche de su coraza las antenas, cuando escucha el pito del tren) .

No se puede decir, tan siquiera dentro del campo ilusorio, que al huevo pueda dolerle algo. Acaso has encontrado alguna vez, al comer un huevo, sea frito, crudo o pasado, algo que no se

parezca al huevo mismo. Acaso, cuando alguna vez has llevado en el bolsillo un huevo, y se ha roto, has encontrado algo duro que no sea llanamente la cáscara, en pedazos, y el misterio pegajoso del huevo propiamente dicho.

Esto no has de saberlo aunque mueras o investigues durante los años que te quedan de vida. Yo te desafío. Pero, ven, siéntate a mi lado con un poco de vino, y cuéntame acerca del peso del huevo en la tierra, acerca de la gallina y de la lluvia y de los ruidos extraños que advierte el huevo. Tú sabes: acerca de todo.

"Hay una voz cálida en el medio de la noche. Es la voz del huevo que canta su orgullo y su armonía. Hay una voz cálida que retruena en el espacio y se acerca a la teoría de la transmigración".

"Esa voz es tu voz y la voz de tu amada, y esa voz es la voz de todos los muertos porque tú y ella conocen el secreto de los muertos".

"En esa voz está el secreto de todo; en esa voz está yéndose tu alma y el alma de todo; que te inyecten algo y te librarás de escuchar esa voz que te imprime el huevo".

"En medio del espanto de la mañana; en los derredores del cielo azul; en la ráfaga del viento que se estrella en las colinas distantes, existe una gradería roja donde se siente la emoción espantable".

"Alguien muy de mañana ha ido a la gradería roja, llevando ex profeso un huevo para proporcionarle distracción. El huevo está callado en el bolsillo, pero escucha y siente todo. Inclusive la actitud extraña de las gentes que acuden ufanas a la gradería".

"Una voz, cálida e ingenua, una voz vestida de moderé, una voz bajita y triste, de triste, canta en el aire libre:

*Pequeña,
Yo te llamo mi pequeña,
Pequeña,
Pequeña...*

"El huevo junto a uno se emociona; y al finalizar el festival, estalla".

"El huevo tiene en sí toda la emoción de la lluvia y del germen de la amada".

"Uno lo lleva en forma líquida a su casa, saca cuidadosamente el forro del bolsillo, y vierte el espíritu del huevo en la sartén y fríe el espíritu del huevo".

"La melodía bulle en la sartén como si la psiqui fuera música y es entonces cuando uno finge aprehender la esencia y la dicha de haber conferido felicidad y término al huevo".

"Esta es en parte, alma de mi alma, la historia del huevo puesto en la tierra del jardín después de la lluvia".

"Para finalizar he de decirte que hay que tenerle pena y horror al huevo porque es callado, elíptico y substancial; y porque en su inmensa y dulce humildad, tiene más impulso que el Apocalipsis; y además porque vale más que un hombre, desde el momento en que el hombre no sabe el misterio del huevo, en tanto el huevo sabe el misterio del hombre".

"He tomado vino a tu lado. Te he contado parte de la historia del huevo y ahora me retiro sin decir una palabra más, contento de haber cumplido una misión contigo".

Mi anterior fuente de información se fue con los ojos rutilantes. Voló hacia la lejanía después de decir sus últimas palabras.

Escupió una saliva pura -tan pura como no tienes idea- y sacándose los zapatos para no hacer ruido, un pie aquí, otro allá, se alejó en dirección a las regiones inefables y dulces donde tienen su origen la música y la respiración.

Por mi parte consulté directamente con el huevo. Tuve que desarrollar un procedimiento inventado con devoción. Primero escuché "Los tres granaderos" y luego "No me digas buenas noches". Puse el huevo sobre mi mesa y le dije: "Voy a dormir y durante el sueño me comunicarás tus secretos".

Después de larga espera me dormí. Obedeciendo a mi llamado el huevo ingresó pausadamente por mi oreja izquierda y se posesionó en el fondo cantando una larga canción.

Me dijo:

"Soy muy solo, y no puedes imaginar lo que siento cuando yo -que tengo voz le hablo a mi novia, y no puede contestarme porque no tiene voz. Es por eso que yo canto largas canciones de despedida".

"No puedo solucionar mi problema simplemente con el germen, porque es muy callado y oculto. Para dar algo necesita impulsión exterior, sea de amor o de espeluznamiento; pero yo, así tal como me ves, no puedo hacer esto por su cuenta".

"Tengo yo, huevo, mucha ternura por ti, pero no puedo hacer nada. No se puede conferir a la gallina más capacidad de la que tiene, ni hacer que actué por su cuenta porque la casa es dueña de ella. Tampoco se puede hacer que nazca de otra fuente, porque así dejarías de ser huevo. Anda, rueda por los derredores del jardín después de la lluvia y ruega que alguien alguna vez te lleve a un espectáculo al aire libre".

"Mientras tanto, yo oraré por ti a mi alma y al alma de mi alma; almas que tienen una fuerza que tú no imaginas: mayor y más aterradora que la fuerza que tiene tu soledad".

CARLOS SANTANDER

CARLOS SANTANDER nació en Santiago en 1933. Ejerció el magisterio en la ciudad de Valdivia y más tarde integró el equipo de investigadores del Instituto de Literatura Chilena, donde se especializó en el estudio de la nueva narrativa hispanoamericana, particularmente en las obras de Cortázar, Vargas Llosa, Carpentier, Rulfo y García Márquez. Desaparecido el Instituto, pasó a ser profesor de literatura hispanoamericana del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Su única obra publicada es *Escafandras* (1968), selección de cuentos que obtuvo el Premio Alerce de la Sociedad de Escritores de Chile.

VIAJE A ACAPULCO

(divertimento)

Yo creo que todo fue culpa del psicólogo.

Aunque -si hablamos con absoluta sinceridad- tendría que decir: "yo creo que lo que sucedió fue -en gran parte- culpa del psicólogo".

Y aun -ya con el corazón en la mano- la frase tendría que quedar: "yo creo que, en parte, lo que sucedió fue culpa del psicólogo".

Lo que falta en la responsabilidad de lo sucedido es deuda que debe cargarse a mi cuenta, porque cierto es que lo insólito siempre me ha producido admiración y tampoco deja de ser verdad el hecho de que sea un inveterado enemigo así de lo inútil -periódicos de provincia, ilustres municipalidades, Ministros de la Corte, clubes de abstemios, señoras de la Cruz Roja -como de todo aquello que va tomando la deslucida forma de un hábito.

Tal vez por lo mismo, nunca me ha costado sorprenderle a la existencia su lado inverosímil y no me extraña que en la vida real, de pronto, salte una liebre. Lo que me desespera es que la gente carezca de ojos para hechos tales cuando la sensibilidad para ellos se adquiere con sólo olvidar un tantico los cepillos de dientes a las 7.45, el micro a las 8.20 y la tarjeta en la oficina o en la fábrica siempre a una hora en punto.

Para evitar confusiones con tal ralea humana, me he ejercitado en combatir constantemente lo ordinario. Como mínima terapéutica, cuando llego a casa y veo a mi señora, la saludo con un "¡qué gusto de conocerla, madame" o le pregunto -muy asustado- a qué hora hay que evitar que nos sorprenda su marido. Algunas veces, es claro, para no caer en el hábito del antihábito, llego a mi casa como si llegara a mi casa.

No cabe duda que desconcertar y saber desconcertarse es la más sana virtud que puede poseer un hombre contemporáneo. Es la única profilaxis valedera para la vorágine que se aproxima de aquí a algunas décadas y para la cual -según reza el editorial de hay en este miserable diario de provincia- no estamos mentalmente preparados. Por eso, cuando más arriba he dicho que es posible que en cualquier parte de la ciudad salte una liebre, más de alguno -sobre todo si es filólogo- habrá pensado que se trata de una "trillada metáfora extraída sin gusto de un decir popular"; y más de alguno lo habrá pensado, menos yo y todos aquellos que un día íbamos en el micro hacia nuestras reglamentarias obligaciones cuando vimos cómo un conejo atravesaba en diagonal la avenida, eludiendo los monstruos que pugnaban por aplastarlo. Para el conejo debió haber sido muy desconcertante encontrarse con un micro. Para nosotros, fue insólita su aparición a las 8.20 de la mañana, de una mañana invernal de siglo veinte; hasta un perro se le quedó mirando -no diré con la boca abierta- pero sí con la pata en alto.

Pero, si bien recomendamos esta virtud, hay que advertir sobre un riesgo (es, en parte, el riesgo que corrimos Parrita y yo). Entusiasmarse con lo insólito más allá de la cuenta, andar detrás de él con apetito maníaco, transformando lo espontáneo en archivador de juzgado. Y eso no está bien. Es trampearle a la existencia, es hacer un poco de surrealismo. Y eso no está bien. No está bien que yo suelte un conejo en la avenida, me suba a continuación al primer micro que encuentre, para gritar luego, en el ápice de la admiración: ¡Miren! ¡Un conejo!, mientras un pobre y espantado perro se traumatiza -quizá para siempre-, al pie de un poste.

Por eso digo que, en parte, todo fue culpa del psicólogo.

Yo no lo conocía. Cuando me avisó el vigilante que tres personas me esperaban en la guardia, me sorprendí bastante -lo prometo-, sin la menor intención de inventar una sorpresa. A las seis de la tarde de un día domingo, en mi cárcel, todas las visitas ya se han retirado, todas -tanto las que querían verme como las que deseaban que yo las viera. No es justo, entonces, que tres personas se presenten a las seis de la tarde. A esa hora, las sorpresas vienen de adentro de uno mismo, no de la guardia. Interrogué al vigilante:

-¿Son personas conocidas?

-No -me respondió. Al parecer, no han venido nunca.

-¡Ah! Entonces deben ser mis abogados -comenté.

Pero mis abogados eran dos. En la cabeza, creció un enigma trinitario. Apareció como un imprevisto furúnculo que nos hace recordar que poseemos cabeza. Me concentré en la tercera persona. Tengo una rara capacidad en este poco frecuente ejercicio, una rara capacidad. De inmediato descubrí que dos de las tres personas eran mis abogados (luego verán que yo había acertado) y que la tercera persona bien podía llamarse el "lengua de fuego" en homenaje a la tercera persona de la Trinidad. Mi virtud que es excepcional -insisto-, me ha deparado siempre precogniciones sorprendentes. Me casé con quien quería casarme. Entiéndaseme bien; me casé con quien quería casarme antes de conocer a la mujer con quien me casaría. A fuerza de concentrarme, mi primer hijo resultó hombre y mujeres las cuatro que siguieron, a fuerza de concentración. Y de tanto pensar en un mundo tranquilo, en que la sucesión de los días fuese incruenta, sin vencimientos, me tuve que mirar un día en un escaso espejo de un baño de la cárcel.

Cuando mis dos abogados anticiparon sus manos para saludarme, comprendía que mi capacidad permanecía intacta. Yo había pensado que eran ellos la primera y segunda personas de la guardia. Y eran ellos. Saludé a ambos. A uno primero; al otro, después (Yo había elegido a dos abogados para que me defendieran: uno inteligente, el otro sentimental. Cerebro y corazón. Decisión no. Es lo único que poseen los jueces). El "lengua de fuego" tenía que ser un desconocido. Estaba allí, bajo, de lentes gruesos, con impermeable blanco y un extraño maletín negro que le colgaba de una mano.

Pero una columna hizo ¡crac! en mi ordenado mundo. Todo empezó entonces. Levántese usted, como todos los días, a las siete de la mañana. Mientras piensa si el agua del baño está caliente y en la necesidad de romper el tubo de pasta dentífrica, porque le parece que en la noche anterior se había agotado, está usted diciendo ¡dónde diablos dejé las zapatillas! Mira debajo de la cama. Detrás de la bacinica... hay un hombre mirándolo.

La nariz respingada y gruesa incitaba a la fácil asociación de que tenía cara de chanchito. ¡Crac! Yo lo conocía.

-Yo lo conozco a usted -le dije bastante conmovido.

No me respondió. Hubo un silencio. Me miró con ojos fríos y algo que creí que podía ser apetito. -¡Miserable! -me insulté a mi mismo. ¡Te has equivocado! -Y me sentí convertido en una bolsa de afrecho.

En adelante la cosa fue fácil. Se retiraron los abogados. Nos quedamos solos el psicólogo y yo. Nos instalamos uno frente al otro, el en la silla rotatoria de la oficina del capitán de prisiones. Le dije mi nombre, mis señas familiares, los pormenores de mi delito y, en seguida, nos fuimos adentro, adentro, cada vez más *adentro*. Me hizo los test del caso. Tuve que contarle historias mías y también tuve que inventarle historias a pedido suyo.

Detrás de su cara porcina, encontré un hombre amable y simpático, atento,

remontando egos, ellos, superegos, conscientes, subconscientes, inhumano. Quería sin duda ayudarme. Para eso me hizo ingresar al pozo de cientes, inhibiciones y complejos, transferencias que se insinúan y que mis desdichas, de mis aspiraciones, de alma lesionada por los traumas y los revientan en contratransferencias, culpas y descargos, creontes, edipos, clit-grillos de la cárcel, por la distancia de los seres míos. Fue doloroso. Lloré menestras, prometeos con cadenas y buitres en el vientre y más, que más, varias veces. Me daba lástima tener que contar tragedias a tantas tragedias que contra más, y me prestó su lengua de fuego que siguió ardiendo en- por minuto. El no tenía mucho tiempo. Por eso me pedía por favor que le tonces en mi cabeza y ¡crac! y él daba vueltas a gran velocidad en la dijera prontamente qué veía en esos cuadros que me ponía a la vista, que silla giratoria, para desconcertarme y yo le decía cosas mientras lo odia- inventara historias con ellos. Era inútil para él, para conocer mi psicología. ba, lloraba de odio, ante ese loco que giraba tan vertiginosamente, en Mientras narraba, me parecía a ratos dulce el ejercicio, como una danza verdad, más que loco, cacatúa del espacio o puerco o ave tridimensio- con momentáneos desfallecimientos ora a la izquierda ora a la derecha, que nal, guanaco supersónico, psicólogo a chorro, que me hacía danzar, ahora se interrumpía, porque el psicólogo me exigió que le narrara los hechos sobre la mesa con las manos juntas debajo de las mejillas -¡oh qué más significativos de mi infancia. Recordé caóticamente varias cosas, lectu- hermoso vals!- inclinando la cabeza ora a la izquierda ora a la derecha ras, sueños, anécdotas, problemas familiares. Pero pronto me di cuenta que y los staccati que terminaron cuando tropecé y me caí -cuando niño el recuerdo me era demasiado doloroso y que no estaba bien que me queda- era- sobre sus rodillas. Me puso boca abajo y yo lloraba mucho con ran residuos de la infancia. De otra manera no se podría madurar, me dijo los golpes que me daba con su cartera negra, llena de osos hormigueros, el psicólogo. Y verdaderamente es necesaria madurar, porque tengo mujer, manchas de tinta, hienas, niños solos, arrugas, trenes sin locomotora, un hijo, cuatro hijas, responsabilidades de hombre grande. Fue dolorosa, víboras que mudaban de piel, ríos marcha atrás que no podían dar con pero me abrió luces la charla del psicólogo. Y decidí en ese mismo momen- la montaña, madre sin tetas ¡ay dolor!, hermanos polifémicos, arañas con to, darme un baño de tina, cuando llegara a mi casa y viera que mi familia patas de alcachofas, tías sobornables ¡ay dolor!, yo no quiero mama- está intacta y que yo estoy bien, a pesar de la charla que me obligó a man- dera, quiero mi pasta die dientes, donde están mis zapatillas, el baño de tener. ¡Crac! tinta sin escorpiones, mi casa, mi hijo mayor, mi mujer, mis cuatro ni- ñas, ¡ay dolor! ¡ay dolor! ¡por favor, señor psicólogo! ¡Crac!

Al segundo día de entrevistas, el experto puso cara de preocupación. Debía regresar y los abogados exigían las conclusiones. Pero mi estado de ánimo le preocupaba seriamente. No estaba bien yo. Algo no funcionaba en mi cabeza. Había perdido confianza en mi mismo, en mi capacidad de concentración y algunos disparates -sentir el hígado en el costado izquierdo, extasiarme en la meñiquez del dedo meñique, indignarme por tanto norteamericano muerto en el Vietnam- insinuaban un virtual quebrantamiento de mi salud. Decidió, entonces, partir, pero antes de eso, despedirme con una sesión de relajamiento.

Y como a mí me han sucedido cosas...

...He atravesado la Plaza de Armas de la ciudad cargado de grillos. El Ministro de Visita me aseguró que -una vez finalizado el sumario- me presentaría sus excusas.

Alguna vez han puesto en duda mi hombría. Tengo un hijo, cuatro hijas y una mujer legítima.

Estoy desde hace seis meses en la cárcel. Un día me llamaron a comparecer ante un juzgado diferente al que me procesa para notificarme que un buen hombre había sido mordido por mi perro.

En otro biocuento narro un motín que presencié -más bien que escuché desde debajo de un catre. Pues, ahora lo inverosímil verdadero: estando debajo del catre me golpeó en la cabeza una bala, muerta.

En la cárcel, he tenido que aprender a contar de atrás para adelante -empecé en ciento cincuenta y tres, ya voy en ocho- para poder ir sabiendo el número de mis amigos.

Mi proceso lleva seiscientas treinta y cuatro ¡fojas!...

Y como a mí me han sucedido realmente, poco me costó entregarme al lento ritmo de las palabras del psicólogo. Así fui perdiendo la capitanía de mis músculos, el dominio de mis ideas, mientras él -de pie, severo, ante mí- monótonamente me daba órdenes paradisíacas: "Relájese... suelte los músculos... así... sueltos... sueltos... sueltos... piense en los dedos de los pies... así... suéltelos... eso es... ahora las piernas... el pecho... la cabeza... así... así... así... eso es..., eeeeeesssoooo eeeeeessss ...

Fue un olvido breve, mezquino, un olvido que se olvidó de sí mismo, un olvido lamentable, pacato, desproporcionado en su relación con la cuantía de lo que era dable y oportuno y recomendable olvidar. Fue desgraciadamente, un ratito de olvido, apenas una cucharadita, más bien un fugaz paladeo del olvido.

Así y todo, cómo describir esa felicidad inmensa con que surgí de la sesión de relajamiento. Recuerdo que había sol cuando salimos de la oficina y que una brisa suave se encargó de limpiarnos los pulmones maleados por la insalubridad del encierro. Los pasos que di al caminar fueron seguros y, para satisfacción mía, en el pecho me apretaba un poco la camisa. Fui sonriendo a estrechar la mano que me anticipaban los abogados, e, incluso, tuve orejas para escuchar cómo fuera de la cárcel, en unos árboles desnudos, piaban algunos pajaritos.

-¿Cómo se siente? -inquirieron- (me refiero a los abogados) .

Yo no estaba en la cárcel. De espaldas en la arena, sentía la tibieza plácida del sol sobre mi pecho, sobre mi barriga, dando vueltas alrededor de mi ombligo. Olía el mar. La sal hinchaba mis pulmones, satisfechos de algas, espuma de olas, gritos de gaviotas. Con una palita y un balde, mi hijo mayor tapaba con arena mis canillas. Arriba, espejo del mar, el cielo azul en marco de oro, infinito hasta el fondo. "Cúbreme con arena tibia, menos los ojos". "Ya papito" -y me sonreía con ojitos de conejo.

Entonces, le contesté:

-Me da la impresión que he pasado una semana en Acapulco.

En la vida -mientras no se haga tarde- hay que aprender cosas. Entre ellas, dos o tres reglas de oro. Efectivamente, hay verdades muy simples, a veces de sangriento aprendizaje, con las que uno no se encuentra nunca. De pronto surgen con todo el esplendor de su evidencia. Son verdades viejas y errantes a través de los siglos. Se dicen en los rotativos, en las fuentes de soda, en las tomas de aliento postcoitales, en los micros, en las universidades. Están en las bocas de los niños, de las bisabuelas, de las empleadas domésticas, de los sacerdotes. Están en los avisos de que tome usted Coca Cola. En fin, en cualquier parte. Sin embargo, por evidentes no asombran. Debe suceder algo para descubrirlas. Yo siempre había escuchado que las palabras comprometen.

-Don Carlos, ¿una palabrita, por favor?

-Diga no más, Parra.

-¡Pero aquí no pu', don Carlitos!

-¿Usted quiere hablar en privado?

Asintió con un movimiento de cabeza. Lo tomó del brazo y lo hice pasar a la piececita que sirve en la enfermería de comedor y cocina. Estaba preocupado, Parra. Pensé que iba a pedirme dinero. Un apuro cualquiera, un niño enfermo. Nunca lo había hecho; era un hombre con bastante dignidad. Sin embargo, yo había visto cosas... Tal vez querría un escrito para el juez o un consejo sobre sus problemas de faldas. Quién sabe que querría. Mejor esperar a que el mismo lo dijera.

-A ver Parrita, que problema tiene.

-Don Carlos, este, yo...

Ladeaba la cabeza. Le brillaban los ojos con luces de picardía, como demostrando estar enterado de un secreto, pero temiendo la repercusión que podría acarrearle el repetirlo. Empezó a hablar a tropezones, para después decirlo de una vez.

-Mire, don Carlos... este... que yo... Usted sabe que yo estoy "precioso" por esa cuestión de la cabra. La jetona dice que tiene once años, pero es más corrida que la línea del tren y tiene como quince, segura. Y mi patrona está más enojada que la mierda. Pa' más remate, tengo tres cabros enfermos. Y "precioso" no puedo ni trabajar. En las mañanas amanezco con dolor de cabeza, seguro porque ni duermo pensando en todo lo que me pasa. Y no tengo pa' cuándo salir.

-Bien. ¿Cuánto quieres? Tú sabes que yo no tengo mucha plata.

Me miró sorprendido, casi indignado.

-¡Psche! Si no se trata de eso, don Carlitos.

-Perdona, hombre; pero dime entonces.

Esta vez me fijó los ojos, concentrándose en lo que pedía:

-Supe, don Carlitos, que usted se mejoró de los nervios con ese pichicólogo que vino... y que me contaron, don Carlitos, que uno queda rebién con ese viajecito a Acapulco.

A la mañana siguiente, tres a cuatro personas me esperaban en la puerta de la enfermería. El practicante estaba extrañado de que fuera precisamente a mí y no a él a quien necesitara tan temprano un número desacostumbrado de gente. Se mostró, además, un poco molesto con ese corrillo. Pensaba -llevado de un explicable amor a la humanidad, dada su profesión-, que mientras más despejado el acceso, mejor, menos enfermos.

-Don Carlos, tengo a mi mujer enferma. Ni comida puede traerme. Siete meses llevo aquí, parece que no tengo pa'cuando. Por un par de gansitos, don Carlos, cinco años es mucho. Claro que antes fue una gallinita. No me siento bien, don Carlitos y créame que no tengo pa' cuándo. Por favor, don Carlitos, mándeme pa' Acapulco!

-Don Carloncho, usted sabe: robó con fuerza me dijo el juez: con fuerza pa' correr digo yo, porque los cajones estaban en el camión, ahí, a la manito las naranjas. Y pa'más se las fui a vender al mismo ñato que se las había comprado al camión. Tres y uno me tiraron. Y pa'qué le

cuento la de palos que me dieron los buitres. Querían que confesara un homicidio. ¡Psche! ¡Estaban locos! Usted sabe que yo no trabajo pesado. "Esta rebuena la mierda de caballo" -les dije. Todavía tengo el gusto. Por eso que ahora, cuando como, gomito. Parrita me contó que usted tenía un remedio, que se lo había dejado un pichicata o pichicólogo o qué sé yo. Y que con él se podía ir a Acapulco un ratito.-... a mí me manda el juez pa' Quellón, señor, pa' Quellón de Chiloé, allá en el sur y resulta que soy de Quellón de Ñuble, señor al norte. Y los vigi no quieren llevarme pal otro lado, porque es orden del juez, señor. Pero yo no quiero irme pa' ninguna parte, porque mi mamá, allá en mi casa, me llevó a los carabineros pa'que me dieran de palos. Por favor, yo no quiero ir a otra parte que a Acapulco, señor.

-Don Carlitos, yo quiero...

-Don Carloncho, yo...

-Don...

A las once de la mañana había veintisiete personas esperando en la puerta de la enfermería. No era habitual. Comúnmente nadie se interesaba por aspirinas. El señor practicante montaba guardia, muy nervioso, frente a la segunda puertecita de la enfermería la del comedorcito y cocina. Entre uno y otro paciente, aprovechando que la puerta se abre, me dice indignado:

-¡Esta loco usted! ¡Ahora se le ocurrió hacerles escritos a todos los presos de la cárcel!

Le explico que no son escritos. Que no pueden ser escritos, porque yo no se nada de leyes. Que además los escritos sólo sirven para meter más presos a los presos. Que si uno presenta un escrito le tiran dos años, si presenta dos escritos, le tiran cuatro años, que si presenta... Le explico que todo el mundo tiene perfecto derecho a viajar a donde se le ocurra. Que él, por ejemplo a los cuarenta y cinco años, también tiene sus desgracias auestas, porque es viudo de tres mujeres que no le han dejado hijos y no ha podido casarse una vez más por esa maldita enfermedad al hígado que lo tumba en cama cada quince días (aquí ya asiente el practicante) , que lo pone de mal humor, que le impide practicar el amor al prójimo, ser bueno, ser generoso, darse una comilona de carne de chancho bien regada con blanco y tinto, viajar en barco, a Buenos Aires, a El Callao, que no le permite...

El practicante salió dando saltitos de alegría. Ni siquiera se sorprendió por los sesenta y seis presos que esperaban en la puerta. Los miró compasivamente cómo hacían cola allí en el patio, esperando impacientes llevar el ancla de sus problemas.

-Sólo les pido paciencia y orden, señores. Todo lo demás vendrá por añadidura. Si alguno de sea tratarse conmigo -¡no, esta vez nada de aspirina para el reumatismo!- puede pasar a mi oficina. "Usted y usted y usted? Muy bien, perfectamente bien. Adelante no más.

Mientras avanzaba seguido de algunos reos hacia su oficina se frotaba satisfecho sus manos. "Perfectamente bien, acapulquianamente bien". ¿Le puedo ayudar? -me había preguntado- ¡Pero nada de aspirinas, eh! -le había advertido.

A las dos de la tarde se formó el tumulto. El capitán daba voces que parecía no entender nadie. Más de cien presos se apretujaban en el patio, frente a la puerta de la enfermería. No hacían caso a nada y parecían estar dispuestos a todo. Les resultaba intolerable que un buen número de sus compañeros anduvieran por aquí -en el mismo patio- y acullá -adentro, en la población, sin rejas que separaran aquel de ésta- repartiendo sonrisas palmadas en la espalda, súbitas exclamaciones de buen humor o que se quedaran por breves momentos estáticos, pensando la visa como indolora, mirando el poco cielo que, a ratos, la cárcel deja ver. Como les resultaba odiosa esta realidad discriminante, gritaban que me apurara, que ya estaba bueno de tanta espera, que no importaba que el viaje de ellos fuese más corto, que exigían su derecho -también a ellos los angustiaban sus problemas, también los podrían sus problemas-, querían

sonreír -¡miren al "chalala"!, ¡miren al "gaviota"!!- también, después que yo los atendiera, puesto que el paciente y Parrita, aunque en lugares distintos, no daban tampoco abasto.

El capitán, con voz potente, gritaba, se desgañitaba, exigía que se retiraran, que no era correcto eso de destruir el letrero que decía ENFERMERIA para colocar otro que decía ESTACION PA' ACAPULCO, que ese Parra estaba loco volviendo loca a la gente allá atrás en la población, que exigía hablar conmigo, porque ¡quién me chicas, era el que mandaba aquí!: ¡el demonio o él!, que si no, llamaría al alcaide, que vendría el intendente, aparecerían los jueces, ¡en persona los jueces! y todos a la celda chica y para todos palos, garrotazos, puñetes, bofetadas, ¡el infierno vivo para todos!, aunque reconocía que era lindo Acapulco, que él lo había visto en películas y que era cierto que María bonita, la de Acapulco, era bonita, pero que, por favor, ya no podía más, esto es cárcel -gritaba- no hay derecho, busquen ser felices de otra manera, ¡señores, amigos, compañeros, compañeritos! ¡reos de mierda!

Con mil promesas y no poco esfuerzo, conseguimos el capitán y yo convencer a la gente que se retirara -por un ratito no más- a sus lugares de trabajo en la población. Un momento después, todo quedó silencioso y tranquilo. Con un pañuelo, el capitán se secó el sudor que le corría cara abajo. Resopló.

-Tengo tantos problemas -se excusaba- y encontrarme ahora con que la cárcel se está convirtiendo en casa de locos. ¡Es el colmo! Yo no aguanto más. Mi situación me aflige. Con todo el empeño que pongo, no puedo solucionarles el problema de los reos -¡son tantos! ni puedo dedicarme a los míos, que no son menos.

-Mire, capitán, el dilema es simple: el barro o las estrellas.

El capitán miró a su alrededor. Estábamos en el andén de las visitas. Por uno u otro lado podría aparecer el tren (es el patio de entrada a la cárcel. Treinta y dos pasos de largo, seis de ancho). Plataforma de cemento al centro; a los costados, dos mínimas calzadas que miden cada una un paso. Entrando a la cárcel, a la izquierda, puertas de madera -siempre cerradas- que guardan celdas de incomunicación. A la derecha, las ventanas con barrotes de la enfermería y la puerta que da al pequeño comedor. Arriba, un alero negro, inclinado, de planchas de cinc. Donde termina el alero, un pedazo de cielo gris. Los martes, jueves y domingos aparecen las bancas, sobre la plataforma; a las dos de la tarde, llegan las visitas. El patio se llena de bancas, reos y visitas. Las bancas, a lo largo del patio; escrutando rostros las visitas, los reos, mirando hacia otra parte, hacia los terminales, hacia la puerta de salida o la puerta de entrada a su población. La gente que viene de afuera mira las calzaditas, los tijerales triangulares del techo que cubre el interior, las ventanillas con barrotes, el alero. -"Parece una estación, ¿verdad m'hijito? -Sí, pero ¿y el tren?-. Claro, es cierto, el tren no pasa nunca, no parte, nunca llega, pero parece una estación ¿verdad? -Sí, pero ¿y el tren, mujer? ¿Dónde esta el tren?

-Vamos al comedorcito, se lo ruego -el capitán me toma del brazo.

-Vamos, capitán. Usted manda.

A Parrita se le había pasado la mano. Su entusiasmo era explicable, pero se le había pasado la mano. Yo se que tenía buenas intenciones, que sus propósitos eran nobles, que no quería él otra cosa que la felicidad de sus compañeros de prisión, esa misma felicidad que el había hallado de improviso, al desgaire, a la vuelta de una esquina pero que le quemaba las manos como candentes estrellas o tal vez -como felicidad que era- creyó que había que compartirla a pedacitos, un pedacito de felicidad, un pedacito de estrella, ardiendo en las manos sucias, callosas y fuertes de los buenos hombres apellidados reos. A Parrita se le había pasado la mano cuando el capitán abandonó el comedorcita en que viajó a Acapulco.

Docenas de reos tenían cara de felicidad, estaban radiantes, formaban rondas ("mandandirum-dirum-da, que quería su señoría, yo quería la libertad") , daban saltos acrobáticos,

jugaban al trencito tomando a los vigilantes de las correas, haciéndolos avanzar como locomotoras (uh-hu-uh) o sacaban las camillas de la enfermería para usarlas como sillas de playa, algunos también jugaban al paco ladrón con los vigilantes o al libre preso y cuando tocaban a uno en la espalda venía otro y con un golpe lo salvaba. No faltaban algunos pescadores que descansaran chapoteando con los pies en las manchas de agua del patio o quienes hicieran justicia desde lo alto de los mesones donde se conversaba con los abogados u otros que encumbraban volantines desde los techos de la cárcel o anduvieran a caballo de unas cuantas metralletas o utilizaran las pesadas bolas de hierro para lanzarle a los bastones de los guardias colocados en hilera como palitroques.

También habían algunos por allí -¡buena cosa este Parrita!- que se movían como hombres cibernéticos, absolutamente hipnotizados, ambulantes hipotecas, ancilares de la voluntad de Parra. Lo más grave sí eran los descontentos, los que no habían alcanzado atención, prontos ya a un nuevo asalto a mi comedorcito, a la oficina del practicante o al orden, que el mal entendido entusiasmo de Parra había instaurado. En verdad, toda la situación pecaba por Acapulco de más o Acapulco de menos. Algo había que hacer.

El capitán dio las órdenes del caso. Vino Parrita, vinieron doscientos, vinieron todos los reos de la cárcel, sanos y enfermos, contentos y descontentos.

-¡A la "chica"! -gritó el capitán. (No lo digan, pero más de alguno se dio cuenta que gritó sonriendo) .

Al oír el latigazo que hacia mención a la celda del castigo, dieron un salto los hispnóticos, regresaron de su mundo los paradisiacos; menguaron su ira los exaltados. A Parrita el miedo lo hizo dar diente contra diente.

-¡Traigan las bancas! -ordenó el capitán.

Todos corrieron. El andén se llenó de bancas. Querían ponerlas a lo largo, como en las horas de visitas. Pero el capitán lo impidió. Explicó que estas tenían que ser puestas a lo ancho. Al verlas así, todos, sin esperar órdenes, se sentaron en ellas, tranquilos, serenos, sin temor. Entonces, el capitán me indicó con un gesto de cabeza que empezara. El tomó asiento, sin escrúpulos, en las mismas bancas en primera fila, al lado de los reos. A Parrita le brillaban los ojos y, como siempre que está contento, se le hacia un abanico de arrugas en los rabillos.

Todos guardaban un gran silencio. Miraban la puerta de la salida, las calzaditas de un paso, los tijerales del techo, el alero, las ventanillas con barrotes donde se atendía a los pasajeros, alguien sacó un pañuelo cuando empezó a escucharse el chucu-chuco después del primer sacudón que siguió al chirriar de frenos que hizo olvidar el humo y el pitazo del tren y el pan amasado que se había quedado allá, allá lejos, en la estación en que el tren inició su lenta marcha, lenta, lenta, un ratito después que yo ordenara -un poco triste quizá de verlos tan buenos (¡oh, el psicólogo!):

-¡Relajarse! ¡Suelten los músculos!... suelten los músculos... así... sueltos... sueltos... sueltos... sueltos... piensen de la rodilla hacia abajo... suelten los dedos de los pies... así... así... ahora las piernas... esto es... los brazos... la nuca... ¡por favor, suelten la cabeza!... así... así que viene la arena... y luego el mar... para bañarse en el mar... que es tibio el sol y sin límites... el mar... en Acapulco.

RAUL BOTHELO GOSALVEZ

RAUL BOTHELO GOSALVEZ nació en la ciudad de La Paz, en el año 1917. Sólo el temperamento y la sensibilidad de este escritor pudo salvarle de caer en los tremedales del "indigenismo" y de la narrativa estereotipada de tendencia social. Bothelo Gosalvez cava hondo en la entraña psicológica del autóctono boliviano, pero amplía y universalmente, con la hondura de un verdadero psicólogo capaz de descubrir secretos inéditos en el alma antigua y ancestral del nativo. En forma espontánea y vigorosa interpreta el paisaje estepario, subrayando el contraste de aguafuertes de la naturaleza agreste del mundo cordillerano de su patria.

Es autor de *Borrachera Verde* (novela), *Coca* (novela), *El Descastado*. *Historia gris del Tata Limachi*. *Los Toros Salvajes*, etc.

LOS TOROS SALVAJES

La noticia llegó con el mayordomo de la finca. Un grupo de colonos que habita cerros arriba, en las profundas rinconadas donde comienzan las grises y desnudas escarpas de la cordillera, le había informado de modo escueto y esperaba en el traspatio que el patrón decidiera lo que debía hacerse. Por cierto los colonos parecían tranquilos, aunque más allá de la inexpresiva rigidez de sus rostros cortados en piedra se hallaban impacientes por saber si aquella vez la mano del amo iba a abrirse generosa. Desde medianoche caminaron para llegar a la casa de hacienda antes de que el sol, con su ascua viva, empezase a dorar el espléndido contorno. Querían hallar al patrón cuando éste saliese a vigilar los trabajos de limpieza en los platanales que verdean junto al río, al fondo de la ardiente vega yungueña. Encontraron en el corral al mayordomo que ensillaba la cabalgadura del terrateniente y, primero en coro, luego de a uno, relataron lo sucedido.

Don Pedro Iturri, el hacendado, mientras ajustaba las correas de sus espuelas escuchó la noticia sin inmutarse. Sorbió el pocillo de café tinto con que se desayunaba, y antes de montar llamó a Lauro, su primogénito, y le dijo:

Acompaña a los colonos y lleva la calibre 44... No te acerques mucho y procura dispararle a la paletilla izquierda o en un ojo.

Luego clavó espuelas y salió al trote por el ancho portal, camino del extremo meridional del latifundio.

Lauro tenía diecinueve años y pasaba sus vacaciones junto al padre; dentro de dos meses volvería a La Paz para alistarse como conscripto en el ejército. Poco tiempo tardó en reunirse con los colonos, y allí se enteró de todos los detalles. Llevaba la carabina y un morral con alimentos para el almuerzo.

Los cinco peones y el hijo del amo salieron, pues, casi junto con el sol, y tomaron por un atajo hacia las altas y distantes cumbres emergidas de un espeso poncho de nieblas que los rayos del sol empezaban a desgarrar lentamente. Camino de cabras, empinado y difícil, trazado en permanente zigzag por el paso de muchas generaciones de indios campesinos; el aire olía a hierbas húmedas y humus removido. Con largo chillerío pasaban bandadas de loros y, a veces, entre los matorrales, anunciaba su corto vuelo la perdiz.

Los colonos iban silenciosos, pero se notaba que estaban contentos de no haber hecho el viaje en vano.

Pasado mediodía, cuando tras de tan larga trepada la fatiga se dejó sentir en los caminantes, se detuvieron a merendar, protegiéndose del sol al pie de un paredón de roca que se alzaba allí como un dedo megalítico. Lauro, entonces, rastrilló la carabina y embutió una carga de diez balas en la recámara automática.

Llegaron por fin a la zona en que los páramos se anuncian en la pobreza de la vegetación y el aire gélido que en cortas ráfagas venía de la cordillera. La atmósfera rala, transparente, dejaba ver hacia abajo la abismal hondura del Yunga, y hacia arriba los cielos profundos, de cobalto puro, donde se recortaban las corcovas titánicas de la espalda del Illimani, cortadas a pique sobre glaciares y ventisqueros.

Luego de atravesar una corta planicie en que a modo de arbotantes de piedra una singular formación de rocas basálticas sostenía los bordes de una nueva y más dilatada planicie, ancho escalón que remansó el delirio tectónico en los días del caos, los colonos rodearon a Lauro y le indicaron el sitio.

Era una amplia grieta, abierta como pulpa de madera al golpe vertical del hacha. De su fondo salían sordos bramidos de cólera que por la acústica del lugar adquirían una resonancia que acobardaba. Los cinco indios, con silenciosa interrogación, se miraron azorados entre ellos. Sus almas supersticiosas y cerriles empezaban a encogerse de miedo al escuchar el rudo y fuerte bramar que salía del fondo de la grieta, como plural voz de alguna potencia sobrecogedora, madre de soledades y espantos cordilleranos.

Lauro, asimismo, estaba perplejo. Los colonos le explicaron que el día anterior solo pudieron oír el doliente mugido de un toro embarrancado que, al quebrarse las patas en el fondo de la grieta, estaba condenado a perecer de hambre y sed, incapaz de moverse de allí. Más ahora era distinto. Aquel imponente bramar demostraba que el toro herido no estaba solo. No se explicaban, sin embargo, como el resto de la manada de toros salvajes, montaraces señores de las desoladas planicies de aquel lugar, podía haber descendido a la grieta.

-Regresemos no más, "niño" Lauro -dijo uno de los colonos. Ya no queremos la carne del toro embarrancado. Es mejor volver sanos... porque si los toros nos atacan no volveremos con vida.

-¡No sean cobardes! -replicó Lauro. ¡Vamos a ver qué pasa!

-No patrón. Nosotros nos vamos. Es peligroso. ¿No escuchas, acaso, como la ira los ha enloquecido? ¡Están furiosos!

Lauro tomó la resolución de obligar a los cinco indios a que le acompañasen y, encañonando el arma al que parecía más temeroso, gritó: -¡Cobardes de porquería! Tanto andar en vano... Al que huya le meto una bala en sus cochinas espaldas. Pónganse detrás mío y síganme. Treparemos por un costado hasta asomar a la ceja de la grieta. Los toros no podrán atacarnos...

Los colonos, vencidos por la determinación del joven, formaron fila india y agarrándose a las salientes roquizas escalaron con lentitud y dificultad hasta llegar, cerca de la cima, a la boca de la ancha cavidad. Lauro se tendió de bruces mientras los indios, llenos de desconfianza, se agazapaban en torno para asomar los medrosos ojos al abismo de donde en modo intermitente surgía el pleamar de los bramidos.

¡Aquella era una escena épica!

Sobre un montón de crestas berroqueñas yacía semiechado, con las patas quebradas, el toro herido. A su derredor se habían congregado once lustrosos toros negros, compañeros de la

manada dueña de aquellas soledades andinas, y elevando sus filosas cornamentas, desafiaban los audaces ataques de un enjambre de cóndores hambrientos.

A pesar de lo accidentado del sitio, la torada encontraba espacio para acudir al compañero malherido y embestir, bramando de furia, a los cóndores que después de precipitarse en picada, abrían sus vastas alas para planear, con las garras rampantes y el pico pronto a desgarrar, ávidos de no perder aquella magnífica presa.

Seguramente el combate había comenzado de madrugada.

En el suelo se veía el ensangrentado cuerpo de un gigante del aire a quien, sin duda, una de las astadas fieras alcanzó tocar en vuelo con fulminante esguince de sus cuernos. El cóndor estaba deshecho y sobre sus alas vencidas, extrañamente abiertas, posaba sus pezuñas un soberbio ejemplar de toro, quizá jefe de la manada.

Lauro y sus acompañantes estaban absortos, mudos de admiración, pues no esperaban hallar en el fondo de la grieta tan sorprendente espectáculo.

Luego que los cóndores planeaban e hincaban el rico en el herido, alzaban vuelo. Con grandes aletazos de sus potentes alas ganaban corta altura y volvían, de regreso, al ataque. Los toros esperaban abajo, agrupándose lo más que podían alrededor del compañero caído, y cuando cortando el aire como una brisa bélica llegaba uno y otro cóndor, veintidós astas, agudas como moharras de lanza, punzaban el aire en vano.

Aquella lucha concluiría cuando la tarde arrastrase los pesados telones de la noche, obligando a las grandes aves de presa a regresar a sus nidos en las altas cumbres.

Lauro recordó la recomendación paterna y apoyó, firme, la carabina. Era difícil, a tanta distancia, hacer blanco en el ojo. Apuntó, pues, a la paletilla, y aunque su pulso temblaba de emoción, el disparo fue certero. El toro herido tuvo un sacudón y cayó fulminado. El estampido resonó en la oquedad como un cañonazo y espantó a los cóndores, que con alarma de sus alas agitadas se remontaron grietas arriba hasta perderse volando tras de las murallas de basalto de la planicie superior.

Los toros, a su vez, estaban sorprendidos y formaban abajo un compacto escuadrón negro. Pero no huían.

Fue entonces cuando el jefe de la manada se acercó al toro tendido; lo olfateó y golpeó con las pezuñas, luego como si adivinase instintivamente que estaba muerto y que ya no era menester defenderlo, con largo mugido se alejó de allí, dirigiéndose al fondo de la grieta donde sin duda existía alguna salida que llevaba a la ancha libertad de los páramos. El resto de la tropa, lamiéndose las heridas, siguió lenta y sombría la marcha de su jefe.

Poco más tarde el grupo de hombres bajó con prudencia hasta donde se hallaba el toro, y allí advirtió, antes de desollarlo, que tenía los ojos reventados a picotazos.

¿Quién sabe si los cóndores lo dejaron ciego para que se precipitase en la grieta? ¿Quién sabe si lo cegaron cuando estaba impotente y solitario, con las patas rotas, en el fondo de aquel torvo nido de piedra? Pero lo que sí sabían Lauro y sus compañeros era que el recuerdo de aquella batalla de hermosa solidaridad entre las bravas bestias, iba a grabarse para siempre en sus corazones.

EDESIO ALVARADO

EDESIO ALVARADO nació en Calbuco, Chiloé, en 1926. Estudió en el Seminario de Ancud y posteriormente en la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción, sin llegar a titularse. En 1948, junto a Mario Ferrero, fundó "El Zócalo de las Brujas", la más insólita institución literaria de que se tenga memoria en el país. Fue redactor político y director de la Revista *Vistazo*, y repórter de política internacional de varias publicaciones nacionales. Ha obtenido la mayoría de los premios literarios que se otorgan en el país.

Se inició en la poesía con la publicación de *El corazón y el vuelo* (1947). Luego vinieron *Venganza en la montana* (cuentos), *La captura* (nouvelle), *Los poemas del brigadier* (poesía), *El caballo que tosía* (cuento), *El silbido de la culebra* (cuentos), *El turco Tarud* (ensayo político) y *El desenlace*, novela con la que obtuvo el Premio Internacional de la Editorial Zig-Zag en 1965. Esa misma empresa editora compiló sus cuentos en 1967 bajo el título de *Los mejores cuentos de Edesio Alvarado*.

EL VENGADOR

Era inesperado, como la piedad de un asesino.

Sobre las islas Guaitecas caía el sol aún, ese otoño. Enfermizo, quebrándose en delgadas partículas, pulverizándose en las piedras, pero caía sobre los buzos y los rastreadores de choros. Ellos lo recibían medio asombrados, como a la buena suerte. Llegaron de Calbuco, de Ancud, de los puertos donde se faena el marisco. Llegaron con sus chalupas obstinadas a sacar los choros del fondo del mar, para comerciarlos, matarlos, llenar el vientre turbio de las ciudades y vivir de la reiteración de esa muerte.

Llegaron allá, año por año. Cada vez más al sur, más abajo de todo, de los archipiélagos desiertos. Y estaban ahí aquella mañana, creyendo en la buena suerte porque tenían unas horas menos de temporal o de neblina, y el viento subía, subía, cruzando el golfo de Guafo, desde las islas Chonos, las vacías.

La buena suerte. Como si no conocieran ese mar que les había dado la vida, que les daría la muerte. Nada de buena suerte. Tenían, simplemente, que aprovechar la bonanza, bajar al fondo, romperse las manos, cargar los canastillos, subir, repletar las chalupas, antes de que se fuera la luz. Todos se movían como monitos amaestrados, mudos, al compás de algo ensayado muchas veces, aprendido con dolor y con rabia, rápido, rápido, antes de que la vejez, el reumatismo llegaran, rápido, rápido, como pasaba con ellos. Los patrones de las chalupas, los buzos, los tripulantes desembarcaban, conducían los choros, y a lo largo de la playa, las más, más negras que las piedras, iban creciendo, multiplicándose igual que una siembra de restos funerarios que quedarían allí para siempre, en amarga memoria de los que mataba el mar. Pero las rumas no iban a durar eso. Después llegarían las goletas y las grandes lanchas, y los choros serían llevados norte arriba, siempre al norte, presos, encajonados como cadáveres, hasta que el último muriera lejos, en la madrugada de un sombrío mercado.

Pasan días ahí, a la espera de los sacos, del viaje. El mar lleno los tapa una y otra vez, devolviéndoles por unas horas su poder, su vida submarina, como si quisiera preservarlos, disputarlos a las manos voraces. Pero nada consigue. Los choros parten, las playas quedan desnudas, más solas, más negras, y los hombres quedan también desnudos, solos, lúgubres, como corpúsculos a la deriva que las olas avientan a las islas.

Aquel mediodía el sol daba en las rumas, humedeciéndolas con su luz delgada. Cada choro parecía un diamante, un carbón valioso, obtenido igualmente con el sacrificio y la cotidiana, densa muerte. Los hombres esperaban, bebían, lanzaban carcajadas sin motivo, hablaban de las cosas de siempre, sujetas a sus días con algo más que la memoria, porque eran la sal, el distintivo, como esa vez que se emborracharon en el "Puerto Rico" de Angelmó, y las putas de doña Lolo les robaron la plata, qué carajo, qué ejemplo, como esa pelea en Calbuco con los pacos, a la pelea nadie me la gana, pero a ti te pegaron la purgación en Castro, qué ejemplo, mejor sería irse a la Argentina, para hacer plata y mandarle a la familia, tengo una chica con la peste o estará preñada, qué sé yo, y la cosa es darle y darle, aunque uno se vaya a la misma mierda y otros aprovechen, pero así es el destino del pobre, maldita la concha que me parió así, cuándo, cuándo vamos a salir de este mar, de la faena, uno deja el alma aquí, las manos, la salud, y allá en el norte, el monopolio, los que revenden se quedan con la plata, pero qué sacamos con llorar a brazos cruzados, habría que hacer algo, quien sabe, a ver, Abelardo, canta un poco, canta *La Cumparsita*, *Mi Buenos Aires querido*, lo que sea, con tal de matar el tiempo mientras llegan las chalupas.

-Este sol no va a durar, a media tarde cambiará el viento.

-Voy a aprovechar la racha para completar otra chalupa.

-Deberíamos hacer una fogata para secar la ropa, siempre nos ponemos los trapos humedecidos, por eso nos ponemos tísicos.

-Claro, una fogata para hacer un asado al palo..., ¡carajo, si tuviéramos carne!

-No jodas, para que ponerse a desear y que nos corra la baba, dónde vamos a agarrar un cordero aquí.

Pájaros diversos revoloteaban. Bandadas de colores móviles rompían el equilibrio de la soledad y el silencio. Gaviotas y gallinetas planeadoras, jotes, gallinazos ásperos, todos desparramados, revueltos por el hambre difícil de matar, porque los hombres apenas dejan nada, se hacen a la vela, escarmanan las millas, y si algo tiran a las piedras o al agua, es porque no hay nada que comerles, huesos pelados, espinas chupadas, cáscaras, botellas, y entonces hay que robar de otra manera, hay que aletear, hacerse espacio, pillar un marisco suelto, llevárselo por el aire agarrado del pico, de las patas, soltarlo sobre las piedras para que la concha se rompa, y bajar, picotear la carne abierta, tragar, devorar locamente, antes de que baje alguien con más hambre.

Nadie peor que la gaviota. El choro le teme. Quisiera apretarse, achicarse, desaparecer cuando la siente rondar. La gaviota es más hábil que los otros pájaros de la costa. Ellos son torpes, demasiado voraces, pierden la presa por apurarse. La gaviota no. La ayudan su largo pico, su mirada de poder selectivo. Ella no se apura. Ronda contenida, en silencio. Espera durante horas. Y cuando cae lo hace como un soplo, como una brisa más que se deshace.

El choro dormita sobre la ruma, encasquetado en su edad estacionaria. Abre las valvas como en un bostezo muerto. Recibe el sol, el fuego que no necesitará. Y en eso percibe el ruido, el vuelo calculado, las pisadas armónicas. Todo es el terror, la estéril, ciega defensiva. El se olvida del sol, se contrae, se aplasta, cierra las valvas y espera bajo la concha, dentro de la noche suya, como si hubiera regresado al mar. Pero ya no hay regreso. La enemiga esta ahí. Ronda afuera, vuela, baja, se para sobre él, está en el límite del mundo.

Podría ser el fin. El recuerdo no es sino eso: ella quebrando, picoteando. Ella matando choros. Ahora, él quisiera vencer, vengar la especie. Pero ocurre que todo los separa, el tiempo del mar, el aire, las alas necesarias. Sólo abajo, en el fondo, donde la gaviota moriría, está la fuerza. Sin embargo, allá fue el buzo y lo arrancó al origen. La trajo al mundo del sol donde se muere. La dejó ahí, en la playa, sufriendo la luz ciega, el espacio vacío; esperando el asedio de los pájaros.

Pronto vendrán. Bajará la marea, los hombres descansaran, y en el silencio se acercarán los asesinos.

Acaso fuera posible resistir, sobrevivir un día más, otra marea. Cuando el buzo bajó a los choros, los fue arrancando a manos llenas, con rabia, con apuro, sueltos, uno a uno, o en grandes pencas como piedras que, arriba, entre las rumas, los conservaron juntos, guardando la unidad del origen y la especie, de tal manera que ni los pájaros carneros logran remontarse con ellos. Los choros saben que así son más que un pájaro, y se abren a la luz, tranquilos, casi alegres, como si pertenecieran a ese mundo enemigo, mientras los choros sueltos quedan solos, llenos de miedos, pero sabiendo que no sólo ellos morirán, porque a pesar de la unidad, después de los pájaros llegarán las manos.

Los hombres del mar no siempre saben lo que hacen. Se les ve vivir, sufrir, disputar, matarse. Y entran al mar para matar, para conservar a costa de él su fuerza rapaz, sin importarle qué y sin comprender las cosas que destruyen, los lazos que rompen en el universo sumergido que no entienden, porque en él los años no tienen validez ni sentido y no hay luz ni sonido ni terror a la muerte.

Los hombres que ese día entraban al mar, al nordeste de Bahía Low, en la isla Guaiteca mayor, tampoco tenían piedad ni remordimiento. Ellos nunca habían hecho otra cosa que darse a su pelea por morir, por no vivir con miedo al hombre y a la mala estrella. Y no se daban cuenta de lo que sucedía en el orden de cosas que sus manos crearan al amontonar los choros en la playa.

En el mundo de las rumas negras, lo mismo que en el mundo grande de los hombres, cada ser vivía su diverso, intransferible instante. Todos sentían la muerte encima, arriba. Escuchaban chillar a las gaviotas, aletear feroces a los gallinazos. Pero los choros de las pencas aún confiaban, se atrevían a separar las valvas, como ofreciendo su carne a los hambrientos. En cambio, los choros solitarios se contraían en sus conchas, como queriendo desaparecer bajo los otros. Ellos sabían. Ellos no esperaban.

Los hombres entretanto seguían su brega con el mar, sin notar que así como ellos mismos desafiaban el poder y la cólera de elementos extraños y hostiles, sólo un os metros más allá, la vida y la muerte se desafiaban de una especie a otra, igual que en el origen. Y siguieron sin enterarse de nada hasta que de improvviso, un chillido especial, cargado de dolor, de miedo, taladró la quietud del mediodía.

La faena se interrumpió. "Un accidente, un accidente...". "Alguien cayó al agua, alguien se ahoga...". Instantáneo el sentimiento del peligro llenó a los hombres, la bahía.

-Ah, pero si es una gaviota.

-Algo le pasa, miren cómo aletea.

Los hombres volvieron al trabajo. Sólo dos tripulantes que estaban en tierra -el cocinero y un timonel, que hacían el almuerzo- se daban cuenta de lo que en verdad ocurría.

Una gaviota esbelta, joven, había bajado hasta los choros. En un vuelo breve, rápido, estuvo localizando a su presa. Pero para agarrarla había tenido que posarse sobre la ruma. Sin advertirlo introdujo una pata entre las valvas abiertas de otro choro. Y sobrevino todo. El choro se cerro de golpe al contacto, y la gaviota quedó presa. Ella quiso recuperar la iniciativa, su ventaja. Pero cuando notó que sus alas de nada le valían, que el aire se le volvía inútil, ajeno, supo que su libertad se jugaba, y lanzó el chillido que, por segundos, alarmara a los hombres.

Ella aleteo frenética. Sabía que le era imposible soltarse. Pero acaso pudiera volar con el choro, subir bien alto. Allá arriba sabía como ganar. Fue en vano sin embargo. El choro no era un solitario encerrado en sí mismo. Estaba en la penca, unido a sus hermanos, a su origen;

inseparable como el mar o una piedra. No era por descuido que se abría. Confiaba, no temía. Mostraba su carne al sol venenoso, al sol mortal. Y aun así secándose debilitándose, había esperado, deseado la llegada de una gaviota. Costaba aquello. No cualquier choro era capaz.

Hasta que la asesina llegó. Había descendido al fin de su altura, de su orgullo, y ahora él la tenía ahí, presa, juzgada, condenada. Ah, no la soltaría. Aunque ello fuera lo último que hiciera.

La gaviota sabía, comprendía. Pasaba lo imposible. Pero ¿tenía que ser así, con ella, ahora? Se jugaba la vida, su suerte estaba echándose. Ya no habría alegría, espacio, viento, mar, buques partiendo. No volaría con un choro en el pico, condenado por ella y para ella a morir abajo, entre las piedras. La angustia la llenó, subió a sus aleteos locos, a sus chillidos largos, a sus ojos fosforados, eléctricos. Se iba a acabar el mundo luminoso, libre. Vendría el mundo negro, sepultado, del choro. El mundo que era la muerte, que hasta los hombres temían.

Los hombres se dieron cuenta de que la gaviota estaba presa.

-Un choro le pescó la pata.

-Se la cortará.

-No es capaz, ésas tienen las patas duras, como ganchos de luma.

Pero aún no lo advertían. Lo inesperado se hizo en otra voz:

-Mírenla, no se librara de morir.

-Está subiendo la marea, si el choro no la suelta, el agua la tatará.

-Vamos a soltarla.

-No, espera.

-No jodás, sería maldad dejarla.

-Veamos primero qué pasa.

Qué iba a pasar. El choro, la gaviota lo sabían. Los hombres lo sabían. Una fatalidad del mar. Una cualquiera, como le pasaría a un pescador, a un chorero. Alguien moriría, alguien se llevaría el mar, después de que viviera en él, de que sufriera en él, de que esperara. Así era la vida. Ahora no había viento, no pegaba como un padre borracho; no había lluvia que lamiera los cuerpos como una puta vieja; no había neblina que hiciera perderse como el vino malo. Nadie naufragaría maldiciendo de miedo. No habría amanecer que iluminara los cadáveres surtos, sobrevivientes agarrados a remos, cascos dados vuelta. Pero alguien se ahogará por otra clase de fatalidad.

Los buzos que subían del fondo comenzaron a interesarse en la gaviota. Uno tras otro, fueron sentándose sobre las bordas, con las piernas en el agua, sin escafandras pero conservando sus trajes puestos, de manera que parecían un semicírculo de extraños monstruos silenciosos o viejas efigies rescatadas al océano, que estuvieran ahí para decorar el drama inesperado que se iba a desarrollar en el anfiteatro de la bahía.

Los hombres se habían olvidado de libertar a la gaviota. No era crueldad, afán sanguinario. Ellos estaban llenos de otras cosas. Un sentimiento incierto les crecía. Algo como la esperanza o el anhelo, que después serviría para escapar al tiempo igual, continuo, cuando la gaviota se salvara o muriera, y las conversaciones regresaran a lo mismo, a las putas pobres, a las borracheras y los golpes, y entonces fuera útil hablar de otras cosas, de la gaviota, por ejemplo, de su mala suerte,

que era como el espejo de ellos mismos, que por la buena o por la mala terminaban muriéndose en el mar. La historia de la gaviota iría de chalupa en chalupa, de puerto en puerto, de invierno en invierno. Achicaría la soledad pareja, comedora, la desolación que soportaban ahí o en otra isla, por semanas, por meses, y que de pronto se les echaba encima como una manta hedionda, empapada, negra, cuando el alcohol, la rabia del sexo los exasperaban, los despabilaban, haciéndoles en tender que eran apenas pedazos de hombres aventados al mar, mientras el corazón, la verdadera esperanza, el apoyo estaban allá lejos, en la Isla Grande o más arriba, dentro de las cocinas llenas de humo, donde alguien los aguardaba con un hijo, una cama, un pedazo de pan.

La gaviota en la trampa. Lo contarían al regreso, cuando cayera la honda, espesa noche. Era algo nuevo para los parientes, los amigos y la gente del vino, que terminaba siempre por juntarse en una muerte de chancho, en un velorio, en el patio de los reos acaso, cuando cayeran presos por imbéciles, por infelices, por tristes. Lo contarían a propósito de cualquier cosa, o de nada, simplemente para defenderse.

Ahora llegaba el mar. Subía.

La gaviota, que, al ser atrapada, había quedado vuelta a él como una brújula, lo miraba con estupor, patética. Ese era él, el amigo, el camino de cada amanecer, de todo vuelo, y más que eso y sobre eso y para siempre, el padre.

Esta vez, esta única, última, definitiva vez, el llegaba distinto, desconocido, opuesto, como si le hubieran cambiado el corazón. Parecía un ladrón, un asesino suelto. ¿Qué pasaba? ¿Quién había puesto al mundo de cabeza? El choro maldito era el culpable. Un bicho ciego. modo, paralítico, que no podía volar, que no conocía los grandes barcos, los horizontes, el mar como era realmente, no agua sin luz que apresaba a sus hijos y los aplastaba y los hundía, sino el brillo del mundo, el ojo abierto del sol y las estrellas, que era la vida misma, el sueño sin amarras. Bicho desalmado, bicho inútil. Si él la soltara o si la apretara más, hasta cortarle la pata. Ella volvería volar. Entraría al viento como al ala materna. Obedecería al padre mar. Se iría de esas islas para siempre, hacia las playas limpias, sin choros y sin hombres.

Pero el choro no aflojaba. Tenía presa a la enemiga, a la culpable del terror y la angustia y la muerte heredada en la oscura prosecución del tiempo. No iba a dudar. No habría piedad. No habría olvido. Esa era la oportunidad. O ella o él. O las gaviotas o los choros. La espera había sido inmensa, incontable, como la suma de log choros asesinados por las gaviotas. Nunca pareció posible la venganza. Las estaciones, las temporadas se gastaban llenas de furia inútil, de dolor hambriento. Pero ahora la alternativa estaba ahí, con él, nada más que en él.

La gaviota volvió a su aleteo estéril. Ya casi no gritaba. Se sentía llena de cansancio, de desesperanza. Pera el avance de su agonía alcanzaba ahora a sus ojos. Por momentos, ardía en ellos el pánico. En otros, eran la rabia amarga, la resignación furiosa, la aceptación del fin. Porque el fin estaba ahí. Ella podía verlo en la concha cerrada, en la aproximación del mar. La subida de la marea parecía más rápida, alcanzaba con velocidad la base de la ruma. Pero ya ni siquiera eso era el mar. Era más que el mar, que el padre de la vida y la muerte. Era la creciente definitiva del mundo que ahora ahogaría a todas las gaviotas.

Nadie trabajaba. Los hombres se habían reunido en la playa, llenos de una inquieta seguridad. Callaban. Aguardaban. No perdían detalle. La suerte de la gaviota, su muerte probable los sensibilizaba ahora en un sentido singular, específico. Alguien dijo:

-Ese podría ser el fin de cualquier cristiano.

Los hombres se miraron. Acaso un día, alguno de ellos terminaría por encontrarse así, encima de una peña o nadando inútilmente en una ola, cogido por la voluntad del mar, sin escape, con la muerte acercándose rápida, seguramente, como se acercaba ahora la marea. Cierta

congoja los unió. El miedo pasaba de uno a otro, iba de mirada a mirada, determinaba los gestos, el silencio. Pero continuaron absortos. Nadie fue a soltar a la gaviota.

Sólo se oía el aleteo. Un batir abrumado que, en el estatismo de todo, sonaba como el último respiro de una bestia. Era un movimiento epiléptico pero mecánico, en el que ya no participaba el deseo activo de la gaviota sino apenas el reflejo del pánico, un resabio de su propio cansancio. A medida que el mar iba empequeñeciendo la base de la ruma, ya completamente rodeada, el aleteo se hacia constante, casi ininterrumpido, lo mismo que si la gaviota fuera un mero objeto puesto en movimiento por un juego de fuerzas autónomo, ajeno ya a la misma desesperación que lo había iniciado. No obstante, algo hacia esperar aún a la gaviota. No era locura, desatino. Acaso cuando el mar cubriera totalmente la ruma, el choro, vuelto a su mundo, a las sustancias que lo alimentaban, terminaría por abrirse. Eso era probable, casi seguro. Después de tanto tiempo en la playa, el choro estaría muerta de hambre, de sed. Y por último ella no podía morir ahí, de esa manera, vencida por un pequeño monstruo insignificante como las piedras.

Porque podía pasar otra cosa. Lo mejor. La gaviota dio vuelta la cabeza y chilló llamando, pidiendo. Se sostuvo inmóvil, miró a los hombres y esperó. Ellos con sus manos hábiles, podían salvarla. Uno solo que se acercara, que abriera el choro. Ella saldría de sus manos como del huevo, se elevaría, volvería a ser la hija del mar. Pero qué clase de seres eran esos. Nadie se movía. Al contrario, algunos parecían contentos. Miraban como deseando que subiera pronto la marea. En realidad, se portaban como enemigos. ¿Por qué? ¿Cuándo ella los había odiado o hecho mal? Las gaviotas heroseaban los paisajes del hombre, alegraban las llegadas y despedidas de los barcos, servían para que los navegantes supieran la lluvia cercana. Pero acaso los otros pájaros tuvieran razón. Decían que los hombres eran crueles, desagradecidos. Que les gustaba hacer daño, destruir. Abusaban siempre de su fuerza, de su tonta, ciega furia. Ella lo había visto. Las crías de los hombres tiraban piedras a los pájaros. Cuando los herían, los mataban después quebrándoles las alas, las patas, sacándoles los ojos. En las playas de los puertos, debajo de los muelles, junto a los balseos, los hombres se peleaban gritando y bamboleando. Se acometían con piedras, remos, botellas. A veces mataban a sus mujeres, a sus hijos, sus propias vidas rabiosas y sucias. Eran malos. De sus corazones de piedra, una gaviota no podía esperar salvación.

Ella volvió a enfrentarse con el mar. Estaba más plomizo, más duro, más próximo. La ruma no era ya sino un pequeño cono que sobresalía de la superficie. El agua parecía deshacerlo como un terrón de azúcar. Hasta que desapareció del todo. Lo último que de él dejó de ver la gaviota fue, precisamente, la concha del choro. Esta brillaba como una gran pupila de odio. Sus negros destellos finales anticipaban la muerte. La gaviota iba a chillar de nuevo. Pero cuando sintió en sus patas el contacto del mar, el grito se deshizo, porque desde ese instante el terror fue libre, autogenerado.

Las cosas, su orden, su costumbre, seguían dándose vuelta. Antes, en los días de la libertad, la gaviota buscaba el contacto del mar con hambre, con deseo. Era una entrega a su energía, una obediencia que lo aceptaba todo, porque la comunión con las aguas era el medio de su unidad, con el mundo común y necesario, paterno y materno.

Pero ahora el frío del mar, su dureza eran el pánico. Hacían morir antes de que llegara la muerte. El mar ya no era el mar. Acaso ella misma tampoco era una gaviota. Era algo que había dejado de existir, de ser un pájaro libre y orgulloso, nacido y criado para no tener frío ni miedo en el mar. Cuando los pájaros de tierra temían al viento, a la lluvia, al océano, ella los despreciaba, odiaba su cobardía. En adelante (pero qué en adelante) no despreciaría, no odiaría. Ahora sabía lo que era el frío cuando desordenaba las plumas, cuando entraba a la carne para destruirla. Cómo le gustaría ahora cambiarse por una diuca o un chincol y estar lejos del mar, gorjeando sobre un arrayán o haciendo nidos en un rosal de invierno.

Pero era el mar lo único que cambiaba. Seguía subiendo. Se hacía más frío, más duro. Ya no era agua. Era el frío mismo, la dureza, que ganaba su cuerpo, sus alas, su cuello. Sólo faltaba

que le velaran los ojos. La gaviota todavía alcanzaba a ver el agua verdiazul, el agua de la muerte, llenar la superficie del mundo, que se hinchaba, se hacía más y más convexa, formando una esfera que se abalanzaba sobre ella.

Subía el límite. Estaba ahí. Alcanzaba el borde de los ojos. Ya había aplastado sus alas. La gaviota estiró el cuello, chilló, quiso romper el límite. Pero instantáneamente su grito, sus ojos, ella misma lo traspusieron. Y con ello, se precipitaron dentro de la esfera. La última visión que la gaviota pudo tener del cielo fue la de un grupo de sus compañeras que revoloteaban sobre ella reclamándola. Algunas llegaron a aletear el mar, castigándole. Ella quiso ir, unírseles como antes. Las alas no pudieron moverse. Ya no estaba arriba, en su mundo. Pertenece al mundo negro de los choros. Entonces el frío y el mar penetraron por su pico abierto. Y la esfera se cerró también sobre ellos.

El choro permaneció tenso, alerta. Aún no estaba seguro. Algo tiraba a pesar de todo. Algo se defendía. Pero después, como si afuera ya hubieran renunciado al tiempo, sintió cesar los tirones. Se puso a esperar. Hasta que notó que la presión de la pata disminuía, se iba. Ahora seguiría el tiempo suyo, el tiempo submarino. Sólo entonces separó las valvas. Y la gaviota fue arrastrada por la corriente. La concha del choro quedó semejando la mueca de una risa.

Allá iba la gaviota. Iba ahogada. Muerta. Pero él seguía vivo, presente en el mar. El era el vencedor. El vengador de la especie.

JOSERMO MURILLO VACAREZA

JOSERMO MURILLO VACAREZA a fuerza de ver y oír en la noche del subsuelo, la narrativa de *El Hombre en el Abismo* ha adquirido una calidad angustiosa y nictálope, algo así como el relieve de una escritura para el tacto, como un braille útil para escribir soliloquios de seres sepultados en un olvido mortal. JoserMO Murillo Vacareza es un baqueano en la selva psicológica de las gentes humildes y silenciosas que constituyen la mayoría de los grupos humanos de Bolivia.

Es autor de *Aguafuertes del Altiplano* (Cuentos), 1946 y numerosos ensayos y artículos publicados en diarios y revistas nacionales y extranjeras.

EL HOMBRE EN EL ABISMO

Cuando estuvo en el colegio de instrucción secundaria era un muchacho vanidoso, pero tenía disciplina. Al concluir sus estudios solía frecuentar pobres tabernas donde bebía como los mayores hasta horas avanzadas; era muy posible que entonces ya supiera embriagarse un poco.

No concurría sino a muy pocas clases; llegaba desganado y sólo se entusiasmaba cuando relataba a sus compañeros esas aventuras que los adolescentes envidian. Pero, pese a su inteligencia constantemente alerta, se cansó de estudiar.

Sus condiscípulos volvieron a encontrarlo empleado en un comercio cualquiera. Siempre les hablaba de grandes aventuras que los muchachos iban a oírle seducidos por todo lo que para ellos era todavía tan desconocido.

Un día no estaba ya en su habitual ocupación. Ambulaba por las calles con pasos flojos. Después de largos meses de holganza volvió a otro empleo menos activo.

Ya no contaba tan atrayentes historias y parecía que sus fantásticas narraciones se hacían manidas y sin interés. Sus condiscípulos en el borde de la vida mayor, ya habían gustado trozos de lo que parecía exclusivo de ese hombre prematuro. Los rezagados por su timidez hallaban todavía en el acervo de su amigo algo que podía serles ameno.

Mientras tanto había caído a otra ocupación inferior. Su rostro se congestionaba poco a poco cuando sus amigos tenían el suyo tan fresco y recién afeitado.

No sorprendían sus intemperancias. Bebía en los tugurios y le gustaba cantar para distracción de la ebria banalidad de sus compañeros de holgorio. Después, cada uno atraído por los opuestos senderos de sus necesidades y proyectos, se desvincularon de tal modo que, cuando volvían a encontrarse en citas casuales, ya no eran los muchachos íntimos sino simplemente los antiguos amigos de colegio, con la incipiente gravedad de las cosas serias y de las circunstancias desnudas.

El había desaparecido algún tiempo; lo vieron de nuevo más desaprensivo en su traje y casi siempre sucio. Por último se perdió de la ciudad sin dejar huellas claras de su rumbo y por donde nadie se habría interesarle en perseguirlo.

Como un guijarro de montaña repecho abajo, tropicó en donde pudo asirse y luego cayó en el fondo. Presentóse un día al administrador de esa mina enorme y compleja en que miles de hombres desgarraban las entrañas de los cerros.

Estaba andrajoso y enflaquecido. Sonreía con cierta timidez en tanto el administrador le hablaba indiferente. Cuando se despedía, obtenido un trabajo de peón, le retuvo la mano para decirle:

-Va no quieres reconocerme porque estas en buena situación.

El ingeniero, en verdad, no lo reconocía. Hasta su nombre había perdido importancia en su memoria.

-¿No te acuerdas?

Pero el administrador no recordaba. Volvió a leer el nombre en la libreta que, abierta aún, tenía en la mano; no le despertaba ninguna imagen antigua.

-Fuimos condiscípulos en colegio. Tú eras el más pequeñito y el más callado. ¿Recuerdas?

Con un esfuerzo enorme por fin pudo encontrar un detalle y lo recordó todo. Se detuvo penosamente sorprendido comprendiendo los avatares de ese hombre.

-No deberías beber más -le dijo. Regenérate. Después de algún tiempo te daré un trabajo de empleado. Ganarás un buen sueldo y te harás un porvenir estable. Igual como se dice a todos los caídos, porque el administrador hablaba con uno de éstos.

En los establecimientos de las minas todo se mueve con un estrépito que ensordece. En el inmenso ingenio tendido en una suave y amplia pendiente muchas máquinas vibran como si tuvieran latidos impacientes y febriles.

Cataratas de agua se forman en los canales de madera y caen en grandes depósitos de donde pasan a superficies tremantes de las que se descuelgan arrastrando el metal pulverizado en cabrilleos tornasolados. Hornos cuyos hogares rugen con el formidable tiro de sus chimeneas tan elevadas que parecen oscilar en el espacio; máquinas y motores, poleas múltiples contra las que, en el vértigo giróvago de las ruedas, restallan las transmisiones y las poleas. Pitazos y voces humanas, gritos y confusión de ruidos sincrónicos en medio de los cuales los dos mil obreros son pigmeos que ambulan por entre el dédalo de los cobertizos y el suelo polvoriento y negro.

Pero éste es un trabajo que se recibe con grata impresión; lo duro está en el fondo de las minas; allí hay que bajar al amanecer y salir sólo cuando el sol se ha puesto. Son ejércitos los que se traga la ancha bocamina de piedra poteada.

El entró su primera mañana. Un convoy eléctrico lleva a los mineros por una larga extensión subterránea; luego, un ascensor que baja vertiginoso cruzando varios socavones hasta alcanzar increíbles profundidades. La montaña está horadada por mil agujeros y otras galerías donde los hombres son como hormigas.

Capataces expertos van distribuyendo los contingentes en los diversos planes y socavones. Cada uno conoce, con la misma familiaridad que su casa, el rincón oscuro y profundo donde debe perforar la roca, manejar motores, locomóviles o ascensores. Dentro de la tierra hay una verdadera red de vías, de cables eléctricos, de tubos y caños de aire comprimido, y en cuyos vericuetos hay hombres de cuya exactitud en su trabajo dependen varios centenares para no precipitarse en el fondo de los piques o pozos profundos o para no chocar en la velocidad de sus traslados en convoy.

Ingenieros minuciosos y controlados por muchos más, han calculado al mínimo la fuerza de todos esos impulsos, el rendimiento de esa coordinación de fuerzas humanas y mecánicas, y la seguridad de todas las vidas.

Allá comenzó a trabajar él. Al principio carecía de fuerzas y experiencia; lo dedicaron a llenar con su pala la concavidad de los carros decóviles con el metal acumulado en la estrechez de las galerías o en la amplitud de los "saloneos", tan grandes como plazas bajo la tierra y cuyas bóvedas no alcanzan a descubrir, de entre las cerradas negruras del subsuelo, los poderosos haces de la iluminación eléctrica.

La mina estaba llena de toda clase de repliegues donde era sencillísimo extraviarse si uno se aventuraba más allá del paraje que le habían indicado como un camino fijo. Como las ramas infinitas de un árbol viejo, de una galería arrancaban otras, de éstas, nuevas, así hasta el infinito. No todas las galerías eran verticales; unas descendían en brucas pendientes, otras subían como buscando la cumbre del cerro por dentro, y muchas caían de golpe, a pico, donde sólo el hombre

experto en minas sabía encontrar ingenio para sortearlas, porque muchos de estos boquetes se abrían casi a todo lo ancho de una galería y para pasar por encima de ese pozo abismal había que utilizar una vereda hecha en salientes de roca donde el paso inseguro tenía que ser fatal.

No en todas partes de estas galerías era posible ni necesario llevar luces. Había muchas que estaban abandonadas desde tiempos viejísimos, y como nada había que arrancar allí a la avaricia del subsuelo, las más estaban abandonadas y con el paso prohibido.

En otras, la actividad era inmensa. Con perforadoras a presión neumática mineros, tendidos de bruces en la estrechez del socavón en el que era imposible arrodillarse siquiera, destrozaban la roca y ensanchaban la galería; en otros lugares verdaderos guardaagujas de los trenes subterráneos regulaban el sendero de estos convoyes; algunos animales de tiro, enterrados vivos desde dos o tres años, tiraban de carritos por una vía trillada una y mil veces y que ya la sabían de memoria; animales tristes, de ojos lánguidos quizá empequeñecidos como los de los topos ante la inutilidad de ver, que comían con desgano y que dormían respirando ese polvillo ácido de las grandes profundidades.

En estas y bajo la mole enorme de los cerros el espíritu de los mineros fantasea; hay supersticiones de toda índole. El alucinado por su prolongado alcoholismo, también había creído en todas las fábulas que en el breve instante de reposo decían los demás.

Sabía también que, a pesar de la estricta vigilancia de los capataces, siempre era posible llevarse en los bolsillos puñados de metal que luego se vendían clandestinamente a los rescatadores. Muchos depósitos había dentro de la misma mina que los ingenieros guardaban con el mismo propósito con que, descubierta una veta, la destinaban para después, dentro del cálculo de las emergencias industriales.

Por eso, cuando sus compañeros se tendieron sobre el piso sinuoso de la galería para descansar masticando una a una las hojas de coca que adormecen el hambre, él saltó la pequeña tapia que impedía a medias la entrada de una galería lateral por donde en muchos años nadie trajinó, y alumbrado por la luz parpadeante de su lámpara de acetileno, fuese a lo largo impulsado tal vez por una morbosa curiosidad.

Grueso y carcomido maderamen sostenía el peso de la roca; las exudaciones de la humedad brillaban fugases a la luz de su lámpara; rieles angostos estaban casi hundidos entre los guijarros y el polvo. Las pisadas se apagaban quedas y solo la luz se extendía hasta agonizar en la obscura oquedad; se detuvo ante la inmensa entrada de una nueva galería; subió por ella hasta encontrar un gran espacio del cual partían muchos socavones; suspendió la lámpara para iluminarse mejor y optó por una entrada cerca de la cual había un viejísimo tablero lleno de agujeros y dos clavijas, que otrora sirviera a los mineros para ir anotando tal vez sus jornadas, quizá los quintales de metal extraído o quien sabe qué otra contabilidad rutinaria y analfabeta.

Fuese por esa vía siempre examinando la bóveda de la que colgaban raleados goterones duros y brillosos, de pronto con el pie en falso se hundió en un pique.

Su cuerpo chocó en las salientes y en una suprema e instintiva ansia, quedó asido a una viga que emergía de las paredes del pozo. Su lámpara había caído de la cintura y se apagó.

Colgado sobre el abismo hurgó la obscuridad con sus pies, pero no encontraba sino el vacío. Intentó apoyarse en las paredes para salir hasta la superficie, pero el pique era ancho y no pudo hallar ninguna saliente donde forcejear.

Entonces, con todo el acopio de sus fuerzas y de su cuerpo adolorido, pudo apoyar el vientre en el madero y sosteniéndose en la pared logró ponerse de pie. Pero sus manos buscando en lo alto no encontraron tampoco el borde de la cima.

No sabía cuántos metros había caído: presentía bajo sus pies una espantosa profundidad. Así estuvo intentando salvarse mucho tiempo, pero se fatigó.

Entonces, cansado y con decepción, se sentó cuidadosamente en la viga; pero ésta en la espera larga, parecía que se le internaba en las carnes; volvió a colgarse sobre el vacío, pero sus pies no podían encontrar el fondo, que debía estar lejos. Volvió a sentarse, más hábil que al principio, para este ejercicio. Esperó; no sabía en verdad qué. Sólo que esperar. Sin embargo, volvieron a dolerle las carnes. Tornó a incorporarse, arañó con sus manos la pared sin fin, recorrió en equilibrio audaz la breve extensión de la viga, como si después de ella algo hubiera podido hallar, pero tuvo que detenerse ante el espacio vacío.

Prefirió entonces gritar, pedir auxilio. Pero su esfuerzo podía hacerle oscilar de tal modo que perdiera el equilibrio: para no cansarse se puso a horcajadas. Estaba realmente cómodo. Entonces gritó, gritó con todos sus pulmones. Su voz tuvo una resonancia débil.

Gritó desgañitándose, atropelladamente. Gritaba sin descanso. Adolorida su garganta púsose a escuchar. ¿Podrían oírlo?

Esperó tal vez una hora, tal vez un largo minuto de ansiedad. Pero no llegó nadie. Volvió a gritar con fuerza, a agitar el silencio dormido de esas profundidades, a sacudir esa crueldad de la tierra con sus lamentos dislacerantes, elevó el timbre, prolongó las sílabas.

Nuevamente hizo una pausa esperando una hora, dos, tres. No vino nadie.

Repitió los gritos con todo su ímpetu. Llenaba sus pulmones, se sacudía, congestionaba el rostro con el esfuerzo, le ardían los ojos, le dolía la garganta, gritaba sin que ni el eco vibrara en el aire muerto de las galerías.

Tal vez alguien se aproximaba buscando con su lámpara el lugar de donde partían los gritos. Había que esperarlo. Y lo aguardaba largamente, un tiempo que él no podía medir ni calcular. No venía nadie.

Quizá lo estaban buscando, recorriendo primero una galería en todo su largo, volviendo de nuevo al punto de partida para internarse en otra y así sucesivamente hasta dar con él. Esperaba.

Pero no venían en su busca. Lo buscarían hasta cansarse y, desorientados por su silencio, abandonarían la misma galería donde él estaba perdido. Por eso decidió gritar largamente, a intervalos.

Sus ojos, cansados de tanta obscuridad, no podían parpadear y él no los sentía ni cerrados ni abiertos. Pero seguía gritando. Perdió la noción del tiempo y no sabía si sus gritos se habían repetido toda la noche hasta el amanecer, si prosiguió el día siguiente y otros más. ¿El tiempo era tan veloz? Pudo haber transcurrido media hora desde su caída, media hora larga en su angustiada situación, tan larga que no sabía si había dormido gritando como un sonámbulo.

De ninguna manera acudía nadie. Tenían que oírle. Se puso a lanzar gritos cortos y agudos. Después cambió el tono y hacía una voz grave. Entre un grito y otro creía que venían, creía ver asomarse por sobre su cabeza un ligero resplandor y escuchar el ruido de una piedrecilla que rodaba hasta el fondo empujada por los pies de sus salvadores.

Pero todo permanecía en silencio. Sus ojos cansados y sus oídos torpes percibían estos rumores inexistentes y esas luces débiles que no había.

Cambió sus gritos por otros más largamente espaciados, para inflar mejor sus pulmones y hacer una voz profunda y larga. Pero el silencio continuaba tan muerto. Quizá, al fin, lo estaban ya buscando.

Después gritó elevando la intensidad, sosteniendo la nota como un gorjeo; ya no gritaba desatentadamente como en un principio; ahora lo hacía con voces diversas, como si cantara, como si ensayara su garganta para el esfuerzo de una canción de tono elevado.

Siguió gritando metódica y sincrónicamente después de contar hasta cifras iguales entre un grito y otro. Mientras gritaba su imaginación descubría cómo sus compañeros habían escuchado toda esa gradación de lamentos y, absortos ante la desaparición de uno de los suyos, arreglaban sus lámparas, suspendían su trabajo habitual, tomaban la misma galería que él había saltado o venían lentamente por ella.

Contaba sus pasos desde la partida: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, diez, veinte, treinta. Venían con lentitud buscando cuidadosamente, deteniéndose a escuchar los gritos; proseguían su camino; llegaban a otra galería y por ella se internaban siempre con movimientos pausados para ir con seguridad hacia el lugar de los gritos.

Los presentía deteniéndose indecisos ante las entradas de diversas galerías. Vacilaban. Discutían. Iban a internarse por una galería opuesta a la que él había tomado y cuando estaban por franquear el enorme orificio, él los detuvo con un esfuerzo supremo de imaginación, con un gemido que los hizo dudar; les obligó a tomar la otra galería, aquella por donde se había perdido. Entraron en ella. Se detuvieron para alumbrarse mejor; arreglaron de nuevo sus lámparas, cruzaron palabras que él no pudo adivinar, pero oía lejanos sus pasos, el ruido de sus zapatos de cuero crudo sobre el piso húmedo, hasta pisaban sin saberlo las mismas huellas que él había dejado.

Estaban viniendo lentamente. Volvió a contar sus pasos, sus pisadas: una, dos, tres, cinco, diez. Se paraban, examinaban los vericuetos, sorteaban los piques con cuidado; uno de los que venía estuvo por caer, por resbalar en un paso falso, pero pudo asirse rápido a una roca y dio un salto tan exacto y tan seguro que él le envidió esa agilidad y hasta le daba palmadas en la espalda ante la alegre luz de la lámpara, divagando seguro por las intrincadas galerías.

Venían. Estaban muy cerca. Sólo les quedaba la última galería donde él se había extraviado. Ya estaban en ella. Por fin.

Faltaban pocos metros, cien tal vez, a lo mucho doscientos. Le oían gritar, percibían cada vez mejor su voz que no se acallaba. Hasta parecía que le contestaban.

Los vería en el borde, le preguntarían cuánto tiempo estuvo así sin auxilio; reconocería a sus amigos; le arrojarían una cuerda y lo alzarían en vilo hasta ellos. Y una vez entre sus compañeros, con paso fatigado, algo exhausto, con un poco de sed y de hambre, regresaría por los mismos vericuetos, desandaría todo ese camino, saldría por el ascensor, vería la luz del día con un sol luminoso, escucharía de nuevo el rumor complejo del ingenio y se sentaría en un claro de la cancha para comentar con sus amigos, fumando un cigarrillo bajo la mirada un poco sorprendida y otro poco benévola del canchero.

Sí, estaban cerca. Les faltaba veinte pasos, diez pasos, cuatro pasos, dos pasos, un paso, nada ya. Nada. No había luz, no le hablaba nadie. Nadie.

Pero venían. Se adelantó mucho, los anticipó con su impaciencia. Estaban a veinte pasos todavía, a diez pasos ya. Volvía a recontar, a calcular el tiempo para cada paso, a imaginar todo el proceso del movimiento de cada paso. Las rodillas se doblan un poco, el peso del cuerpo caía sobre las puntas de los pies, se desprendía del suelo el talón y finalmente toda la pierna avanzaba adelante la distancia justa de un paso, exactamente de un paso.

El lo hacía todo muy pronto, sin acordarse que los movimientos son varios y es necesario darles tiempo para que se sucedan y se combinen. Hasta desprender los pies del suelo eran indispensables algunos instantes que él no había calculado debidamente.

Ahora estaban cerca, de verdad. Les faltaba realmente veinte pasos. Había que medirlos y contarlos con parsimonia. Diecinueve. Dieciocho. Diecisiete. Al fin un solo paso que no había para que apresurarlo más que los otros. Así ahora estaban al borde. Asomaban la luz. Hablaban.

Sin embargo, silencio y obscuridad. Todo igual, nada. Se habría equivocado también. Si, estaban todavía lejos, a cuarenta pasos, venían con calma.

No se puede hallar a un hombre con tanta facilidad. Por las galerías nadie camina de prisa ni siquiera con calma. Hay que detenerse a cada paso, examinando todo, conversar a cada instante, escuchar, descubrir.

No se oyen los gritos de un obrero extraviado inmediatamente. Debe ser en un momento en que no suenan las palas al chocar con los montones de escombros, ni cuando rugen las perforadoras de aire comprimido, ni cuando los martillazos invaden toda la atmósfera, menos cuando el estallido de los barrenos de dinamita retumban en la inmensa oscuridad de la mina. En un momento en que no hay siquiera el rumor de las conversaciones de los obreros en descanso. Tiene que ser en ese minuto fugaz en que nadie habla y que es como una ráfaga de pausa y de quietud.

Ese momento le oyó alguien y por eso partían sólo entonces. Ingresaban a la primera galería. Había que calcular los pasos que necesitarían para atravesarla, para pasar a otra, para decidirse para las que conducían donde él estaba; había que anotar los largos instantes de vacilación, los detalles de una búsqueda semejante. Así lentamente. Ahora estaban en su galería, después pasaban a otra. Venían. Estaban ya cerca. Llegaban al pique. Alumbraban, descubrían. ¿Llegaban? Otra vez nadie. Sólo el silencio profundo y la obscuridad más negra.

¿Es que en esos momentos se daban cuenta de la falta del hombre extraviado? Era cierto. En esos momentos se ponían unos y otros en actividad. No sabían aún si se había perdido, si había caído en un pozo. Tal vez quedó fuera por no trabajar. Enfermo quizá. Al terminar la jornada averiguarían. Dejaron el trabajo subterráneo. Al salir, avisaron a los capataces y notificaron al canchero. En realidad el hombre no estaba. Lo buscarían por su casa. Encontrarían su vivienda cerrada. Alguien diría:

Esta mañana fue a trabajar. Descendió a su socavón. Indagarían por las casas de los obreros, preguntarían a sus conocidos. Sospecharían que estaba perdido en un pique. Perdido dos o tres días, sus compañeros de trabajo descenderían a la mina hasta el paraje donde trabajaban todos para buscarlo con cuidado. Uno vestía su famoso saco de cuero que le regalara un ingeniero antes de abandonar el trabajo en esos minerales. El otro venía con gorra inglesa de visera charolada.

Así construía lentamente todos los detalles, uno a uno; enumeraba en su imaginación todas las minucias de las palabras, de los ademanes, hasta de los más infinitesimales esfuerzos de sus compañeros para emitir cada sonido o para realizar la más leve acción. Lo reconstruía todo con parsimonia como si lo más insignificante estuviera sujeto a una gradación lenta y numerada.

Con ellos recorría los socavones, los de tenía en los vericuetos, contaba el tiempo por segundos, descansaba con ellos, descendía penosamente a todos los piques a lo largo de una cuerda y por fin llegaba con ellos hasta el pique donde había caído.

Estaba siempre a horcajadas en ese palo que le interrumpió la caída hasta el fondo. Sus manos se apoyaban fuertemente como si se hubieran incrustado en la madera. Una angustiada sequedad le arañaba la garganta; ya no podía gritar, pero aún emitía exclamaciones sordas que no

alcanzaban a huir más allá de sus labios; sus ojos, en medio de esa obscuridad en que no descubría sino el infinito, percibían cierta difusa claridad, a pesar de que sus párpados caídos y pesados no podían alzarse.

Respiraba lentamente con penoso esfuerzo; sus pies colgados sobre el vacío, parecían inertes. Casi le era una posición cómoda porque no la sentía. Estaba bien así. Era mejor que aflojar los miembros y rodar abajo, hasta el fondo, chocando el cuerpo con las paredes y salientes, para morir deshecho, informe, sin el auxilio de nadie.

No tenía frío ni calor, dolor ni fatiga. ¿Para qué mover las manos? Estaban agarrotadas como si se hubieran soldado. Pero no le cansaban. Se sentía realmente bien, tanto que una sombra de vaga felicidad cundió por su rostro a oscuras.

Fuera, en la superficie, los motores gruñían con algún placer; los carros de los andariveles se deslizaban por los cables alegremente como pajarillos traviosos y desasosegados; todos conversaban contentos; mientras, el sol pasaba lentamente por encima de los techos y las soleras de los desmontes, de la población y de los cerros.

Oía el rumor de todos los habitantes, percibía distintos los mil sonidos de esa gran masa de máquinas y personas; descubría el fondo de todas las imaginaciones y hasta adivinaba lo que cada uno pensaba de él. Era mejor que nadie ya fuera a buscarlo. Había gritado mucho. Había esperado demasiado. ¿Pero por qué se horrorizo con esa soledad?

Una extraña tibieza inundaba su rostro y bajaba suavemente por sus miembros yertos. Se oía respirar a sí mismo acompasadamente. Hasta le parecía una respiración ajena como si estuviera un poco distante de su propio ser. ¡No era espantoso perderse en ese silencio de las galerías muertas!

Sí, estaba ya muy bien. Había cierta claridad risueña, extrañamente alegre. Un goce inmenso invadió su cuerpo. Quiso gritar gozoso, exclamar que estaba contento, pero sólo alcanzó a expeler el aire que se había quedado en la reconditez de sus pulmones, la última dosis de aire.

Un año después, nuevos ingenieros estudiaban minuciosamente la mina para encontrar viejos parajes todavía explotables con las modernas instalaciones.

Entonces, encontraron el extraño cadáver de un hombre a caballo sobre una viga. Estaba en un pique de cuatro metros escasos de profundidad. A los dos metros justos emergía ese brote donde el hombre había creído salvarse. En el fondo, empotrada en el polvo, yacía su lámpara deshecha.

Extrajeron el cadáver hasta la superficie. Estaba seco, momificado. Mantenía las piernas abiertas y los brazos adelante con las manos crispadas.

El viejo canchero, después de leer el nombre de su libreta extraída del fondo de su bolsillo andrajoso, dijo pensativo:

¡Ah! Es Meret. Hace un año creíamos que se había ido.